

# ***UN BAILE CON EL DIABLO***

***MARY JO PUTNEY***  
***3º saga de los Ángeles Caídos***

## PROLOGO

### *Eton, invierno de 1794*

Tras los funerales le enviaron de vuelta al colegio. ¿Qué otra cosa podía hacerse con un mozalbete, incluso uno que acababa de convertirse en el niño más rico de Gran Bretaña?

El flamante conde de Strathmore, Lucien Fairchild, estaba desesperadamente ansioso de regresar a Eton. Allí, con sus amigos, podría probar a fingir que nada había cambiado; que cuando volviera a Ashdown al final del trimestre encontraría a su padre, su madre y su hermana todavía vivos y sanos. Por supuesto, sabía lo que había ocurrido en realidad, pero aún no estaba preparado para aceptar el carácter definitivo de la muerte. Tal vez cuando cumpliera los doce años las cosas fueran más fáciles.

Su antiguo título había sido vizconde Maldon. El director de Eton, que salió a recibir su carruaje, se apresuró a llamarle Strathmore, al igual que los empleados del colegio que se hicieron cargo de sus maletas, pero a su espalda oyó en dos ocasiones que alguien murmuraba: «El conde huérfano». Lucien se encogió al oír la frase; sonaba insoportablemente patética. Odiaba su bastón por ese mismo motivo, pero al menos eso desaparecería en unas pocas semanas.

Ya era avanzada la tarde cuando llegó a la casa de huéspedes en la que se alojaba. Tan pronto como se desprendió del abrigo y de los guantes en su habitación, fue en busca de sus amigos personales, que vivían todos en la misma casa. Como de costumbre, estaban reunidos en el cuarto de Rafe, que era el más grande y el más caliente.

Lucien entró cojeando en la habitación sin molestarse en llamar a la puerta. Sus tres amigos estaban tendidos en diversas posturas repartidos por el mobiliario. Nicholas era un vizconde, Rafe un marqués, y Michael el hijo menor de un duque, pero esos títulos eran mera cortesía, mientras que Lucien ahora era un par del reino. Ojalá no lo fuera.

Cuando la puerta se abrió de par en par, todos levantaron la vista. Por espacio de unos instantes se hizo un silencio sepulcral. Naturalmente, todos estaban enterados de la noticia. Lucien sintió que el alma se le caía a los pies. Frágil a causa de la aflicción y de una soledad primitiva que sabía que le acompañaría durante el resto de su vida, experimentaba la desesperada necesidad de que sus amigos siguieran siendo los mismos. No creía que fuera capaz de soportar que ellos se sintieran demasiado violentos para tratarle como siempre.

En ese momento, Nicholas dejó su libro a un lado y se estiró para abandonar su sitio junto al fuego. Su sangre gitana le hacía ser más demostrativo que los otros, y para él resultó completamente natural rodear los hombros de Lucien con un brazo y acompañarle hasta la chimenea.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo con sencillez—. Llegas justo a tiempo para tomar un poco de queso tostado.

Lucien se sintió profundamente agradecido por la naturalidad de su amigo, le hacía sentirse real otra vez. A lo largo de las dos últimas semanas se había preguntado de vez en cuando si no sería él mismo un fantasma, igual que su familia.

Mientras se acomodaba sobre la alfombra, frente al fuego, los otros chicos dejaron sus libros y empezaron a tostar pedazos de queso pinchados en largos tenedores. Cuando ya estuvieron sabrosos y rezumantes, los extendieron sobre rebanadas de pan, una cena perfecta para una noche húmeda y fría.

La conversación se desarrolló con naturalidad y giró en su mayor parte alrededor de noticias acerca del colegio que habían tenido lugar durante la ausencia de Lucien. No fue necesario que él hablase en absoluto, lo cual fue una suerte porque no estaba seguro de si habría sido capaz de pronunciar palabra más allá del nudo que tenía en la garganta. Poco a poco, a medida que la opresión que sentía en el pecho iba aligerándose, pudo aportar algún que otro comentario. Y también descubrió, con leve asombro, que tenía hambre por primera vez desde el accidente.

Cuando se terminó el queso. Rafe dijo:

—He encontrado en la ciudad una cosa que a lo mejor te gustaría tener en tu colección, Luce.

Se levantó y rebuscó en su escritorio, y regresó con un pequeño objeto en la mano. Se trataba de una tortuga mecánica de cuerda con una miniatura en bronce que representaba una sirena encaramada sobre el caparazón. Ni siquiera el corrosivo dolor que le embargaba le impidió a Lucien sentirse intrigado.

—Es un caparazón de tortuga auténtico, ¿no? —Dio vuelta al ingenio en las manos, estudiando el fino trabajo de artesanía, y luego le dio cuerda y lo dejó en el suelo.

La tortuga se lanzó hacia adelante pesadamente. Aunque avanzaba sobre unas minúsculas ruedas ocultas, la cabeza y las patas se movían como si estuviera andando de verdad. Sobre el caparazón, la coqueta sirena agitaba el brazo adelante y atrás, lanzando seductores besos a los muchachos que la contemplaban. Lucien sonrió por un instante antes de que la realidad cayera de nuevo sobre él como una losa. Había sido su padre quien le regaló su primer juguete mecánico y le animó a coleccionarlos y construirlos; su padre, que ahora yacía en la cripta familiar de Ashdown con su risa apagada para siempre. Lucien parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban con desbordar sus ojos. Ojalá existiera realmente un lugar de fantasía lleno de sirenas y de magia en el que nadie se muriese nunca.

Cuando logró dominarse, dijo:

—¿Estás seguro de querer desprenderte de esto, Rafe? Nunca he visto nada parecido.

Rafe se encogió de hombros.

—Cuando quiera verlo, ya sé a donde tengo que ir. La tortuga fue disminuyendo la velocidad hasta detenerse, y Lucien le dio cuerda otra vez y la dejó en el suelo. Por fin pudo hacer una referencia indirecta a lo que había sucedido y dijo en voz baja:

—Han empezado a llamarme el conde huérfano.

Se hizo un violento silencio antes de que Michael dijera:

—Es un apodo asqueroso. Suena como si tú fueras un mendigo. Los otros asintieron para mostrar su acuerdo. Lucien ya se había imaginado que lo comprenderían.

—Tenemos que buscar un apodo mejor antes de que se extienda ése —dijo Rafe con firmeza—. Luce, ¿cómo te gustaría que te llamaran?

Nicholas soltó una risita.

—¿Qué tal la Serpiente de Strathmore? Suena de lo más peligroso. Lucien reflexionó. Una serpiente, brillante y mortal. Todo el mundo tenía miedo de las serpientes. Sin embargo...

—No está mal, pero no resulta adecuado.

—Yo tengo una idea mejor. —Michael sonrió abiertamente y alzó el libro que había estado estudiando. Era *El Paraíso Perdido* de Milton—. Ya que te llamas Lucien, lo más natural es que escojas el sobrenombre de Lucifer.

—Perfecto —dijo Nicholas entusiasmado—. Lucifer, el arcángel rebelde que prefirió reinar en el infierno a servir en el cielo. Rubio como eres, resultarás un estupendo lucero del alba.

—Es un apodo muy elegante —concordó Rafe—. Personalmente, yo creo que Milton sentía una secreta predilección por Lucifer. Como personaje es mucho más interesante que Dios, que actúa como un jefe prepotente.

—Si nosotros empezamos a referirnos a tí como Lucifer, dentro de un par de semanas todos los chicos de Eton harán lo mismo. —Los ojos verdes de Michael chispearon maliciosos—. Los profesores dirán que es sacrilego. Se pondrán furiosos.

Lucien se recostó contra la cama y cerró los ojos mientras pensaba. Los apodos eran importantes; que a uno de Eton le llamasen una cosa tan idiota como *Soplido* podía ser algo que persiguiera a un hombre toda la vida. Lucifer era un apodo de gran fuerza; un ser capaz de reírse de Dios sería muy listo para amar demasiado. Y seguro que un peligroso y orgulloso ángel caído no lloraría por la noche.

Trató de componer una expresión fría e irónica. Sí, aquello le iría muy bien.

—De acuerdo —dijo despacio—. Seré Lucifer.

*Londres, octubre de 1814*

Transcurridos dos días, ya había quedado atrás el momento de llorar. Ahora debía pasar a la acción.

Ya había formulado las preguntas obvias a las personas apropiadas, y terminado con las manos vacías. Aparte de su intuición, no había prueba alguna de que hubiera sucedido nada espantoso.

Por supuesto, en este caso su intuición era infalible.

Por lo menos, gracias a Dios, lo peor todavía no había ocurrido. Si actuaba deprisa, tal vez pudiera impedir el desastre final. Pero ¿qué podía hacer? En una situación así no existían las fuentes convencionales de ayuda, y aunque había hombres a los que podía pedir auxilio, no se atrevía a confiar en ninguno.

Se obligó a sí misma a poner fin a aquel frenético pasear arriba y abajo por la habitación en desorden que mostraba los efectos de su fútil búsqueda. Se suponía que era una mujer inteligente, de modo que ya era hora de que actuase como tal. Tomó asiento frente al escritorio, sacó punta a una pluma, la mojó en el tintero y empezó a escribir todo lo que sabía. Primero las fechas, las horas y las respuestas de las personas a las que había interrogado; luego su propia teoría de lo que debió de suceder, que se apoyaba en su mayor parte en conversaciones que recordaba a medias pero que encajaba con los hechos, así que procedería como si fuera cierta. Al fin y al cabo, no tenía ninguna otra. Se le secó la tinta en la pluma mientras pensaba en lo que iba a escribir a continuación. Había una necesidad crucial de obtener información; si pudiera averiguar exactamente lo que había ocurrido, podría idear una solución. Aunque no carecía de aliados, la parte más dura de la investigación debía recaer sobre ella. No sólo su habilidad era de un singular valor, sino que no había nadie más, ni siquiera Jane, que pudiera tomarse el asunto tan en serio.

Poco a poco fue surgiendo un plan de actuación, aunque se le contrajo el rostro mientras elaboraba una lista de lugares que debía investigar y formas de empezar a hacerlo. Algunos de los métodos necesarios podrían resultar peligrosos, y sabía que no era una mujer valiente

Pero no le quedaba otra alternativa; una espera pasiva sería algo insoportable.

La idea más osada era sorprendentemente simple. Al tiempo que la apuntaba, se reprendió a sí misma por no haber pensado en ella inmediatamente.

La pluma empezó a volar sobre el papel a medida que se le iban ocurriendo más ideas. Pronto tuvo anotado todo lo que necesitaría para convertirse en otra persona. Aunque quizá fuese más exacto decir que iba a convertirse en media docena de personas diferentes.

—¡Deténgase ahora mismo, condenado milord!

Se detuvo al instante. Lucien Fairchild, noveno conde de Strathmore, de profesión jefe secreto del servicio de inteligencia en un plano informal y un enigma por decisión personal, reconocía a un asesino nada más oírlo.

Se volvió lentamente para mirar de frente al hombre que acababa de abordarle, maldiciéndose a sí mismo por haberse vuelto más descuidado desde que terminó la guerra. Debería haberlo sabido. Aunque había finalizado la contienda en los campos de batalla de Europa, el clandestino mundo de las conspiraciones, la política y el poder duraba eternamente.

Se había encaminado hacia su casa al salir del club y ya era tarde, pasada la medianoche. Los adoquines estaban cubiertos de hojas secas y a una manzana de allí se oía el retumbar de los carruajes que atravesaban la plaza de Hanover, pero Lucien se encontraba solo en la calle en penumbra con una... no, dos figuras oscuras y corpulentas. El tenue resplandor de las estrellas se reflejaba con un brillo apagado en los largos cañones de las dos pistolas que le apuntaban al corazón.

Ganar tiempo. Averiguar a quién te estás enfrentando, y por qué.

—¿Nos conocemos, señor? —preguntó Lucien cortés.

—No personalmente, pero dicen que lleva usted cerca de dos años buscando a Harry Mirkin, de modo que he decidido que ya es hora de presentarme. —El hombre soltó una risita burlona—. Estoy decepcionado. Dicen que le llaman Lucifer porque es usted un diablo peli-

groso, pero no es más que un pálido petimetre, demasiado guapo para asustar a un viejo carterista del East End.

—Lamento mucho no satisfacer sus expectativas. La reputación de uno suele estar distorsionada. —Lucien señaló a Mirkin con su bastón de cabeza de marfil—. Por ejemplo, corre el rumor de que usted es el rey de los bajos fondos de Londres. Se ha dicho que los franceses le pagaron para que asesinara a los dirigentes *lories*, con la esperanza de hundir al gobierno y de que Gran Bretaña se retirase de la guerra. ¿Era cierto ese rumor?

—En efecto, es verdad —dijo Mirkin con aire rencoroso—. Y lo habría conseguido de no haber sido por usted y por esas comadrijas de informadores suyos. Ese fracaso me costó perder mi banda, mi posición en los bajos fondos y las cinco mil guineas de oro que me habrían pagado si hubiera tenido éxito. Tuve suerte de escapar con vida.

—Buen pago por un trabajo, pero un precio muy bajo por traicionar a su país —murmuró Lucien—. He tratado de encontrarle, pero no puedo decir que haya buscado con demasiado ahínco; tenía cosas más importantes que hacer.

—¡Ha sido un necio al no creer que yo era importante!

—Es evidente que le subestimaba. —Lucien jugueteó con su bastón y aflojó el puño del mismo a hurtadillas—. Hizo usted un buen trabajo al esfumarse. ¿En qué cloaca ha estado escondido?

Su oponente escupió sobre la acera.

—He estado en la apestosa Dublín, y todo por su culpa. He regresado para recuperar lo que es mío, y voy a empezar matando a lord Lucifer, por meter las narices en asuntos que no son de su incumbencia.

—Estoy seguro de que eso obrará maravillas con su reputación cuando se sepa que necesitó ayuda para matar a un hombre desarmado —dijo Lucien secamente.

Mirkin hizo un gesto con la mano señalando a su fornido acompañante, que se encontraba a apenas dos metros de Lucien.

—Mi hermano Jimmy no me traicionará. Lo único que se sabrá es que usted está muerto y que ha sido obra mía. —Su tono de voz se volvió venenoso—: Suplique por su vida, Strathmore. Quiero que se arrastre como la serpiente que es.

Tenso y presto para la acción, Lucien le contestó en tono neutro:

—Lo que usted diga, Harry. ¿Quiere que me ponga de rodillas? Por un brevísimo instante, enseñó los dientes de depredador.

—Eso me gustaría. Arrástrese bien y puede que le dé una muerte rápida. De otro modo, acabará con dos balas en la barriga y tardará semanas en morir.

Mirkin bajó ligeramente la pistola mientras aguardaba a que su enemigo se humillase. Entonces, aprovechando que el otro tenía la guardia baja, Lucien se lanzó de golpe contra Jimmy.

Aquella maniobra suponía un riesgo, pero con suerte estropearía la puntería de Jimmy y evitaría que Mirkin disparase por miedo de herir a su hermano. Lucien ganó la apuesta, aunque sólo por los pelos; cuando el corpulento hombre se abalanzó sobre su asaltante, su pistola se disparó. La bala explotó junto a la cabeza de Lucien y una lluvia de granos de pólvora le salpicó la cara.

Sin hacer caso de la ensordecedora explosión, Lucien rodó sobre su espalda y sacó de un tirón la cabeza del bastón, dejando al descubierto un estoque afiladísimo y reluciente. Lo agarró con ambas manos para que apuntara directamente hacia arriba, al hombre que caía en ese instante sobre él. Un momento después, Jimmy se empaló a sí mismo sobre la hoja con un impacto que hizo vibrar todo el cuerpo de Lucien. El hombre profirió un alarido estremecedor que terminó tan rápidamente como había empezado. Entonces cayó sobre Lucien todo el peso del cadáver, aplastándole contra el suelo. Antes de que pudiera liberarse, Mirkin rugió:

—¡Maldito bastardo asesino! —Dio vuelta a la pistola y estrelló la culata contra la cabeza de Lucien, y después lanzó el brazo hacia atrás para repetir la operación—. Por esto voy a hacerte pedazos.

Un estallido de dolor inundó el cráneo de Lucien, que aferrándose a la consciencia con grave determinación, le espetó:

—Si lo consigues, por lo menos te habrás ganado honradamente mi muerte.

Cuando Mirkin echó el pie atrás para propinarle una patada. Lucien apartó de sí el fornido cuerpo de Jimmy y lo lanzó contra las piernas de su atacante, y acto seguido se puso de pie, tambaleante. Perdió unos segundos preciosos tratando de liberar también su estoque, pero estaba anclado con demasiada fuerza en el pecho de Jimmy. Tendría que enfrentarse a Mirkin desarmado.

—Eres un bastardo tramposo, ¿eh? —Mirkin levantó su pistola—. Voy a pegarte un tiro como debería haber hecho al principio.

Pero antes de que pudiera disparar, Lucien lanzó una patada y arrancó la pistola de la mano del otro hombre. El arma salió volando en la oscuridad y fue a aterrizar con un ruido metálico.

—¡Por Dios, si no puedo pegarte un tiro, te arrancaré la cabeza con las manos, puerco asqueroso! —bramó Mirkin al tiempo que se abalanzaba sobre Lucien en una embestida que hizo que los dos cayeran al suelo.

Lucien forcejeó y logró escapar del mortal abrazo, pero Mirkin no había hecho más que empezar su carrera de delincuente como ladrón de los muelles de Londres, y todavía tenía el tamaño y la fuerza bruta de un estibador. Inmovilizó a Lucien sobre los adoquines y a continuación cerró las manos alrededor de su garganta y apretó con todas sus fuerzas, bloqueando el aire y amenazando con quebrarle la tráquea.

Lucien, con la visión oscurecida, empujó hacia arriba para desequilibrar a su atacante y a continuación le golpeó con la rodilla en la ingle. Mirkin se encogió instintivamente, lo cual dio a Lucien una oportunidad para desembarazarse de él. Rápido como un gato, se puso en pie de un salto, agarró la cabeza de su enemigo desde atrás y, con un retorcimiento salvaje, le rompió el cuello.

Tras el horrible chasquido, todo quedó en silencio excepto por la respiración agitada de Lucien. Dejó que el cuerpo inerte de Mirkin se desplomara en el suelo y después dio un paso atrás y se secó el sudor de la frente con la muñeca.

—En cierto modo me has hecho un favor, Harry —jadeó—. No me gusta matar a sangre fría, pero si es en defensa propia no siento ningún remordimiento.

Comenzaron a acudir hombres de las casas vecinas, atraídos por el sonido del disparo que efectuó Jimmy. Debían de haber transcurrido no más de tres o cuatro minutos desde que le abordaron Mirkin y su hermano.

Tiempo suficiente para matar a dos hombres.

Llegó media docena de vecinos portando candiles. Uno de ellos, un conocido de Lucien llamado Winterby, exclamó:

—Dios mío, Strathmore está herido. ¡Llamen a un médico! Lucien bajó la vista y vio que su capa de color beige estaba manchada de un intenso carmesí.

—No es necesario, no es sangre mía.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me han atacado dos viandantes. —Lucien se agachó y recogió su sombrero. Ahora que ya había pasado la crisis, le sorprendió descubrir que estaba temblando por la reacción. Había estado muy cerca, muy cerca.

—Es sorprendente que un hombre no pueda estar seguro ni siquiera en Mayfair —dijo alguien en tono indignado.

Un hombre delgado que se había arrodillado para examinar los cuerpos dirigió una mirada extraña a Lucien.

—Los dos están muertos.

—Afortunadamente, llevaba conmigo mi estoque. —Lucien recuperó las dos partes de su bastón. Después de limpiar la hoja con la capa echada a perder, enroscó el puño sobre la base otra vez.

El hombre delgado echó un vistazo a Mirkin, cuyos ojos vidriosos estaban fijos y cuyo cuello aparecía torcido en un ángulo extraño e imposible.

—Muy afortunado —dijo secamente. Otra voz murmuró:

—No me extraña que le llamen Lucifer.

Winterby, alzando la voz para acallar el comentario, dijo:

—Venga a mi casa a tomar una copa de coñac mientras esperamos a que venga el juez.

—Gracias, pero dado que vivo justo enfrente, en la plaza, prefiero irme a mi casa. El juez podrá hablar conmigo allí.

Lanzó una última mirada a los cadáveres de los dos hombres que habían intentado matarle. Qué vida tan extraña era la suya, en la que un olvidado asunto del pasado podía salir a la luz y destruirle en cualquier momento. Si Mirkin no hubiera sentido la imperiosa necesidad de explicarse, sería él el que estaría tendido en el suelo en esos momentos.

Se volvió con gesto cansado hacia la plaza de Hanover, acompañado por uno de los lacayos de Winterby, que llevaba un farolillo. Aquel ataque había servido muy bien para recordarle que ya era hora de hacerse cargo de cierto asunto sin terminar. Harry Mirkin había sido solamente un instrumento en manos de otra figura más poderosa, un agente de Napoleón que había trabajado durante años en contra de Inglaterra. Mentalmente, Lucien le había apodado el Fantasma, porque era esquivo como un espectro y siempre permanecía en un segundo plano mientras llevaba a cabo sus fechorías.

Tras la abdicación de Napoleón en la primavera, Lucien se había concentrado en seguir de cerca las ocultas intrigas de traición que pululaban por el Congreso de Viena. Esa labor era más urgente que encontrar al Fantasma, pero el Congreso estaba actuando bien, y había llegado el momento de destruir al espía cuyas actividades habían prolongado la guerra y podrían complicar la paz.

Pero ¿por dónde empezar? Había indicios de que el Fantasma era un inglés de buena cuna, muy posiblemente alguien que el propio Lucien conocía. Evaluaría hasta la prueba más pequeña que poseía, añadiría una dosis de instinto e idearía un plan para capturar al traidor.

Mientras subía los escalones que conducían a su casa, esbozó una sonrisa irónica, riéndose de sí mismo. Ni siquiera un fantasma podría eludir a Lucifer.

Era el momento oportuno para entrar a robar. Los invitados varones del castillo de Bourne se encontraban abajo, bebiendo y fanfarroneando, y sus ayudas de cámara estaban haciendo algo parecido en los aposentos de la servidumbre; ella, Kit Travers, estaba más dispuesta de lo que iba a estar nunca.

Se secó las palmas húmedas en la tela basta de su vestido mientras se decía a sí misma que era Emmie Brown, doncella, concienzuda y no muy lista. Su cofia desgarrada reforzaba esa imagen, con el beneficio añadido de que le ocultaba el rostro. Nadie adivinaría jamás que no era lo que parecía ser.

Tomó el calentador en una mano y una lámpara en la otra y abandonó la seguridad de la escalera trasera para salir al corredor superior del ala oeste del castillo de Bourne. La luz parpadeante de la lámpara reveló una docena de puertas, todas idénticas. Por suerte, era costumbre de la casa colocar una tarjeta que identificaba al ocupante en un soporte situado junto a la puerta de cada invitado. Presumiblemente, aquello resultaba de utilidad para el ilícito tráfico de altas horas de la noche. En una ocasión, Kit había oído hablar de un pretendiente amoroso en busca de su amante que irrumpió por la puerta gritando:

«¿Está lady Chupete lista para John el Grandullón?», sólo para encontrarse con que había invadido accidentalmente el dormitorio del obispo de Salisbury, que tenía setenta años. Aquel recuerdo casi la hizo sonreír.

Las frivolidades se desvanecieron en cuanto levantó la lámpara para examinar la primera tarjeta. Señor Halliwell. Que ella supiera, aquél no era un miembro del club de los Demonios, de manera que avanzó hasta la siguiente puerta. Sir James Westiey. Aquél figuraba en su lista, así que dejó la lámpara en el suelo y, vacilante, giró el pomo de la puerta. Esta se abrió sin dificultad bajo su mano.

Con el corazón retumbándole en el pecho, penetró en la habitación procurando actuar como si tuviera todo el derecho de estar allí. De todos modos, sintió alivio al ver que la estancia estaba tan vacía como se suponía que debía estarlo. Puso el calentador sobre el fuego y acto seguido empezó a registrar el armario ropero.

A juzgar por sus ropas, Westiey era de constitución fuerte y de gustos elegantes. Repasó rápidamente las prendas colgadas, prestando una atención especial a los bolsillos, pero no descubrió nada de interés. A continuación, fue sacando una por una las bandejas que contenían la ropa interior. Nada.

Tras un somero examen para cerciorarse de que todo quedaba exactamente igual que lo había encontrado, cerró el ropero y se dirigió a la mesa escritorio. Había varias cartas metidas en una cartera de cuero. Nerviosa y consciente de que el tiempo apremiaba, las hojeó a toda prisa. Una vez más, no encontró nada que pareciera importante. Cuando ya no hubo nada más que registrar, pasó el calentador sobre las sábanas y después se marchó. En la siguiente habitación se alojaba el Honorable Roderick Harford. Excelente; éste era un fundador de los Demonios y uno de los hombres que más la interesaban,

Más reservado que Westiey, había cerrado su puerta con llave. Kit miró a izquierda y derecha para cerciorarse de que estaba sola y acto seguido extrajo una llave que debía encajar en las sencillas cerraduras de la mayoría de las habitaciones del castillo. Si la descubrían dentro, afirmarían que había encontrado la puerta abierta, y supondrían que la cerradura no había funcionado bien.

La llave entró con un leve zarandeo. Kit penetró en el cuarto y empezó a registrarlo igual que había hecho en la habitación de Westiey. Harford era un hombre mucho más alto que el otro, y más descuidado con su ropa; sus prendas interiores mostraban manchas de rapé. Debería despedir a su ayuda de cámara,

¿Cuánto tiempo había transcurrido? Dado que todos los huéspedes habían pasado una agotadora jornada de caza, tal vez se retiraran temprano. Nerviosa, pasó las manos entre varios montones de corbatas dobladas. ¡Si por lo menos supiera lo que estaba buscando!

Una vez más, parecía que no había nada de interés. Entonces, en el último cajón, bajo una pila de camisas, descubrió un libro grande y de costosa encuadernación titulado *Concupiscentia*. Lo hojeó e hizo una mueca. Por lo visto, el Honorable Roderick tenía cierto gusto por los dibujos obscenos y más bien desagradables. Obviamente, era un hombre al que había que vigilar.



Se dirigía hacia el escritorio cuando de pronto oyó una llave que giraba en la cerradura. Durante un momento de terror, creyó que se le iba a parar el corazón. Como la puerta no estaba cerrada, el hombre de fuera empezó a mover la llave, tratando de abrir lo que ya estaba abierto. La parálisis momentánea de Kit desapareció, y se lanzó a coger el calentador y luego volvió a echar hacia atrás los cobertores de la cama. Para cuando el Honorable Roderick Harford entró en la habitación, ella estaba inocentemente ocupada en pasar el calentador por las sábanas.

En persona era incluso más grande de lo que sugería un estudio de sus ropas.

—¿Qué estás haciendo aquí, muchacha? —gruñó con voz enturbiada por la bebida—. Mi habitación estaba cerrada con llave.

—Estaba abierta, señor —dijo ella con fuerte acento rural. Redondeó los hombros para rebajar un poco su postura y continuó—: Si no desea usted que se le caliente la cama, señor, me iré.

—Esa maldita cerradura probablemente lleva ahí desde que Enrique VIII disolvió las iglesias. Candover debería reemplazarlas —dijo Harford en tono acre. Cerró la puerta y cruzó la estancia con pasos un tanto inestables—. No te vayas, muchacha. Esta noche hace frío, y ahora que lo pienso, me vendría bien un poco de calor en la cama.

Alarmada por el brillo de los ojos del hombre, Kit se escabulló hacia un lado en el momento en que él trataba de tocarla.

—Ya me marchó, señor. —Se lanzó hacia la puerta.

—No tan deprisa, cariño. —La agarró por la muñeca y tiró de ella para obligarla a detenerse—. Eres una putita bastante flaca, pero servirás para un rápido revolcón.

Fue fácil mostrar terror. Luchando por desasirse, Kit gimió:

—Por favor, señor, soy una chica decente.

—Habrá una guinea de oro para ti —dijo él con una risita de borracho—. Tal vez dos, si se te da bien mantenerme caliente. —La atrajo hacia él de un tirón y la abrazó, con un pestilente olor a oporto. Ilff. Forcejear sería inútil contra un hombre del doble de su tamaño, de modo que se obligó a sí misma a relajarse, aunque mantuvo la boca fuertemente cerrada para protegerse del intento de invasión de su lengua. Él tomó su inmovilidad como aceptación y musitó:

—Así está mejor, cariño. —Y movió una mano hasta sus senos—. Enséñame lo caliente que eres.

Ella aprovechó que él había aflojado la mano para zafarse. Consiguió llegar hasta la puerta, y ya estaba a medio camino pasillo abajo cuando él la atrapó de nuevo.

—Te gusta jugar, ¿eh? —dijo jovialmente—. Eres más vivaracha de lo que pareces.

Preso del pánico, Kit le empujó violentamente en el pecho y le hizo perder el equilibrio. Él se aferró a ella para evitar caerse, y logró arrastrarla consigo al suelo. Ambos terminaron esparrancados en el umbral de la puerta, con las cabezas en el pasillo, Harford encima. Mientras Kit boqueaba en busca de aire, él tiró de su corpiño y consiguió desgarrarlo hasta la cintura.

—Mucho mejor de lo que esperaba —dijo con voz ronca—. Tal vez te dé cinco guineas.

Había temido muchas cosas de esta noche, pero una casual violación por parte de un hombre que ni siquiera conocía su nombre no era una de ellas. Aterrorizada, intentó chillar, pero el grito quedó ahogado por la boca de él.

De pronto, sintió que el peso agobiante del hombre desaparecía y que podía respirar de nuevo. Por encima de ella una fría voz dijo:

—La señorita no parece mostrar interés, Harford. Kit levantó la vista y descubrió a un hombre alto y rubio que sujetaba a su atacante contra la pared. Aunque el elegante recién llegado no parecía ejercer presión alguna, Harford era incapaz de liberarse.

—Ocupese de sus asuntos —jadeó Harford al tiempo que trataba inútilmente de soltarse de la garra del hombre rubio—. Es una doncella, no una señorita. Todavía no he conocido a ninguna doncella que **no** se haya sentido halagada de que un caballero quiera montarla.

—Me parece que esta noche ha conocido usted a una. Otra cosa sería que ella se mostrase dispuesta, pero no es educado violar a las criadas del anfitrión —dijo la fría voz en suave tono de reproche—. A Candover le fastidiaría mucho, y ya sabe usted la buena puntería que le soltó, y él se apresuró a entrar en su habitación con un bostezo—. Buenas noches, Strathmore.

Kit se puso rígida. Santo Dios, su rescatador era Lucien Fairchild, el conde de Strathmore, un hombre al que llamaban, siempre en susurros y después de mirar en todas direcciones. Lucifer. Él y varios de sus libertinos amigos eran conocidos colectivamente como los Angeles Caídos. No sabía que fuera miembro del club de los Demonios.

Sin embargo, no pudo ser más caballeroso cuando le ofreció una mano para ayudarla a incorporarse.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Preguntándose si no habría salido del fuego para caer en las brasas, aceptó su mano y se puso de pie.

—S-sí, milord.

Cuando le miró a la cara, sufrió una impresión distinta. Al igual que su tocayo. Lucifer, el conde irradiaba un brillo más deslumbrante que el de un hombre mortal. Si el vicio le había echado a perder, aún no se revelaba en su rostro, pero sus ojos de color verde dorado contenían la fatiga de un hombre que ha visto las llamas del infierno. Esperó que no fuera su enemigo, porque adivinaba que sería un adversario letal.

El le apretó la mano con fuerza.

—¿Cómo se llama?

Ella estaba tan impresionada que dijo de forma automática:

—Kit —antes de recordar que se había unido a la servidumbre de la casa con el nombre de Emmie Brown. Furiosa por haber revelado su verdadera identidad, convirtió su error en un balbuceo —: Kit... Kitty, milord.

El la recorrió con la mirada.

—Tal vez valga la pena batirse en duelo por usted, Kitty. Al darse cuenta de que el corpino desgarrado le había dejado un pecho prácticamente al descubierto, retrocedió encogiéndose y usó su mano libre para cubrirse con la tela rasgada. Inmediatamente, él le soltó la mano y dijo, volviendo a su anterior actitud objetiva:

—Tómese una taza de té y vayase a la cama, Kitty. Una buena noche durmiendo a pierna suelta y se pondrá bien.

Aunque ninguna otra cosa le gustaría más, Kit respondió:

—Aún no he terminado mi trabajo, milord.

—Por esta noche, el resto de los invitados pueden dormir entre sábanas sin calentar. Yo me encargaré de explicárselo al duque para que no la castiguen. —Su mirada la recorrió de nuevo—. Diga al ama de

llaves que asigne esta tarea a alguien de más edad la próxima vez que venga de visita una partida de caza. Ahora márchese, Kitty. Y por su propio bien, aprenda a afilar las garras.

Contenta de obedecer, ella inclinó la cabeza y se apresuró a marcharse como si fuera una muchacha aterrorizada hasta perder los cabales. No le hizo ninguna falta fingir. Dobló la esquina del pasillo y se refugió detrás de la puerta que ocultaba las escaleras de la servidumbre. Una vez a salvo, se dejó caer sobre el último peldaño, puso a un lado las herramientas de su oficio y enterró el rostro entre las manos temblorosas. Había media docena más de hombres cuyas habitaciones debería haber registrado, pero no se atrevía a continuar. Al parecer, el grupo que había en el salón iba a disgregarse temprano, y si se topaba con algún otro invitado calenturiento tal vez no tuviera tanta suerte.

Furiosa, se reprendió a sí misma por haber conseguido tan poco. Había albergado la esperanza de descubrir algo que redujera su búsqueda, pero había tardado varios días en lograr que la contrataran como doncella, y la partida de caza casi había finalizado. Al día siguiente, todos los huéspedes se marcharían y ella no se habría enterado de nada.

Se puso de pie con dificultad, notando los hematomas que se había hecho al golpearse contra el suelo. También ella podría marcharse esa noche, ya que sería incapaz de descubrir nada más. Emmie Brown, doncella fracasada, se esfumaría. El ama de llaves se limitaría a musitar algo acerca de lo difícil que resultaba obtener buenos sirvientes y le diría que se marchara con viento fresco.

Mientras subía los oscuros escalones que conducían a la minúscula habitación del desván en la que nunca había dormido, juró que la próxima vez lo haría mejor.

No tenía otra alternativa, pues el fracaso era algo impensable.

Mientras caminaba lentamente por el pasillo en dirección a su dormitorio, Lucien reflexionaba sobre los caprichos de la naturaleza. La doncella era una sencilla joven venida del campo, vulnerable e inocente, no demasiado rápida de mente y con los hombros encogidos propios de alguien que se avergüenza de su estatura. Sin embargo, había captado por un instante su perfil, y éste poseía la pureza del rostro de una moneda griega. Quizás era eso lo que había atraído a Harford. No, probablemente él no se había fijado; el Honorable Roderick no era de los que distinguían esas cosas.

Apartó a la doncella de sus pensamientos y entró en su habitación,

se quitó la corbata de pañuelo y se agachó para encender el fuego. Luego se acomodó en un sillón de orejas y contempló las suaves llamas mientras su mente cavilaba alrededor de toda una variedad de acontecimientos, tratando de encontrar alguna pauta común. No estaba haciendo progresos, de manera que fue un alivio oír que alguien llamaba suavemente a la puerta, a espaldas de él.

—Entre.

No le sorprendió ver que su visitante era el duque de Candover. Su anfitrión y él no habían tenido la oportunidad de hablar en privado durante la partida de caza. El duque entró llevando dos copas de cristal y una botella en el hueco del brazo.

—Estabas tan ocupado en analizar a los demás invitados que apenas has tocado tu copa de oporto, así que he pensado que tal vez te apeteciera tomar un poco de coñac antes de acostarte.

Lucien rió levemente.

—Muy considerado. Rafe. Supongo que también tenías la esperanza de enterarte de por qué te pedí que invitaras a venir al castillo de Bourne a un grupo tan variopinto de personas y avisándolo con tan poca antelación.

—Siempre es un placer poner mi esplendor ducal a tu servicio, Luce, pero he de admitir que siento curiosidad por lo que te traes entre manos esta vez. —El duque escanció coñac para los dos, le entregó a Lucien una copa y a continuación tomó asiento en la silla que había al otro lado del fuego—. ¿Hay alguna otra manera de poder ayudarte en tu investigación?

Lucien titubeó, pensando en cuánto debía decir. Cuando era necesario, había reclutado a viejos amigos, incluido Rafe, en su trabajo de inteligencia, pero nunca lo hacía sin una buena razón.

—Esta vez no, tú eres demasiado respetable. Resultaría extraño que hicieras algo más que invitar a una casual partida de caza a los hombres que me interesan. Hablando de eso, gracias por hacerme el favor; organizar las invitaciones para el famoso castillo de Bourne ha aumentado mi categoría con los Demonios.

Rafe emitió un leve silbido.

—Por supuesto. Ya me extrañaba a mí que me hubieras pedido que invitase a esos hombres en particular. Son todos del club de los Demonios. ¿Por qué estás investigando a ese grupo? Creía que no eran más que una colección de calaveras mal organizados a los que les gustaba considerarse a sí mismos herederos del antiguo club Fuego del Infierno, sin su comportamiento criminal.

—Eso es cierto en su mayor parte —concordó Lucien—. La mayoría de ellos son jóvenes a los que les gusta creerse arrojados y peligrosos. Al cabo de un año o dos, se hacen demasiado mayores para seguir cometiendo las travesuras más bien infantiles del grupo y lo abandonan. Pero existe un círculo íntimo denominado los Discípulos que tal vez esté empleando las borracheras y el frecuentar prostitutas como tapadera para otras actividades menos aceptables. —Hizo una mueca—. Lo cual significa que, en un futuro previsible, voy a pasar mucho tiempo en compañía de hombres de intereses más bien limitados.

—¿Mis invitados son todos Discípulos?

—La mayoría de ellos, sí, creo, aunque es difícil tener la seguridad. —Lucien frunció el ceño—. Es una lástima que no haya venido el hermano de Roderick Harford, lord Mace. Creo que los dos, junto con su primo lord Nunfield, constituyen la espina dorsal de la organización. Tengo que ganarme la aprobación de Mace para ser admitido en el grupo.

—Supongo que ya conocerás a Mace, ¿no? Imagino que, por norma, conoces a todo el mundo en Londres.

—No tanto, aunque lo intento. Mace y yo somos meros conocidos, él no es el tipo de hombre que yo elegiría como amigo. Sospecha de todo el mundo, y particularmente de mí.

—Y con razón —dijo Rafe con voz cortante—. Supongo que aquí hay implicaciones políticas, o de lo contrario no estarías investigando a ese grupo.

—Supones bien. Al menos un funcionario del gobierno ha sufrido chantaje por algo que sucedió durante una de las orgías de los Demonios. Afortunadamente, tuvo la sensatez de acudir a mí, pero puede que haya otras víctimas que no lo han hecho. —Lucien observó el coñac que contenía su copa—. También tengo razones para creer que alguien del grupo está vendiendo información a los franceses.

Las cejas oscuras de Rafe se juntaron.

—Sería terrible si fuera cierto, pero ahora que ya no está Napoleón, un espía no debería suponer una gran amenaza.

—Durante la guerra, murió uno de mis agentes en Francia porque un hombre de Londres reveló su identidad a la policía de Napoleón. Y aún hubo más daños. —Lucien entornó los párpados—. Puede que haya terminado la guerra, pero yo todavía no estoy preparado para olvidar y perdonar.

—Si el responsable es un Demonio, será mejor que espere recibir ayuda del infierno. —El duque sonrió—. Incluso así, yo te respaldaré para que ganes.

—Naturalmente —dijo Lucien en tono más ligero—. Como jefe de los Angeles Caídos, yo soy el primero que tiene derecho a reclamar ayuda de los diablos.

Rafe rompió a reír, y ambos se relajaron en un amistoso silencio. El duque, contemplando ociosamente las llamas, preguntó:

—¿Alguna vez te has preguntado cuántos kilos de queso habremos tostado frente a fuegos como éste en nuestros días de colegio? Lucien soltó una risita.

—No puedo decir que no me lo haya preguntado, pero ahora que has planteado la cuestión, no podré dormir calculando cuántos. Rafe se puso serio de pronto y dijo:

—¿Resulta cansado tener que saber siempre la respuesta?

—Mucho —respondió Lucien lacónicamente, perdiendo la sonrisa.

Tras un prolongado silencio, el duque dijo en voz baja:

—Ningún hombre puede salvar al mundo, por mucho que se esfuerce.

—Eso no significa que no tengamos que intentarlo, Rafael. —Lucien dirigió a su amigo una mirada irónica—. El problema que tienen los viejos amigos es que saben demasiado.

—Cierto —contestó Rafe apaciblemente—. Pero eso también es una ventaja.

—Por la amistad. —Lucien levantó su copa y a continuación bebió un largo trago de coñac. Resultaba irónico que él y sus tres amigos más íntimos de Eton hubieran adquirido el apodo de Ángeles Caídos cuando invadieron Londres después de salir de Oxford. Excepto el propio Lucien, eran los hombres más honorables del mundo. Cuando la tragedia destruyó la infancia de Lucien, lo que le salvó fue el carácter bondadoso y alegre de Nicholas, la tranquila aceptación de Rafe, y la inquebrantable lealtad de Michael. Si no hubiera sido por ellos, le habrían consumido la soledad y el sentimiento de culpa.

Sabía lo increíblemente afortunado que era al tener a sus amigos. No era culpa de nadie que ni siquiera una profunda amistad pudiera reparar el daño sufrido por una alma que había sido desgarrada por la mitad.

Mientras apuraba su copa, recordó el incidente que se había producido en el pasillo.

—He tenido que separar a Roderick Harford de una de tus doncellas, una muchacha llamada Kitty. Pretendía ampliar las obligaciones de la joven de un modo que a ella no le apetecía. Rafe hizo una mueca.

—Harford es un patán. Espero que no vuelvas a pedirme que le invite a venir otra vez, eso podría poner en peligro incluso una vieja amistad. ¿Se encuentra bien la chica?

—Un poco agitada, pero no herida. Le dije que por esta noche dejara el trabajo que le quedara por hacer y que se fuera a la cama, que yo me encargaría de disculparla contigo.

—Muy bien. Por la mañana hablaré con el ama de llaves para asegurarme de que no se castigue a esa muchacha por abandonar sus obligaciones. —Bostezó y se puso de pie—. ¿Vas a marcharte con los demás mañana, o te quedarás unos días?

—Voy a regresar a Londres. Tengo mucho que hacer antes de convertirme en un verdadero Demonio.

—Oh, yo no sé nada de eso. Sólo acuérdate del primer año que estuvimos todos en Londres.

Los dos rieron, y después Rafe se marchó. Lucien continuó mirando el fuego. Como hombre al que disgustaban los excesos, no sentía ninguna gana de tratar de infiltrarse en el club de los Demonios, pero no tenía más remedio que hacerlo. Aunque lo que le había explicado a Rafe era verdad hasta donde alcanzaba, lo que no le había dicho era que tenía su aguzado instinto de cazador en pleno estado de alerta.

El club del Fuego del Infierno original de hacía cincuenta años había sido famoso tanto por su libertinaje como por lo exaltado de sus miembros, entre los que se contaban muchos de los hombres más influyentes de Inglaterra. El club había sido fundado por sir Francis Dashwood, un hombre muy rico y depravado. Además de elevar la corrupción a nuevas alturas, los miembros se divertieron burlándose de la religión y jugaron en la política con consecuencias de gran repercusión. Si no hubiera sido por el club del Fuego del Infierno, muy probablemente las colonias americanas no se hubieran rebelado y convertido en una nación independiente.

Los actuales Demonios no tenían pretensiones tan elevadas. En teoría, simplemente formaban una disipada asociación que se daba a la bebida y a las prostitutas, no muy distinta de otra docena de grupos similares. Sin embargo, Lucien tenía la sensación de que detrás de aquella fachada había algo muy malo, y estaba decidido a descubrir de qué se trataba.

Era una lástima que no le gustasen las orgías.

A la mañana siguiente, el gran salón del castillo de Bourne bullía de huéspedes y sus sirvientes preparados para partir. Protegido por el estrépito general, el duque dijo a Lucien:

—He preguntado al ama de llaves por la doncella. Harford me ha costado un miembro de la servidumbre: era el primer día de trabajo de la muchacha, y por lo visto él la alteró tanto que salió huyendo en mitad de la noche.

Lucien pensó en el aire de vulnerabilidad de la joven.

—Parecía tímida. Espero que tenga la sensatez de buscar su siguiente empleo en una casa más tranquila. El hogar de un vicario, tal vez.

—Hay un detalle raro: el ama de llaves me ha dicho que la chica se llamaba Emmie Brown, no Kitty. Sorprendido, Lucien dijo:

—¿No podría tratarse de dos muchachas distintas?

—No, Emmie Brown era incuestionablemente la doncella con la que tú hablaste, y no hay ninguna Kitty empleada en la casa. Lucien se encogió de hombros.

—Puede que Kitty fuera un apodo de la niñez que la chica soltó impulsivamente porque estaba alterada.

Era una explicación plausible. Sin embargo, mientras conducía de vuelta a Londres, más de una vez se sorprendió a sí mismo preguntándose por aquella joven con dos nombres. Eso le daba un aire de misterio, y los misterios no le gustaban.

El paso siguiente de la campaña de Lucien para ser aceptado por los Demonios lo dio la noche siguiente de regresar a Londres, cuando visitó una taberna llamada *La Corona y el Buitre*, sede de las juergas mensuales del grupo. Roderick Harford le había invitado a ir y le dijo que también estaría allí su hermano, lord Mace.

Caía una fría lluvia, y Lucien se alegró de entrar en el ambiente cálido y lleno de humo de la taberna. El bodegón que había al frente se veía atestado de hombres mal vestidos trabajando. Después de echar un vistazo a la cara indumentaria de Lucien, el que atendía la barra señaló con el dedo pulgar a su espalda.

—Sus elegantes amigos están ahí.

Mientras Lucien atravesaba el salón en dirección a la parte posterior del edificio, le acompañó un estruendo de risas. Los Demonios estaban de buen humor.

Se detuvo un instante en el umbral para examinar el lugar. Era la primera vez que visitaba *La Corona y el Buitre*. Iluminada por un fuego y un puñado de velas, vio una escena agradable en una noche de invierno. Había unas dos docenas de hombres repantigados alrededor de las mesas, con jarras en las manos. La mayoría de ellos eran jóvenes, pero también había algunos de más edad. Vio también a una mujer, una camarera un tanto descarada que intercambiaba pullas chistosas con sus clientes. Alta y voluptuosa, llevaba el rostro muy maquillado y lucía una desaseada cabellera compuesta por una masa de rizos de un llamativo color rojo que pugnaban por escapar de su tocado. Su sorprendente figura resultaba enfatizada por el delantal que llevaba alrededor de la cintura, notablemente estrecha. Sin embargo, lo que tenía embobados a los hombres era su ágil lengua de barriobajera. Cuando un joven le preguntó en tono de reproche:

—¿Por qué te has vuelto de repente tan antipática conmigo? Ella respondió con aspereza:

—Porque ahorra tiempo.

Estalló una risotada general. Cuando se acalló, otro joven exclamó:

—Has conquistado mi corazón, querida Sally. Ven conmigo esta noche y cabalgaremos hasta el Gretna Green.

—¿Todo ese camino a lomos de un jamelgo todo huesos? —Contoneó las caderas de forma sugestiva—. Puedo buscarme una montura mejor aquí en Londres.

El doble sentido produjo más risotadas. Cuando se desvanecieron, el pretendiente dijo con una exagerada sonrisa impúdica:

—No encontrarás mejor jinete que yo, Sally.

—Lárgate, mocosito —se burló ella—. No sabes ni una palabra de montar, y yo puedo demostrarlo.

—¿Cómo? —preguntó él, indignado. La joven inclinó el cántaro y vertió sin cuidado más bebida en la jarra del chico.

—Diciendo que si el mundo fuese un lugar sensato, todos los hombres montarían de lado.

Aquel comentario revolucionó a todos los allí presentes. Hasta Lucien rió a carcajadas. Una vez ganado el encuentro, la muchacha salió andando del salón, contoneándose provocativamente. Poseía una sensualidad terrenal capaz de atraer la atención de cualquier hombre.

—Así que Lucifer se ha dignado hacernos una visita. Mi hermano me dijo que quizá vendría —dijo despacio una voz profunda—. Debe de sentirse como en casa entre los moradores del infierno.

Lucien miró a su derecha y vio a lord Mace repantigado en un rincón desde el que podía observar todo lo que ocurría en la sala. Tan alto y delgado como su hermano pequeño, Mace constituía una atractiva figura de pelo oscuro y ojos sin luz. Tomando el comentario de Mace como una invitación, Lucien se acercó lentamente hasta el asiento vacío que el hombre tenía al lado.

—Haré todo lo que pueda.

Iba a decir más, pero se interrumpió, frenado por algo que no esperaba ver: Detrás de Mace había una percha de madera, y sobre ella una enorme ave con la cabeza cubierta por una caperuza que se movía pasando el peso de una pata a la otra.

—¿Quién es su amigo emplumado?

Los estrechos labios de Mace se estiraron en una sonrisa.

—Éste es George, el buitre que da nombre a este sitio. El dueño de la taberna fue actor en otro tiempo, y alquila el buitre cada vez que se necesita uno en el teatro.— Dirigió al ave una mirada afectuosa—. Le da un toque agradable, ¿no cree?

—Decididamente ambiental —admitió Lucien. En ese momento apareció Sally con un cántaro lleno en una mano y una jarra en la otra. Plantó la jarra delante de Lucien.

—Aquí tienes, guapetón. Que disfrutes del ponche del diablo. Y se marchó con un contoneo de caderas. Había desviado la mirada y su rostro quedó eclipsado por la llamativa cabellera, pero la fugaz visión que Lucien acertó a captar de sus facciones reveló que iba tan maquillada que tal vez intentase disimular posibles cicatrices de viruela. No era que aquello importase; pocos hombres se tomarían la molestia de mirarla a la cara.

La jarra resultó que contema cerveza tibia con una potente dosis de alcohol añadido.

—Ya veo por qué llaman a esto ponche del diablo —comentó—. Quema igual que las llamas del infierno.

—Después de dos jaras, será capaz de recitar las sagradas escrituras al revés —dijo Mace con sardónico humor.

—O me creeré capaz de hacerlo, lo que equivale a lo mismo. —Lucien hizo un gesto con la cabeza en dirección a la camarera—. ¿Alguna vez atiende ella las ceremonias? Tiene aspecto de ser bastante animada.

Mace entrecerró los ojos.

—¿Qué sabe usted de nuestros rituales? —Corre el rumor de que los Demonios se disfrazan de monjes medievales. Después de una ceremonia, cada «monje» escoge pareja de un grupo de «monjas» reclutadas entre las mejores prostitutas de Londres. Dicen que algunas de esas monjas son de hecho damas de la sociedad que salen a divertirse. —Lucien soltó una risita malvada—. He oído decir que en cierta ocasión un monje y una monja se quedaron horrorizados al desnudarse y descubrir que eran marido y mujer. Mace juntó sus gruesas cejas.

—Está bien informado.

—Si la mitad de sus miembros beben como esponjas, no cabe esperar que sean discretos. —Lucien esbozó una sonrisa desvaída—. Me ha parecido que su grupo estaba de buen humor. Últimamente la vida se está volviendo aburrida, por eso he aceptado la invitación de su hermano.

—Hacemos lo que podemos por evitar el aburrimiento. —Mace estudió el rostro de Lucien con franco escepticismo en la mirada—. Roderick me ha dicho que está usted interesado en unirse a nosotros. Me sorprende. Da la impresión de ser demasiado refinado, demasiado petimetre para querer formar parte de un grupo que se dedica a la vida disipada.

—Me gustan los contrastes. Y también me gusta la intriga. —Lucien dedicó largos segundos a arreglarse el puño de la camisa—. Sobre todo, me gusta confundir las expectativas de la gente.

Mace sonrió ligeramente.

—Entonces tenemos algo en común.

—Creo que tenemos también otros intereses mutuos. He oído decir que le interesan los juguetes mecánicos. —Cuando Mace asintió de nuevo, Lucien extrajo de su bolsillo un objeto de plata de forma cónica—. ¿Ha visto alguna vez algo como esto? Mire por el extremo.

Mace se llevó el cono al ojo y miró dentro, y acto seguido contuvo la respiración.

—Fascinante. ¿Lleva alguna clase de lente que fragmenta el mundo en varias imágenes idénticas?

—Exacto. —Lucien sacó un segundo objeto igual del bolsillo y miró por él. Inmediatamente, la estancia se dividió en múltiples imágenes—. Conozco a un naturalista que se interesa por los insectos. En cierta ocasión me dijo que las libélulas tienen ojos divididos en facetas y que deben de ver así. Me pareció muy curioso, de modo que decidí intentar reproducir el efecto. Un cortador de lentes me hizo éstas siguiendo mis especificaciones, y yo me encargué de buscar quien las montara. A falta de un nombre mejor, lo llamo lente de libélula.

Parpadeó cuando en un barrido visual de la habitación a través del objeto se topó con Sally de pronto. Una docena de pares de exuberantes senos se mecieron frente a él, y también una docena de esbeltas cinturas. El efecto resultaba más bien abrumador.

—¿Fabrica usted alguna otra curiosidad mecánica? —preguntó Mace.

Lucien bajó la lente de libélula, reduciendo a Sally a una singularidad.

—Yo mismo diseño y construyo los mecanismos, pero tengo un platero que se encarga de hacer la forma exterior.

—Yo hago lo mismo. —Mace esbozó una sonrisa corta y reservada—. A lo largo de los años he conseguido reunir una colección de objetos mecánicos que es absolutamente única. Quizá se la enseñe algún día.

Intentó devolver la lente de libélula, pero Lucien hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Quédese la si le gusta. Yo tengo varias.

—Gracias. —Mace contempló pensativamente a Lucien—. ¿Le gustaría asistir la próxima vez que celebremos un ritual? Triunfo.

—Me encantaría.

Mace levantó de nuevo la lente y observó a Sally.

—Una hembra más bien exagerada. La muchacha que suele estar aquí normalmente es más de mi gusto..., más esbelta, menos vulgar.

—Esa es otra cosa que tenemos en común.

En ese momento se acercó un hombre a hablar con Mace, de manera que Lucien abandonó su asiento. Jarra en mano, estudió con la mirada a sus compañeros. La mayoría de los Demonios le recordaban a alocados estudiantes universitarios, más revoltosos que malvados. En el otro extremo de la habitación había un joven muy borracho que se desabotonó los pantalones y dijo con aire tosco y presuntuoso:

—¿Has visto lo que tengo reservado para ti, Sally? Tras dirigirle una mirada aburrida, ella contestó:

—Los he visto mejores.

En medio de las risas y aullidos que siguieron, el joven, con el rostro congestionado de color remolacha, volvió a abrocharse el pantalón mientras la camarera salía de la habitación paseando con toda calma.

Lucien sonrió abiertamente y luego volvió su atención a los Demonios de más edad, entre los que se encontraban los libertinos más notorios de todo Londres. Algunos estaban sentados juntos, de modo que fue a reunirse con ellos al ver que sir James Westiey le hacía una seña para que se acercara.

—Me alegro de verle, Strathmore. Quería decirle lo mucho que disfruté con la visita al castillo de Bourne. —El recio baronet soltó un ligero hipo y lo contrarrestó con un trago de ponche—. Hizo un buen trabajo al organizar la visita con Candover. Le he visto dar sesiones en la Cámara que derribarían a un elefante, pero fue un anfitrión agradable.

Su vecino era lord Nunfield, un primo de Mace y de Roderick Harford que tenía la misma constitución larguirucha de ellos. Dijo en tono aburrido:

—Tiene suerte de tener un amigo que vive en una región tan buena para la caza, Strathmore.

—Curvó la boca en una sonrisa burlona característica—. Tengo entendido que usted y Candover son amigos de lo más *íntimo* desde que iban al colegio.

La insinuación sexual era inconfundible. Con deliberada ambigüedad, Lucien respondió:

—Ya sabe usted cómo es el colegio.

—Los chicos siempre serán chicos —concordó Harford. Su mirada se posó en la camarera, cuyos pechos se agitaban deliciosamente mientras servía ponche en una mesa cercana—. Pero yo creo que en los colegios debería haber también estudiantes femeninas. Las clases serían mucho más interesantes.

Una chispa de interés brilló en los ojos de lord Chiswick, el último hombre que estaba sentado a la mesa. Hijo de un obispo, había dedicado su vida a violar todos los Diez Mandamientos le había sido posible.

—Últimamente me aburren ya las falsas monjas. Quizá resultase divertido que nuestras compañeras de juegos se disfrazaran de colegialas la próxima vez. Sería un maravilloso contraste entre inocencia y experiencia.

Harford asintió pensativo.

—Merece la pena estudiarlo. Me recuerda a la hija del guardabosque, cuando yo tenía catorce años. —Empezó a describir el encuentro con tanto detalle que resultó tedioso. La anécdota fue seguida por los recuerdos de otros de los presentes. Hasta Lucien hizo su aportación contando una historia, aunque era completamente inventada; no tenía por costumbre hablar de sus amoríos con nadie.

Fue una tarde insulsa, la conversación rara vez se elevaba más arriba de la cintura. No obstante, desde el punto de vista de Lucien fue un tiempo bien invertido. Para cuando sonaron las campanadas de medianoche, todos los Demonios parecían haberle aceptado como uno de los suyos.

Para combatir el aburrimiento, mantuvo en todo momento el ojo atento a las frecuentes idas y venidas de Sally. Acida y burlona, era una experta en divertir a sus clientes y al mismo tiempo apartar a un lado manos demasiado largas. No era precisamente el tipo de mujer que normalmente despertaba su interés, pero había algo en ella que le in-

trigaba, una esquiva sensación de familiaridad. A lo mejor la había visto antes en otra parte.

A la una de la madrugada, la mayor parte de los Demonios se habían marchado y Lucien estaba pensando que también era hora de que se fuera él. Entonces vio que el más hablador de los jóvenes admiradores de la camarera, lord Ivés, se ponía en pie con dificultad y la seguía con paso decidido al exterior de la habitación. Aunque la muchacha parecía bastante capaz de cuidar de sí misma, Lucien no pudo reprimir su instinto protector, de manera que se despidió de sus compañeros que aún estaban despiertos, se levantó y siguió a Ivés y a Sally en silencio.

La vieja taberna era un laberinto de pasillos enlosados. La camarera se encaminó con paso presuroso por uno de ellos, haciendo ruido con los lacones, y dobló a la izquierda, y luego a la



izquierda otra vez, hasta ir a dar a un almacén medio lleno de barriles de cerveza. Al parecer sin darse cuenta de que Ivés la seguía de cerca, dejó la vela sobre un barril y se inclinó para llenar una cántara.

Lucien se detuvo en las sombras del pasillo. Si no era necesaria su ayuda, se esfumaría. No le haría ningún bien a su imagen de libertino seguir defendiendo a damiselas en apuros, y allí donde iban los Demonios había damiselas en apuros con cierta regularidad.

Cuando la camarera se incorporó de nuevo, Ivés le preguntó con voz turbia:

—Si no quieres cabalgar conmigo, Sally, preciosa, ¿al menos me darás un revolcón rápido antes de irme a casa?

Ella se sobresaltó y derramó un poco de cerveza del cántaro, y a continuación dijo con amabilidad:

—Aunque quisiera, lo cual no es el caso, dudo que me fueras de utilidad, muchacho. El alcohol puede aumentar el deseo, pero hace desaparecer la capacidad.

Lucien se sorprendió de oír una cita de Shakespeare en boca de una camarera. Aun así, no había razón alguna para que a Sally no le gustara el dramaturgo tanto como a un aristócrata.

Ivés, menos literario, dijo:

—Si dudas de mi capacidad, pruébame y te demostraré lo contrario.

Los rizos de color zanahoria de la joven se mecieron cuando ella sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—Mi hombre se llama Asesino Caine, y no le gustaría nada que yo me fuera prodigando por ahí. —Dio un empujoncito a Ivés—. Vete a casa, muchacho, y métete en la cama a dormir la mona solo.

—Entonces dame un beso. Sólo un beso.

Antes de que ella pudiera replicar, Ivés la atrajo hacia sí y la abrazó, aplastando su boca contra la de ella y estrujándole el generoso pecho con una mano. Lucien adivinó que Ivés no pretendía causarle verdadero daño, pero en su borrachera no era consciente de su fuerza ni se daba cuenta de que la mujer estaba forcejeando para escapar. Recordó con desagrado a la doncella del castillo de Bourne y decidió intervenir.

Dio un paso adelante, pero antes de que pudiera penetrar en la habitación que hacía de almacén, Sally dio un fuerte pisotón a su admirador en el pie.

—¡Ay! —exclamó Ivés, y levantó la cabeza. Sin retirarle la mano del pecho, le preguntó en tono de reproche—: ¿Por qué has hecho eso?

—Para librarme de ti, mocosito —contestó Sally sin resuello.

—No te vayas —rogó él, sobándole el globo maduro que le llenaba la mano.

Ella le dio otro empujón en el pecho y se las arregló para zafarse de él. Antes de que Ivés pudiera agarrarla de nuevo, la joven le espetó:

—No soy yo lo que quieres, sino éstos. —Introdujo la mano en el corpiño y sacó un enorme busto postizo que lanzó a la cara de su atacante—. Que lo pases bien, chico.

Ivés la soltó y se inclinó hacia atrás sobre los talones cuando aquel objeto blando y parecido a una almohada le rebotó en la nariz antes de caer al suelo. Se quedó mirando aturdido las onduladas curvas de algodón y después volvió a posar la mirada en la camarera. Ahora los pliegues de su corpiño caían flojos sobre un pecho de modestas dimensiones. Para mérito suyo, el joven se echó a reír.

—Eres una mujer de corazón falso, Sally.

—No es mi corazón lo falso —replicó ella en tono impertinente—. Ahora lárgate de una vez para que pueda hacer mi trabajo.

—Lo siento... Me he portado mal —dijo Ivés—. ¿Estarás aquí la próxima vez que se reúnan los Demonios? Sally se encogió de hombros.

—Puede que sí, puede que no.

Ivés le mandó un beso por el aire y salió de la habitación almacén por la otra puerta, que llevaba a la parte delantera de la taberna. Sally todavía le estaba mirando cuando oyó la risita de Lucien. Dio un salto, se giró bruscamente y le descubrió en las sombras.

—Pero si es el mismísimo Lucifer en persona —dijo en tono mordaz—. ¿Ha disfrutado del espectáculo?

—Inmensamente. —Penetró en la estancia—. Pensé que tal vez necesitara usted ayuda, pero es evidente que me he equivocado.

—¿Lucifer al rescate? —dijo ella con duro sarcasmo—. Y yo que creía que quería un trozo de mi trasero postizo.

Ahora que ya no llevaba puesto el falso busto, resultaba obvio que sólo su delgada cintura era natural. Si se quitaba el relleno de las caderas, se le quedaría una figura ligera y femenina que Lucien encontraba más atractiva que aquellas exageradas curvas de algodón.

—¿Por qué esconde una figura que resulta perfectamente agradable tal como es ?

—Puede que a usted le gusten las mujeres escuálidas, pero la mayoría de los hombres prefieren una hembra bien rolliza que tenga un buen trasero. —Al ver que él sonreía, dijo ácidamente—: Tal vez le parezca una broma, mi lindo milord, pero ese relleno me sirve para meterme en el bolsillo tres libras extra a la semana.

—No estoy riéndome de usted —le aseguró Lucien—. Admiro el ingenio dondequiera que lo encuentro.

Ella agachó la cabeza, aparentemente desconcertada por el cumplido. En el silencio que siguió, Lucien tuvo plena conciencia de la innata sensualidad de la muchacha, que no le debía nada a su fraudulenta figura. La tenía lo bastante cerca para pensar que la piel que había debajo de aquel pesado maquillaje carecía de agujeros, y adivinó que era más joven de lo que le había parecido a primera vista.

—También estaría usted más bonita sin la pintura. Ella alzó la cabeza y le fulminó con la mirada.

—No le he pedido su opinión, milord. Créame, conozco muy bien mi oficio.

Sus ojos eran claros y luminosos, aunque no logró identificar el color con aquella tenue luz. De nuevo experimentó la molesta sensación de que le resultaba familiar, y dijo:

—Tengo la sensación de haberla visto antes. ¿Alguna vez ha trabajado en un escenario?

Ella pareció horrorizarse.

—Puede que sea camarera, pero no hay ningún motivo para que me insulte.

—No todas las actrices son prostitutas —repuso él mansamente.

—La mayoría, sí.

Antes de que él pudiera replicar, una voz bramó desde la sala de la taberna:

—Sally, ¿dónde diablos te has metido?

Ella recogió el busto postizo y se volvió ostentosamente.

—Si me disculpa, tengo que volver a ponerme el relleno. Lucien se encontró con que se sentía extrañamente reacio a marcharse. Sally le intrigaba, y deseaba saber más acerca de ella. Era un impulso que le consternaba, pues nunca había sido muy dado a seducir criadas. Dijo en tono ligero:

—Diga a Asesino Caine que es un hombre con suerte. Pero cuando salió de la taberna, se sorprendió a sí mismo esperanzado de que lord Mace invitara a la camarera a la siguiente orgía, y de que él pudiera reconocerla disfrazada de monja.

Kit se recostó contra los barriles, con el corazón desbocado. ¿Cómo podía haber sido tan tonta de intercambiar bromitas con uno de sus sospechosos? En particular con lord Strathmore, cuyos ojos de párpados caídos no dejaban escapar nada, y cuyo encanto le hacía doblemente amenazador. La taberna debía de estar embrujada por el espíritu indecente de alguna camarera desaparecida hacía tiempo que se había adueñado de la mente y la lengua de Kit, porque le había resultado imposible abstenerse de replicar a su oponente.

No debía suceder de nuevo. Aunque Strathmore no la había reconocido como la doncella del castillo de Bourne, le había parecido familiar, y un nuevo encuentro sería desastroso.

Había ido a *La Corona y el Buitre* porque pensó que una noche trabajando entre los Demonios le proporcionaría un mejor conocimiento de la personalidad de cada uno. La camarera habitual. Bella, no había querido perderse una fiesta tan lucrativa, pero Kit prometió pasarle todas las propinas que recibiera y cinco libras más. Tentada pero cauta, Bella le preguntó por qué una dama quería hacer semejante cosa. Kit, sin pestañear siquiera, le largó toda una historia acerca de que era la hermana de uno de los Demonios y que había apostado a que sería capaz de disfrazarse de tal modo que su hermano no podría reconocerla. Divertida por la idea. Bella le dijo a Kit lo que tenía que hacer y luego la presentó como una prima suya que la iba a sustituir esa noche, pues ella se sentía indispuesta. En conjunto, la cosa había ido bien. Las ingeniosas agudezas de Kit habían disimulado su falta de experiencia y nadie sospechó que era una impostora.

—¡Sally! —bramó otra vez el propietario—. Deja ya de holgazanear ahí y ponte a limpiar la sala de atrás.

Después de moldear el busto postizo para que adquiriera una forma convincente, regresó al trabajo con fatiga. Era agotador representar un papel tan distinto de su verdadera forma de ser, pero por lo menos, pensó amargamente, se estaba acostumbrando a ser magullada por hombres bebidos y demasiado cariñosos. Pronto sería una experta en escabullirse de abrazos no deseados.

¿Cómo sería ser besada por lord Strathmore? Él sonreiría con esos ojos suyos verdes dorados, en los que brillaba la diversión, y su tacto sería liviano y seguro. A lo mejor, una mujer no querría escabullirse de él... Aquel pensamiento la hizo estremecerse y acelerar el paso. Una cosa sabía con certeza: que no iba a ser como las demás.

Después de limpiar la sala ya vacía, regresó al bodegón principal, en el que aún quedaban unos cuantos individuos tenaces en postura indolente junto al fuego. Se estaba preparando para

marcharse cuando uno de ellos se levantó y se acercó a ella. Su recelo se disolvió al reconocer la figura fornida y poderosa y dijo con un sentimiento de esperanza:

—Permanece usted despierto hasta muy tarde, señor Jones. ¿Tiene algo que comunicarme?

El hombre negó con la cabeza.

—Ni una sola cosa desde la última vez que hablamos. He venido para acompañarla a su casa.

Tragándose su desilusión, Kit murmuró:

—Bendito sea. No me apetecía nada caminar sola por las calles. Él le dirigió una mirada divertida mientras ella se ponía la capa.

—Ha crecido, ¿eh? Casi no me he dado cuenta de que era usted. Ella sonrió débilmente.

—Esa era la idea.

El hombre encendió el candil que había traído y sostuvo la puerta abierta para que pasara Kit. Una vez fuera, la joven tembló de frío y se arrebujó en la capa para protegerse de la helada niebla.

—Esta noche voy a la calle Marshall.

Él asintió con un gesto y ambos echaron a andar uno al lado del otro, alumbrando el camino con el candil. Cuando ya estuvieron a una buena distancia de la taberna, el hombre preguntó:

—¿Ha averiguado algo de utilidad?

—Sólo en términos generales. La mayoría de los Demonios parecen bastante inofensivos. Tengo la impresión de que Chiswick, Mace, Nunfield, Harford y Strathmore son los más peligrosos. Los cuatro primeros poseen una especie de frialdad que les hace parecer capaces de cualquier clase de maldad. —Se detuvo para rodear un charco especialmente corrompido—. De Strathmore no sé qué pensar. Hay algo amenazador en él, sin embargo se mostró dispuesto a intervenir cuando uno de los más jóvenes me arrinconó en el almacén. El señor Jones murmuró un cáustico juramento.

—No debería ponerse en situaciones en las que deba aguantar esos insultos.

Kit apretó los labios.

—Espero que no me haga perder tiempo intentando convencerme de nuevo de que cambie de idea.

—A estas alturas ya debo de tener eso superado, ¿no cree? —respondió él con ironía—. No descarte a Strathmore, puede que tuviera un instante de caballerosidad, pero de todo ese grupo él ha sido el más difícil de investigar. Todas mis pesquisas han terminado en callejones sin salida. Ese hombre es un misterio, y eso le convierte en un individuo peligroso.

—Su informe decía que Strathmore no lleva demasiado tiempo con los Demonios, de modo que probablemente no sea el hombre que estamos buscando.

—Lleva con ellos el tiempo suficiente —dijo Jones con gravedad—. No hace mucho, mató a dos viandantes, a uno de ellos con sus propias manos. Al menos, él declaró que eran viandantes. Debe usted mantenerse apartada de él.

Kit se estremeció ligeramente al recordar los ojos felinos del conde.

—Esa es mi intención.

Después de eso ya no hubo nada más que decir. Cuando llegaron a la pequeña casa de la calle Marshall, Kit invitó al señor Jones a tomar una copa rápida para combatir el frío, pero él declinó el ofrecimiento.

—Si no vuelvo a casa pronto, mi Annie empezará a sospechar. —Soltó una carcajada grave y profunda al tiempo que encendía la vela de Kit con su candil—. Cree que las demás mujeres me encuentran irresistible, y eso le hace bien a mi viejo corazón.

—¿Me informará de lo que...

—Sí—dijo él amablemente—. Si me entero de algo, se lo comunicaré inmediatamente.

Kit cerró la puerta con llave cuando él se marchó y luego se apoyó sobre ella por espacio de unos instantes, sintiendo que las silenciosas habitaciones le daban la bienvenida. Como siempre, fueron cediendo los miedos que la atormentaban y le fue posible creer que todo iría bien.

Se enderezó al notar un cuerpecillo pequeño y caliente que le rozaba los tobillos ronroneando.

—No trates de engatusarme. Viola. Sólo te interesa tu cena.

Kit cogió la gata atigrada y regordeta y se la subió al hombro, acto seguido tomó el candelabro y se encaminó hacia la diminuta cocina que había en la parte posterior de la casa. Era un piso pequeño pero cómodo, con una salita de estar y un dormitorio. En la planta de arriba había un apartamento similar en el que vivía la actriz Cleo Farnsworth. Aunque Cleo era en realidad más joven que Kit, tenía un gran corazón y hacía las veces de madre de Kit y Viola.

Después de dar de comer a la gata, Kit encendió un pequeño fuego y empezó a desnudarse con cansancio. La característica más peculiar del piso era una pared llena de armarios empotrados. Después de colgar su ropa, abrió el armario de la izquierda, en el que había varios estantes de cabezas de yeso sin facciones. Todas excepto una llevaban pelucas de todos los colores, todas las longitudes, todos los estilos. Con una sensación de alivio, se quitó la peluca pelirroja y se pasó los dedos por su pelo enmarañado, color castaño claro. También supuso un alivio sacarse los rellenos

que alteraban su figura y guardarlos en el armario siguiente, y luego frotarse la cara para eliminar el maquillaje.

Por último se metió en la cama, donde Viola ya estaba roncando recostada sobre un almohadón. Mientras esperaba a que le viniera el sueño, rezó por que el descanso le trajera la inspiración que tan desesperadamente necesitaba.

El anciano alzó sus pobladas cejas al tiempo que dejaba entrar al visitante.

—No le había reconocido, milord. Parece usted un encargado de las farolas.

—Bien. Eso era lo que pretendía. —Lucien se quitó la gorra informe—. Gracias por recibirme tan tarde.

El viejo soltó una risita y condujo a su huésped a la biblioteca.

—Un prestamista termina acostumbrándose a los horarios excéntricos, hay mucha gente que no desea ser vista. ¿Qué puedo hacer por j usted, milord? No creo que tenga necesidad de mis servicios.

—Tiene razón, no es dinero lo que necesito, sino información. Extrajo una lista del bolsillo—. Me gustaría saber cuáles de estos hombres han recurrido a usted o a colegas suyos. En particular, si hay alguno que haya necesitado dinero desde que el emperador abdicó la primavera pasada. O si alguien tomó un préstamo antes pero lo ha necesitado más recientemente.

El anciano le dedicó una mirada perspicaz, pero se abstuvo de expresar en voz alta sus deducciones. Tras examinar la lista, dijo:

—Hablaré con mis colegas y pronto le daré alguna información.

—Dejó el papel sobre la mesa y dijo despacio—: Hay un pequeño asunto. No estoy seguro de mencionarlo, pero... Al ver que no terminaba la frase, Lucien le instó:

—¿Sí?

—Un joven que me debe una considerable suma de dinero me ha dicho que en el centro y el este de Europa las personas como yo suelen ser víctimas de la violencia de la chusma. Una revuelta, un incendio, y en las cenizas quedan canceladas todas las deudas pendientes.

—Extendió las manos, con preocupación en el rostro—. Fingió que se trataba de una broma, pero yo no creo que lo fuera.

Lucien frunció el ceño.

—Eso no ha sucedido en Gran Bretaña durante siglos, pero la chusma es impredecible. ¿Cómo se llama ese joven? —Cuando el hombre se lo dijo, asintió con expresión dubitativa—. Muy bien. No tiene usted nada que temer, ese individuo no volverá a molestarle.

El anciano dijo con nerviosismo:

—¿Qué va a hacer? No quisiera cargar con una muerte, aunque sea la de un puerco avaricioso y depravado.

—Nada tan drástico. Además, si muriera no podría pagarle la deuda a usted. Sé de una cosa que le persuadirá a comportarse como es debido.

Con el semblante más relajado, el hombre dijo:

—¿Tiene tiempo para tomar una taza de té, milord?

—Esta noche, no. Tengo unas cuantas visitas más que hacer en el East End. Volveré dentro de tres noches. —Y después de despedirse con un apretón de manos, desapareció en la noche.

Mientras regresaba a la biblioteca, el anciano se preguntó qué clase de visitas tendría que hacer el conde. Se encogió de hombros y abrió un libro de cuentas. Dudaba que su imaginación llegara tan lejos.

Lucien introdujo el mecanismo saltarín en la estatuilla de plata y estudió el encaje de las dos piezas. Demasiado ajustado en un punto. Sacó el artilugio, cogió una lima de joyero y empezó a raspar la parte indicada. Estaba haciendo un objeto como regalo de bautizo del niño que esperaba su amigo Nicholas y quería que fuera especial. También sabía por experiencia que la concentración que requería aquel trabajo permitía que los lugares más recónditos de su mente fueran deshaciéndose en una combustión lenta hasta que los datos inconexos empezasen a adquirir formas nuevas.

Por desgracia, esta noche su mente no hacía progreso alguno. Estaba acumulando informes acerca de todos los Demonios, una mezcla de cuidadosas investigaciones financieras y de impresiones personales. Sin embargo, no se hallaba más cerca de saber cuál de ellos podía ser un espía que el día en que dio comienzo a sus quijotescas pesquisas.

Su única prueba era una información que había llegado de uno de sus agentes en París. En los archivos del jefe de inteligencia de Napoleón, el agente había encontrado varias referencias misteriosas a una valiosa fuente de información inglesa. Una de las referencias decía implícitamente que el informador era miembro del club de los Demonios. Aquello era todo lo que Lucien tenía para trabajar. Suponía que el espía estaba motivado por la codicia más que por ideas políticas, pero eso no servía de gran ayuda; resultó que la mitad de los Demonios tenían problemas económicos provocados por el juego y por gastar por encima de sus posibilidades.

Terminó de limar, se recostó hacia atrás y estiró los entumecidos músculos. Normalmente tenía paciencia cuando había que tenerla, pero se sentía inexplicablemente inquieto. Estaba empezando a cansarse de pasar tanto tiempo con los Demonios. Por la mañana saldría en otra partida de caza, esta vez en la propiedad de lord Chiswick. Aunque no se trataba de una actividad oficial de los Demonios, la otra media docena de invitados eran todos miembros veteranos del club. No formaban un grupo muy estimulante; a Lucien le costaba un esfuerzo considerable mezclarse y comportarse como uno de ellos.

Se le pasó por la mente la imagen de la exuberante camarera de *La Corona y el Buitre*. Con una sonrisa irónica, comprendió que su inquietud obedecía a algo más básico: su cuerpo anhelaba una mujer. Echó un vistazo al reloj y vio que eran las once. No demasiado tarde para ir a uno de los discretos prostíbulos que atendían a los caballeros ricos y con discernimiento, y en donde las mujeres eran cálidas y bien dispuestas. Vaciló, debatiéndose entre la lujuria y la prudencia, antes de sacudir la cabeza en un gesto negativo. Su necesidad no era todavía lo bastante fuerte como para que aquel capricho valiera la pena lo que iba a costarle.

Por enésima vez, deseó ser como otros hombres y poder llevarse una mujer a la cama sin sufrir emocionalmente. Por desgracia, para él eso era imposible. ,

Cuando era un espléndido jovenzuelo, había perseguido con entusiasmo los placeres que se ponían a disposición de un hombre pudiente. La pasión era tan embriagadora que le llevó años reconocer que la gratificación sexual invariablemente venía seguida de la depresión. Había un antiguo epigrama que decía: *post coitns, triste*, es decir, después del coito, tristeza. Pero lo que sentía Lucien iba mucho más allá de la triste sensación de mortalidad que a veces experimentaban otros hombres; sus ataques de melancolía eran más profundos y duraban varias horas, en ocasiones días enteros. Después de sondear los rincones más oscuros de su mente, llegó a la conclusión de que el problema era la falsa ilusión de intimidad que provocaba el apareamiento. Cuando terminaba el encuentro y regresaba a su soledad, siempre seguía la desolación.

Cuando por fin comprendió el alto precio que estaba pagando por unos pocos minutos de placer, eligió con pesar una vida más monacal. Ocasionalmente, cuando la pasión y el anhelo de cercanía superaban su autocontrol, salía a buscar una mujer, siempre con la esperanza de que esa vez fuera distinta, de que pudiera dar y recibir placer y despertar con una sonrisa al día siguiente. Pero eso no había ocurrido nunca.

Su mirada se fijó en el retrato a carboncillo de sí mismo y de su hermana, Elinor, dibujado dos años antes de la muerte de ella. Era obra del artista que había ido a Ashdown, la propiedad de los Strathmore, para realizar un retrato formal al óleo de toda la familia. La pintura era bella y ocupaba un lugar de honor, pero Lucien prefería el dibujo a carboncillo, que lograba captar mejor el delicado y sobrenatural encanto de Elinor.

Contempló detenidamente las dos cabezas rubias tan cerca la una de la otra. Ambas lucían esa expresión despreocupada de los niños nacidos de padres amorosos y que jamás han conocido la crueldad ni padecido necesidades. A veces costaba recordar que alguna vez había sido tan feliz.

Con el rostro tenso, volvió a inclinarse sobre el banco de trabajo y alargó una mano para coger el destornillador más pequeño. Si se concentraba lo suficiente, podría perderse de nuevo.

Kit había llevado diligentemente a la práctica las instrucciones de Henry Jones, y le llevó sólo unos minutos forzar la sencilla cerradura de las puertas dobles. Después de deslizarse en la biblioteca a oscuras, contuvo la respiración y escuchó atentamente. A lo lejos sonaban risas en tono de soprano. Lord Chiswick podía ser cualquier cosa menos inhospitalario; se había traído a diez prostitutas desde Londres para que entretuvieran a sus huéspedes. La noche era joven, de modo que tenía tiempo para registrar la mayor parte de las habitaciones de los invitados.

Se estaba convirtiendo en una delincuente experta; ya que esta vez, entrar de esta forma en una casa, sólo la aterrorizaba, pero no la hacía temblar de pánico.

Subió sin hacer ruido las escaleras de atrás que llevaban a las habitaciones de invitados. No había podido conseguir otro empleo de doncella, pero sus indagaciones en el pueblo la condujeron hasta un hombre malhumorado que había sido antiguo lacayo de Chiswick. Por una modesta suma, el hombre le describió las costumbres de la casa y le dibujó un plano del edificio. También le dijo que Chiswick siempre llevaba mujerzuelas a sus fiestas, para escándalo del vecindario. Aquello dio a Kit la idea de vestirse de furcia y colarse en la casa para continuar con sus investigaciones. Una peluca rubia y una versión modificada del relleno y los cosméticos que usó para ser Sally la harían parecer una ramera como Dios manda. Cualquier huésped que la viera supondría que formaba parte del entretenimiento proporcionado por Chiswick.

Frunció el ceño al ver que esta vez no había tarjetas que identificaran a los ocupantes de las habitaciones. Tendría que identificarlos al mismo tiempo que efectuaba el registro.

Con las palmas de las manos húmedas, se deslizó al interior de la primera habitación.

Lucien supo que la orgía estaba empezando cuando la voluptuosa pelirroja que estaba a su derecha se le sentó en las rodillas.

—Pareces muy solo, cariño —coqueteó—. Deja que Lizzie te cure eso. —Le rodeó el cuello con los brazos y le plantó un beso con sabor a vino.

Fue un encantador abrazo que le recordó a la camarera Sally, aunque el corte del vestido de Lizzie no dejaba lugar a dudas de que sus curvas eran auténticas. A medida que el beso iba prolongándose, Lucien pensó en aceptar su oferta. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo con una mujer..., demasiado. Tal vez la alegre franqueza de Lizzie le impidiera caer después en la melancolía.

Pero aquello era hacerse demasiadas ilusiones; aparearse inconscientemente con una desconocida provocaba las peores depresiones. Un instante después, lamentaría haber sucumbido a la tentación. No tenía tanto interés como para que valiera la pena. Por otra parte, el celibato se hacía notar mucho en medio de una orgía. Si no participaba, al menos debía dar la impresión de estar haciéndolo.

Las cosas habían progresado mientras él se besaba con Lizzie. Oyó un profundo gruñido masculino que surgía por debajo de la mesa, y al bajar la vista vio a una mujer demostrando su destreza profesional con Roderick Harford. Chiswick, con los brazos alrededor de dos rubias, se encaminaba hacia una sala contigua provista de una blanda alfombra y de un fuego acogedor. Nunfield estaba tumbado boca abajo, chupándole los dedos de los pies a una morena. Los demás invitados estaban también emparejados en diversos rincones.

Lucien dejó que la pelirroja se pusiera en pie otra vez y se levantó de la silla. Le echó un brazo alrededor de los hombros y la acompañó al exterior del comedor, hasta el pasillo.

—¿No te gusta tener público, cariño? A mí me pasa lo mismo. —Se acurrucó contra él y empezó a acariciarle con mano experta. Aquello casi bastó para hacer añicos su resolución, pero no del todo.

—Lo siento, Lizzie, pero esta noche prefiero dormir solo. —Se desasíó de ella suavemente—. He sufrido una fuerte caída cazando y tengo hematomas en toda clase de sitios incómodos.

—¿Estás seguro? —dijo ella, tentadora—. Tengo que hacerle un trabajito a alguno, y tú eres el mejor de todos.

Al notar unas leves ojeras bajo los ojos de la joven, Lucien sugirió:

—¿Por qué no te vas a descansar tú también? Ella titubeó.

—A decir verdad, he tenido un día muy cansado y no me importaría dormir una noche entera a pierna suelta. Pero los negocios son los negocios, y a lord Chiswick le gusta sacar provecho de su dinero.

—Mañana diré a los otros que estuviste sensacional. Chiswick jamás se enterará.

Ella sonrió abiertamente.

—Muy bien, será nuestro secreto. —Le recorrió de arriba abajo con admiración—. Te debo una, cariño. Ven a verme alguna vez, cuando los dos estemos más animados. Lizzie LaRiche, búscame en el vestíbulo del Teatro Real.

Él le dio las buenas noches y se dirigió hacia su habitación, no sin una punzada de arrepentimiento. Era una muchacha atractiva, y quizá fuera a buscarla la próxima vez que la lujuria se antepusiera a la prudencia.

Para su sorpresa, vio que por debajo de la puerta de su dormitorio se filtraba una cuña de luz. Entró sin hacer ruido y vio una figura de mujer esbelta en el extremo más alejado de la habitación. Supuso que se trataba de una doncella, hasta que vio el vestido de noche, translúcido y de color rojo intenso. Era otra de las fulanas de Chiswick, esta vez una de pelo rubio y rizado. Reprimió un suspiro; aquello era ya demasiada hospitalidad. Su capacidad para sacar a chicas bonitas de su cama no era ilimitada, de modo que tal vez tuviera que rendirse a lo inevitable.

Pero su diversión se evaporó cuando se dio cuenta de que la mujer estaba registrando su armario ropero. Después de examinar las prendas colgadas, la joven cerró las puertas de arriba y centró la atención en los cajones de la ropa interior. Allí encontró una caja que contenía varios de sus artilugios mecánicos, que había traído para enseñarlos a lord Mace.

Antes de que la chica pudiera abrir la caja, él le dijo en tono glacial:

—Si está buscando dinero, no va a encontrarlo ahí. La muchacha soltó de repente la caja, que cayó al suelo y se abrió esparciendo su contenido. Al volverse hacia él, los flotantes rizos dorados le bailaron alrededor del rostro y los ojos se le agrandaron por la impresión. Él podría haber sido comprensivo si no la hubiera pillado con las manos en la masa en el acto de robar.

Cerró la puerta tras de sí, se cruzó de brazos y se apoyó contra la hoja.

—¿Suele robar a sus clientes?

—Yo... no estaba robando, milord. —Su voz grave y de timbre agradable tenía un fuerte acento de Yorkshire.

—Claro que no —repuso él en tono seco—. Simplemente se ha perdido y se ha topado con mi armario por error. Ella se miró fijamente las manos apretadas.

—Estaba... Estaba buscando al señor Harford y no sabía cuál era su habitación, así que me he puesto a mirar en el armario por si podía reconocer su ropa.

Tal vez fuera cierto aquello, aunque lo dudaba. De todos modos, pensó que la había detenido a tiempo. Aquel escaso vestido no podía ocultar gran cosa, si la chica pretendiera robar algo; ni siquiera lograba ocultar gran cosa de su propio cuerpo. La estudió apreciativamente. Resultaba difícil mostrarse ofendido con una mujer de piernas tan largas y elegantes.

—Dudo que Harford necesite sus servicios. La última vez que le vi estaba ocupado con una de sus colegas.

—Oh. —Tras una embarazosa pausa, dijo—: He llegado tarde... Lord Chiswick estará enfadado conmigo.

Pensando en Chiswick y las rubias, Lucien dijo:

—Dudo que se percate de su ausencia durante un rato.

—Aun así, será mejor que le encuentre. Lamento mucho haber entrado accidentalmente en su habitación. De verdad, no era mi intención llevarme nada. —Echó a andar en dirección a él, segura de que él se apartaría de la puerta y la dejaría salir—. Buenas noches, milord.

Pero Lucien no se movió. Contemplando su flexibilidad de movimientos, el deseo que llevaba días hormigueándole empezó a inflamarse de verdad, corriendo por sus venas y acelerándole el pulso. Aunque la joven no era tan llamativamente atractiva como Lizzie, tenía algo que le intrigaba. Tal vez fuera el imposible contraste de timidez y aspecto mundano. O quizá fuese una callada dignidad que resultaba visible incluso en aquellas circunstancias.

Las razones no eran importantes; lo que importaba era que cuanto más la miraba, menos le preocupaban las consecuencias de la pasión.

—Ya que Harford no está disponible, puede usted quedarse y ganarse el sueldo conmigo.

Aquellas palabras quebraron el silencio igual que una piedra lanzada a un estanque, enviando ondas en todas direcciones. Kit se detuvo en seco. No se había equivocado en temer a Strathmore, porque su mirada felina de color verde dorado resultaba hipnotizadora. Se le aceleró el pulso, y no supo bien si la causa era el miedo o la emoción.

El le tendió una mano.

—Ven aquí —le dijo en tono suave y profundo.

Ella deseó echar a correr. Pero en vez de eso, su mano, como si tuviera voluntad propia, se levantó y cogió la de él. Aquellos largos dedos se cerraron alrededor de los suyos y la atrajeron a los brazos de su dueño.

Sabía que aquel hombre sería distinto, y lo era. En lugar de magullarla, la abrazó con suavidad, alisando su pelo despeinado, acariciándole la espalda, apoyando la mejilla en su cabeza

mientras ella se iba acostumbrando a su contacto. Cerró los ojos. Calor. Fuerza. Un erotismo sutil que le robó los sentidos. Poco a poco, su cuerpo se ablandó y se amoldó al de él.

—¿Cómo te llamas? —murmuró Lucien.

Ella no contestó, porque al hacerlo echaría a perder el momento. Por primera vez desde que había comenzado sus pesquisas, se sintió segura. Había estado tan sola, tan asustada...

Él le alzó la barbilla para besarla. Ella sintió que la recorría un escalofrío cuando los labios de ambos se tocaron. Aunque fue un beso sin exigencias, no habría podido interrumpirlo aunque fuera para salvar su vida. Se hizo más profundo hasta convertirse en una voluptuosa unión de labios y lenguas, en una armonía de los pulsos de los dos. Sin una pizca siquiera de fuerza física, aquel hombre fue deritiendo su resistencia.

El hechizo se rompió cuando Kit sintió las manos cálidas de él en los hombros desnudos. Dios santo, le había desatado las cintas que sujetaban la espalda del corpino y después le había bajado las finas mangas del vestido. Si no le detenía, pronto se encontraría desnuda, y no era sólo su ropa lo que él le estaba quitando, sino también sus defensas y su determinación. ¿Cómo había podido olvidar tan fácilmente que él formaba parte del enemigo? No era un accidente que le llamaran Lucifer.

Lanzó una sofocada exclamación y se separó bruscamente de él empujando su pecho con las manos.

—Tengo que irme. —Volvió a subirse las mangas—. Me... me he comprometido de modo especial para el señor Harford. Si él me exime de esa obligación, regresaré.

Se deslizó rodeando a Lucien y se dirigió hacia la puerta. Dentro **de** un momento sería libre...



Lucien juró para sus adentros cuando la chica pasó por su lado. ¿Por qué había tenido que poner el ojo en una mujerzuela que poseía un sentido de la responsabilidad demasiado desarrollado? Alargó una mano para atraerla de nuevo hacia sí.

—Puedes ir a buscar a Harford más tarde, si es que todavía quieres.

Ella se apartó graciosamente, girándose al mismo tiempo que él. Por un instante el perfil de su rostro se recortó contra la luz de la lámpara. Un perfil delicado, puro como el de una moneda griega...

La revelación le dejó estupefacto. No podía ser posible... El parecido era mera coincidencia.

Pero el instinto le decía otra cosa.

El deseo se desvaneció, y Lucien se lanzó en pos de ella, y la agarró por el codo cuando ya estaba a medio camino de salir al pasillo. Tiró de ella sin contemplaciones para obligarla a entrar de nuevo en la habitación y cerró la puerta de un golpe. A continuación la obligó a girarse para ver de nuevo su inconfundible perfil.

—¡Por Dios, realmente es usted! Ella trató de zafarse.

—¡Suélteme! No sé de qué me está hablando.

Lucien se preguntó si lord Mace la habría puesto allí para espiarle. Si era así, eso quería decir que Mace sospechaba de su futuro nuevo miembro, y entonces la situación era más peligrosa de lo que él creía. Pero la muchacha que se sacudía bajo su garra no tenía aspecto de ser una espía endurecida, ni tampoco una furcia. Había besado a un ser inocente, un ser inocente que aprendía deprisa.

—No crea que va a poder engañarme de nuevo, mi querida ladronzuela. —La sujetó del hombro para poder estudiar su rostro de cerca. Con la otra mano pasó los dedos por sus facciones—. Ha sido muy lista al utilizar cosméticos para alterar sutilmente la forma y los rasgos de su cara. Su propia madre habría tenido dificultades para reconocerla. Y ha vuelto a rellenarse la figura, aunque no tan descaradamente como cuando fingía ser Sally.

La resistencia de la joven se agotó, y se le quedó mirando fijamente, con los ojos verdiazules llenos de lágrimas.

—El juego ha terminado, ¿verdad? —Había desaparecido todo vestigio del acento de Yorkshire.

—Sí, así es. —Le soltó la muñeca—. ¿Quién diablos es usted? Ella se volvió de espaldas y se apretó las manos temblorosas contra las sienes.

—No voy a hacerle ningún daño —dijo Lucien más suavemente—, pero quiero la verdad. ¿Cuál es su verdadero nombre? ¿Kitty? ¿Emmie Brown? ¿O Sally, como la descarada camarera de la taberna? Probablemente no sea ninguno de éstos.

Ella suspiró y levantó la cabeza.

—Me llamo Jane. Pero no pienso decirle mi apellido. Ya tengo bastantes problemas.

Lucien sospechó que eso quería decir que él podía reconocer a su familia; su aire natural era el de una joven bien educada, de las que se encontraban en los salones de Londres más que en una taberna.

—¿Por qué persigue a los Demonios? ¿O es que sólo estaba tratando de distraerme a mí?

—No es usted quien me interesa, lord Strathmore, sino otro de sus socios.

—¿Cuál? Kit vaciló.

—Prefiero no decírselo.

—Va a tener que decirme algo —replicó él bruscamente—. Estoy seguro de que conoce cómo se castiga el robo. Ya que es usted guapa, no creo que acabe ondeando al viento en Newgate, pero si decido presentar cargos, ciertamente se verá transportada.

Kit palideció.

—Por favor, no me entregue al juez. Le juro que sólo quiero aquello a lo que tengo derecho. :

Él frunció el ceño.

—¿Su presa es un hombre que la ha deshonrado o arruinado? Ella empezó a pasear nerviosa por la habitación, su vestido pálido flotando y meciéndose alrededor de los tobillos.

—Es mi hermano el arruinado, aunque a mí también me ha afectado el asunto.

—¿Su hermano ha perdido una fortuna a los naipes? Ella se detuvo y le miró.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he supuesto —contestó Lucien en tono práctico—. El juego es la manera más rápida de arruinar a un hombre. Pero ¿qué clase de sucio puerco podría dejar que su hermana se arriesgara a salvarle de su propia locura?

—James no es así. —Jane fue hasta la chimenea y contempló los carbones amontonados—. No se podría pedir un hermano más responsable. Había estado en el ejército y regresó a casa a convalecer de sus heridas. Justo antes de la fecha en que debía volver a su regimiento, le tentaron para que jugara una partida de cartas con... con cierto hombre. Mi hermano fue coaccionado, engañado, y probablemente drogado. Cuando despertó a la mañana siguiente, el hombre había dejado una nota escrita a mano en la que decía que asumiría el derecho sobre las propiedades de nuestra familia si James no le pagaba veinte mil libras en el plazo de sesenta días.

Lucien emitió un ligero silbido.

—Un mal negocio, si es que es cierto.

Como reacción a aquella salvedad, Jane le miró furiosa.

—Mi hermano no es un mentiroso, y no se inventó esa historia para disculpar un disparate.

—Si se sintió engañado, ¿por qué no retó a ese hombre a un duelo?

—¿Y empeorar la situación? El hombre que le engañó —esbozó una sonrisa sin humor— al cual, a efectos de esta conversación, llamaré capitán Sharp, posee gran influencia. Se produciría un terrible escándalo que habría destrozado la carrera de mi hermano. James dispara bien y probablemente habría matado a su rival. De lo contrario... —Se estremeció—. No quiero ni pensar en la alternativa. Yo le dije que regresara a su regimiento porque tenía un plan que resolvería el problema.

—De modo que él se fue alegremente y dejó la situación en manos de usted. —Lucien sacudió negativamente la cabeza—. ¿Cuál es su plan, meterle un cuchillo entre las costillas a su presa? No es una buena idea.

Ella empezó a tamborilear con los dedos sobre la repisa de la chimenea.

—Créame, no me imagino a mí misma como lady Macbeth. Me he enterado de que el capitán Sharp ha hecho esta clase de cosas a otros jóvenes, normalmente muchachos como mi hermano, que son de buena cuna pero no demasiado ricos ni influyentes. Tiene la costumbre de dejar las notas cerca, sobre la persona o sobre su equipaje. Albergaba la esperanza de recuperar la nota antes de que transcurran los sesenta días.

—Lo dice como si el robo fuera una situación perfectamente lógica, en vez de una peligrosa locura. —Lucien trató de decidir si aquella era la mujer más valiente que había conocido, o la más necia. Probablemente era ambas cosas—. ¿James y usted son gemelos?

Hubo una incómoda pausa antes de que ella contestara:

—No, yo soy tres años mayor que él. ¿Qué le hace pensar que pudiéramos ser gemelos?

Él se encogió de hombros.

—Que parecen estar unidos de una manera poco corriente. Una sombra cruzó el expresivo rostro de Jane.

—Eso es porque nuestros padres murieron cuando éramos jóvenes. Nos quedamos los dos solos.

—¿No había ningún otro pariente que cuidara de los intereses de la familia?

—Un primo que hacía de guardián, pero lleva varios años viviendo en el extranjero.

—Tal vez yo pueda ser de ayuda —se ofreció Lucien. Además de realizar una buena acción, con ello obtendría más información acerca de uno de los Demonios. Adivinaba que el tal capitán Sharp era Harford o Nunfield. Los dos poseían una desagradable reputación de jugadores.

—No sea ridículo —dijo ella, sorprendida—. Esto no es problema suyo.

—Haría bien en aceptar cualquier ayuda que pueda obtener, querida —dijo él blandamente—. Este es ya... ¿cuál, su tercer intento?, de acercarse lo bastante a su presa para robarle lo que desea. ¿O ha habido más ocasiones de las que yo no estoy enterado?

Jane sonrió con tristeza.

—Me ha visto usted en todas las ocasiones.

—Es un milagro que aún no la hayan violado o arrestado —repuso él con exasperación—. Si me dice a quién está siguiendo, existen bastantes posibilidades de que yo pueda sacarla a usted y a su hermano de este lío.

Ella entornó los párpados.

—Ya veo que voy a tener que ser más directa. Su reputación no es precisamente imaculada, lord Strathmore. Puede que me considere una necia por rechazar su ayuda, pero lo sería mucho más si confiara en usted.

Ya que él estaba haciendo todo lo posible por parecer misterioso y ligeramente amenazador, aquellas palabras no deberían haberle escocado, pero lo hicieron. Dijo en tono acre:

—El hecho de que no la haya entregado a un juez debería darle algún motivo para confiar en mí.

—Esa es una débil prueba, dado que el juez más cercano es lord Chiswick —replicó ella amablemente—. Como usted mismo ha dicho, no le gustaría ser interrumpido en medio de una orgía.

Lucien estuvo a punto de echarse a reír en voz alta. Ahora que ya había desaparecido el miedo inicial de Jane, la joven se mostraba formidablemente dueña de sí misma. Quizá confiara más en él si encontraba una solución a su problema.

—Ha mencionado un guardián. Supongo que tendrá usted más de veintiún años, pero ¿y su hermano?

—Cumplirá veintiuno en febrero. Lucien asintió con satisfacción.

—Excelente. Ya que James no era mayor de edad cuando contrajo la deuda, el capitán Sharp no podrá quitarle ni un solo penique.

Jane abrió mucho los ojos, debatiéndose entre la esperanza y la duda.

—¿Cómo puede ser eso? Los jóvenes suelen contraer deudas de juego.

—Por una cuestión de honor, la mayoría de los jóvenes pagan sus deudas si les es posible, pero no se les puede obligar legalmente a hacerlo. En un caso como éste, en el que su hermano se considera engañado, es poco probable que el capitán Sharp persiga el asunto con el guardián de ustedes —contestó Lucien—. Fue una necedad por su parte perder el tiempo con un muchacho que era menor de veintiún años.

—Tal vez no se diera cuenta. James parece mayor, y lleva en el ejército desde los diecisiete años. —Se dejó caer sobre el borde de la cama con una expresión de aturdimiento—. No se me había ocurrido pensar que legalmente todavía no se le considera un hombre.

—Le sugiero que consiga un abogado de dientes bien afilados que escriba al capitán Sharp repudiando la deuda. Si no sabe a quién acudir, yo puedo darle varios nombres.

—Eso no será necesario; conozco a alguien que servirá. —Le ofreció una sonrisa deslumbrante—. Y pensar que he estado andando por ahí, poniéndome en ridículo, cuando en realidad no existía ningún problema.

—Pero si no lo hubiera hecho, yo no la habría conocido, y eso habría sido una verdadera lástima —dijo Lucien con suavidad.

Las miradas de ambos se encontraron y entre ellos vibró una sensación primitiva y poderosa: hombre y mujer admirándose el uno al otro y deseando estar más juntos el uno del otro. Jane tragó saliva, notando un nudo creciente en la garganta, y Lucien comprendió que la joven se sentía incómoda con la atracción que sentía por él. Sus ojos mostraban la alarmada fascinación de una virgen nerviosa.

—Tengo que irme. —Se puso de pie y estuvo a punto de pisar uno de los ingenios mecánicos que habían caído al suelo. Se arrodilló y comenzó a recoger los juguetes esparcidos—. Siento mucho haber tirado estas cosas. Espero que no le haya pasado nada a ninguna.

Lucien se acercó y se arrodilló a su lado para ayudarla. Los dedos de ambos se rozaron al intentar coger un pequeño pingüino plateado y negro. En el instante del contacto, él notó un ligero temblor en la mano de la joven.

Ella dijo rápidamente:

—¿Qué hace este animalito?

Lucien tomó el pingüino mecánico, dio vueltas a la llave y lo dejó en el suelo. Con un grave zumbido, el muñeco se inclinó hacia adelante y de improviso saltó hacia atrás en una voltereta perfecta. Cuando aterrizó sobre sus anchas patas palmeadas, Jane lanzó una leve exclamación:

—¡No puedo creerlo!

Mientras estaba diciendo eso, el pingüino dio otro salto mortal hacia atrás, y otro más. Jane se sentó sobre los talones, riendo a carcajadas y apretándose la cintura con una mano. Parecía alguien que llevara mucho tiempo sin reírse, y Lucien se sintió feliz de contemplarla.

En los últimos minutos había sido una joven inocente y asustada, una ninfa sensual y un oponente de mirada fría; ahora era una alegre niña. Lucien adivinó que todas aquellas facetas de ella eran genuinas, pero ¿habría alguna de ellas que representara su parte más profunda, más esencial? Aquella mujer era un fascinante rompecabezas, que él pensaba resolver.

Jane, con lágrimas en los ojos de tanto reír, preguntó:

—¿De dónde lo ha sacado?

—Yo he diseñado y construido el mecanismo del salto. Es un regalo de bautizo para el hijo de un amigo.

Kit cogió el juguete y lo examinó detenidamente.

—Posee usted talentos inesperados, lord Strathmore. ¿Por qué un pingüino?

—Mi amigo tiene una docena de ellos en su propiedad. Probablemente sean los únicos pingüinos que hay en toda Gran Bretaña. Es una delicia contemplarlos.

Kit supuso que parecía lógico que Strathmore tuviera amigos tan poco corrientes como él mismo. Cogió otro de los juguetes, un conejo vestido formalmente y sentado en una silla tocando el

violonchelo. Le dio cuerda y el conejito empezó a mover el arco hacia adelante y hacia atrás al son de una melodía que salía de dentro.

—Encantador. ¿También ha hecho usted éste?

—No, es francés. Un amigo lo encontró para mí en Viena. —Examinó la figura y le enderezó una oreja con cuidado—. Se ha doblado un poco al chocar contra el suelo.

Ella sonrió al ver la concentración de Strathmore. No parecía amenazador. Sin embargo, aunque la había tratado con cortesía, caballerosidad incluso, seguía dándole miedo. Era un hombre de profundos recovecos, y percibía que el sentimiento despiadado formaba parte de su naturaleza tanto como el encanto.

Cogió el último de los juguetes, lo envolvió en uno de los paños de terciopelo que habían caído de la caja y lo puso junto a sus compañeros. A continuación se incorporó y volvió a dejar la caja en el cajón de la ropa interior. Al parecer, todavía quedaba en ella algo de Emmie la doncella. Cuando ya hubo recogido todo, dijo:

—Buenas noches, lord Strathmore. No puedo darle suficientemente las gracias por su ayuda.

Él también se había puesto de pie y estaba estudiando su rostro con incómoda percepción. Kit se preguntó nerviosa si él sospecharía que le había mentado acerca de su mítico hermano y sus deudas de juego.

—Deseo verla otra vez —dijo Lucien en voz baja.

Aquellas palabras resultaron más sorprendentes de lo que podría haberlo sido una acusación. El corazón le dio un vuelco, en parte debido al miedo, pero más bien a causa de la impresión que le produjo darse cuenta de que también ella deseaba verle de nuevo. Después de recordarse a sí misma todas las razones por las que no podía hacer tal cosa, dijo con calma:

—Eso no es factible, milord.'

Él arqueó las cejas, en un gesto que le hizo parecerse más a Lucifer.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero ser su amante, y no existe ninguna otra relación posible entre nosotros.

Un brillo de diversión surgió en sus ojos, haciéndoles parecer más dorados que verdes.

—Me acusa usted injustamente. No le he hecho ninguna sugerencia inapropiada desde que descubrí que no era verdaderamente una prostituta. ¿Por qué no podemos ser amigos?

Le había resultado más fácil tratar con los Demonios que se habían limitado a sobrepasarse. Dio un discreto paso hacia atrás.

—La amistad entre hombre y mujer es infrecuente en el mejor de los casos, y no existe entre quienes son de desigual condición social. Yo no me muevo en los mismos círculos que usted, milord, de modo que no podemos ser amigos.

—Tonterías —replicó él sin inmutarse—. Es evidente que es usted de buena cuna, y aunque, como usted misma señaló hace un momento, mi reputación no es precisamente inmaculada, a mí se me considera socialmente aceptable. Dígame dónde puedo verla, y prepararé la presentación más formal que cualquiera podría desear.

Decidida a tomar la ofensiva, Kit le preguntó abiertamente:

—¿Qué desea de mí, lord Strathmore?

—Sinceramente no lo sé —repuso él despacio—. Pero tengo la intención de averiguarlo.

—Prepárese para una desilusión. —Le rodeó y se encaminó hacia la puerta—. A no ser que vaya a retenerme prisionera, me marchó ya.

—Aguarde —le ordenó Lucien.

Ella se detuvo, con los nervios de punta, sabiendo que se encontraba totalmente a merced de él.

Para su alivio, Lucien dijo simplemente:

—La acompañaré abajo. No sería seguro que fuera usted sola. Tenía razón, reconoció Kit en silencio. Era demasiado tarde para registrar más habitaciones. A aquellas horas ya habría terminado la primera parte de la orgía, y los Demonios que aún pudieran sostenerse en pie estarían camino de sus propios dormitorios, buscando la comodidad. Uno de ellos podría estar de humor para tener otra compañera de cama. •

—Muy bien —aceptó—. Vine hasta aquí cruzando la biblioteca y dejé la puerta abierta para poder salir por el mismo sitio.

Lucien se desanudó la corbata y la arrojó a un lado, y a continuación se quitó la chaqueta. Cuando empezó a desabrocharse los botones del cuello de la camisa, vio la expresión de alarma de la joven y la interpretó correctamente.

—Hemos de tener el aspecto de habernos comportado de manera impropia —le explicó con una sonrisa asomando a los ojos.

Con el pelo rubio revuelto y la camisa abierta dejando al descubierto su amplio pecho, resultaba la viva imagen de un libertino, el tipo de hombre al que ninguna mujer podía resistirse. Y

él sabía cuánto la afectaba, maldito fuera. Los dos solos en aquella habitación, y los dos en desabillé, era una situación casi tan íntima como si fueran amantes de verdad.

Lucien la examinó con mirada crítica.

—Tiene que parecer más inmoral.

Y le bajó una de las mangas del vestido. Como la parte posterior del corpiño estaba aún desatada, la tela resbaló fácilmente, dejando al descubierto el hombro izquierdo. Cuando los dedos de él rozaron su piel desnuda, a Kit poco le faltó para que el corazón le saltara del pecho. Al notar su reacción, Lucien titubeó, tentado de convertir aquel intento de camuflaje en una caricia. El momento quedó flotando entre los dos. Por fin, para alivio de Kit, él se apartó y abrió la puerta. Después de escudriñar atentamente el pasillo, le rodeó los hombros con un brazo y la condujo fuera de la habitación. •

Se oyeron unas voces en el piso de abajo, pero no había nadie a la vista. Metiéndose en su papel, Kit le pasó un brazo por la cintura y procuró parecer una fulana satisfecha. Resultaba fácil fingirlo sintiendo el cuerpo cálido de él pegado al suyo. Su cercanía avivó el fuego que había encendido el beso anterior.

Se recordó a sí misma con tristeza que sólo tenía que conservar aquella difícil calma unos minutos más; luego se vería libre de su inquietante acompañante.

Una vez en la planta baja, pasaron junto a un Demonio que estaba con una mujer semidesnuda que le servía de apoyo mientras ambos se dirigían a la escalera. En medio de la tenue luz Kit no tenía idea de quién se trataba. Al pasar frente a la salita les llegó un tembloroso dúo de tenor y soprano que cantaba una canción que Kit supuso que sería horriblemente embarazosa si entendiera lo que decía toda la letra. Pero, tal como Strathmore había predicho, ella estaba a salvo con él. Por lo menos, a salvo de otros hombres; el conde mismo ya era otra cosa.

Se apartó de él en cuanto entraron en la biblioteca y recuperó la capa que había escondido tras el sofá. Cuando estuvo bien arropada en sus pliegues, descorrió las cortinas y abrió la doble puerta. El aire de la noche era frío y penetrante.

Lucien dijo con suavidad:

—Supongo que tendrá un caballo o un carruaje aguardando para llevarla segura a casa.

Kit estudió su cara. A la luz de la luna poseía una belleza fría y sobrenatural. ¿Qué habría ocurrido si ambos se hubieran conocido por casualidad, de un modo normal y sin complicaciones?

—Así es, milord. Ya no tiene por qué preocuparse de mi bienestar. Antes de que pudiera salir al exterior, él la sujetó por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Me llamo Lucien. —Y acto seguido inclinó la cabeza y la besó con tranquila posesividad.

Cuan rápidamente el abrazo de un varón presuntuoso llegaba a parecer natural, incluso deseable. El corazón se le aceleró al devolverle el beso. Supo con bastante claridad que jamás olvidaría aquel momento ni aquel hombre. La intimidad de la cercanía masculina, el erótico contraste entre la brisa glacial y el calor de la carne, la leve caricia del aliento de él en su sien al soltarla... Todo ello se le quedaría grabado en el alma.

—Me pregunto si Jane será su verdadero nombre —dijo Lucien, pensativo—. Probablemente no lo sea, pero no importa. Descubriré quién es en realidad.

Su tono frío y prosaico era el aspecto más desconcertante de aquel encuentro tan sorprendente e irreal.

—No, no lo hará —replicó ella, sintiendo que el miedo prevalecía por encima de la neblina de sensualidad que la había envuelto—. Le doy las gracias otra vez, milord, y adiós. En mi vida no hay espacio para usted.

—Ya buscará uno —dijo él con total seguridad—. Hasta la próxima vez, querida mía.

Ella se internó en la noche, con el pulso acelerado y pensando en lo que él había dicho de «ondear al viento». La frase era un eufemismo de morir en el patíbulo, lo cual era ciertamente una posibilidad si proseguía con sus actividades delictivas.

Pero aquellas palabras también describían su investigación. Se sentía como si estuviera ondeando frenéticamente en medio del aire, luchando por permanecer a flote en una situación precaria en la que el menor paso en falso la haría precipitarse en el vacío. Por esa razón el enigmático conde era peligroso, porque la hacía perder el equilibrio. Rogó al cielo que sus caminos no volvieran a cruzarse.

Llegó la doncella, silenciosa y de rostro inexpresivo, lo cual significaba que era hora de prepararse. Después de desprenderse de la ropa normal, se puso una camisola de seda negra transparente que le dejaba la mitad de los pechos al descubierto y la cubría sólo hasta la mitad de los muslos. Luego la doncella la ayudó a ponerse el corsé de brocado negro, tirando de las cintas con tanta fuerza que apenas pudo respirar.

A continuación les tocó el turno a las medias de encaje negro que iban atadas al corsé con cintas de color escarlata. Las altas botas que se calzó encima estaban hechas de cuero negro flexible que se adhería a la curva de sus rodillas. Habían sido especialmente confeccionadas con tacones altos y delgados que dificultaban el caminar.

Se sentó mientras la doncella le ocultaba el cabello castaño claro bajo una peluca de un rojo llamativo, tan larga que le rozaba las nalgas. Carmín para dar un aspecto carnosos y cruel a sus labios y para proporcionar un rubor intenso y febril a sus pálidas mejillas. Por último, un medio antifaz negro con aberturas para los ojos en forma de malvado ángulo y guantes de cabritilla negros y largos hasta el codo.

Se puso en pie y examinó su aspecto en un espejo. Toda de negro, blanco y escarlata, era una caricatura de la femineidad con una cintura diminuta que exageraba sus pechos y caderas y con piernas indecentemente largas. La doncella expresó su aprobación con una inclinación de cabeza y se marchó.

Para prepararse mentalmente, contempló con mirada fija el inge-

nioso y repugnante objeto mecánico que le habían regalado, pensando en lo que debía hacer. Cuando se sintió más preparada que nunca, fue a la habitación contigua y empezó a encender las decenas de velas que atestaban todas las superficies. Una vez estuvieron todas encendidas, la habitación adquirió el resplandor anaranjado de una antesala del infierno.

Él no tardaría en llegar. Cogió el látigo y lo hizo restallar una vez para probarlo. Perfectamente equilibrado. Todo estaba listo para el estreno. Sin embargo, se puso en tensión al oír girar la llave en la cerradura. A pesar de su estudio, había muchas cosas que no sabía.

Rápidamente se puso de espaldas a la puerta, como si le fuera indiferente. Notó que él entraba, oyó la llave girar de nuevo tras él, y escuchó el ruido de su pesada respiración. Jugueteeó con un largo mechón de falso cabello rojo, haciéndole esperar.

Cuando la impaciencia sacó lo mejor de él, dijo con voz ronca:

—Aquí me tienes, mi ama. ¿Qué es lo que mandas? Ella se volvió lentamente, empleando su cuerpo para expresar arrogancia, desprecio, dominación. Él la observó con ojos ávidos. Cuando él trató de hablar de nuevo, ella exclamó:

—¡Silencio!

El látigo se agitaba en su mano semejante a la cola de un gato furioso. A medida que la tensión iba aumentando, el rostro del hombre fue cubriéndose de sudor y el blanco de los ojos se fue haciendo más visible.

Entonces, de pronto, con un fiero movimiento del brazo, ella hizo restallar el látigo. El violento chasquido rompió en pedazos el asfixiante silencio. Su mirada se clavó en la de él y le ordenó en tono amenazador y letal:

—Arrodíllate, esclavo.

Kit se despertó gritando. El corazón le latía desbocado mientras trataba de recordar la pesadilla, pero esta ya se estaba disolviendo en imágenes fragmentadas. Se miró las manos, medio sorprendida de verlas desnudas en vez de cubiertas de cuero negro.

Había algo importante en el sueño, algo desesperadamente importante, pero se había desvanecido y no consiguió recordarlo. Encendió la vela que había junto a la cama con dedos temblorosos. El reloj marcaba un poco más de la medianoche. Se deslizó fuera de la cama, pero las piernas se le doblaron bajo su peso y cayó de rodillas con la cabeza dándole vueltas. Había desaparecido de su cuerpo hasta el último gramo de energía, y la había dejado tan desvalida como un bebé.

Cuando el mundo cesó de girar a su alrededor, se puso de pie torpemente y se echó una bata encima del camisón. Luego fue a la cocina y puso el hervidor al fuego. Viola, que había dormido sobre la cama, entró paseando lentamente en la cocina con un maullido interrogante. Kit la cogió y la acurrucó contra sí. El cuerpo tibio del felino aliviaba su intensa sensación de soledad, pero no lo suficiente.

Mientras esperaba a que hirviera el agua, oyó que se abría la puerta principal de la casa. Tenía que ser Cleo Farnsworth, cuya presencia sería una bendición en aquel preciso momento. Kit dejó la gata en el suelo y se apresuró a cruzar la sala y desatancar su puerta. Cuando se asomó al vestíbulo común, vio que Cleo, una escultural rubia de veintitantos años, estaba subiendo la escalera.

—Buenas noches, Cleo. —Kit procuró que su voz no sonase desamparada—. ¿Te apetece una taza de té y algo de comer?

—¿No te importa? No hay nada como pisar las tablas para abrirle a una el apetito. —La actriz bajó las escaleras y frunció el ceño—. Es muy tarde para que estés levantada. ¿Ocurre algo malo?

Kit se sintió tentada de volcar todas sus preocupaciones, pero logró controlar el impulso.

—Sólo es que he tenido una pesadilla —dijo al tiempo que volvía al interior de su apartamento—. Estoy muy cansada. Tengo la sensación de estar viviendo tres vidas diferentes, y cada una de ellas agotadora.

—Bueno, y así es. Has tenido dos semanas muy ocupadas.

—A mí me parece que ha sido mucho más tiempo. —Kit calentó la tetera y vertió el agua hirviendo sobre las hojas de té. Luego sacó queso, cebollitas en salmuera y unas cuantas empanadillas de salchicha que había comprado en una panadería—. ¿Qué tal ha ido la función de esta noche?

Cleo se encogió de hombros.

—Regular. El teatro estaba sólo lleno a la mitad. He vuelto a decir a Whitby que es demasiado pronto para llevar al escenario *El Magistrado*, pero nunca presta atención a una simple mujer. Aun así, me han aplaudido bastante por mi papel.

Después de dar cuenta rápidamente de una cuña de queso, dos empanadillas y media docena de cebollitas en salmuera, Cleo empujó hacia atrás su silla y dejó escapar un pequeño y femenino eructo.

—¿Has decidido lo que vas a hacer a continuación?

—Basándome en las investigaciones que he realizado hasta ahora, hay varios hombres que considero como sospechosos más probables —respondió Kit—. El señor Jones me ha dado sus direcciones en Londres, de modo que registraré la casa de cada uno de ellos.

—¡Oh, Kit! —exclamó Cleo—. Eso es incluso más peligroso que lo que has estado haciendo hasta ahora. ¿No puede el señor Jones buscar un ladrón de confianza que pueda hacer ese trabajo por ti?

Kit sonrió ligeramente.

—Dudo que existan ladrones de fiar. Además, nadie más que yo puede encontrar lo que estoy buscando, porque no estoy segura de qué es.

—Supongo que tienes razón —admitió la actriz—. Pero ¿cómo vas a hacerlo? Aunque el señor Jones te haya enseñado a forzar cerraduras, corres el riesgo de toparte con la servidumbre.

—Iré por los tejados y entraré por las ventanas de arriba. Haber crecido como una salvaje en medio del campo me ha convertido en una buena atleta.

Cleo se estremeció.

—No quiero ni pensar en ello. De todos modos, te las has arreglado bien hasta ahora. Ruega a Dios por que continúe tu buena suerte.

—Mi suerte ha sido errática. —Kit dio un poco de queso a Viola, que acechaba debajo de la mesa—. No me fue tan mal cuando dos de los Demonios trataron de maltratarme, no tenían ni idea de que yo no era lo que parecía. Pero uno de los más listos me pilló revolviendo en su habitación en la casa de lord Chiswick y me reconoció de anteriores ocasiones. Me dejó marchar después de que yo le soltara una sarta de mentiras. No creo que les hablé de mí a los demás, pero como cree que mi problema ya está resuelto, me veré en apuros si me sorprende de nuevo.

Cleo rió ligeramente.

—Si eso ocurre, estoy segura de que podrás inventarte otra historia convincente. ¿Quién era ese caballero?

—El conde de Strathmore.

—¡Strathmore! —Las expresivas cejas de Cleo se dispararon hacia arriba—. Lucifer en persona. Te gusta correr peligros.

—Tú sabes todo de todo el mundo. —Kit empezó a rascarse un punto en la cara interior del muslo, pero enseguida se detuvo. No podía arriesgarse a dejar una cicatriz—. ¿Qué sabes de él?

—Saber, no sé mucho, pero no faltan rumores —dijo Cleo despacio—. Se mueve en todos los niveles de la sociedad, desde lo más bajo hasta lo más alto. Aunque no es jugador, cuando juega tiene la suerte del mismo diablo, y dicen que ha arruinado a más de un hombre. Cuando era más joven se le consideraba uno de los mejores partidos en el mercado del matrimonio, pero he oído decir que las esperanzadas madres le han dejado por imposible. Y cabe preguntarse por qué, ya que es rico, guapo y muy cotizado.

—Nada de eso suena malvado.

—Es cierto que ese tipo de cotilleos no significan gran cosa —admitió Cleo—. Más preocupante es el hecho de que en una o dos ocasiones caballeros de buena cuna han desaparecido de la sociedad sin dejar rastro. He oído decir que quizá Strathmore tuviera algo que ver con esas desapariciones, pero como posee amigos en los lugares más altos, nadie se atreve a acusarle abiertamente.

Aquello no era lo que Kit deseaba oír. Apretó los labios.

—Así que tal vez sea un secuestrador, un asesino o algo peor.

—Tal vez. —La expresión de Cleo se tornó meditabunda—. Yo le conocí en una ocasión en el camerino, y me gustó. Un hombre muy inteligente. Podría haber seducido a cualquier mujer de las que estábamos allí para llevarla a la cama, y sin embargo no lo hizo. Cosa que me pareció rara, dado que pocos caballeros dejan pasar de largo a una actriz bonita. —Su semblante se puso grave—. No permitas que te pille otra vez, Kit. Es un hombre astuto, no hay duda. Yo no descartaría que fuera el que andas buscando.

—A mí también me gusta. —Kit vació el resto del té en su taza—. Por desgracia.

—¿Qué tal vas con tu baile?

El solo hecho de pensar en ello hacía que Kit se sintiera más cansada.

—Creo que ya tengo aprendidos los pasos —respondió sin entusiasmo.

—Enséñame. Kit parpadeó.

—¿A la una de la mañana y en camisón? Cleo sonrió abiertamente.

—¿Por qué no? Yo tararearé la música. —Se puso de pie, fue hasta la sala y se sentó en una silla, y acto seguido empezó a cantar una melodía sin letra con una voz entrenada que llenó la habitación.

Un tanto cohibida, Kit se ciñó un poco más la bata y empezó a bailar. Era un ritmo alegre, y conforme se movía marcando los pasos iba sintiéndose más fuerte.

Cuando terminó, Cleo dijo en tono crítico:

—No está mal, pero ahora repítelo con más entusiasmo. Y enseña un poco de pierna, eso es lo que quieren ver los caballeros. —Empezó a tararear otra vez, esta vez dando palmas con fuerza para acompañar el ritmo.

Kit volvió sus pensamientos hacia su interior por un instante, diciéndose a sí misma que era una coqueta irresistible, una seductora fantasía para un hombre. Imaginó a Lucien Fairchild contemplándola, sus ojos dorados brillantes de deseo... Una oleada de calor la recorrió al pensarlo. Empezó a girar sobre sí misma alrededor de la habitación, librándose por los pelos de chocar contra el mobiliario. Esta vez se sumergió en la música, pisando fuerte con los talones y girando de modo que la bata se le elevaba por encima de los tobillos. Terminó con un floreó que convirtió las palmas de Cleo en un verdadero aplauso.

—¡Bien hecho, Kit! Tendrás un gran éxito.

La temporal fortaleza de ánimo de Kit comenzó a ceder. Tal vez su forma de bailar fuera un éxito, pero ese era el menos importante de sus objetivos. El tiempo corría con velocidad aterradora, y el objetivo crucial a vida o muerte seguía mostrándose tan esquivo como siempre.



Lucien se sentó a la mesa escritorio para poner por escrito lo que había averiguado en sus investigaciones de los Demonios, pero el lápiz se distrajo y empezó a dibujar. Tenía una facilidad para el dibujo que le resultaba muy útil a la hora de diseñar sus juguetes mecánicos. Lo que surgió del papel esta vez no fue un pingüino, sino la cara de una mujer.

Una vez terminada, estudió el resultado. Lady Némesis,<sup>1</sup> tan misteriosa como esquivada.

*1. Nombre de la diosa griega que retribuía el justo castigo. También indica alguien ante quien uno acaba siempre derrotado o frustrado. (N. de la T.)*

Mentalmente la llamó Jane, pues era su nombre más reciente. Aunque se habían visto tres veces y habían compartido dos besos realmente superiores, no estaba seguro de cómo era ella exactamente. ¿Tenía los pómulos realmente tan altos, o era un truco de su destreza al maquillarse? ¿Su rostro era un óvalo perfecto o un poco más largo? Y su boca... Al tacto había comprobado la suavidad de aquellos labios, pero no podía definir su forma precisa. Lo único que podía afirmar conocer era su figura esbelta y elegante, que encontró más atractiva que las artificiales curvas de Sally la camarera.

Trató de dibujarla de diferentes maneras antes de rendirse. Ninguno de los dibujos parecía ser correcto. Resultaba enloquecedor saber que podría cruzarse con ella por la calle sin reconocerla. Con un suspiro, se reclinó en la silla y apoyó los pies en la mesa. Aquella maldita mujer se estaba convirtiendo en una obsesión. Había dicho que la encontraría, y así lo haría, aunque localizar a una joven sin nombre que podría estar en cualquier parte de Gran Bretaña era igual que buscar un gato negro en un sótano y por la noche. Pero cuando la encontrara, ¿qué diablos iba a hacer con ella? La fuerte atracción que había experimentado en la casa de Chiswick había cedido hasta un nivel manejable, pero seguía deseando llevarla a la cama sin pensar en las consecuencias. Ya se había sentido deprimido antes, y volvería a estarlo; por lo menos, la lista y valiente Jane bien valdría ese precio emocional. Pero él no seducía a vírgenes de buena familia, lo cual era ella sin duda alguna, a pesar de su enrevesada forma de actuar. Las mujeres como ella eran de esas con las que uno se casa. Lo cual significaba que no tenía ningún derecho a buscarla. Su mirada se posó en el dibujo de sí mismo y Elinor. Hace mucho tiempo había decidido que no se casaría a menos que encontrase a una mujer con la que pudiera compartir la profunda intimidad emocional que le había faltado durante tanto tiempo en su vida. Sería un hombre más feliz si jamás hubiera conocido esa intimidad. Sin embargo, aunque todavía sentía el dolor de la pérdida, no podía lamentar haberla tenido una vez.

Estaba ya volviendo al tema que le ocupaba cuando entró su mayordomo para anunciar:

—Lord Aberdare ha venido a verle, milord.

—¡Nicholas! —Lucien se levantó y estrechó la mano de su amigo, que había entrado siguiéndole los talones al mayordomo—. No sabía que ibas a venir a Londres.

—No más de lo que lo sabía yo mismo. Pero Rafe me ha hecho venir por ese voto acerca de las negociaciones de paz en Gante que está proponiendo a la Cámara de los Lores.

—Dios mío, ¿te ha hecho venir desde Gales para eso? —Lucien hizo un gesto señalándole una silla y después tomó asiento él mismo—. Te advierto que Rafe tiene razón: Ya que la guerra con los americanos está en un punto muerto, no tiene sentido que Inglaterra exija concesiones territoriales. La resolución de Rafe solicita que el gobierno suavice su postura y acepte las fronteras existentes, lo cual es el único modo de llegar a un acuerdo. Pero aun cuando se apruebe la resolución, no tendrá fuerza de ley.

—Cierto, pero cuando la Cámara de los Lores ladra, el gobierno escucha, y Rafe necesita todos los votos que pueda conseguir. Por eso me ha hecho venir a mí. —Nicholas se dejó caer con naturalidad en una silla y estiró las piernas—. Ya es hora de poner fin a una guerra que no debería haber comenzado nunca.

—Eso es muy cierto. Fue absurdo caer en un conflicto con los Estados Unidos cuando estábamos luchando por nuestras vidas contra Napoleón. Cuando antes hagamos las paces, mejor.

—Sobre todo teniendo en cuenta que nuestros advenedizos primos han empezado a ganar las batallas —dijo Nicholas en tono irónico.

Lucien le preguntó:

—¿Cómo está mi condesa favorita?

—Clare está tan tranquila como siempre. —Nicholas esbozó una sonrisa triste—. Soy yo el que está hecho un manojo de nervios. Ella afirma que no hay motivo para preocuparse porque proviene de una larga línea de robustas campesinas que regresaban a los campos a segar media hora después de dar a luz a sus hijos. No dudo que tiene razón, pero me alegraré cuando haya nacido el bebé.

Lucien sacó el pingüino mecánico de un cajón.

—He hecho esto como regalo de bautizo. Puedes llevártelo contigo a Gales ahora.

—¿Qué has hecho esta vez? —Nicholas dio vueltas a la llave. Cuando el pingüino empezó a dar volteretas hacia atrás, Nicholas se hundió en su silla, muerto de risa—. Qué mente más extraña y

maravillosa tienes, Luce —jadeó cuando pudo volver a hablar—. A Clare le encantará. Pero ¿qué vas a hacer para igualar esto si tenemos más hijos?

—Los pingüinos saben hacer otras cosas. Nadar. Deslizarse sobre la barriga. Bailar. Ya veré cuando llegue el momento.

Nicholas cogió otra vez el pingüino. Al hacerlo, vio los dibujos de Jane que descansaban sobre el escritorio. Tomó uno de ellos y lo contempló.

—Un rostro interesante. Lleno de personalidad e inteligencia. ¿Estás enamorado?

—En absoluto —contestó Lucien, represivo—. No es más que una mujer que da más problemas que un saco de gatos. Su amigo rió.

—Suenas prometedor. ¿Cuándo podemos esperar un anuncio interesante?

Lucien puso los ojos en blanco.

—No trates de convencerme de las ventajas del matrimonio. Sólo existe una Clare, y tú la descubriste primero. Dado que yo me niego a conformarme con menos en una mujer, estoy condenado a pasar el resto de mi vida soltero. Tus hijos podrán llamarme tío Lucien y hablar de mis excentricidades a mis espaldas.

Nicholas, intuitivo como un gato, debió de percibir la tristeza que subyacía bajo la frivolidad superficial, porque dirigió a Lucien una penetrante mirada.

—A propósito de nada —dijo lentamente—, Clare ha dicho que la razón por la que los Ángeles Caídos nos hicimos tan íntimos era que ninguno de nosotros tenía una verdadera familia, de modo que tuvimos que inventar una.

Era una verdad tan inesperada y acertada que hizo callar momentáneamente a Lucien. Por fin dijo:

—A propósito de nada, en efecto. ¿Cómo es vivir con una mujer que ve tanto?

—Alarmante a veces. —Nicholas sonrió ampliamente—. Maravilloso la mayor parte del tiempo.

Lucien decidió que ya era hora de cambiar de tema, antes de que su envidia se volviera demasiado visible.

—¿Has tenido alguna noticia interesante de tus parientes gitanos? La sonrisa de Nicholas se desvaneció.

—Esa es una de las razones por las que quería hablar contigo. Un primo lejano con el que viajé por el continente ha enviado un mensaje hace poco a Aberdare en el que dice que corren persistentes rumores de que Napoleón tiene la intención de llevar a cabo un regreso triunfal del exilio.

Nicholas había pasado varios años deambulando por Europa con sus parientes gitanos. Había ido a todas partes y oído de todo, y la información que había recogido y enviado de vuelta a Londres resultó de incalculable valor. Con la esperanza de que esta vez su amigo tal vez se equivocara, Lucien dijo:

—Cabe esperar rumores así del Corso. Es una leyenda viviente.

—Cierto, pero esto va más allá de lo que cabría esperar —repuso Nicholas—. Mi primo ha dicho que ha habido agentes del emperador moviéndose en secreto por Francia, probando la actitud de la gente, y que han llegado a la conclusión de que la mayoría apoyaría de nuevo al emperador. También ha oído rumores de que hay hombres poderosos entre los aliados, británicos, prusianos y austríacos, que ayudarían porque quieren que regrese Napoleón. Al parecer descubrieron que la guerra era un negocio muy rentable.

—Chacales —dijo Lucien con violencia apenas contenida. Tal vez hubiera terminado la lucha, pero debería haber recordado que la avaricia y la violencia eran eternas. Era hora de dejar de pensar en una mujer esquiva y concentrarse en el verdadero trabajo.

—Es probable que esos rumores no sean más que especulaciones y hablar por hablar, pero no podemos arriesgarnos. Haré indagaciones. Y también me pondré en contacto con mis colegas de Prusia y Austria. Si existe un plan ya trazado para restaurar al emperador, quizá pueda ser cortado de raíz antes de que se desarrolle.

—Eso espero —dijo Nicholas gravemente—. De verdad que eso espero.

La noche estaba nublada pero seca, perfecta para la actividad de un delincuente. Vestida completamente con ropas negras de hombre y provista de una cuerda fuerte y delgada y de un gancho, Kit dio comienzo a su carrera de ladrona en la mansión que lord Nunfield poseía en la ciudad.

La casa siguiente a la suya se encontraba temporalmente vacía, de modo que logró escalarla sin miedo a que nadie la oyera. Desde allí, era sencillo cruzar al tejado de la casa de Nunfield.

Las luces del sótano indicaban que los criados estaban pasando una tranquila noche en su sala de estar. La parte de arriba de la casa estaba a oscuras. Después de asegurar la sogla alrededor de una chimenea, Kit se la enrolló en la cintura y descendió hasta el nivel de una ventana trasera. Aquello suponía una labor agotadora, incluso para alguien que siempre había sido atlética hasta un punto nada femenino. Por suerte, la ventana que había escogido estaba sujeta sólo por un simple

pestillo que podría abrirse con una navaja. Hizo una pausa para tomar aire, pues estaba jadeando profundamente, tanto a causa del cansancio como de los nervios. Esta vez, si la pillaban, no habría forma de explicar su presencia allí.

Cuando el pulso se le fue tranquilizando, se puso manos a la obra. Se había aficionado a efectuar registros, y fue capaz de recorrer los pisos superiores del modesto hogar de lord Nunfield muy rápidamente. Aunque prestó especial atención al dormitorio del dueño, registró todas las habitaciones. Todo transcurrió sin errores. Desgraciadamente, no encontró nada de interés. Para cuando se asomó por la ventana y cogió la cuerda que colgaba, estaba inclinada a pensar que Nunfield no era su hombre. La próxima salida sería a la casa de lord Mace.

Después de encaramarse de nuevo al tejado, se dijo a sí misma que la noche había sido un éxito en un aspecto: esta vez no había sido sorprendida por el inquietante lord Strathmore.

Al menos por eso podía dar las gracias.

La propuesta de Rafe de llegar a un rápido acuerdo con los Estados Unidos atrajo a un número sorprendente de pares a la Cámara de los Lores. El tema dio lugar a un vivo y ocasionalmente virulento debate. El propio Rafe fue muy elocuente al promover su resolución, y Lucien y Nicholas también pronunciaron breves discursos de apoyo.

El debate prosiguió hasta pasada la medianoche. Cuando el asunto se llevó a votación, Rafe aguardó con rostro impasible como si el resultado le fuera indiferente. Lucien se sentó a la derecha de su amigo y le fue dando cuenta de cómo iban los votos. Iba a quedar cerca, muy cerca, y la cámara entera guardaba un tenso silencio.

La resolución ganó por un solo voto. Al tiempo que se elevaba un murmullo de voces. Rafe se permitió una sonrisa de júbilo.

—Me alegro de que hayas venido, Nicholas.

—Esperemos que la resolución sirva para algo bueno. —Nicholas palmeó a Rafe en el hombro—. Bien hecho. Temía que ganasen los partidarios de aplastar a las colonias.

Rafe se volvió hacia Lucien.

—¿Te apetece venir a mi casa a celebrarlo? Tal vez podamos urdir alguna otra forma de ejercer presión que se pueda presentar al gobierno.

—Me reuniré con vosotros más tarde. —Lucien recorrió la atestada cámara con la mirada—. Hay algunas personas a las que quiero saludar.

Lucien no se sorprendió al ver que Mace y Nunfield habían asistido, ni al ver que votaban en contra de la medida propuesta. Se abrió paso a través de la multitud hacia ellos.

Mace levantó las cejas cuando Lucien se unió al grupo.

—¿Realmente está a favor de rendirnos ante esa chusma de americanos?

—No se trata de una rendición, sino de un compromiso —replicó Lucien mientras se hacían a un lado de la masa de hombres que salían de la cámara—. No veo razón para continuar una guerra inútil.

—Habla usted como si abrigara tendencias peligrosamente liberales —dijo Nunfield con fingido horror—. Probablemente lea a radicales como Leigh Hunt y L.J. Knight y esté de acuerdo con ellos.

—A veces sí. —Lucien hizo un gesto para señalar a la multitud—. La paz no ha de ser un asunto radical. La mayoría de las personas que están aquí tienen parientes al otro lado del Atlántico. Yo mismo los tengo. Deberíamos hacer amigos nuestros a los americanos, no quemar su capital.

—Es cierto que nos han dado el tabaco, por lo cual les debemos algo. Hablando de tabaco... —Mace extrajo una cajita dorada de rapé y la abrió con una elegante giro de la mano izquierda. Después de inhalar un pellizco, lanzó un suspiro de placer—. Delicioso. Casi tan agradable como el óxido nitroso. ¿Alguna vez lo ha probado?

Aunque la expresión de Mace era natural, había una nota en su voz que dio a Lucien a entender que la pregunta era significativa.

—No, pero he oído hablar de él, naturalmente. Tengo entendido que la inhalación de ese gas produce un efecto parecido a la intoxicación, sólo que sin el dolor de cabeza del día siguiente.

—Es incluso mejor —le aseguró Mace—. A diferencia del alcohol, que suele ponerle a uno taciturno, el nitroso le hace sentirse en paz con el mundo. Por eso lo llaman a veces el gas de la risa. Tengo un químico que fabrica nitroso para mí, y ocasionalmente invito a algunos amigos a disfrutarlo conmigo. Voy a hacerlo mañana por la noche. ¿Le apetece acompañarnos?

—Me encantaría —contestó Lucien, no del todo sincero—. Es una de esas cosas que siempre he querido probar.

—Entonces, hasta mañana. —Mace se despidió con una inclinación de cabeza y se fue.

Mientras Lucien regresaba en busca de Rafe y Nicholas, se permitió una sonrisa de satisfacción para sus adentros. El óxido nitroso tema fama de soltar la lengua y las inhibiciones, de manera que tal vez se enterase de algo interesante de otros invitados a la fiesta. Del mismo modo, tendría que cerciorarse de que Mace no supiera nada de él. Era una suerte que Lucien tuviera experiencia en seguir su propio consejo.

Lucien llegó deliberadamente tarde a la fiesta de óxido nitroso de lord Mace. Su casa se encontraba sólo a dos manzanas de la de Strathmore, de manera que fue a pie. Como el tiempo era inusualmente frío para esa época del año, más propio de enero que de noviembre, tenía las calles enteras para sí.

Las cortinas de la casa de Mace estaban corridas, lo que la dejaba tan oscura que parecía desocupada. Sin embargo, un impasible mayordomo respondió prontamente a la llamada a la puerta de Lucien, tomó su capa y le condujo hasta la sala. Las mortecinas lámparas iluminaban a cerca de una docena de personas, hombres en su mayoría, pero entre los que también había algunas mujeres. Lo que distinguía aquella de otras reuniones sociales eran las sonrisas bobaliconas y las grandes vejigas de cuero de las que todos los invitados inhalaban periódicamente. Varios sirvientes se movían alrededor en silencio, trayendo recipientes nuevos cuando los invitados les señalaban con un gesto que debían sustituirlos.

Lucien recorrió la habitación con la mirada, buscando a su anfitrión. Había varios invitados charlando y riendo juntos, aunque su conversación parecía algo desorientada. Otros, tal vez más intoxicados, se habían vuelto hacia sí mismos en estado de trance, más interesados por sus propias sensaciones que por lo que les rodeaba.

En un rincón estaba lord Nunfield repantigado en una silla, alternando pequeños sorbos de vino con inhalaciones de su bolsa de gas. Muy cerca de él se encontraba lord Chiswick sentado en el suelo en compañía de una mujer que reía tontamente tendida sobre su regazo. Levantó su vejiga desinflada e hizo una seña a un criado para que se acercara.

—Está vacía —dijo en tono quejumbroso—. Necesito más. El criado trajo en silencio otra abultada vejiga y la sustituyó por la gastada. Después de una ávida chupada a la larga pipa, la expresión de Chiswick se disolvió en una sonrisa beatífica. En ese momento dijo Mace con voz fría:— Me alegro de que haya podido venir, Strathmore.

—Gracias por la invitación.

Lucien dio media vuelta y se encontró con que su anfitrión tenía el rostro arrebolado y las pupilas dilatadas de tal modo que sus ojos parecían negros. Si el óxido nitroso era el causante de aquello, se explicaba que hubiera tan poca luz.

—Tendrá que esforzarse para ponerse al nivel de los demás —dijo Mace—. Venga aquí, donde hay más silencio.

Le condujo a un recibidor contiguo y ambos se acomodaron en un par de sillones revestidos de cuero. Un criado se apresuró a traerles dos vejigas de gas.

Lucien examinó la suya y calculó que tendría un volumen aproximado de cuatro litros.

—¿Cómo se produce el gas?

—Calentando cierta sustancia... nitrato de amonio, creo —explicó Mace—. Naturalmente, no permito que el químico lo prepare aquí porque en ocasiones la mezcla explota. Adelante, pruebe un poco.

Lucien ajustó la larga pipa de tubo y empezó a inhalar el gas con la esperanza de que no le pudriera el cerebro. Una vez vaciada la vejiga, dijo:

—Es relajante, pero nada más.

Mace apartó a un lado la vejiga y entregó a su huésped una nueva.

—Tarda unos minutos en hacer pleno efecto.

A medias de la segunda vejiga, Lucien empezó a sentirse mareado, aunque no resultaba desagradable. Inhaló otra vez y un vibrante hormigueo se le extendió por todo el cuerpo, bailando en las venas y rebotando en las extremidades. Los colores le parecieron más brillantes y se sintió eufórico, intensamente vivo.

—Interesante. Empiezo a entender por qué le gusta esto.

—Llega a ser incluso mejor —dijo Mace al tiempo que hacía una seña para que trajeran más—. Si el nitroso fuera fácil de obtener, la bebida pasaría de moda.

Lucien rió, porque el comentario le pareció muy gracioso. No se había sentido tan despreocupado desde que era niño.

Mace tomó un cuaderno y un lápiz de la mesa que tenía al lado.

—Describe las sensaciones que está experimentando. Mi químico está recopilando datos sobre la reacción de distintas personas al gas.

—Es como... como ser música. —Lucien hizo un gesto con las manos para explicar lo inexplicable—. En cierta ocasión, un amigo me llevó a la Abadía de Westminster a oír el *Mesías* de Hándel. El edificio entero vibraba con el sonido de cientos de instrumentos y voces. Esto se parece un poco.

—¿Le zumban los oídos? Lucien se paró a pensar.

—Sí, vibran al mismo ritmo que mi corazón.

Mace siguió haciendo preguntas, aunque a veces Lucien les perdía el hilo. El tiempo empezó a volverse borroso cuando le pusieron en las manos otra bolsa de gas, y después otra más. Se dio cuenta de que Mace estaba inhalando el nitroso mucho más lentamente. Aunque era evidente que el otro hombre quería intoxicarle, no parecía que mereciera la pena preocuparse por ello. En una o dos ocasiones Lucien intentó reunir su mente dispersa, pero ni siquiera pudo recordar la razón por la que quería intentarlo. Se tomaba las cosas demasiado en serio, todos sus amigos lo decían, de modo que debería aprovechar aquella oportunidad para relajarse y disfrutar.

Había un pequeño resquicio de su mente que se mantenía apartado, vigilante, pero carecía de poder para actuar. Simplemente observaba.

Después de varias preguntas sobre sus reacciones al óxido nitroso, Mace le preguntó como por casualidad:—¿Por qué quiere unirse al club de los Demonios, Strathmore? Esta vez me gustaría que me dijera la verdad.

—Quiero saber... saber... —La mente de Lucien se había quedado momentáneamente en blanco y no era capaz de recordar qué era lo que estaba empeñado en averiguar. En los segundos que transcurrieron mientras buscaba la respuesta, reconoció el duro brillo de los ojos de su anfitrión. Mace había estado esperando aquel momento.

No era algo inesperado. Lo que sorprendía a Lucien era que, a pesar de años de práctica en guardar secretos, quería soltar impulsivamente la verdad. Los habituales muros que representaban la racionalidad y la inhibición se habían desvanecido, y tenía la lengua dispuesta para decir que estaba buscando a un espía y que pretendía destruirle cuando diera con él.

La parte de su mente que permanecía apartada le dijo fríamente que si daba esa respuesta y Mace era el espía, había excelentes probabilidades de que él mismo no sobreviviera a esa noche. Sería fácil fingir una muerte accidental: un resbalón en los adoquines, un asalto por parte de ladrones desconocidos, y habría desaparecido. La sociedad se quedaría impresionada y consternada, durante un día o dos.

Luchando por evitar dar una respuesta, Lucien balbuceó:—Lo siento... El zumbido es cada vez más fuerte. Me resulta difícil oír con claridad.

Mace afiló el tono de voz:—Dígame qué es lo que pretende averiguar.

—Quiero averiguar... —Lucien, sin cejar en su empeño, intentó enfocar su mente fragmentada, conectar con aquella pequeña parte de sí mismo que aún conservaba la claridad. Se frotó la frente, pero no llegó a notar la presión de sus propios dedos. *¡Maldita sea, piensa!*

Dudaba que pudiera mentir, ni siquiera para salvar su vida, pero vio con una oleada de alivio que podía ofrecer verdades más pequeñas.

—Quería averiguar... más acerca de usted y de los otros. A veces me siento... muy cansado de mí mismo. Soy demasiado serio. Envidio a esas personas capaces de vivir para el placer, porque yo no sé hacerlo. —Se dio cuenta con cierta sorpresa de que aquéllas eran cosas que nunca había visto en sí mismo.

Mace repitió la pregunta de varios modos diferentes, pero ahora que Lucien había pensado en las respuestas ya pudo contestar más fácilmente. Al final Mace se reclinó en su asiento y le contempló con los párpados entornados.

—Felicitaciones, Strathmore, acaba usted de pasar la prueba de entrada al club. Nadie puede ser iniciado en el grupo sin sufrir la prueba del óxido nitroso, ya que parece que convierte a los hombres en seres inusualmente candidos.

Agradecido por poder bajar la guardia, Lucien preguntó:—¿Alguna vez fracasa alguien?

—Normalmente no, pero usted podría haberlo hecho. Me preguntaba por qué quería unirse a nosotros, los hombres complicados me hacen ser cauto. Pero puedo entender que esté aburrido de tanta sobriedad. Nosotros le curaremos eso. Para los hombres ricos y de buena cuna como nosotros, el placer es un deber. —Mace inhaló profundamente de una nueva vejiga de gas y sus ojos inyectados en sangre brillaron con un fuego interior—. Las sencillas satisfacciones animales están al alcance de cualquiera, pero los refinamientos del éxtasis requieren talento e imaginación. Ya lo averiguará, Strathmore, ya lo averiguará.

Mace se levantó e hizo una seña a un lacayo para que les trajera dos vejigas llenas. Luego dijo a Lucien:

—Ya que va a ser uno de nosotros, puedo mostrarle algo especial. Lucien se sintió recorrido de arriba abajo por una sensación de mareo al ponerse de pie y se agarró al respaldo del sillón. Cuando

la cabeza se le estabilizó, siguió a Mace al exterior de la sala. No sintió nada cuando se golpeó el muslo contra la aguda esquina de una mesa;

de hecho, no sentía su cuerpo en absoluto. No estaba tan entumecido como más bien desconectado. Muy raro.

A medio camino de las escaleras, se volvió y miró hacia abajo, al vestíbulo. Si se cayese por las escaleras y se estrellase contra las losas de mármol, tampoco sentiría nada.

—Vamos —dijo Mace con voz impaciente y un tanto turbia—. Es usted una de las pocas personas que pueden apreciar esto plenamente.

Lucien, obediente, continuó subiendo el segundo tramo de escalera y después un corredor que conducía a la parte de atrás de la casa. Al llegar, Mace abrió con llave una puerta que daba a una habitación en la que había una mesa de trabajo en el centro y vitrinas de cristal a lo largo de las paredes. Cuando Mace encendió una lámpara, Lucien dijo, más bien de modo innecesario:

—Aquí es donde guarda su colección de objetos mecánicos. —Observó el interior de una vitrina y vio un grupo de tres figuras, una de las cuales parecía estar cortando la cabeza a otra—. ¿De Baviera?

Mace asintió con la cabeza.

—San Juan Bautista siendo decapitado. Muy raro. Pero no es nada comparado con los que diseño yo mismo.

Sirviéndose de una pequeña llave que fingía ser una faltriquera de reloj, abrió el único armario que tenía puertas opacas. Acto seguido, sacó un objeto mecánico y lo depositó sobre la mesa. Tras darle cuerda con una larga llave, dio un paso atrás para que su invitado pudiera ver con claridad el ingenio.

Constaba de dos figuras exquisitamente esculpidas, una mujer desnuda y un hombre también desnudo tendido entre las piernas de ella. Con un chirrido metálico de engranajes, empezaron a fornicar.

Lucien se quedó mirando cómo embestían las nalgas desnudas de la figura del hombre y cómo se agitaban los brazos de la mujer en supuesto éxtasis. Aquella visión desencadenó una frialdad interior tan profunda que ni siquiera la euforia generada por el gas pudo hacerla desaparecer. El preciado «juguete» de Mace era una caricatura de la sexualidad, un símbolo de la cópula mecánica e irresponsable que Lucien odiaba en la vida real. En su actual estado de desinhibición, no deseó otra cosa que lanzar aquel desagradable artificio al suelo de un manotazo y hacerlo añicos.

El impulso era tan fuerte que le tembló el brazo por el esfuerzo de reprimirlo. Con voz de estudiada neutralidad, dijo:

—Nunca he visto nada igual. Excelente artesanía. Tiene usted una mente... muy ingeniosa.

—No puede haber en el mundo otra colección como ésta. Yo diseño los objetos y construyo los mecanismos, y un orfebre hace las figuras. —Mace sacó otra muestra. Esta representaba a una mujer con dos hombres, cada uno de ellos comportándose de un modo de lo más imaginativo—. Encuentro que es una tarea... excitante.

Lucien inhaló de la nueva vejiga de gas, pero no pudo eliminar por completo su sensación de asco. Afortunadamente, Mace no estaba mirando a su huésped; estaba demasiado absorto en admirar sus pequeñas monstruosidades. Lo único que Lucien tenía que hacer era pronunciar comentarios adecuadamente admirativos de la fabricación de las piezas, con alguna que otra pregunta acerca de aspectos técnicos poco habituales.

Por fin todos los objetos estuvieron sobre la mesa, como representación de una galería de variaciones sexuales. Mace dijo con la voz enronquecida:

—Ayúdeme a darles cuerda para que todos funcionen a la vez.

Lucien le complació de mala gana, empezando por una mujer y un semental. Odiaba tocar aquellos objetos, pero no hizo caso de lo que representaban y así consiguió cumplir con su parte en la operación de darles cuerda.

Después de que ambos hombres recorrieron la mesa de un extremo al otro, transcurrieron quizá diez segundos durante los cuales todos los objetos estuvieron funcionando, llenando la habitación con su coro de zumbidos mecánicos. Una de las figuras —Lucien no estaba seguro de cuál de ellas— llevaba una pequeña bocina que simulaba toscamente gemidos de placer.

Mace contempló sus tesoros hasta que el último de ellos se quedó sin cuerda.

—Voy a llevar uno a las mujeres que están abajo —dijo con voz espesa—. ¿Le apetece acompañarme?

Lucien contuvo una respuesta sincera.

—No, gracias. Todavía me siento un poco mareado por el gas. Mace acompañó a su invitado fuera de la habitación.

—El mareo pasa rápidamente —dijo al tiempo que cerraba la puerta con llave—. Si necesita echarse, la habitación que hay al otro lado de la sala es para invitados.

Ansiando estar a solas, Lucien aceptó la sugerencia. La habitación de invitados estaba maravillosamente silenciosa y oscura. Encontró una silla tropezando con ella, y se sentó. Para cuando terminó el último vestigio del óxido nitroso, ya estaba sereno de nuevo. Su mente vagaba a la deriva en un mar de placer no ganado.

Un repiqueteo en la ventana le sacó de su lasitud. Se asomó por ella y vio una figura negra y delgada cuya silueta se veía recortada contra el cristal como una araña humana. Una imagen poco probable; tal vez el gas producía alucinaciones. En ese momento el marco izquierdo de la ventana se abrió de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire frío y una ágil forma humana. El intruso aterrizó en el suelo con un ruido sordo y después se incorporó. El sonido de su respiración trabajosa llenó la habitación.

Un hombre racional se lo habría pensado dos veces antes de echarse sobre un ladrón que podría estar armado, sobre todo si ni siquiera se encontraba en su propia casa, pero Lucien no era racional en aquel momento. Lo habría logrado si no hubiera tropezado con otra silla en la oscuridad. La silla cayó al suelo con estrépito, haciéndole perder el equilibrio y alertando a su presa. El intruso dejó escapar una leve exclamación de alarma, saltó por la ventana y desapareció. Lucien miró parpadeante el negro rectángulo de cielo nocturno y se preguntó si no habría sido todo aquello producto de su imaginación. Pero la ventana ciertamente estaba abierta. Se asomó por ella y descubrió una cuerda colgando a cincuenta centímetros frente a él. Al mirar hacia arriba, vio la forma oscura del ladrón gateando hasta el tejado.

Empujado por el mismo instinto que le había hecho cruzar la habitación, Lucien se apoderó de la cuerda y se lanzó al exterior. Mientras trepaba rápidamente hacia arriba, el observador mental registró un viento frío, pero no experimentó incomodidad alguna. La euforia de la droga seguía inundando todo su cuerpo, y ascendió sin esfuerzo como si tuviera alas. Incluso la arriesgada proeza de salvar el alero para encaramarse al tejado fue llevada a cabo con toda facilidad.

Soltó la cuerda y se arrodilló sobre el borde aplanado mientras reconocía el terreno. El tejado era lo bastante llano como para caminar sobre él si se tenía cuidado. ¿Dónde estaba el ladrón? A la derecha no, donde se extendía una ancha superficie de tejas de pizarra vacías. El individuo debía de haber ido hacia la izquierda, donde había un tejado saliente de caballete que podía servir de escondite. Su suposición se vio confirmada cuando comprendió que el sonido amortiguado de deslizamiento que oyó correspondía a la cuerda, que estaba siendo izada y apartada hacia la izquierda. Para cuando se dio cuenta de ello, el extremo de la soga ya estaba fuera de su alcance.

El ladrón debía de encontrarse justo al otro lado del tejado de caballete. Lucien trepó hacia arriba, valiéndose del ángulo que formaba el tejado principal y el de caballete para apoyar manos, rodillas y pies. Nada más levantar la cabeza por encima del punto más alto del caballete, fue azotado de pleno por la fuerza del viento. Se agachó ligeramente y se sujetó con una mano sobre el asta del borde del tejado mientras buscaba a su presa.

Aunque el negro atuendo le hacía casi invisible, el ladrón fue traicionado por su propia rapidez de movimientos. Había cruzado todo el tejado y estaba ya a medio camino del de la casa contigua.

Lucien le siguió, con el instinto de cazador latiendo en sus venas con la misma euforia que sentía al galopar a caballo por encima de campos y vallas. Lanzó una carcajada mientras se deslizaba sobre las traicioneras tejas. Zorros y ladrones no eran más que excusas; lo que importaba era la persecución.

El dios de la caza le protegía para que pudiera desplazarse a una velocidad que rápidamente acortó la distancia entre él y su presa. Con la mente apenas conectada al cuerpo, se lanzó del caballete a las chimeneas, y de allí al tejado del siguiente edificio.

El ladrón miró hacia atrás y escupió un juramento ininteligible al ver que todavía le seguían. Entonces se lanzó de un salto por encima del hueco que separaba la segunda casa de la siguiente. Al llegar al otro lado cogió lo que parecía ser una cuerda que había dejado antes allí. Después de recuperar el equilibrio, se lanzó como un rayo a través de las tejas y desapareció detrás de otro caballete, llevándose la cuerda consigo.

Cuando alcanzó el borde del tejado, Lucien saltó sobre el hueco sin dudarlo. Pero la suerte se le había acabado. El tejado tenía una inclinación más pronunciada que los dos anteriores, y sus pies resbalaron bajo su peso al aterrizar. Chocó con fuerza y rodó, y a continuación empezó a resbalar sobre las tejas boca abajo. Intentó detener el descenso, pero no había nada a que agarrarse. Sus dedos se deslizaban sobre la película de hielo que cubría las tejas de pizarra. Con leve asombro se dio cuenta de que iba cayendo inexorablemente hacia su muerte. La droga que le había nublado la mente le producía una bendita sensación de despreocupación, bloqueando también el dolor y el miedo.

Sin embargo, aunque su mente mostraba total indiferencia ante la muerte inminente, su cuerpo, de forma refleja, luchaba por sobrevivir, arañando y tratando de asirse de las piedras planas y resbaladizas. Al llegar al borde mismo del tejado, la mano que se agitaba en el aire encontró un reborde decorativo en la piedra que logró frenar su caída, y Lucien se encontró oscilando

precariamente sobre el borde, con la cabeza y los hombros suspendidos por encima de tres pisos y medio de negro vacío, colgado de las puntas de los dedos. La gravedad era su enemiga, y muy pronto le derrotaría. Era una estúpida forma de morir.

En ese momento una voz gritó:

—¡Agárrese a esto!

Lucien levantó la vista y tuvo una fugaz impresión de algo que volaba hacia él desde las sombras de un grupo de chimeneas. Antes de que pudiera registrar lo que era, una áspera sogá le golpeó en la cara y le hizo perder la tenaz sujeción en el alero y precipitarse de cabeza por el borde del mismo. En el momento de caer, por pura suerte consiguió asir la cuerda con la mano izquierda. La sogá se tensó y su caída se frenó en seco con un tirón que le provocó una fuerte sacudida en los músculos del hombro y el brazo. Terminó balanceándose de una mano en el vacío, con el viento silbando a su alrededor. De momento se limitó a quedarse allí colgando felizmente, estupefacto por lo improbable de su situación. Pero la realidad cayó sobre él cuando se dio cuenta de que sus dedos en tensión iban soltándose poco a poco. Se cogió de la cuerda con la otra mano y empezó a trepar hacia arriba con el mismo extraño optimismo que le había metido en aquel embrollo.

Una vez estuvo de nuevo a salvo sobre las tejas, se incorporó sobre manos y rodillas y luchó por aspirar aire. No sentía ningún dolor, pero su cuerpo insistía en temblar violentamente.

Una voz grave cortó el viento diciendo:

—¡Gracias a Dios!

Qué ladrón tan peculiar. Tenía que conocerle.

Gateó tejado arriba hacia las chimeneas, sostenido por la cuerda.

Cuando llegó a su destino, el ladrón huía de nuevo, pero aún estaba lo bastante cerca para que Lucien le agarrase por la parte de atrás de la chaqueta.

—No tan deprisa, mi amigo ratero. Debo darle las gracias por haberme salvado la vida.

El ladrón trató de zafarse, pero perdió pie sobre las tejas heladas y chocó contra Lucien. Juntos cayeron en el seguro ángulo que formaban la chimenea y el tejado, Lucien debajo, su presa esparrancada encima de él.

Después de recuperar el aliento, Lucien se dio cuenta de que había algo muy familiar en la grácil forma del ladrón. Y también en la esquivá y picante fragancia de clavel, que no era precisamente lo que uno esperaba encontrar en un desvalijador de casas. Recientemente había conocido a otra persona que también usaba ese aroma de clavel. Con una sensación de inevitabilidad, arrancó de un tirón el pañuelo negro que ocultaba la cara del ladrón. El rostro pálido y ovalado fue reconocible al instante incluso en medio de la oscuridad.

Lucien sonrió abiertamente al tiempo que inmovilizaba contra sí la forma alargada y deliciosamente femenina de la joven.

—De manera que volvemos a encontrarnos, lady Jane. O como se llame usted esta noche. Empiezo a creer que estamos destinados a estar juntos.

—Esto no es el destino, sino una farsa —soltó Jane. Acompañó el comentario con un codazo en el estómago de Lucien, en su afán de zafarse de él. El golpe le habría dolido si su cuerpo y su mente estuvieran debidamente conectados entre sí.

—Debe de estar deseando que la transporten a Nueva Gales del Sur —señaló Lucien, al tiempo que la abrazaba con fuerza para inmovilizarle los brazos—, o de lo contrario no habría irrumpido en una casa en la que se está celebrando una fiesta.

—Creí que lord Mace estaba ausente, porque la mayoría de las ventanas estaban a oscuras. — Privada del movimiento de los brazos, intentó propinarle un rodillazo en la ingle.

Afortunadamente, él la sujetaba lo bastante cerca como para que ella no tuviera espacio para hacerle ningún daño.

—Es usted muy fuerte para ser mujer —le dijo más bien sin resuello—. Claro que, si no lo fuera, no estaría descolgándose por los tejados de Londres como un mono enloquecido.

—¡Mira quién habla! Era usted el que se estaba arriesgando como un demente. Resulta increíble que no se haya caído antes. —Empujó con fuerza con manos y codos, tratando de liberarse de sus brazos - ¡Suélteme maldito patán!

—Es que no quiero soltarla - replicó él con simplicidad sobrecogedora - En este momento sólo estoy haciendo lo que quiero.

¡Debería haberle dejado caerse por el tejado!

Muy apropiado - admitió Lucien - Pero ya que no lo ha hecho, tengo una idea mejor.

Y la beso.



Kit, furiosa, se sorprendió a sí misma respondiendo al beso de Strathmore. Era una locura, después de haber estado los dos tendidos en un tejado helado y habiendo cometido ella un delito de importancia, pero el humor y la sensualidad de aquel hombre resultaban irresistibles. Sus brazos eran un remanso de calor en contraste con la frialdad de la noche, su boca y su juguetona lengua una invitación a los placeres eróticos.

A medida que el cuerpo de Kit se fue relajando, Lucien aflojó su garra de acero y empezó a acariciarla. Incluso bajo las varias capas de ropa de invierno que les separaban, Kit sintió que su piel vibraba en cada punto donde la tocaba él. Una gran mano se le deslizó por la cadera y se introdujo bajo el abrigo para acariciarle la espalda con un ritmo suave que relajó la tensión de sus músculos. Centímetro a centímetro, labios, manos y torso, fue entregándose a él, amoldando su cuerpo al suyo.

No se percató de que él le había ido sacando la camisa de los pantalones hasta que su mano entró en contacto con la espalda desnuda de ella. Aquello habría supuesto otra deliciosa caricia si los dedos no estuvieran fríos como el hielo. La magia del momento se quebró y Kit emitió un chillido y se separó de pronto.

—Esto es absurdo —dijo de mal talante, como si no hubiera sido una participante entusiasta—. Puede usted quedarse aquí si quiere, pero yo voy a marcharme de este tejado antes de que me muera congelada.

Lucien alzó una mano y le rozó la mejilla con delicada ternura.

—Yo la mantendré caliente.

Cuando intentó acercarle el rostro para besarla de nuevo, ella se apresuró a incorporarse y se sentó sobre los talones, apoyada en la chimenea. Esta noche Strathmore era un hombre distinto, se movía y hablaba con deliberada lentitud, a diferencia de la penetrante intensidad de anteriores ocasiones. Tras adivinar la razón de aquel comportamiento, le dijo fríamente:

—Está bebido. No me extraña que se comporte como un idiota. Él le pasó los dedos por el cabello despeinado.

—No... no estoy bebido —dijo con precisión—. Es óxido nitroso.

Aquello explicaba por qué no había notado sabor a alcohol al besarle.

—Degenerado —musitó—. Aunque ¿qué otra cosa puede esperarse de un Demonio?

—Es muy interesante —protestó Lucien—. Le vuelve sincero a uno. Y sinceramente, mi pequeña delincuente, la deseo a usted. —Se enderezó y trató de tocarla de nuevo—. Nunca había besado a un criminal.

Ella no supo si echarse a reír o empujarle tejado abajo. Se conformó con apartarle de un manotazo.

—No soy pequeña, soy tan alta como muchos hombres. Ahora voy a coger la cuerda y bajar antes de que quienquiera que viva en esta casa nos oiga corretear aquí arriba y mande buscar al vigilante.

Lucien rompió a reír.

—El vigilante es demasiado sensato para andar por la calle en una noche como ésta.

—En ese caso, nosotros deberíamos mostrar la misma sensatez —replicó Kit—. ¿Es capaz de bajar sin romperse el cuello? El lo pensó detenidamente.

—Creo que sí.

No era una afirmación muy tranquilizadora, pero su fuerza y su instinto de autoconservación y su capacidad atlética fueron los que le salvaron antes. Dado que si descendían por la parte de atrás de la casa aterrizarían en un jardín vallado, Kit cogió un extremo de la cuerda, comprobó que estaba firmemente atada a la chimenea y gateó hasta el lado de la casa que daba al callejón. No había nadie a la vista y las ventanas estaban oscuras, de modo que se enrolló la soga alrededor de la cintura y se preparó para el descenso.

—Cuando llegue al suelo, tiraré de la cuerda dos veces —le dijo a Strathmore, que la había seguido—. Luego baja usted, y por el amor de Dios, tenga cuidado.

Tras la ágil maniobra de balancearse desde el tejado a la cuerda, Kit empezó a bajar resbalando de modo controlado. Los guantes de cuero le protegían las manos de posibles rasguños. Tocó el suelo con pie seguro, pero al hacerlo resbaló en una placa de hielo que había justo debajo de la cuerda. Por suerte todavía estaba sujeta a la soga, lo que la salvó de caerse.

Se apartó con cuidado y después hizo la señal a Strathmore. Tan pronto como él llegase al suelo, ella pensaba salir corriendo a tal velocidad que avergonzaría a una liebre asustada. El achispado conde se quedaría solo, y que se las arreglara como pudiera.

Lucien bajó tan deprisa que Kit se preguntó cómo se le habrían quedado las manos. Diciéndose a sí misma que aquello no era de su incumbencia, se preparó para echar a correr. En ese momento, Strathmore chocó con la placa de hielo y se estrelló contra el suelo. La violencia del impacto la hizo componer un gesto de dolor.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí. —Lucien trató de levantarse, pero cayó de nuevo cuando se le dobló el tobillo derecho—. Pensándolo mejor, puede que no. .

—¡Maldita sea! —dijo Kit con convicción—. ¿Se ha roto la pierna?

—No creo. —Se palpó el miembro en cuestión—. Este tobillo protesta cada vez que lo trato mal. Dentro de un día o dos lo tendré bien. —Con ayuda de la cuerda, se incorporó y acto seguido se apoyó pesadamente contra la pared de la casa.

—¿Le duele mucho?

—Querida, en este momento no hay nada que me duela. —Dejó escapar una risita—. Podría haberme mutilado el pie con un cuchillo sin afilar y no me habría enterado. Si alguna vez me veo obligado a someterme al cuchillo de un cirujano, antes pienso atiborrarme de óxido nitroso. —Dio un paso con cautela y cayó sobre la rodilla—. Sin embargo, aunque el tobillo no me duele, demuestra un cierto empeño en no dejarme andar.

Kit lanzó un suspiro.

—Le ayudaré a llegar hasta la puerta de lord Mace. Por favor, no llame hasta que haya tenido la oportunidad de escapar.

—Agradezco la oferta —dijo él cortésmente—, pero en realidad prefiero no volver a casa de lord Mace.

—Si se queda aquí afuera en ese estado, sin ni siquiera una capa para abrigarse, estará muerto antes de que amanezca —señaló ella, procurando contener su furia.

—Vivo a unas dos manzanas de aquí. No se preocupe, puedo recorrer esa distancia por mí mismo. —Intentó demostrarlo y estuvo a punto de volver a caerse. Y se habría caído, de no ser por la pared.

Resignada, Kit le rodeó los hombros con un brazo. Strathmore era muy grande y macizo.

—Le ayudaré a llegar a su casa, si cree que puede llegar hasta allí sin tener más problemas.

—No le garantizo nada, querida. —A pesar de todo, había una nota de humor en su voz.

Procurando no pensar en el largo y duro cuerpo del hombre, Kit echó a andar hacia la calle. Debían de tener el aspecto de dos borrachos ayudándose el uno al otro a llegar a casa.

—Si no se hubiera entrometido —dijo en tono ácido—, habría podido marcharme cuando lo juzgara conveniente y habría escapado con mi cuerda. Ahora tendré que comprar una nueva.

—Yo se la compraré. —Lucien reflexionó un momento—. Pensándolo bien, no lo voy a hacer. Lo último que quiero es animarla a seguir con esa vida de delincuente. Y no es que necesite usted que la animen. Apostaría a que no me ha preguntado por dónde se va a mi casa porque ya averiguó eso mientras urdía su plan para robarme. ¿Me equivoco?

No se equivocaba, de modo que Kit no quiso dar más importancia al comentario ofreciendo una respuesta.

Al principio él mantuvo una charla ininterrumpida y bobalicona, pero pronto guardó silencio, pues su respiración se iba haciendo más trabajosa. Por lo menos, el mal tiempo había hecho que las calles estuvieran desiertas.

A media manzana de su destino, tropezaron con otra placa de hielo y ambos dieron en tierra. Kit no se hizo daño, pero el conde dejó escapar una fuerte exclamación. Mientras la chica le ayudaba a levantarse, él musitó:

—El efecto del óxido nitroso está empezando a desaparecer. Por desgracia.

Los doscientos últimos metros parecieron interminables. Cuando por fin alcanzaron la casa, Kit frunció el ceño al poner el pie en los altos escalones de mármol.

—Llamaré para que vengan sus criados. Harán falta un par de hombres para ayudarle a subir hasta la puerta.

—Existe un modo mejor —jadeó Lucien—. Por el callejón. Para cuando llegaron a una puerta situada al nivel de la calle en la parte posterior de la casa, Kit se sentía tan cansada que no estaba segura de quién sostenía a quién. Cuando él ordenó;

—Dése la vuelta un momento.

Ella obedeció sin ni siquiera tratar de hacer trampa y robar una miradita.

Oyó el ruido del roce de una piedra, seguido de una llave entrando en una cerradura. Se volvió, picada por la curiosidad.

—Si guarda una llave escondida detrás de un ladrillo, es que debe de hacer esto con cierta frecuencia. ¿Por qué no usa la entrada principal como un conde como Dios manda?

—A veces me gusta pasar desapercibido. —Abrió la puerta y reveló un triste vestíbulo iluminado por una pequeña lámpara de aceite.

—Estoy empezando a pensar que es usted tan ratero como yo. —Le ayudó a entrar, pensando que era peligroso sentir tal camaradería hacia un sospechoso—. Veo que hay un bastón en ese rincón, así que supongo que podrá subir las escaleras por sí mismo—. Cogió el bastón y se lo entregó a Lucien—. Buenas noches, lord Strathmore.

Había dejado la huida para muy tarde. Antes de que pudiera dar un paso, un brazo grande y poderoso la rodeó por la cintura y la frenó en seco.

—No tan deprisa, mi tramposa amiga.

Kit se tensó para la batalla, pero él la tranquilizó diciendo:

—Una tregua, querida, al menos por esta noche. Sería muy poco caballeroso entregarla en manos de la ley cuando me ha salvado la vida.

—¿Entonces qué es lo que quiere? —preguntó ella con cautela.

—Quiero que venga al piso de arriba y procure entrar en calor para no terminar congelada en alguna alcantarilla.

El conde tenía razón: Ahora que ya no la envolvía el calor de su cuerpo, estaba temblando sin poder evitarlo. Cuando él hubo cerrado la puerta con llave, ella le acompañó escaleras arriba.

Aunque Strathmore se apoyaba pesadamente sobre el bastón, se las arregló bastante bien sin la ayuda de Kit. Ésta se preguntó si no estaría exagerando la lesión para convencerla a acompañarle. Muy probablemente; resultaba obvio que el conde era un hombre taimado, exactamente la clase de malhechor al que estaba intentando dar caza.

Sin embargo, a pesar de sus recelos, no podía tener miedo de él. Sentía una extraña clase de relación entre ambos, la sensación de que los dos eran espíritus afines. Racionalmente, sabía que aquel sentimiento era una fantasía creada por la necesidad de compañía. Nunca había llevado bien eso de estar sola, y resultaba malvadamente tentador volcar los problemas de uno sobre otra persona. ¡Ojalá se atreviera a confiar en Strathmore! Tal vez se arriesgara si su vida fuera la única que estaba en juego, pero no podía jugar con la seguridad de otro.

Con todo, aunque el conde fuera un monstruo, por esta noche estaría a salvo; el hecho de rescatarle le había procurado un margen de gracia. Hizo una mueca al recordar el terror que sintió cuando él se estaba deslizando hacia la muerte. Strathmore podía ser inquietante e incómodo, pero no quería verle muerto.

Cuando llegaron al piso de arriba, él la condujo a la biblioteca, donde aún brillaban unas ascuas. Kit se acercó a la chimenea y se puso de rodillas para avivar el fuego mientras Strathmore empleaba la lámpara para encender un candelabro de velas. Después él fue cojeando hasta un armario y sacó una botella de coñac y dos copas. Sirvió una generosa medida de licor en cada copa y vació la suya de un solo trago. Después de llenarla de nuevo, se sentó en uno de los sillones de orejas que cercaban la chimenea y empezó a luchar con sus botas. La izquierda salió fácilmente, pero la del pie lesionado resultó ser más difícil.

Una vez que el fuego empezó a arder alegremente, Kit bebió un trago de coñac. El escozor la hizo parpadear, pero ciertamente sirvió para calentarla. Tras un segundo trago más cauteloso, acudió a ayudar al conde. Cuando se arrodilló para sujetar la bota, notó un contacto ligero en la cabeza al tiempo que él le quitaba el pañuelo y lo bajaba hasta los hombros.

—Este es por fin su verdadero color de pelo, ¿no? Muy bonito. Ella levantó la mirada y contuvo la respiración. Los ojos del conde se veían dorados, de una calidez más embiagadora que el coñac. Procurando parecer desenvuelta, contestó:

—Es simplemente castaño claro, de lo más corriente. Él le apartó hacia atrás los mechones que habían escapado del moño que llevaba en la nuca.

—Subestima usted su cabello. Es como la seda nueva, resplandeciente y con hebras de color ámbar y bronce.

Kit se estremeció cuando los dedos del conde le rozaron la sien. Como seductor, era uno de primera clase. Se inclinó con determinación y tiró de su bota, pero sin éxito. Al oír la fuerte inspiración que hizo él, dijo:

—Tal vez fuera mejor cortarla.

—¿Y echar a perder mi mejor par de botas? —exclamó él, escandalizado—. Pruebe de nuevo, sobreviviré.

Kit se encogió de hombros y tiró otra vez con todas sus fuerzas, casi yendo a aterrizar en el suelo cuando la bota salió de repente. Un espasmo cruzó la cara del conde al tiempo que reprimió un juramento.

Ella tocó con suavidad el tobillo hinchado.

—¿Está seguro de que no se lo ha roto?

—Muy seguro. —El conde se quitó la corbata de pañuelo y la utilizó para formar un basto vendaje con el que envolvió el tobillo. Luego cogió un taburete tapizado y apoyó en él el pie herido—. Como le he dicho, esto ya me ha sucedido antes. No es más que una torcedura.

—Es una lástima que no tenga óxido nítrico para eliminar el dolor.

Él hizo una mueca.

—Ha sido una experiencia interesante, pero no quisiera repetirla. Ese gas le hace a uno perder el control, lo cual no es un estado que me guste demasiado.

—Eso no me sorprende.

Sintiendo la necesidad de ocuparse en algo, encontró una manta doblada en el sofá y la extendió sobre el conde. A continuación, se quitó la capa mojada y el pañuelo, volvió a coger su copa y se acomodó en el sillón que había al otro lado del fuego.

Strathmore se repanchigó con un suspiro.

—Qué noche tan extraña ha sido ésta. —Enarcó una ceja en dirección a Kit—. Debo felicitarla por mentir tan bien. Me enorgullezco de saber conocer a las personas, pero usted ciertamente me engañó en casa de Chiswick. ¿Qué demonios se trae entre manos?

Ella apretó los labios.

—Debería haber sabido que me invitaba para interrogarme. Habría hecho mejor arriesgándome a pasar frío.

—Tendría que estar muerto para no ser curioso —dijo Lucien lacónicamente—. Estuvo usted muy convincente en su papel de hermana angustiada. ¿De verdad tiene un hermano?

Ella bajó la vista a la copa que tenía en las manos.

—Si estuve convincente, fue porque había... había algo de verdad emocional en lo que dije. Sin embargo, la historia era falsa. No tengo ningún hermano, ni en el ejército ni en ninguna Otra parte.

—¿Entonces por qué vigila a los Demonios?

Ella alzó la vista de nuevo con expresión desafiadora.

—¿Por qué he de contestar a sus preguntas?

—¿Le sirve de algo el hecho de que yo tenga el doble de tamaño que usted y que sea notablemente despiadado?

Una repentina carcajada iluminó su grave semblante.

—Esta noche no, milord. Dejando aparte el hecho de que hemos declarado una tregua, no puede moverse lo bastante aprisa para atraparme.

Él le dirigió una mirada feroz.

—Es un día triste aquél en el que un hombre no puede ser respetado en su propia casa.

Ella rió otra vez, y él le preguntó con suavidad:

—¿Quién es usted?

Kit estuvo a punto de responder, pero se contuvo.

—¡Diablo de hombre! Está tratando de desarmarme con humor. —Depositó su copa de coñac con un tintineo de cristal—. Pero no le va a ser tan fácil atraparme.

—Bueno, merecía la pena intentarlo. —El tono ligero se desvaneció—. Puede que esta noche haya una tregua entre nosotros, pero no puedo permitirle que continúe con sus actividades delictivas. Aparte de ser ilegal, el allanamiento de morada es un pasatiempo muy peligroso.

—Si es usted tan virtuoso, ¿por qué es un Demonio? Lucien se había preguntado cuándo sacaría el tema a relucir.

—No soy un miembro oficial del club, aunque lo seré pronto. Kit, sorprendida, dijo:

—¿Por qué se toma la molestia de entrar en el club? Esa pandilla **no** parece ir con su estilo.

—Yo tengo amigos de muchas clases. Los Demonios son divertidos, de una manera sin complicaciones. Cuando quiero tener una compañía más cerebral, busco en otra parte. —La contempló con mirada pensativa por encima del borde de su copa mientras bebía un sorbo—. Mi excusa es el gusto depravado, pero ¿qué le interesa a usted de ese grupo? Se ha mostrado asombrosamente persistente.

Con la indecisión dibujada en el rostro, Kit se levantó de su asiento y empezó a pasear por la habitación, moviéndose con esbelta e inconsciente elegancia. Las máscaras que había llevado en los anteriores encuentros habían caído para dejar al descubierto un breve atisbo de la mujer que era en realidad. Sin embargo, esa mujer aún seguía siendo una paradoja. En su trabajo, Lucien había conocido a más personas temerarias de las que le correspondería conocer, normalmente hombres, pero a veces también mujeres, que se arrojaban al peligro y asumían riesgos. Jane no era una de esas personas, porque no parecía encontrar placer en sus audaces acciones. Había en ella una falta de confianza que era muy real, pero que en cambio iba unida a una fuerza férrea y profunda que la hacía meterse en la boca del león una y otra vez.

Una vez tomada la decisión, Kit se volvió en redondo y se encaró con él.

—Ya que hay una tregua entre nosotros y que no es usted un Demomo iniciado, voy a decirle la verdad. Da muestras de tener conciencia, tal vez lo que voy a contarle le convenza de abandonar el club.

El óxido nitroso debía de afectarle todavía, porque dijo impulsivamente:

—La verdad supondrá un cambio agradable. Ella frunció el ceño.

—Este asunto no es para tomarlo a risa. Soy periodista. Escribo ensayos y artículos para diversas publicaciones. Estoy trabajando en un reportaje sobre el club de los Demonios. En teoría, no es peor que cualquier otro grupo de hombres privilegiados y libertinos, pero he recibido la información de que algunas de sus prácticas sobrepasan la depravación del original club del Fuego del Infierno.

—¿Como cuáles?

—Raptar y asesinar a jóvenes muchachas inocentes como parte de sus ceremonias —dijo ella de un tirón.

Lucien se puso serio al instante. ,

—Si eso es cierto, es espantoso.

—Estoy muy segura de que es cierto. Lucien pensó en los miembros que conocía. Resultaba imposible creer que el joven lord Ivés, por ejemplo, tolerara un asesinato ritual.

—Me cuesta trabajo creer que la mayoría de los Demonios participen en semejantes actividades.

—Y probablemente tenga razón. Creo que la mayor depravación se limita a un círculo más íntimo.

—¿Los Discípulos?

Kit le miró con dureza.

—¿Le resultan familiares?

—Sólo sé que existen, no conozco sus identidades ni cuál es su propósito. ¿Usted cree que están valiéndose del grupo más amplio para disfrazar sus actividades?

—Exactamente. Poseo algunas pruebas, pero quiero tener más antes de escribir mi artículo.

—¿Qué clase de pruebas ha encontrado?

—He conocido a una joven que logró escapar de donde la tenían prisionera. Me ha contado lo que oyó decir a sus captores y a algunos de los sirvientes. Como su información es limitada, he estado intentando conseguir más.

Lucien tamborileó con los dedos en el brazo del sillón.

—Ya es bastante raro que una mujer joven sea periodista, pero que además persiga un asunto como éste exige una buena dosis de credulidad.

—Dicho de otro modo, ¿cree que estoy mintiéndole de nuevo? —le espetó ella—. Si hubiera más mujeres periodistas, se escribiría más sobre esos asuntos. Inglaterra está llena de mujeres y niños que han sufrido malos tratos, una situación que muchos hombres consideran normal.

Aquellas palabras destilaban convicción. También producían un débil eco en lo más recóndito de la mente de Lucien. Algo que había leído...

—¿Cómo se llama? Quizá haya visto alguno de sus artículos.

—Dado que jamás tomarían en serio a una mujer ensayista, escribo bajo varios seudónimos distintos, dependiendo de la publicación.

Aquello resultaba plausible; la mayoría de los escritoruelos que trabajaban para la prensa variada y popular poseían múltiples identidades.

—Yo leo mucho. Dígame un nombre que utilice con frecuencia. Kit titubeó.

—¿Me da su palabra de no revelarlo? —Después de que él asintió, dijo—: Para el *Examiner*, soy L. J. Knight.

—¡Dios santo! —exclamó Lucien. Aquella publicación semanal era famosa por su valentía y su celo reformista; de hecho, los dos hermanos que la dirigían se encontraban actualmente en la cárcel por su irrespetuoso tratamiento del Príncipe Regente—. ¿L.J. Knight, el agitador radical, es una joven?

—No hace falta ser hombre ni viejo para ver que hay muchas cosas en nuestra sociedad que necesitan un cambio. De hecho, mi juventud y mi sexo son una ventaja, ya que yo veo el mundo de forma distinta a los escritores varones —respondió Kit con frialdad—. Tenía veinte años cuando presenté por primera vez un ensayo al *Examiner*.

Leigh Hunt lo compró inmediatamente y pidió más. Aún sin creerla del todo, Lucien dijo:

—Me sorprende no haber oído decir nunca que L. J. Knight era una mujer.

—Me comunico con Leigh Hunt y con mis otros editores por correo o por mensajero especial.

Queriendo probarla, el conde dijo:

—Me pareció que estuvo muy dura con lord Castiereagh en el artículo que escribió sobre él el verano pasado.

—Me confunde con otro periodista. Yo nunca he escrito sobre el ministro de Asuntos Exteriores. —El brillo irónico de sus ojos demostraba que había reconocido la trampa.

Lucien pensó en servirse más coñac, pero llegó a la conclusión de que necesitaba toda su lucidez mental.

—¿Ha averiguado algo robando a los Demonios?

—No tanto como podría haberlo hecho si usted no se hubiera interpuesto en mi camino una y otra vez —repuso ella, atemperando su exasperación con algo de humor—. No obstante, allanar moradas sólo es parte de mi investigación. Las pruebas aumentan por momentos, y pronto estaré lista para escribir mi artículo.

—¿Qué es lo que ha averiguado?

Kit sacudió negativamente la cabeza.

—Sería una tonta si le dijera más.

Lucien estudió con respeto su figura esbelta y femenina. Hacía falta valor para enfrentarse a hombres malvados armada tan sólo con una pluma.

—Querida, es usted una fuente constante de sorpresas.

—Igual que usted. Para ser un derrochador profesional, posee una mente notablemente inquisitiva. —Ladeó la cabeza—. ¿Llama a todas las mujeres «querida»?

—Sólo a las que me gustan. Que son bastantes, de hecho. —Cabe esperar tal cosa de un libertino.

—He dicho que me gustan, no que las persiga sexualmente —re plicó él—. Son dos cosas totalmente distintas. —Me parece infrecuente que a los hombres les gusten de verdad las mujeres. ¿Por qué es usted distinto? —Cuando era pequeño, mi amigo más íntimo era una niña —contestó Lucien tras una pausa infinitesimal—. Además, sigo sin saber cuál es su verdadero nombre, de modo que «querida» es lo bastante neutral.

Kit sonrió ligeramente.

—En realidad me llaman Jane.

—¿Lidia Jane Knight? ¿O Luisa o Laura?

—Ya le he dicho todo lo que tenía intención de decirle, milord, de modo que puede dejar de hacer preguntas. —Le dirigió una mirada serena—. Ahora que le he dicho la verdad, ¿comprende por qué investigo a los Demonios?

—Sí, pero sigo sin aprobarlo. Está usted jugando con fuego.

—Entonces puede que me queme. —Kit se levantó y se puso el abrigo, que había estado desprendiendo vapor suavemente junto al fuego—. Pues que así sea. Buenas noches, milord.

Cuando empezaba a envolverse el pañuelo alrededor de la cabeza, Lucien se izó a sí mismo de su asiento, cogió su bastón y se acercó a ella cojeando.

—¿Dónde vive?

Kit lanzó un suspiro.

—Es usted muy perseverante.

—Es una cualidad que debe entender. Y eso es acaso la única cosa que tenemos en común. —Alzó su mano libre y acarició con suavidad la blanda curva de la mandíbula de Kit con los nudillos—. No somos enemigos, sabe.

Ella retrocedió.

—No estoy tan segura de eso como usted.

—¿Va a negar que existe cierta atracción entre nosotros?

—Aunque no sea tan buena mintiendo —dijo ella sardónicamente—. Pero la atracción es una cosa pequeña y sin importancia. Puede que a usted le resulte difícil creer que una mujer pueda interesarse más por la justicia y la vida intelectual que por los hombres, pero ese es mi caso. Vivimos en mundos diferentes, lord Strathmore.

—¿Es esto pequeño y sin importancia? —La atrajo a sus brazos y la besó, no con el placer nublado por la droga que había sentido en lo alto del tejado, sino con los sentimientos que se habían generado desde entonces. Pasión, anhelo, esperanza.

Las manos de ella se apoyaron sobre sus antebrazos, abriéndose y cerrándose espasmódicamente al tiempo que su mano le tomaba un pecho. A través de las varias capas de tela Lucien notó cómo se endurecía el pezón bajo su palma. Ella llenaba sus sentidos, el tacto, el olfato, el oído.

Cuando inclinó la cabeza para besarla en el cuello, ella susurró:

—No, Lucien. No... No puedo permitirme el lujo de que el deseo me distraiga. Me está dando más motivos para evitarle.

El delicioso sonido de su nombre pronunciado por los labios de ella borró totalmente el sentido de aquellas palabras. Kit retrocedió a medias y él la siguió, pero lanzó una leve exclamación al sentir una punzada de dolor en el tobillo, que ya había olvidado.

—¡Maldición! —Con la frente cubierta por una película de sudor, se agarró a una silla para no caerse—. Es increíble cómo el dolor supera al deseo.

—Si lo hubiera sabido, me habría sentido tentada de darle una patada en el tobillo antes. —Kit se ciñó el abrigo y se dirigió hacia la puerta—. Ya es hora de que me marche.

Él tomó una lámpara y la siguió.

—Le alumbraré el camino hasta la salida. —Le ofreció una sonrisa que resultaba tan peligrosamente seductora como sus besos—. Con un bastón en una mano y una lámpara en la otra, no hay gran cosa que pueda hacer para seducirla. Aunque si pienso en ello, tal vez se me ocurra algo.

—Entonces no piense en ello —dijo Kit. Sin embargo, cuando llegaron a la escalera, cogió la lámpara sin decir nada para que él pudiera agarrarse a la barandilla. Era otro ejemplo del extraño modo en que trabajaban juntos, una armonía instintiva que sólo había experimentado con otra persona.

No hablaron hasta llegar a la puerta lateral. Lucien hizo girar la llave en la cerradura, pero mantuvo la mano sujetando el pomo mientras preguntaba:

—¿Dónde vive, Jane?

A la luz de la lámpara, sus ojos eran de un reluciente color dorado. Ella no era una pareja apropiada para un hombre así, se dijo Kit desesperada. Él era un maestro de misterios que ella nunca había conocido y hacía uso de sus conocimientos con despiadada gentileza, persuadiéndola más que obligándola.

Sabedora de que debía marcharse antes de que desapareciera su último resquicio de sentido común, dijo rápidamente:

—Wardour Street. Tengo un piso en el número 96. Pero lo que le dije en otra ocasión es la verdad, lord Strathmore: En mi vida no hay sitio para usted.

—Tal vez pueda hacerse. —Lucien soltó el pomo de la puerta y dio un paso atrás para dejar salir a Kit.

La noche había empeorado. Por fortuna, su destino se encontraba a sólo unas manzanas de allí. Mientras caminaba por las silenciosas ca-

lles, se sorprendió a sí misma preguntándose cómo sería ser libre para corresponder al interés de él. Si las intenciones de Strathmore fueran honradas, no viles... Si ella completara felizmente su misión...

Sin embargo, por mucho que lo intentara, no lograba imaginarse a los dos juntos de manera significativa. Había representado toda una variedad de papeles y aún representaría alguno más, pero ninguna de sus identidades pertenecía al mundo de esplendor y riquezas del conde de Strathmore.

Después de que Jane se hubo marchado, Lucien estaba tan cansado que apenas pudo llegar al final de los tres tramos de escalera que conducían a su habitación. Sin embargo, cuando se dejó caer en la cama, con el tobillo doliéndole intensamente, se sentía profundamente complacido. Su dama misteriosa había admitido que existía una atracción mutua, y aunque todavía dudaba de ella, ya se habían dado los primeros pasos hacia una relación más gratificante. Jane. Dio vueltas al nombre en su cabeza. No la veía como Jane realmente, pero estaba empezando a acostumbrarse al nombre. Jane, serenamente sensual, tímida pero decidida, con una lengua acida y el corazón de una leona.

Había supuesto un placer verla sin pelucas ni cosméticos. Por fin tenía un rostro auténtico que visualizar. Le gustaba la suave ondulación de su pelo, y su cutis sin maquillar poseía la delicada transparencia de las perlas. Sobre todo, le gustaba la inteligencia y la individualidad que irradiaba ahora que ya no llevaba ningún disfraz. Fue cayendo poco a poco en el sueño, pensando en sus claros ojos grises y en el dulce calor de su esbelto cuerpo.

El óxido nítrico le dejó un regalo de despedida: una noche inquieta llena de sueños espeluznantes. El primero fue de pasión con Jane, que era un montón de mujeres en una sola, pero siendo siempre ella misma en todo su esplendor. Sin embargo, tras una satisfacción sin parangón, ella empezó a disolverse en sus brazos. Él trató de retenerla, pero se desvaneció en las sombras, dejándole a solas con una pena que le desgarraba el alma.

Despertó al amanecer empapado en sudor. Las imágenes ya estaban desapareciendo, dejando tras de sí solamente una abrumadora sensación de pérdida. Quizá los sueños fueran una advertencia de que debía evitar ajarse en el futuro. Cuanto más la deseara, más daño le haría si resultaba ser inalcanzable la intimidad emocional. No era accidental el hecho de que hubiera llevado una vida casi de celibato durante años, y seguramente sería más sensato que continuara viviendo así.

Apretó los labios. Ya era demasiado tarde para volver atrás. Costara lo que costase, debía proseguir en su empeño, porque Jane había tomado posesión de su mente y de su imaginación como ninguna mujer lo había hecho nunca. Se arriesgaría.

Al tiempo que hacía sonar la campanilla para el té, se dijo a sí mismo que si sus sueños contenían un mensaje, era que debía mantenerse alejado del óxido nítrico. La breve euforia se había cobrado un altísimo precio.

El tobillo de Lucien había mejorado durante la noche. Tras unas buenas friegas y un experto vendaje que le aplicó su ayuda de cámara, ya podía caminar lo bastante bien para salir de casa. Como concesión a la lesión, viajó en un carruaje cerrado en lugar de conducir él mismo.

Inevitablemente, su destino fue Wardour Street. Se encontraba en Soho, una zona poblada por artistas, escritores, excéntricos y extranjeros, justo la clase de lugar en el que uno esperaba encontrar a una mujer independiente como Jane.

Al apearse de su carruaje, bastón en mano, sintió bullir como el champán en su interior la emoción por volver a verla. Esperaba que estuviera en casa; si era así, le ofrecería dar un paseo. Sería un placer verla a la luz del día en vez de la oscuridad de la noche. Su relación hasta ese momento no podía haber sido más nocturna si fueran murciélagos. Sonrió abiertamente cuando vio que la otra acera de la calle ostentaba una taberna llamada *El Zorro Intrépido*. Parecía un nombre apropiado, para la ocasión.

Su emoción empezó a desvanecerse cuando observó el número 96 de la calle. Parecía pertenecer a una casa independiente en vez de estar dividida en pisos. Aun así, las apariencias podían resultar engañosas, de modo que llamó vigorosamente a la puerta utilizando el aldabón de bronce.

Acudió a abrir la puerta una pulcra camarera que abrió mucho los ojos al ver al elegante caballero que aguardaba en los escalones de la entrada. Haciendo uso de su sonrisa más zalamera, Lucien dijo:

—Mi primo me ha pedido que haga una visita a su amiga Jane en esta dirección, pero me temo que no recuerdo el apellido de la joven dama. ¿Está en casa la señorita Jane?

—Oh, aquí no vine ninguna joven dama, señor. —La doncella soltó una risita—. Excepto yo, naturalmente, pero me llamo Molly, no Jane. ¿Está seguro de tener la dirección correcta?



Una fría rabia le recorrió el cuerpo y su mano aferró con fuerza el bastón. La muy bruja había vuelto a tomarle el pelo. Permaneció absolutamente inmóvil hasta que recobró el dominio de sí mismo lo bastante para decir:

—Muy probablemente me habré equivocado. Tal vez sea el número 69 la casa que estoy buscando. Si no, escribiré a mi primo y le pediré que me lo aclare.

Tras tocarse cortésmente el sombrero, dio media vuelta y regresó cojeando a su carruaje. Maldita sea, ¿cómo había sido tan tonto para creer que ella le había dicho la verdad? Le gustaría echarle la culpa de su equivocación al óxido nitroso, pero lo que le había intoxicado verdaderamente era Jane, la única mujer que había conocido que pudiera hacerle fosfatina el cerebro.

Al subir al carruaje, ordenó a su cochero:

—Al puente de Westminster. Quiero ir a la cárcel de Surrey.

Leigh Hunt lanzó una mirada ausente desde su escritorio cuando la puerta de su celda se abrió con un chirrido. Al reconocer a su visitante, se puso en pie con una sonrisa complacida.

—Strathmore, me alegro de verle por aquí.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Como ya había visitado al director del periódico en otras ocasiones, Lucien no se sorprendió de ver el papel con un dibujo de enrejado de rosas que decoraba las paredes de piedra ni el cielo azul y las nubes pintados en el techo. Leigh Hunt no era hombre que dejara que algo minúsculo como la prisión echara a perder su gusto por la vida.

Entró un guardia con un gran jarrón de flores.

—Vi a un vendedor de flores como éstas y pensé que tal vez le gustaran —explicó Lucien mientras el guardia depositaba el jarrón sobre el piano.

—Gracias. —Hunt acarició los brillantes pétalos de un crisantemo—. Están espléndidas para esta época del año.

—Pronto terminará su condena, ¿no es así? —En febrero. —Leigh Hunt hizo una mueca—. Ya estoy contando los días. He procurado que esta celda resultase lo más cómoda posible, pero cuando todo está ya dicho y hecho, sigue siendo una prisión. —Señaló una silla con un gesto de la mano—. Por favor, siéntese y cuénteme lo que ocurre en la ciudad.

—Dado que sigue dirigiendo el *Examiner* desde esta celda, probablemente lo sabrá mejor que yo. Aun así, puede que no se haya enterado de... —Lucien le relató varias anécdotas que sabía que le gustarían.

Poco a poco, Lucien fue orientando la conversación hacia el tema que le había llevado a la cárcel.

—A propósito, me ha llegado el rumor de que uno de sus redactores, L. J. Knight, es en realidad una mujer. Leigh Hunt lanzó una carcajada.

—¡Qué soberbia tontería!

—La historia me pareció poco probable —admitió Lucien—. ¿Cómo es Knight en realidad? A juzgar por su idealismo, supongo que será joven.

—En realidad no lo sé. Nunca le he visto en persona: nos comunicamos por correo.

Interesante. A continuación, Lucien le preguntó:

—¿Knight vive en el campo?

—No, en Londres.

—De modo que es posible que sea una mujer que utiliza un seudónimo para ocultar su sexo. Hunt negó con la cabeza.

—En teoría es posible, quizá, pero ninguna mujer podría escribir ensayos tan llenos de fuerza ni tan bien razonados.

Si Leigh Hunt hubiera conocido alguna vez a una mujer como Jane, tal vez no estuviera tan seguro de aquella afirmación. Naturalmente, ella podía haber mentido en lo de ser L. J. Knight, pero Lucien se inclinaba a creerla; su celo y su conocimiento de los temas públicos habían resultado muy convincentes.

—¿Cree que a Knight le importaría que yo le hiciera una visita? Me gustaría estrechar su mano. No siempre estoy de acuerdo con sus opiniones, pero posee una mente muy lúcida. Es un placer leer sus artículos.

Hunt frunció el ceño.

—Dudo que acepte visitas. Tengo entendido que tiene mala salud, por eso vive muy apartado.

Lucien asintió levemente. Ser un inválido era el disfraz perfecto para una mujer poco convencional, y exactamente la clase de inteligencia que esperaba de Jane.

—No quisiera sobrecargar las fuerzas de ese hombre —dijo en tono piadoso—, pero tengo una propuesta que hacerle. La guerra ha terminado y es hora de que Inglaterra mire al futuro. Me gustaría publicar un panfleto sobre mis ideas sociales y económicas. Sin embargo, soy un escritor mediocre, de modo que necesito contratar a alguien que presente mis opiniones de modo eficaz. Si puede darme la dirección de Knight, le enviaré una nota y le pediré que considere el proyecto. Si no le interesa, no le molestaré más.

Hunt vaciló.

—Knight siempre se ha negado a que yo le visite. De todos modos, es poco corriente que a un escritor de poca monta no le interese tener más trabajo, sobre todo con un caballero tan generoso como usted. Su dirección es el número 20 de Frith Street.

Soho otra vez. Lucien no creyó que fuese una coincidencia. Dado que Jane también había dicho impulsivamente una dirección de Soho cuando él la había presionado, existían muchas posibilidades de que viviera en esa zona. Aquello reducía su búsqueda a proporciones manejables. Derivó la conversación hacia otros temas, y después de unos minutos más se marchó.

En el camino de vuelta a Londres, sopesó la información que había conseguido. En su trabajo había conocido muchas clases de embusteros, incluidos los que decían falsedades por deporte y los que no eran capaces de distinguir la fantasía de la realidad. Jane no era así; sus embustes obedecían a un propósito. Supuso que no podía censurarla por mentir acerca de su domicilio, ya que él la había presionado para que revelara algo que ella prefería mantener oculto. Pero aunque su furia había disminuido, no había sucedido lo mismo con su determinación de encontrarla.

Era tarde, de modo que la visita a Frith Street tendría que esperar hasta el día siguiente. Se preguntó qué encontraría allí; probablemente, la taimada Jane había hecho que le enviaran el correo a otro lugar distinto de su casa. Pero la dirección tal vez llevara a alguna otra cosa.

Como nada más podía hacerse acerca de aquel asunto por el momento, centró sus pensamientos en el Fantasma. Un espía francés era más importante que dar con una exasperante jovencita. ; Su cabeza lo sabía perfectamente, pero no así su corazón.

Vestida con una insulsa capa y un gorro blando que le sombreaba el rostro, Kit entró en la verdulería. La propietaria, una robusta mujer de mediana edad que poseía una cara agradable, estaba en ese momento ocupada con un anciano cliente, pero ofreció a Kit una breve sonrisa de bienvenida. Kit se entretuvo en inspeccionar los productos hasta que el otro cliente se marchó. Luego dijo:

—Buenos días, señora Henley.

—Me alegro de verla otra vez, señorita. Ha pasado mucho tiempo —dijo la otra mujer en tono afable—. ¿Qué le apetece hoy?

—Una docena de puerros, por favor, y dos libras de esas coles de Bruselas. —Mientras la señora Henley seleccionaba las verduras, Kit murmuró—: Puede que venga alguien preguntando por L. J. Knight. Probablemente un caballero encantador y muy persuasivo.

La señora Henley dijo:

—No se preocupe, querida, no sabrá nada por mi boca.

—Cuanto menos le diga, mejor, porque es un tipo muy inteligente. Entró otro cliente en la tienda, de modo que la señora Henley dijo, levantando la voz:

—¿Le gustaría llevarse unas cuantas naranjas de éstas, señorita? Son un poco caras, pero muy dulces.

—Tienen buen aspecto —admitió Kit—. Póngame seis. Una vez que las naranjas estuvieron ya agregadas a la cesta, Kit entregó a la mujer el dinero por la compra. Escondida entre las monedas pequeñas había una guinea de oro. Dijo en voz baja:

—Esto es para sufragar los gastos de entregar el correo. De momento no quiero recogerlo personalmente.

La señora Henley le devolvió una sonrisa de complicidad al tiempo que se guardaba el dinero en el bolsillo. Después se volvió hacia el nuevo cliente.

Kit salió de la tienda discretamente. No debería haberle dicho tantas cosas a Lucien... Se sacudió mentalmente a sí misma y cambió el nombre por Strathmore. Claro que no todo había sido verdad, pero no creía que él tardase mucho en separar la paja del grano. Tal vez en ese mismo momento estuviera interrogando a Leigh Hunt, lo cual le conduciría directamente a la tienda de la señora Henley. También temía que él se sintiera furioso por el engaño. Resultaba irónico que ella, que siempre había sido una apasionada de la verdad, ahora estuviera diciendo tantas mentiras distintas que le resultaba difícil mantenerlas todo el tiempo. El hecho de no tener otra alternativa no la hacía sentirse mejor.

Lanzó un suspiro y dejó a un lado sus preocupaciones por Strathmore. Era hora de empezar a preocuparse por lo que iba a hacer la noche siguiente. No serviría de nada mezclar todas sus ansiedades.

A Lucien no le sorprendió ver que el número 20 de Frith Street era una combinación de una verdulería y una oficina de correos. Con un flujo continuo de una clientela femenina en su mayor parte entrando y saliendo todo el día, a Jane le resultaría sencillo recoger sus cartas discretamente.

Cuando las dientas se dieron cuenta de que un hombre —no sólo eso, sino además uno de obvia riqueza y posición— había entrado en la tienda, empezaron a intercambiar miradas nerviosas. De una en una, se dieron prisa en terminar sus quehaceres y marcharse, aunque no sin antes examinar al intruso. Él permaneció de pie tranquilamente, con las manos apoyadas en el puño de su

bastón, pero en el fondo le resultó divertido ver que era capaz de despejar un establecimiento con su sola presencia.

Cuando los demás clientes se hubieron marchado, la dueña se volvió hacia él sin mostrar la menor sorpresa ante la visión de un elegante caballero entre las cestas de nabos y patatas. Era muy probable que Jane la hubiera advertido de que él podría presentarse preguntando por L. J. Knight.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor? —preguntó la mujer—. ¿Quiere comprar unas buenas naranjas, quizá?

Con gran pesar, vio que la mujer no parecía fácil de sobornar. Toda la información que obtuviera tendría que sonsacarla de manera indirecta.

—Estoy buscando a un tío mío. Es un viejecito encantador, pero tan estable como uno quisiera. Periódicamente huye de casa. Ha llegado a mis oídos que esta vez ha tomado un piso en Soho y que está haciendo que le envíen el correo a esta dirección. Se llama L. J. Knight. ¿Sabe si recoge sus cartas aquí?

La mujer pareció desconcertada, como si esperara una pregunta distinta.

—Me resulta familiar el nombre de su tío, pero no recuerdo su cara. Lucien dedicó a la mujer una sonrisa que desarmaba a cualquiera.

—¿Me permite ser sincero con usted? Tenemos miedo de que esta vez el viejo se haya escapado con una aventurera. Quizá sea ella la que esté recogiendo su correo. ¿Le resulta familiar esta mujer? —Sacó de un bolsillo interior un dibujo que había hecho de Jane.

Si no estuviera observando tan de cerca a la tendera, no habría captado su ligero e involuntario gesto de abrir los ojos. Lucien estaba dispuesto a jurar que la había reconocido.

Al cabo de un momento ella dijo:

—Puede que la haya visto, pero no puedo decirlo con seguridad. No es una cara memorable.

Lucien no estaba de acuerdo con aquello, pero era cierto que Jane no poseía ningún rasgo que fuera distintivo. Se necesitaría un artista excepcional para capturar su singularidad, y su talento no estaba a la altura de aquella tarea.

La tendera le devolvió el dibujo y comentó:

—No tiene aspecto de ser una aventurera.

—Eso es lo que hace que resulte tan peligrosa. Aunque tenga el aspecto de que la mantequilla no se le derretiría en la boca, posee una reputación alarmante. Tememos que pueda hacer daño al tío James cuando se dé cuenta de que no tiene dinero por derecho propio.

Una chispa de diversión brilló en los ojos de la tendera al reconocer que Lucien se estaba inventando toda la historia.

—Si la chica se vuelve difícil, no hay duda de que su tío regresará a casa.

—Eso espero. No siempre ha demostrado tener muy buen juicio cuando ha habido mujeres de por medio. —Lucien se preguntó irónicamente si estaba hablando de su tío o de sí mismo.

Después de dar las gracias a la propietaria de la tienda por responder a sus preguntas, se fue. Podría haber puesto a alguien a vigilar la verdulería, pero dudaba que le sirviera de algo. Jane era demasiado lista para ir en persona, ahora que él conocía el sitio.

Sería más productivo hacer que uno de sus agentes preguntara por ella en Soho, valiéndose del dibujo. Aunque lento, ese trabajo con frecuencia daba resultado. Con el tiempo terminaría encontrándola.

Pero ¿qué iba a hacer con ella cuando la encontrara?

## INTERLUDIO

Cuando le oyó entrar en la antesala, apuró el té y dejó la taza con mucho cuidado sobre la mesa. Acto seguido se incorporó y se sacudió la cabellera negra que le caía recta en cascada hasta la cintura. Esta noche llevaba un traje de encaje negro que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, desde el profundo escote hasta las botas que le llegaban a los muslos. El abierto calado del encaje engañaba al ojo, fingiendo revelar mas de lo que realmente revelaba.

Contrajo los labios al oír el leve zumbido procedente de la estancia contigua. Cogió un látigo y salió contoneándose con la arrogancia propia de un oficial de caballería.

—No toques nada sin mi permiso, esclavo —le espetó al tiempo que iamaba un latigazo a la muñeca del hombre.

Aunque era un látigo de los más blandos, la correa le produjo un verdugón. El se encogió y dejó el objeto mecánico, pero le brillaban los ojos cuando cayó de rodillas.

—Te pido humildemente perdón, mi ama. Ella le dio una patada en el rostro, un golpe **oblicuo que evitó el ojo** y le dejaría sólo una ligera marca.

—No acepto tus disculpas, esclavo. Has de ser castigado. Quítate la ropa y quédate tan desnudo como las demás bestias.

El obedeció con manos torpes por el ansia mientras desnudaba su cuerpo fuerte y de piel curtida. Después se puso de manos y rodillas sobre el suelo. Ella descargó con furia el látigo sobre su espina dorsal. El

soltó una exclamación y levantó la cabeza para mirarla fijamente con las pupilas oscuras.

Había ido demasiado lejos, demasiado pronto. Aquélla era la parte más difícil, contenerse mientras iba aumentando lentamente el grado de dolor. Si procedía con demasiada prisa, le perdería, y también perdería mucho más.

Le propinó otro latigazo, con más suavidad, **y él se** relajó con **un** grave gemido de placer. Con tanto cuidado como un artista pintando un retrato, empezó a chasquear el látigo por todo su cuerpo, controlando su grado de excitación con ojo crítico.

También le insultó, lanzándole todos los improperios más obscenos que conocía, dictándole lo asqueroso y repugnante que era. La diatriba añadió leña al fuego de su excitación.

Cuando el látigo blando alcanzó el límite de su efectividad, lo sustituyó por uno de correa más dura que hacía brotar la sangre a cada golpe. Él empezó a estremecerse al ritmo de la flagelación, aceptando azotes que antes habrían sido demasiado dolorosos. Por fin, ella se vio libre para golpearle con todo el ímpetu de su rabia. Le azotó una y otra vez, totalmente poseída por la violencia, casi hasta dejar de ser humana. Los aullidos de él fueron haciéndose cada vez más fuertes y llenaron toda la habitación, hasta que su cuerpo cubierto de sudor empezó a temblar de placer,

Cuando todo terminó, él quedó tendido en el suelo, sobre una alfombra de piel de oveja, su sangre manchando la lana blanca, todo el cuerpo desmadejado y saciado.

—Eres soberbia, mi ama —jadeó—. Soberbia.

Asfixiada por el asco se sentía de sí misma, ella giró sobre sus talones y salió de la habitación.

**Kit** se despertó temblando y con el cuerpo empapado en sudor. Había tenido la pesadilla más real de su vida, que la había dejado con una sensación de náuseas. Intentó extraer algún sentido a las imágenes, pero sin éxito; había sido un sueño tan ajeno a su experiencia que era como tratar de entender el chino. Tan sólo las emociones eran reconocibles: rabia y angustia tan intensas que amenazaron con ahogarla.

Viola subió desde los pies de la cama y se paseó por encima de las mantas maullando suavemente. Kit casi gritó de alivio cuando la gata le dio un leve topetazo en la mejilla en un gesto inconfundible que reclamaba el desayuno. La normalidad de la petición de la gata la ayudó a contrarrestar el torrente de malestar que la había engullido.

Antes de nada se relajó, músculo a músculo, hasta que dejó de temblar. Luego llenó su mente de sentimientos positivos: paz, amor, esperanza, hasta que toda desdicha desapareció por fin.

Una vez restaurada la calma, saltó de la cama y se puso una bata para protegerse del gélido aire matinal. Después se subió a Viola sobre -el hombro y se encaminó hacia la cocina, diciéndose a sí misma con determinación que estaba haciendo progresos. Había salido ilesa de la noche anterior sin deshonorarse a sí misma, y había tenido la oportunidad de estudiar a uno de sus sospechosos lo bastante de cerca como para descartarle. Aunque aquélla era una información negativa, suponía otro pequeño paso adelante.

Dio de comer a la gata, puso el hervidor al fuego y sacó una barra de pan. Y entonces, en el momento de levantar el cuchillo para cortar una rebanada, en su mente brilló de pronto un destello fugaz de la pesadilla que había tenido. Aunque los detalles eran vagos, se trataba claramente de alguna clase de juguete mecánico. Se quedó petrificada, sosteniendo el cuchillo en el aire, con una sensación de opresión en el estómago. Sólo conocía a un hombre capaz de crear semejantes artefactos. Santo Dios, que no sea Lucien, imploró. Por favor, que no sea él.

Pero si era él...

Se quedó mirando con los ojos en blanco el reluciente filo de la hoja. Aun cuando el hombre que buscaba fuese el conde de Strathmore, nada la disuadiría de perseguir su objetivo.

Lucien dirigió una mirada taciturna a las pilas de información que había recopilado sobre los Demonios. Constituían un total desconcierto de abundantes datos acerca de sus finanzas, su política, sus asuntos amorosos, sus vicios públicos y sus virtudes secretas. Sin embargo, después de echar un vistazo al material no sabía mucho más de lo que ya había deducido por pura intuición. La mayoría de los Discípulos tenían problemas económicos de carácter crónico. Varios de ellos contaban con acceso directo a secretos del gobierno, y todos se movían en círculos en los que podía obtenerse información de indiscretas conversaciones de funcionarios. Cualquiera de ellos podía haber recibido dinero de Francia.

Tampoco estaba haciendo progresos en su búsqueda de la mujer misteriosa. Por espacio de dos días, su investigador había peinado todo Soho mostrando a la gente el retrato de Jane. Algunos residentes y tenderos creyeron conocerla, pero ninguno de ellos pudo dar su nombre o su dirección. Quizás el fallo estuviera en el dibujo, pero Lucien sospechaba que el problema era la camaleónica capacidad de ella para adoptar un aspecto distinto cada vez.

Siguiendo un impulso, decidió dejar a un lado los papeles e ir a cenar a su club. Tal vez una agradable velada entre amigos pudiera aclararle la mente borrosa.

Los negocios y el placer se combinaron entre sí cuando Lucien se encontró con lord Ivés en el club. Aunque no sospechaba que Ivés fuese el Fantasma, siempre existía la posibilidad de que el joven Demonio dijera algo interesante acerca de otros miembros del grupo. Más concretamente, a Lucien le agradaba la compañía del joven. Alguien capaz de reírse de sí mismo después de haber sido golpeado en las narices con un busto postizo merecía la pena de ser cultivado.

Mientras tomaban una copa de oporto, Ivés dijo:

—Tengo que retirarme temprano. Esta noche voy al teatro.

—¿Drury Lane?

—No, el Marlowe, el nuevo que han abierto en el Strand. ¿Ha estado allí?

—Todavía no, aunque tengo la intención de visitarlo —repuso Lucien con una chispa de interés—. He oído decir que está haciendo una fuerte competencia a los dos teatros de patente real.

—Y es cierto, son magníficos en comedia. —Ivés sonrió ampliamente—. Y tienen las más maravillosas bailarinas de todo Londres.

—¿Tiene el ojo puesto en alguna?

—Tengo puesto algo más que el ojo —contestó Ivés con un toque de encantador orgullo juvenil—. ¿Le apetecería acompañarme esta noche? No me reuniré con Cleo hasta después, y tengo el palco entero para mí solo. Esta noche representan la obra más popular de la compañía. Apuesto a que será muy divertida.

—Me gustaría. Siempre me ha gustado el teatro, pero últimamente he estado demasiado ocupado para acudir.

El joven empezó a disertar en plan erudito sobre el teatro, pasado y presente. Se veía a las claras que el tema le apasionaba. También mencionó que había conocido a lord Nunfield por su mutuo interés por el teatro y que esa afinidad le había llevado a unirse a los Demonios.

Cuando terminaron el oporto, Lucien señaló:

—El teatro es un lugar especial, así como su gente es de una casta especial.

—Yo admiro su manera despreocupada de vivir la vida —dijo Ivés pensativamente mientras salían del comedor del club—. ¿No sería maravilloso que todas las mujeres fueran igual de desinhibidas que las actrices?

—No estoy seguro de que el mundo esté preparado para aceptar eso. —Lucien hizo una seña para que trajeran sus abrigos y sus sombreros—. Cuando usted se case, ¿querrá que su esposa sea tan libre como una bailarina de teatro?

Ivés sonrió con tristeza.

—Touché.

Cada hombre tomó su propio carruaje para más tarde poder marcharse por separado. Volvieron a juntarse en el vestíbulo de los palcos y subieron inmediatamente, pues la representación ya había comenzado. ..

Sólo los dos teatros que contaban con patentes reales, Drury Lane y Covent Garden, tenían permiso para presentar dramas «serios». Otros teatros, como el Marlowe, bordeaban un poco la ley al incluir música y baile, de modo que sus representaciones podían anunciarse como conciertos. Lucien e Ivés ocuparon sus asientos en el momento en que la orquesta estaba terminando una vigorosa interpretación de la «Música acuática» de Hándel.

Tras la música vino la obra principal. Según el cartel, se titulaba *La Gitana*. Era un divertido disparate que comenzaba con que un joven noble y atractivo llamado Horacio era desheredado por su padrastro, el duque de Omnium, después de que un malvado primo hiciera creer a todos que Horacio había deshonorado el apellido de la familia. Con el corazón destrozado, el joven huyó al bosque, donde fue salvado de la muerte por una compañía de gitanos.

Cuando Horacio se unió a sus nuevos amigos para un banquete alrededor del campamento, Ivés dijo en voz baja:

—Dentro de un momento saldrá un coro de chicas bailando. Cleo encabeza el grupo.

Vistosamente ataviadas y haciendo sonar los collares de monedas que llevaban al cuello, las muchachas salieron a escena. Cleo era una joven vivaracha de rostro agradable y ojos seductores. Cuando levantó la pandereta por encima de la cabeza, lo cual resaltaba de manera impresionante una figura ya de por sí impresionante, alzó la vista hacia el palco que ocupaban ellos y sonrió a Ivés. Parecía la deliciosa respuesta a las plegarias de un joven.

Luego el coro se replegó hacia atrás y saltó al escenario otra joven gitana para ejecutar un solo. Su aparición provocó una oleada de aplausos. La recién llegada no era una gran belleza, pero poseía abundantemente ese rasgo indefinible que hace que los mejores artistas sean capaces de captar la atención de todo el que les ve. La chica saltó y realizó piruetas a lo largo del escenario, alzando las faldas para dejar ver una delicada cadena de oro alrededor de un esbelto tobillo. A medida que el ritmo se iba acelerando, la falda fue subiendo más, ofreciendo una seductora visión de sus pantorrillas y permitiendo vislumbrar fugazmente una rodilla. Poseía unas piernas verdaderamente soberbias.

Cuando la muchacha se detuvo un instante en su ejecución, su mirada se encontró con la del cautivado Horacio. Ambos se miraron fijamente el uno al otro. Ella poseía un elegante perfil, puro como el de una moneda griega...

Lucien contuvo la respiración de pronto, paralizado por una impresión tan fuerte que resultó casi física. No era posible. Maldita sea, no era posible. Luchando por controlarse, preguntó:

—¿Me presta los anteojos?

Ivés se los entregó amablemente. La ampliación de la imagen demostró que la vista no le había traicionado. Los largos miembros y el perfil clásico eran inconfundibles: pertenecían a Jane.

Se le pusieron los nudillos blancos alrededor de los anteojos. La mujer que él había creído una marisabidilla reservada e idealista era en realidad una *actriz*. Además, una actriz que no mostraba la

menor timidez a la hora de enseñar una indecente cantidad de su maravilloso cuerpo ante un teatro repleto de desconocidos.

Devolvió los anteojos y se permitió sólo una leve curiosidad en el tono de voz al preguntar:

—¿Quién es la bailarina que ejecuta el solo?

—Esa es la señorita James, Cassie James. Interpreta a Anna, la parte romántica. Es muy buena, ¿verdad?

Era más que buena; era sorprendente. La rodeaba una especie de resplandor que iluminaba el escenario y eclipsaba al resto de los actores.

Tan hipnotizado como Lucien, Horacio se levantó de su sitio junto a la fogata y empezó a bailar con Anna. Ella se echó el pelo negro hacia atrás con gesto seductor y agitó exageradamente los volantes de las faldas al bailar, elevándolas cada vez más alto con cada giro.

—En cualquier momento veremos el famoso tatuaje —dijo Ivés en voz baja—. No pierda ojo de la rodilla derecha.

Efectivamente, las faldas volaron lo bastante alto como para dejar ver un dibujo en la cara interior del muslo, justo por encima de la rodilla. La visión desató un rumor ensordecedor en los hombres que había entre el público. Anna hizo revolotear de nuevo las faldas, provocando nuevos aullidos. A Lucien le rechinaban los dientes.

—¿Qué representa ese tatuaje? ¿Una flor?

—No, una mariposa.

Ivés le pasó de nuevo los anteojos, y, en la nueva pirueta que ejecutó Anna, Lucien tuvo el privilegio de ver una frivola mariposa negra y escarlata grabada en la suave piel del muslo. Sintió el impulso de envolver a la muchacha en su capa y taparla de la cabeza a los pies, sintió el deseo de retorcerle aquel traicionero cuello. Y también deseó, casi con desesperación, pegar los labios a aquella enloquecedora, seductora mariposa y dejarlos resbalar más arriba...

Sintiéndose al borde de la asfixia, cerró los ojos hasta que pudo respirar de nuevo. Cuando volvió a abrirlos, ya estaba cayendo el telón para el intermedio. Se volvió hacia su compañero.

—Hábleme de Cassie James.

—Le ha gustado, ¿eh? —Ivés sonrió abiertamente—. Bueno, dicen que está destinada a ser una estrella de la comedia como lo fue la señora Jordán. Comenzó en el teatro en Londres hace tres o cuatro años, creo, pero sólo le daban pequeños papeles, de modo que pasó a los recorridos por provincias. Hace dos años la vi en el Teatro Real de York en una producción de *Ella se inclina a conquistar*, y estuvo excelente. El director del Marlowe decidió que Cassie estaba lista para actuar en Londres, así que la contrató para esta temporada y escribió *La Gitana* para ella. Tanto la actriz como la obra han sido un gran éxito.

A Lucien le importaban un comino sus triunfos en el teatro.

—¿La señorita James tiene algún protector actualmente?

—No, que yo sepa. Creo que es de las que prefieren tener una variedad de amantes.

—Detalles, por favor.

—Está usted verdaderamente interesado, ¿eh? Lo siento, pero de verdad que no sé quién se la ha llevado a la cama. Es bastante discreta, para ser actriz. En York la vi en el camerino en actitud más bien descarada con un individuo de las colonias..., un canadiense, creo, o tal vez fuera americano, pero no tengo idea de cómo se llamaba. —Ivés reflexionó durante unos momentos—. Nunfield iba tras ella. Yo estaba con él la noche en que ella estrenó en Londres el septiembre pasado. Él reaccionó exactamente igual que usted ahora.

Lucien volvió a experimentar la sensación de ahogo.

—¿Consiguió algo de ella?

—Creo que no, pero no podría jurarlo. Sé que estaba preparado para ofrecerle una generosa carta blanca.

Lucien se preguntó con cuántos hombres se habría acostado «Jane» mientras representaba el papel de una damisela en apuros con él. Representar. Aquella era la clave. Eso explicaba las pelucas, el maquillaje, la capacidad para adoptar distintas personalidades. Ni siquiera Ivés, que conocía a Cassie James, una actriz cómica en ascenso, la había reconocido cuando hizo insinuaciones a Sally en *La Corona y el Buitre*.

La única pregunta que importaba era por qué la muchacha estaba investigando a los Demonios. Una nauseabunda posibilidad era que fuera amante de Nunfield y estuviera espiando al grupo a petición suya, ya fuera buscando información o porque los dos encontraban la idea perversamente divertida. O tal vez habían sido amantes y él la había mandado a paseo, y ahora ella estaba buscando alguna forma de vengarse.

Una cosa estaba clara como el agua: una vez más, le había engañado como a un chino.

Terminó el intermedio y comenzó el siguiente acto de *La Gitana*. Floreció el romance entre Anna y Horacio, y ambos estaban a punto de celebrar una boda gitana cuando apareció el duque de

Omnium implorando a su hijo que le perdonase por haber creído las malvadas mentiras que había contado su primo.

Tras reconciliarse con su padre. Horacio pidió a Anna que fuera su esposa y le ofreció lujos y un futuro como duquesa de Omnium. Con lágrimas en los ojos, ella declinó la oferta a causa de su origen humilde, diciendo que no era digna de convertirse en duquesa.

Cuando los dos amantes estaban a punto de separarse para siempre, hizo su aparición triunfal el rey de los gitanos, acompañado de todo el coro de bailarinas al son de las panderetas. El rey explicó que Anna era en realidad hija de un conde que de niña había sido raptada por causa de su exquisita belleza. Una vez establecido que provenía de aristocrática cuna, Anna aceptó la oferta de Horacio. La obra finalizó con el reparto completo, incluido el duque de Omnium, bailando alegremente alrededor de la hoguera.

Como muestra de las tradiciones gitanas, la obra resultaba absurda; Lucien tomó nota mentalmente de decir a Nicholas que fuera a verla, ya que su amigo encontraría escandalosa la descripción de su raza. En cambio, funcionaba como entretenimiento, y Cassie James era lo mejor de la representación.

Una vez que los actores hubieron saludado al público y abandonado el escenario, Ivés dijo:

—Voy a buscar a Cleo. ¿Quiere bajar al camerino conmigo, o prefiere que nos despedamos aquí?

Lucien se puso de pie y cogió la capa que había dejado sobre una silla vacía.

—Le acompañaré al camerino. No sabe cuánto ansio conocer a la increíble señorita James.



El camerino bullía de exuberantes actores y actrices y sus amigos. El tumulto que se organizaba tras la representación siempre ponía nerviosa a Kit, de modo que soportó la ronda de saludos con la espalda pegada a la pared. Tenía una docena de hombres formando un semicírculo frente a ella, que le ofrecían cumplidos exagerados y rivalizaban por acaparar su atención.

Había llegado a disfrutar con las sugestivas chanzas que hacían los caballeros. Cuando un admirador le dijo:

—Esta noche ha sido usted un ángel, señorita James. Ella contestó traviesamente:

—Si eso es cierto, será mejor que se reformen un poco los ángeles. La multitud que la rodeaba estalló en risas. Un individuo más bien presumido le dijo con gran sentimiento:

—¿Está segura de que no desea aceptar mi carta blanca? Deseo fervientemente convertirme en su protector. Ella le dedicó una mirada pensativa.

—Los hombres siempre están intentando protegerme, pero nunca consigo imaginarme de qué.

El grupo empezó a proponer con entusiasmo sugerencias sobre de cuál de ellos necesitaba protegerse más. Mientras los jóvenes la bombardeaban con nombres, Kit vigilaba el resto del camerino atenta a una sorpresa, una impresión o cualquier otra reacción que pudiera ser significativa para sus investigaciones.

Había venido lord Ivés, y ahora estaba saliendo de la habitación llevando del brazo a una sonriente Cleo. Por lo que había dicho Cleo, el muchacho era un joven decente. No vio a ningún otro Demonio. Los que eran asiduos al teatro ya debían de haber visto *La Gitana* hacía mucho, de modo que no era probable que averiguara gran cosa esta noche.

Centró de nuevo la atención en sus admiradores cuando un joven muy serio trató de ponerle un panfleto religioso en la mano.

—El teatro no es una vida adecuada para una mujer decente —dijo con gravedad—. Lea esto y verá lo errado de su vida. Ella rechazó el panfleto y dijo con una picara sonrisa:

—Errar es humano... y produce una sensación divina. En el estruendo de risas que siguió, el joven serio optó por una rápida retirada. Un hombre solemne y de más edad le dijo a Kit:

—Dios mío, tiene usted una lengua rápida. Ella agitó las pestañas exageradamente.

—Dios no tiene nada que ver con ello.

Más risas. Kit recorrió la habitación con la mirada para ver si había entrado alguien nuevo, y entonces se quedó paralizada por la impresión: Lord Strathmore avanzaba hacia ella a través de la multitud con la actitud resuelta de un leopardo hambriento. Maldijo para sus adentros. Debería haberse imaginado que su suerte no podía durar;

Strathmore poseía una extraordinaria capacidad para localizarla.

Su reacción instintiva fue de salir corriendo, pero logró reprimirla. De ningún modo podría moverse con rapidez en medio de aquella muchedumbre. Además, saldría mejor parada si se quedaba en el camerino. Él no podría hacer nada demasiado audaz en un lugar público.

Pero le subestimaba.

Mientras ella procuraba conservar el dominio de sí misma, Strathmore alcanzó la parte interior del círculo de admiradores. Traía su pose de Lucifer, irradiando tal aura de temible fuerza que los otros hombres retrocedieron instintivamente.

Sin embargo, sus modales fueron impecables cuando le dijo:

—Querida, esta noche has estado magnífica. —Le levantó la barbilla y le dio un beso superficial y posesivo, como si fueran amantes ya consolidados.

Era imposible no responder a la calidez de sus labios, pero Kit desconfió de la deslumbrante sonrisa. Pegó la espalda a la pared y se preguntó qué travesura estaría planeando él.

—Me alegro de que te haya gustado la función —dijo con cautela.

—Eres una continua sorpresa, querida —dijo él en tono grave, íntimo—. Cada vez que te veo actuar, tengo la sensación de haber conocido a una mujer nueva y fascinante.

Mientras Kit trataba de buscar una respuesta apropiada para aquellas palabras de doble filo, él abrió la capa que llevaba colgada del brazo. La voluminosa prenda era lo bastante grande para envolverla a ella con dos vueltas. Entonces, en una ráfaga de vertiginosos movimientos, hizo exactamente eso, apartándola con violencia de la pared y fajándola tan estrechamente en los pliegues de la capa que los brazos le quedaron inmovilizados a los costados. Ella escupió:

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Te quejaste de que me estaba volviendo predecible —contestó Lucien con voz sedosa—, así que he decidido remediarlo. —La levantó en brazos y le dio un rápido beso en los labios, desviando hábilmente la cabeza hacia un lado cuando ella intentó morderle—. Esta noche, recuperamos el romance.

Furibunda, Kit trató de forcejear para liberarse, pero no podía hacer nada atrapada en aquel montón de tela. .

Uno de sus admiradores dijo jovialmente:

—Ya me imaginaba que una pieza de primera clase como Cassie debía de tener un protector, pero no tenía idea de que fuera usted el afortunado, Strathmore. No me extraña que nos rechazase a nosotros.

—Soy muy consciente de mi buena suerte. —Su blando tono de voz era desmentido por el peligroso brillo verde de sus ojos al mirar a Kit—. No hay otra mujer en toda Inglaterra como Cassie James. El camino de salida cruzando la habitación fue acompañado de obscenas sugerencias acerca de la clase de cosas que aquella palomita podía encontrar románticas. Kit intentó soltarse, pero los brazos de Lucien la sujetaban contra su ancho pecho con la fuerza de una garra de acero. Logró lanzar el codo y hundírselo en el plexo solar, y él acusó el golpe con una mueca pero su sonrisa no se alteró lo más mínimo, sino que dijo por lo bajo:

—No te aconsejo que montes una escena, querida. Una rápida mirada a los hombres que reían a su alrededor hizo comprender a Kit que no serviría de nada pedir auxilio. Cualquier protesta se consideraría como parte de un juego de seducción entre amantes.

Un amable visitante abrió la puerta para Strathmore, el cual le dio las gracias con una inclinación de cabeza y salió al pasillo. Sus pisadas levantaron un sonoro eco mientras llevaba en brazos a Kit al exterior del teatro vacío. Aunque gritara, nadie la oiría por encima del estruendo que reinaba en el camerino.

Cuando llegaron a la puerta lateral, el portero les hizo una profunda reverencia.

—Su carruaje está esperando, milord. Strathmore le hizo un gesto con la cabeza.

—Gracias, Smithson.

Kit trató una vez más de liberarse, pero sin más éxito que antes.

—Ayúdeme, señor Smithson —dijo en tono urgente—. Esto no es un juego, me están secuestrando.

El portero sonrió indulgente y les dejó salir.

—Su señoría me habló antes de sus planes, señorita. Diviértase. Trabaja usted mucho, y necesita un poco de diversión.

El carruaje de Strathmore aguardaba justo frente a la salida. La respiración de los caballos formaba nubes en el frío aire de la noche. Smithson abrió la portezuela y bajó los escalones para los dos pasajeros. El conde, después de introducir a Kit en el carruaje y depositarla sobre el asiento de cuero, entregó al hombre una moneda de oro.

Kit aprovechó el momento en que él estaba de espaldas para tratar de zafarse de la capa, pero antes de que pudiera conseguir nada Strathmore subió al carruaje detrás de ella y cerró la puerta. Inmediatamente, el coche empezó a rodar por el trillado callejón que conducía al Strand.

El movimiento lanzó a Kit contra un lado del vehículo, y el miedo se convirtió en pánico. A lo largo de todos los improbables encuentros de ambos, no había creído de verdad que Strathmore fuera a hacerle daño, pero ahora se preguntaba si su opinión de él no sería completamente errónea. En cuestión de momentos, había pasado de la seguridad a la prisión. Tan rápidamente, tan fácilmente. Strathmore podía asesinarla esa noche y arrojar su cadáver al Támesis. Si investigaran algún día su desaparición, lo único que él tenía que hacer era decir que habían pasado una noche espléndida y que él la había dejado en perfecto estado de salud. Nadie dudaría jamás de que un elegante noble pudiera mentir con tal facilidad.

Cerró la manos en dos puños debajo de la capa y se mordió el labio hasta notar el sabor de la sangre. Nunca se había sentido tan desvalida, tan a merced de un hombre. Frenética, buscó la fuente de fortaleza que nunca le había fallado.

Cuando encontró lo que estaba buscando, una oleada de tranquilidad empezó a filtrarse en el terror que sentía. No estaba sola. Respiró hondo y el miedo cedió hasta un punto en el que le fue posible pensar de nuevo. Debía ser fuerte, tanto como el hombre que la había capturado.

Cerró los ojos e inventó un nuevo papel que representar: el de una actriz mundana y experimentada que no temía a nada. Cuando creyó que podría resultar convincente, abrió los ojos y dijo con aplomo:

—¿Tiene usted la costumbre de raptar mujeres, milord?

—No como norma —contestó él en el mismo tono—, pero me ha parecido adecuado, en vista de que la mujer en cuestión al parecer es incapaz de decir la verdad.

—Mi sinceridad o la falta de ella no son de su incumbencia. —Sus frías palabras quedaron un tanto rebajadas por un tumbo que dio el carruaje y que la hizo chocar contra el asiento. Sin poder utilizar los brazos, le resultaba imposible conservar el equilibrio.

Strathmore la sujetó por los hombros y la colocó de espaldas contra el rincón, donde pudiera apuntalarse a sí misma y protegerse del movimiento del vehículo.

—Recuerde que Lucifer es el Príncipe de la Mentira, y eso me da el dominio sobre usted —dijo el conde al tiempo que se recostaba contra su lado del asiento—. Es usted uno de mis seguidores más devotos.

—Y una mierda —replicó ella de forma poco elegante—. Mi deseo más devoto es evitarle.

El constante forcejeo por fin dio sus frutos, y Kit se liberó de la capa. Cuando la empujó a un lado, Lucien dijo:

—Le sugiero que se la deje puesta. La portezuela de su lado está cerrada con llave, de manera que no podrá escapar por ella, y esta noche hace un frío de perros.

Maldito hombre, tenía razón; hacía mucho frío y su disfraz de gitana no había sido diseñado para que conservara el calor, de modo que se envolvió de nuevo en la capa. Mientras lo hacía, probó el pomo de la portezuela de su lado, pero era verdad que estaba cerrada con llave. Dejó escapar un suspiro, se recostó contra el rincón y se arrebujó un poco más en la prenda. Los pesados pliegues de lana llevaban el débil y penetrante aroma de la colonia que él usaba.

—¿Adónde me lleva?

—A cenar. Alguien que trabaja tanto como usted sobre el escenario debe de tener un apetito atroz.

La respuesta era tan prosaica que Kit estuvo a punto de echarse a reír. El miedo cedió un poco más.

—Tiene razón: después de una representación siempre tengo una hambre canina. ¿Por qué no se ha limitado simplemente a pedirme que le acompañara? No me gusta que me manoseen así.

—¿No? —dijo él con mordaz sarcasmo—. Tengo entendido que la han manoseado muchos hombres.

Ella lanzó una leve exclamación y replicó:

—Vaya, ¿y qué es lo que pretende usted? No tiene ninguna relación conmigo, ni familiar ni de matrimonio, y no tiene derecho a censurar mis acciones.

—No la estoy censurando —repuso el conde sin alterarse—. De hecho, me encanta estar libre de las limitaciones que impone la respetabilidad. Resultaba muy agobiante pensar que era usted virtuosa. Ahora puedo probar métodos más persuasivos.

—Si la seducción es lo que se propone, ha empezado muy mal, milord —dijo Kit con horrible formalidad.

Antes de que él pudiera responder, el carruaje se detuvo con un chirrido y un lacayo abrió la portezuela. Strathmore se apeó y luego la ayudó a ella a hacer lo mismo con tanta cortesía como si se tratara de un huésped de honor y no de una virtual prisionera.

Cuando Kit puso el pie en tierra, descubrió que se encontraban enfrente del hotel Clarendon. Por lo menos él hablaba en seno en lo de la cena. Se apresuró a arreglarse la capa de modo que formase una alta cogulla alrededor del cuello y le ocultase el rostro. Lo último que necesitaba era ser reconocida por alguien.

Tomándola del codo con mano firme, Strathmore la escoltó mientras subían los peldaños. Una vez dentro, le dijo al *maître d'hotel*, que les saludaba con una profunda reverencia:

—Un comedor privado, Robecque, y que nos sirvan enseguida una cena adecuada para una dama con apetito. Con champán. Robecque vaciló con el malestar dibujado en el rostro.

—Lo siento muchísimo, lord Strathmore, pero me temo que todos los comedores privados están reservados —dijo con acento francés. Strathmore enarcó las cejas.

—¿Oh?

El francés reaccionó a aquella única sílaba suavemente pronunciada igual que se le hubieran puesto un cuchillo en la garganta.

—Por aquí, milord, milady —dijo al instante—. Acabo de recordar que queda una sala libre.

Les precedió por un corredor privado hasta una estancia pequeña y profusamente amueblada.

—Enseguida les traerán champán y una cena de su gusto. Una vez que Robecque se hubo despedido con otra reverencia y desaparecido, Kit dijo en tono irónico:

—Supongo que acaba de forzar a ese pobre hombre a abandonar una sala que un mortal menos importante había reservado para esta noche.

—Muy probablemente. —Impasible, Strathmore le retiró la capa, Rozando fugazmente con los dedos los antebrazos desnudos de Kit. e11a se estremeció ligeramente y se apartó—. Mi necesidad era más urgente —explicó el conde mientras colgaba la prenda en un gancho del neón.

—Y su cartera más abultada. —Tuvo la sensación de que tomar asiento la situaría en desventaja, por lo que empezó a pasearse por la estancia, las faldas gitanas susurrando contra sus

tobillos al avanzar, ya que la gruesa alfombra absorbía las pisadas de sus suaves zapatillas. Había cenado en el Clarendon una o dos veces, en ocasiones especiales, pero nunca había estado en un comedor privado. Constituía un mundo de rosas de invierno, reluciente cristal y el brillo apagado de la madera encerada. '

Su mirada se posó en el diván tapizado de terciopelo que había en el rincón, y luego miró a otra parte. No faltaba de nada para quienes hubieran acudido allí para una sesión de lujo.

Se abrió la puerta y apareció un pelotón de sirvientes. Mientras uno de ellos bajaba el pequeño candelabro y encendía las velas, otro se encargó de avivar el fuego. Un tercero abrió una botella de champán y el último venía empujando un carrito atestado del que escapaban volutas de vapor de platos cubiertos con tapas de plata. La comida olía deliciosamente, y había llegado tan pronto que Kit sospechó que les estaban sirviendo la cena de otra persona.

Strathmore dijo al camarero encargado:

—Gracias, Petain. Ahora puede irse. Nos serviremos nosotros mismos, de modo que no le necesitaremos durante el resto de la noche.

El camarero se inclinó ligeramente y acto seguido sacó a sus tropas de la habitación. Cuando se quedaron a solas, Kit dijo:

—Teniendo en cuenta el servicio que le dispensan, estoy empezando a pensar si no será usted el dueño de este establecimiento. Él se encogió de hombros.

—En cierta ocasión le presté un pequeño servicio al *maître d'hotel*, y él no lo ha olvidado.

—Supongo que eso querrá decir que él perdió una fortuna con usted a los naipes y que usted decidió generosamente no meterle en la cárcel por deudor.

—Algo parecido. —Lucien retiró una silla de la mesa y le hizo un gesto de invitación—. ¿Empezamos?

Kit decidió ponerse cómoda y se sacó las horquillas que le sujetaban la peluca negra. Después de quitársela y dejarla colgada de un gancho junto a la capa, se sacudió el pelo y se pasó los dedos por él para ahuecar los aplastados mechones. Suponía que tendría el aspecto de un diente de león que ha perdido todas las semillas, sin embargo cuando se sentó vio admiración en los ojos del conde.

Él sirvió champán para los dos y levantó su copa hacia Kit.

—Por la mujer más enrevesada y de mayor talento que he conocido nunca.

—¿Eso es un cumplido o un insulto? Lucien sonrió levemente.

—Una mera constatación de los hechos. —Se mostraba civilizado y apuesto hasta paralizarle a una el corazón. Kit le hubiera creído un completo caballero de no ser por el dudoso brillo de sus ojos verdes dorados.

Incómodamente consciente de la tensión sexual que había entre ellos, Kit probó el champán. Las burbujas le cosquillearon la lengua y le hormiguearon la sangre, relajando sus músculos tensos. Sintióse un poco más calmada, concentró la atención en la comida. Sabía incluso mejor que olía. Después del lenguado con alcachofas, los puerros hervidos, el pollo con salsa de albaricoque y la crema de pistacho, se sintió mejor preparada para enfrentarse a su adversario.

Él había comido muy poco y estaba recostado en su silla, con una pierna cruzada sobre la otra y el cabello reluciente como oro tejido a la luz de las velas. Ahora que se había recuperado de las tensiones de la función en el teatro, Kit sentía una intensa consciencia física de él. Cada vez que se encontraban, la interacción entre ambos era más profunda, y ella se preguntó con nerviosismo qué les depararía la velada.

Con la esperanza de mantener un tono ligeramente social, le dijo:

—Gracias por esta excelente cena.

—Siempre he visto que era más productivo interrogar a alguien que no está hambriento. —Tomó un pequeño sorbo de su champán—. Y resulta que tengo unas cuantas preguntas que hacerle.

Ella respiró hondo y dejó el cuchillo y el tenedor pulcramente sobre el plato.

La batalla había comenzado.

Kit alzó la mirada y la cruzó con la de él. . —No tengo nada que decirle.

—¿Cómo, no tiene más historias inventadas que contarme? Me siento decepcionado —repuso el conde con fino sarcasmo—. Es usted uno de los embusteros más creativos que he conocido jamás. —Usted es el que debería hablar —replicó ella—. Dudo que tenga una sola fibra de sinceridad en todo el cuerpo. En el teatro convenció a todo el mundo de que éramos amantes.

—Soy sincero cuando resulta conveniente y cuando no me cuesta nada —dijo él con suavidad—. Ambos tenemos mucho en común. ¿Está segura de que no podrá hacer alusión a otro hermano engañado ni a otra investigación periodística?

Kit negó con la cabeza.

—Estoy cansada de mentir. Como ya le he dicho, no tengo ninguna obligación de contestar a sus preguntas, así que no lo haré. Le doy mi palabra de que no tengo la intención de hacer daño a ninguna persona inocente. Aparte de eso, no pienso decir nada más.

—Me gustaría saber a qué llama usted culpable e inocente. —Estudió su rostro—. Fue muy inteligente fingiendo ser L. J. Knight. Como nadie sabe cómo es ese individuo, lo que usted dice resulta difícil de refutar. Hasta podría ser cierto, aunque yo no apostaría un penique por ello. Es más probable que sea simplemente una lectora habitual del trabajo de Knight. ¿Algún comentario?

—Más bien quisiera formularle unas preguntas. —Entornó los ojos—. Me parece que usted también tiene secretos, porque su comportamiento no es precisamente el de un ciudadano honrado y recto. ¿Por qué ese empeño en interrogarme?

—Me resulta difícil reprimir mi curiosidad por una mujer que practica habitualmente el fraude, el allanamiento de morada y otra variedad de delitos importantes. —Acompañó su explicación con una sonrisa que a Kit le cortó la respiración.

Aun cuando Strathmore no fuese el canalla que estaba buscando, ciertamente resultaba una amenaza para ella y para su misión. Entonces, ¿por qué seguía sintiéndose atraída por él? El recuerdo de los besos que habían compartido era tan vivido como las llamas que ardían en la chimenea. E igual de caliente.

Tenía que irse antes de que el ambiente se volviera más íntimo.

—Si me considera una delincuente y tiene pruebas de ello, debería llamar a un juez —dijo sin alterarse—. Pero si decide entregarme a la ley, recuerde que no me faltan amistades influyentes que acudirían en mi ayuda.

Aquello provocó un destello oscuro en los ojos de Lucien.

—Sería un desperdicio enviarla a la cárcel, querida. No le gustaría, y allí no me sería de ninguna utilidad.

—Supongo que se propone seducirme, pero debo declinar ese honor. —Se levantó de la silla—. Tengo que irme,

Cuando Kit rodeó la mesa en dirección a la puerta, el conde alzó una mano. Aunque no la tocó, ella se detuvo, atrapada en la red de su formidable concentración.

—La seducción implica tomar ventaja de una mujer reacia o indefensa —dijo—. Usted no es ninguna de las dos cosas.

—Supongo que debo darle las gracias —repuso Kit secamente—, pero ya he declarado que no estoy dispuesta, lord Strathmore. ¿Tiene la intención de retenerme aquí por la fuerza?

El conde respondió con suavidad:

—No creo que la fuerza sea necesaria. Estaba sentado, lo cual le hacía parecer menos amenazador, pero sus ojos... Ah, sus ojos seguían siendo peligrosos, porque prometían delicias que dejarían su alma desnuda. Kit se endureció a sí misma para resistir su potente atracción y le dijo:

—Si tiene la esperanza de persuadirme para llevarme a la cama, piénseselo dos veces.

Él le dirigió una sonrisa lenta. —Tengo una paciencia infinita, siempre que al final consiga lo que quiero. —Le cogió una mano y entrelazó sus dedos con los de ella—Te niegas a llamarme Lucien.

Kit tragó saliva, tratando de resistir el efecto subversivo de aquella cálida mano.

—Utilizar su nombre de pila implicaría una intimidad entre nosotros de la que no quiero formar parte.

—¿No? —Con la mirada fija en los ojos de ella, la atrajo hacia sí y continuación levantó las manos unidas de ambos y le besó la cara interior de la muñeca, recorriendo con la lengua el trazado azul de una vena.

El efecto la impresionó, haciendo que todas las células de su cuerpo vibraran de deseo. Trató de zafarse, pero aunque su abrazo era dulce, resultaba también inexorable. Lucien empezó a acariciar el sensible hueco de la palma de la mano con el dedo pulgar, y ella no pudo encontrar la voluntad que necesitaba para liberarse. Con cierta desesperación, dijo:

—El hecho de ser una actriz no convierte a una mujer en una ramera, milord.

—No, pero implica que una mujer pueda ser... menos convencional que la mayoría. —Sonrió lentamente—. Y lo único que sé de ti es que no eres convencional.

Aumentó la presión en la mano de Kit, pero era la luz verde de sus ojos lo que la atraía hacia él. Empezó a respirar más deprisa, tanto por la emoción como por la inquietud.

Poseía una increíble capacidad para leerle la mente, porque en vez de besarla la sentó sobre sus rodillas.

—¿Debo llamarte Cassie, o Jane?

—Cassie es un nombre artístico. En realidad me llamo Jane. Comenzó a masajearle la nuca con suavidad.

—Jane. Un nombre tan corriente para una mujer tan notable.

—Yo no soy notable, sólo se me da bien crear fantasías —dijo Kit, y a continuación se preguntó por qué habría dicho tanto. Aquél era un hombre incluso más peligroso de lo que había imaginado, porque provocaba en ella el deseo de confiar. Parecía completamente natural sentir sus brazos alrededor, apoyar la cabeza en su hombro. Deseaba sacar de sí todos sus miedos y refugiarse en su fuerza, porque estaba cansada, infinitamente, dolorosamente cansada, de su solitaria lucha.

Aunque no era tan tonta como para rendirse a aquella ansia de unión, pronto se dispó su rigidez inicial. Se dejó llevar, contenta de estar en sus brazos, vagamente consciente del rico aroma de la comida y las flores, de los distantes sonidos de risas y conversaciones. Pero todo aquello no era más que un ruido de fondo para la profunda realidad de Lucien. Él llenaba sus sentidos, su tranquila respiración le agitaba suavemente el pelo en la sien.

Como él mismo había dicho, tenía paciencia. Durante largo rato se limitó a abrazarla y masajearla lentamente para drenar la tensión de sus músculos y sus tendones. Se sintió rodeada de su calor y su deseo, un crisol que poco a poco fue elevando su temperatura hasta igualarla a la de él.

Apenas se dio cuenta del primer contacto de sus labios en la frente, de cómo se convirtió en un delicado recorrido por las facciones de su rostro. Una caricia levísima en los párpados cerrados, una exhalación tentadora y erótica en el oído. Por último, la ligera presión de un dedo bajo la barbilla le inclinó la cabeza hacia atrás y, en un suave desHzarse, la boca de él se apoderó de la suya.

La caricia aterciopelada de su lengua actuó como un bálsamo sobre el punto del interior del labio que se había mordido en el carruaje. Le costaba recordar por qué había tenido tanto miedo de él. El placer que la envolvía se hizo cada vez más denso, y se convirtió en ansia cuando él le tomó el pecho en la mano.

El beso se hizo más profundo, explorador, evocador. Él le apartó la blusa de gitana del hombro y ella agradeció la sensación fresca del aire y el cálido consuelo de la mano de él.

Mientras jugueteaba con el pezón cada vez más endurecido, murmuró:

—Dado que Jane es un nombre demasiado simple, voy a llamarte lady Jane.

¿Cómo lo ha sabido? Aquel pensamiento la sacó de su ensimismamiento. Levantó la cabeza, inquieta, y comprendió lo necia que había sido.

—Tengo que irme.

—Esta vez no, lady Jane —repuso él con voz ronca. Bajó la cabeza y apretó la boca contra el pecho de ella. Kit sintió que su sangre adoptaba el mismo ritmo que el ir y venir de su lengua. Arqueó el cuerpo y se retorció en el regazo de él, sabiendo con un sentimiento de culpa que no estaba intentando escapar sino entregarse más plenamente.

Uno de sus descuidados movimientos hizo que él perdiera el equilibrio, y los dos estuvieron a punto de caer. Los reflejos del conde les salvaron de estrellarse contra el suelo. Tras recobrarse rápidamente, él la tomó en brazos y recorrió la corta distancia que había hasta el diván. La depositó a lo largo de la superficie tapizada y después él tomó asiento a su lado. Sosteniendo su mirada, le deslizó la blusa de los hombros y desató las cintas de la parte delantera del corpiño. Debajo, la camisola subía y bajaba al rápido ritmo de su respiración, hasta que él le bajó las prendas hasta la cintura. También apartó a un lado su modestia con igual facilidad, porque toda la timidez de Kit se desvaneció en la mirada de admiración que vio en él.

Lucien atrapó los senos recién liberados en sus manos fuertes y cálidas y se inclinó hacia adelante para chuparlos. Kit dejó escapar un gemido involuntario y cerró los ojos, inundada por un torrente de nuevas y delirantes sensaciones. El ligero raspar de la barbilla de él contra su frágil piel desnuda; los dientes mordisqueando con fuerza exquisitamente controlada; las manos recorriendo sus miembros y su torso como si pretendieran memorizar cada textura y cada curva. Había perdido las zapatillas, y sentía el terciopelo como una voluptuosa caricia bajo los pies descalzos mientras los movía con inquieto anhelo. Sólo existía él, sólo este momento...

Pero no era verdad. Había cosas mucho más importantes en su vida que la gratificación del deseo sexual. En una frenética llamada a la cordura, levantó las piernas y apoyó las manos contra los hombros de Lucien para apartarle de ella.

—¡Basta! Me está asustando.

Él se quedó inmóvil y levantó la cabeza, mirando fijamente su cara.

—Supongo que no será un miedo físico.

—No —dijo ella con sinceridad—. Me asusta ir demasiado aprisa. Hacer algo de lo que pueda arrepentirme. Lucien esbozó una sonrisa triste y ladeada.

—¿Te haría sentirte mejor saber que tú también me asustas a mí? Vas a costarme muy cara, lady Jane. De hecho, ya me has costado mucho.

Le produjo una sensación de poder el hecho de saber que podía afectar así a un hombre. Sin embargo... —Puede que eso me haga sentir mejor, pero no más segura.

—¿Por eso te empeñas en huir siempre de mí? Porque no me negarás que hay algo muy intenso entre nosotros. —Al tiempo que hablaba, su mano se deslizó por la pierna izquierda de Kit, de la rodilla hasta el pie.

Un estremecimiento que la desorientó la recorrió por entero cuando el pulgar de él empezó lentamente a trazar círculos sobre el empeine.

—No puedo negar que existe atracción —dijo con la voz entrecortada—, pero eso no significa que vaya a rendirme a ella.

Sin embargo, aquellas palabras eran desmentidas por el irresistible impulso de tocarle. Sus manos aflojaron la resistencia y se movieron por los hombros de él, palpando los duros músculos bajo el elegante traje a medida. Le quitó la chaqueta y le deslizó las palmas, abiertas y hambrientas, por los costados y la estrecha cintura.

Él no se rió de la debilidad de ella, sino que se limitó a sonreírle a los ojos con callado triunfo y a acariciarle de nuevo la pierna. Esta vez, lo hizo en dirección ascendente y apartando la voluminosa falda para dejar al descubierto el brazalete que llevaba en el tobillo. Fijó la mirada en el brillo del oro.

—Esto resulta espléndido para atraer la atención a tus maravillosas piernas —dijo mientras recorría el círculo de eslabones de oro con la punta de un dedo.

Ella aspiró profundamente, contrayendo los dedos de los pies contra el terciopelo y los de las manos contra el costado de él.

—Ese brazalete pertenece a la muchacha gitana. La sencilla Jane que soy en realidad jamás tendría la audacia de llevarlo.

—¿La sencilla Jane? —La mirada del conde era un tanto burlo. Una cadena de oro puede quitarse, pero esto —le levantó un poco más las faldas para revelar la mariposa tatuada del muslo derecho— sirve sólo para volver locos a los hombres. Igual que me ha vuelto loco a mí.

Se inclinó hacia adelante y recorrió el dibujo con la lengua, arrojando su aliento caliente sobre la cara interior del muslo. Kit abrió mucho los ojos y toda la parte baja del cuerpo se le tensó de puro deseo.

—Lucien —boqueó—. Oh, Dios, Lucien...

La contención que él había mostrado hasta entonces se disolvió en un instante. Se estiró junto a Kit, su duro cuerpo moldeando las curvas suaves de ella, y la besó con sensual vehemencia mientras su mano ascendía despacio entre los muslos, abrasando a su paso la piel sensible hasta el borde de las bragas cortas que Kit llevaba siempre que ejecutaba aquella provocativa danza. Una palma ancha y cálida se deslizó sobre la ligera tela. Las yemas de unos dedos encontraron la costura abierta y se introdujeron a través de los suaves rizos hasta los pliegues de su sexo, húmedos y calientes, deslizándose hasta lo más hondo, lo más íntimo. Dulce, embriagador tormento.

Kit gimió al sentir cómo la pasión le recorría todo el cuerpo ridiculizando toda moralidad y todo juicio. No podía soportar aquella agitación, aquel frenesí, no podía soportar...

La liberación, cuando vino, fue fulgurante. Lanzó un grito, un sonido que se ahogó en las profundidades de su boca al tiempo que él acaparó su esencia para sí mismo. La estaba absorbiendo, y sin embargo al mismo tiempo la estaba convirtiendo más en sí misma al desatar sus deseos escondidos.

Volvió en sí lentamente, con la parte inferior del cuerpo aún vibrando con leves sacudidas de placer. Se sentía físicamente saciada como nunca antes, y el proceso la había acercado a Lucien de

un modo que no podía haber imaginado antes de esta noche. Esa revelación fue seguida de un furioso reproche: Dios santo, ¿cómo había sido tan loca? No podía permitirse el lujo de perderse en él. Aunque no tuviera una desesperada misión que cumplir, sería el colmo de la idiotez dejar que un libertino se hiciera dueño de su alma. Había sido de lo más débil al permitirle semejante intimidad.

Y esa intimidad estaba a punto de hacerse aún mayor. Él le cogió la mano y la llevó hasta la dura protuberancia masculina que presionaba contra el muslo de ella. A través de las varias capas de tela que les separaban, Kit notó una pulsación caliente e insistente. Apretó con precaución. Lucien gimió y se movió contra la mano, con los ojos cerrados y la respiración agitada. Existía una profunda satisfacción en darle placer a él y en ver que se encontraba tan indefenso como ella hacía unos minutos. Gravemente, notó que aquella mutua vulnerabilidad era un elemento crucial del vínculo que unía a los amantes.

Sus cavilaciones terminaron cuando él empezó a desabotonarse los pantalones. Quería completar su unión, y ella lo ansiaba con idéntica intensidad. Anhelaba tenerle dentro, convertirle en parte de sí misma, hacer que se perdiera en el éxtasis.

Pero no se atrevía. No se atrevía.

Buscó a toda prisa en su mente hasta dar con la excusa necesaria, y le susurró:

—Todavía no. Debo... Debo tomar precauciones.

Lucien abrió los ojos nublados, dorados por la pasión.

—Tendré cuidado. —Sus dedos suaves como plumas le rozaron la sien—. Jamás te haría daño.

Su ternura era una arma tan potente como el deseo. Sin resuello, se escabulló antes de que su voluntad se desmoronase de nuevo.

—Será mejor si no tienes que dar marcha atrás —le prometió cuando él extendió la mano para atraerla otra vez. Lucien soltó una ligera risa y bajó la mano.

—Evidentemente, sabes que ese es un argumento casi irresistible. Odiándose a sí misma, se puso de pie y le tocó el pelo enmarañado. Lucien parecía menos intimidatorio de lo normal, ya no era Lucifer sino Apolo, nacido del sol.

El remordimiento le perforó las entrañas, y sin embargo su malvada y mentirosa lengua continuó:

—Tardaré sólo un minuto... Tengo conmigo todo lo que necesito, y hay un reservado justo al final del pasillo. —Se apresuró a colocarse la ropa para que tuviera una cierta apariencia de orden.

La sonrisa de él fue una caricia.

—Vuelve pronto, lady Jane. Ella se inclinó y le besó.

—Lo haré —dijo con voz ronca—. Yo... odio tener que dejarte, aunque sea por un instante. — Eso, por lo menos, era verdad.

Él se recostó sobre el diván y se echó un brazo sobre los ojos cerrados. Aunque daba la impresión de estar relajado, su cuerpo seguía tenso, insatisfecho. Kit nunca volvería a verle tan confiado. Aunque en el futuro se encontrasen en circunstancias menos conflictivas, él nunca la perdonaría por lo que estaba a punto de hacer.

Antes de que el remordimiento pudiera desbaratar totalmente su resolución, se lanzó a recuperar sus zapatillas y deslizar los pies en ellas sobre la marcha. Titubeó cuando vio la capa y la peluca colgadas de sendos ganchos de madera junto a la puerta. Tendría que regresar a su casa andando, y necesitaría la capa para evitar congelarse y para ocultar su absurdo y llamativo disfraz de gitana. Tampoco podía abandonar la peluca. Cogió las dos cosas en silencio y se deslizó por la puerta.

El pasillo estaba vacío, de modo que se encasquetó la peluca en la cabeza y metió a toda prisa el pelo dentro de ella. A continuación se envolvió en la capa para que nadie la reconociera.

Casi nadie, porque se tropezó con el *maître d'hôtel* cuando estaba a punto de salir por una puerta lateral. El hombre entrecerró los ojos al fijarse en su cabello despeinado y ver que estaba sola, pero era demasiado discreto para hacer comentarios.

—Espero que la señorita haya disfrutado de la cena. Adoptando su pose más patricia, Kit inclinó la cabeza y dijo en francés:—La cena ha sido soberbia, monsieur. Como siempre. Con un brillo de placer en los ojos, él le abrió la puerta. Antes de salir al exterior, la curiosidad hizo decir a Kit:

—Lord Strathmore mencionó que en cierta ocasión le prestó a usted un pequeño servicio.

El estilo profesional del francés desapareció de pronto y dijo con vehemencia:

—No fue pequeño, mademoiselle. Sacó a mi familia de Francia sana y salva. Por eso mi vida está a su disposición.

Fue una sorpresa más en una noche que ya había visto demasiadas. Mientras se encaminaba al más cercano de sus domicilios, maldijo en silencio al conde por su compleja personalidad. Aunque sospechaba que había hecho muchas cosas que no soportarían un examen de cerca, resultaba del todo creíble que pudiera actuar con generosidad y heroísmo. Pero ¿cómo diablos se las habría arreglado para rescatar personas de Francia cuando el Continente llevaba cerrado a los ingleses la



mayor parte de las dos últimas décadas? Quizás incrementaba sus ingresos con el contrabando o con algo igualmente canallesco.

A pesar de la intimidad que ambos acababan de compartir, el conde seguía siendo un hombre de misterio. Y los misterios eran peligrosos.

Las imágenes de Jane perseguían a Lucien mientras aguardaba su regreso. Sus ágiles miembros, su hipnotizadora diversidad, la suave y dulce sensualidad de sus reacciones. Le intrigaba como jamás le había intrigado una mujer, y ansiaba poseerla. Tal vez en la intensidad del apareamiento pudiera por fin llegar a su caprichosa alma.

Se preguntó por el hecho de que llevase encima medios anticonceptivos. Con la mayoría de las mujeres, habría supuesto que aquello era una señal de promiscuidad, pero en el caso de Jane, tal vez sólo quisiera decir que era demasiado inteligente para permitir que la pillaran sin estar preparada. Aun así, no podía excluir la posibilidad de que se estuviera engañando a sí mismo porque no quería pensar que lo de esa noche no era más que un episodio casual en la vida de una actriz sin escrúpulos. Se sentía reacio a analizar sus propios sentimientos, pero seguramente no eran casuales.

Sus dedos tamborilearon inquietos sobre el diván mientras se preguntaba cuánto tardaría en volver. Ya habían transcurrido varios minutos. ¿Diez, quizá? Cinco, seguro. Parecía más tiempo. No debería haberla dejado escapar de su vista.

No debería haberla dejado escapar de su vista...

Abrió los ojos de golpe y, con súbita y desgarradora certeza, supo que ella no iba a volver. La muy egoísta ramera había recibido su satisfacción y después le había dejado allí consumiéndose. Dios misericordioso, ¿cómo había sido tan idiota? ¿Qué tenía aquella mujer que podía engañar una y otra vez a un hombre que solía ser notable por su cautela? Nunca se había mostrado violento con una mujer, pero si Jane estuviera allí, existía una posibilidad real de que hiciera una excepción.

Si ella estuviera allí, no se sentiría violento... Por lo menos, no de aquella manera.

¡Maldita sea! Se puso en pie de un salto, agarró furiosamente el borde de la mesa de la cena y la volcó contra el suelo. La vajilla se estrelló con un satisfactorio estrépito de loza hecha añicos y plata tintineante. Torció la boca al contemplar cómo el vino se derramaba sobre la alfombra oriental. Aquella resultaría ser sin duda la cena más cara de su vida, de todos los modos posibles.

Se oyó un discreto golpe en la puerta, seguido de la voz del *maître d'hotel*.

—¿Va todo bien, milord?

Lucien, con expresión sombría, se estiró la ropa y el semblante. No pensaba permitir que nadie adivinara lo que le había hecho aquella bruja. Al cruzar la habitación, su ira se encendió de nuevo al ver que le había robado la capa y recuperado su peluca. Maldita bruja de sangre fría, tramposa, ladrona...

Mientras abría la puerta, dijo:

—Un pequeño accidente, Robecque. He sido abominablemente torpe. Envíeme la factura por los daños.

El francés echó un vistazo al desastre y se guardó sus pensamientos para sí.

—Como usted desee, milord. Lucien se detuvo un momento en el umbral.

—¿Mi amiga se ha ido sin problemas? No me ha gustado dejar que se fuera a casa sola, pero es una joven muy terca..., muy apegada a su independencia.

—Una mujer que recordar —dijo Robecque admirativamente—. Su francés es exquisito. Tan bueno como el suyo, milord.

—Es una mujer de infinitos talentos. —La próxima vez que se vieran, y desde luego que se verían, ella pagaría por lo que había hecho esta noche.

Al igual que a su presa, a Lucien se le daba bastante bien modificar su aspecto. A la mañana siguiente, disfrazado, se hallaba buscando un coche de alquiler en Oxford Street cuando vio que se acercaba el duque de Candover. Para confundirle, le dijo con acento de Yorkshire:

—Discúlpeme, caballero, ¿está la ópera cerca de aquí? Con el aspecto de sentirse molesto por ser acosado por un desconocido, Rafe contestó fríamente:

—A cinco minutos todo seguido, a la izquierda. Lucien cambió a su voz natural y dijo:

—Muchas gracias, excelencia.

Rafe se sobresaltó y acto seguido se volvió en redondo.

—Luce, ¿eres tú?

—En carne y hueso —respondió Lucien—, y agradecido de que no me hayas dado un puñetazo al preguntarte. El duque lanzó un resoplido y saltó a la acera.

—¿Qué te traes entre manos esta vez?

—Una pequeña investigación, aunque te agradecería que no **lo** fueras anunciando por todo Mayfair.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó Rafe, bajando la voz—. Es evidente que oscurecerte el pelo y llevar lentes y ropas raídas te hace cambiar mucho, pero son cosas superficiales. —Recorrió a su amigo con una mirada escrutadora—. Tus facciones siguen siendo las mismas, pero pareces más bajo y ancho de lo habitual, y pasas totalmente

desapercibido. Si no te conociera desde que tenía diez años, no tendría idea de quién eres.

—Todo disfraz empieza en la mente —explicó Lucien—. La riqueza, el poder y la posición proporcionan a la persona una clase de confianza que resulta inconfundible. Si uno deja esas cosas a un lado y piensa en sí mismo como un ser insignificante y sin seguridad económica, se crea una aura muy distinta.

—Supongo que sí —admitió Rafe—, aunque no puedo imaginarme a mí mismo deseando hacer una cosa así. Me gustan bastante la riqueza, el título y el poder.

—Representas tan bien el papel del aristócrata arrogante que sería un delito abandonarlo —concordó Lucien—. Hablando de eso, será mejor que nos separemos. Podría perjudicar tu reputación de hombre altivo que te vean hablando con un personaje tan corriente como James Wolsey de Leeds.

—Soy perfectamente respetuoso con la clase baja siempre que observe la debida deferencia —dijo Rafe suavemente—. No olvides tirarte del ala del sombrero al despedirte.

Lucien sonrió.

—He oído decir que las negociaciones en Gante están yendo mejor.

El duque asintió con un gesto.

—Con suerte conseguiremos alcanzar la paz en las Américas para Navidad.

—Amén a eso.

Después de despedirse con una inclinación de cabeza, Lucien detuvo un coche de alquiler y fue hasta el teatro Marlowe. Una vez allí, se presentó como un periodista que estaba escribiendo un artículo sobre Cassie James. La joven dama había gustado con frecuencia al público del norte del país, y a los lectores les interesaría el éxito que había obtenido en Londres.

Su presencia fue aceptada con naturalidad, y pasó varias horas merodeando de un lado para otro, haciendo preguntas y tomando notas. Era muy hábil sonsacando información; por desgracia, nadie tenía nada útil que contarle. Era algo universalmente aceptado que la señorita James era una joven encantadora, nada engreída. Y también muy profesional. Sin embargo, le gustaba la intimidad más que a la mayoría de la gente. Nadie sabía dónde vivía ni conocía detalles de su vida personal, aparte de que la noche anterior su aristocrático amante se la había llevado del camerino, y aquello ya fue bastante raro. Aunque se suponía que la joven tenía un protector, no sabían que se trataba de alguien de rango tan exaltado. La chica lo había hecho muy bien, y le deseaban éxito.

Lucien encontró cierta satisfacción en el hecho de que nadie hubiera reconocido que James Wolsey era el conde de Strathmore. Fue la única satisfacción que tuvo en esa jornada de trabajo.

Ni siquiera el director del teatro pudo ayudarle. Durante un descanso en el ensayo de una nueva producción, que pareció consistir en proferir insultos a torpes bailarinas, explicó que la señorita James interpretaba pequeños papeles en varias obras distintas, pero que su suplente la sustituiría durante una semana o dos porque ella había pedido una temporada libre para visitar a

una tía enferma. El leve tono de sátira de su voz sugería que el director pensaba que la tía era una invención; él estaba en el camerino la noche anterior, cuando raptaron a su estrella en alza.

No obstante, la chica regresaría para la siguiente representación de *La Gitana*, ya que aquél era su papel más importante. El señor Wolsey debía contar a sus lectores que se estaba preparando otra obra en la que aparecía la señorita James. Interpretaría un papel vestida con pantalones, y no se arriesgaba uno a equivocarse si decía que pronto todo Londres se plantaría a sus pies para adorarla.

No, no tenía idea de dónde vivía la muchacha. Teniendo en cuenta que la mayoría de las actrices eran criaturas muy temperamentales, dio gracias a su buena estrella de que Cassie se guardase sus cosas para sí misma, apareciese cuando decía que iba a hacerlo y nunca arrojase objetos a su sufrido director. Ahora, si el señor Wolsey le disculpaba, debía regresar a su trabajo.

Lucien se fue del teatro frustrado y nada sorprendido. Una vez más, ladyJane había cubierto bien su rastro.

Cuando llegó a casa se encontró con que en su ausencia un joven anónimo había entregado un paquete. Lo abrió en su estudio y descubrió que se trataba de su capa perdida y una nota sin firmar que decía:

«Piense lo que piense de mí, no soy una ladrona».

No mejoró su estado de ánimo el hecho de ver la prueba de que, a su extraño modo, Jane era honrada. Se sintió tentado de lanzar la capa contra la pared, pero se contuvo; la pesada tela de lana no se habría estrellado de manera satisfactoria. Además, ya se había permitido a sí mismo demasiadas emociones en lo que a Jane concernía. Ya era hora de que dejase a un lado la lujuria y analizara a aquella mujer objetivamente, como haría con cualquier otro objeto de investigación. Arrojó la capa sobre el sofá y después se sentó a su escritorio con una hoja de papel de tamaño folio y una pluma.

Para empezar, ¿qué era lo que sabía realmente de ella?

El único hecho indiscutible era que era una actriz, una mujer de mundo brillante a la hora de interpretar papeles, desde una muchacha tímida e inocente hasta una comprometida intelectual. También era como él en muchos aspectos... Maldita fuera por eso, porque ese parecido era la razón fundamental de su obsesión y de su rabia.

Los dos eran taimados, capaces de mentir con plena convicción. En su caso era convincente porque en sus engaños siempre había una finalidad; sinceramente creía que su fingimiento tenía como fin último el bien de su país.

Debía de haber un fondo similar de sinceridad en Jane, o de lo contrario no sería una embustera tan persuasiva. De hecho, así lo había dicho cuando le explicó por qué su historia sobre su inexistente hermano resultó tan convincente. Aquella sinceridad subyacente era la razón por la que él seguía creyéndola una y otra vez.

¿Qué era lo que la hacía arriesgar repetidamente su vida y su reputación? Puso la pregunta por escrito y la subrayó dos veces. Si supiera la respuesta, la entendería por fin.

Volvió a pensar en las historias que se había inventado. Primero fue una hermana que trataba de ayudar a un hermano más joven, luego una articulista decidida a sacar a la luz las violaciones y la explotación sufridas por muchachas indefensas. El elemento común era la protección, y su apasionada preocupación había resultado sumamente convincente. Ergo, su enloquecedor e impredecible comportamiento probablemente era causado por el deseo de proteger a alguien. ¿Podría ser un amante la persona que ella intentaba proteger?

Apretó los labios. No le gustaba la idea, pero un amante que estuviera en apuros explicaría la ambivalencia de las reacciones de la joven hacia él. El hecho de debatirse entre la atracción hacia un hombre y la fidelidad a otro podría fácilmente dar como resultado besos ardientes alternados con huidas alocadas.

Por un momento, la visión de Jane con otro amante estuvo a punto de destruir su obstinada imparcialidad. Tardó tiempo en suprimir lo suficiente la imagen para poder proseguir con su análisis.

Los persistentes intentos de Jane de espiar a los Demonios indicaban que su objetivo se encontraba dentro de aquel grupo. Al parecer, uno de los miembros debía de tener algo que ella buscaba y no había encontrado aún. Por lo tanto, si se mantenía cerca de los Demonios, seguramente se toparía de nuevo con Jane, pero estaba cansado de esperar. Pensativo, dio unos topecitos con la pluma sobre la superficie de cuero del escritorio mientras estudiaba otras vías de investigación.

Jane había demostrado conocer bien los escritos de L. J. Knight. Su pretensión de ser esa persona probablemente era falsa, pero tal vez se moviera en círculos en los que se hablaba habitualmente del trabajo de aquel periodista. Quizá frecuentaba salones donde escritores, artistas, actores y todo un abanico de seres excéntricos se codeaban entre sí y hablaban de la vida, de la política, del arte. En un lugar así era donde se habría enterado de que el ensayista en cuestión nunca se dejaba ver y de que podría adoptar tranquilamente su identidad, al menos por un tiempo.

A Lucien siempre le habían gustado los salones, pues en ellos se daban las conversaciones más animadas de Londres, pero últimamente había estado demasiado ocupado para visitarlos. Ya era hora de recorrer de nuevo el circuito. Empezaría por el de lady Graham, una viuda rica de opiniones liberales y naturaleza gregaria cuyas reuniones quincenales atraían a algunas de las personas más interesantes y controvertidas de Gran Bretaña. Seguro que allí encontraría a alguien que conociera a una actriz cómica en alza.

Dejó la pluma con la sensación de que al fin había hecho algún progreso. Pero era hora de apartar a un lado el misterio de Jane y prepararse para ir a cenar con lord Mace. Con suerte, esta noche le informarían de la fecha del próximo ritual de los Demonios. En esa ocasión podrían admitirle formalmente en el grupo, y eso le acercaría a la posibilidad de dar con el traidor.

Mientras se arreglaba la corbata, sonrió irónicamente. A lo mejor Jane se presentaba esta noche, con su esbelta figura de largas piernas y sus cambiantes rasgos disfrazados como uno de los lacayos de Mace. Si lo hacía, esta vez él no sería tan tonto como para perderla de vista.

En cuanto Lucien entró en la casa de Mace, alguien le echó por encima un manto oscuro y pesado y una voz —¿la de Roderick Harford?— dijo en tono siniestro:

—Ha llegado el momento de la verdad, Strathmore. Para convertirse en un Demonio, ha de pasar por la ceremonia de iniciación. ¿Escoge proseguir hacia lo desconocido, o prefiere retirarse y no convertirse jamás en uno de nosotros?

Lucien reprimió un suspiro. Debería haberse imaginado que los Demonios harían algo infantil como aquello.

—Deseo ser parte de esta sociedad —dijo gravemente—, así que seguiré adelante.

—Obedece todas las órdenes —entonó Harford—. Espera sólo lo inesperado, y deja que las llamas del infierno te transformen.

Unas manos anónimas tiraron hacia abajo de la oscura tela que cubría a Lucien. Al parecer, se trataba de una túnica informe y con capucha que tapaba completamente el rostro. Después de que alguien le atase las manos por delante flojamente, fue conducido a través de la casa para por fin salir al exterior y subir a un carruaje. Una voz grave le iba avisando de los escalones y los giros, pero resultaba desorientador no poder ver nada. Escéptico, supuso que aquel tratamiento estaba pensado para minar la confianza de un hombre y volverle más susceptible a las tonterías que siguieran.

El paseo en carruaje fue largo y les llevó fuera de Londres. Nadie pronunció palabra, pero los seres humanos rara vez permanecen totalmente silenciosos. Por los ruidos de la respiración y de los cambios de postura, adivinó que le acompañaban tres hombres. Finalmente, el carruaje se detuvo con una sacudida y alguien ayudó a Lucien a apearse de él. En el gélido viento flotaban los aromas húmedos y terrenales del campo y el sonido de suaves olas. Tras una breve caminata sobre la hierba, le instaron a subir a un bote de cubierta plana. Era tan estrecho como una batea, diseñada para avanzar con ayuda de una pértiga por aguas poco profundas. Se balanceó peligrosamente cuando Lucien puso el pie en ella, de modo que se apresuró a sentarse. Otros tres bamboleos cuando subieron a bordo sus acompañantes. La batea se alejó de la orilla y se deslizó suavemente sobre el agua. Frente a ellos empezó a tañer gravemente la campana de una iglesia, como si estuviera contando los años de alguien que acababa de fallecer.

El viaje fue corto, y pronto la batea rozó la gravilla. Los pasajeros desembarcaron, Lucien se golpeó en la barbilla contra el borde. Había más hombres esperando en la orilla, porque oyó pies que se arrastraban y una tos apagada. Se trataba de un grupo mucho más grande, tal vez de dos docenas de personas. Alguien le hizo girarse hacia la derecha y después tiró de la capucha de la túnica. La prenda cayó, y él de repente volvió a ver.

Vio una colina sobre la que se alzaba un castillo medieval iluminado por la luna llena, que tocaba sus viejas piedras con una luz fría y misteriosa. El lúgubre tañido de difuntos de la campana de la iglesia hizo que a Lucien se le pusiera la carne de gallina, pero dominó el semblante para enmascarar su reacción. Era puro teatro, pero de lo más efectivo. Si fuera supersticioso, estaría ya medio enloquecido por el miedo.

A su alrededor había quizá treinta hombres vestidos con túnicas blancas de ceñida capucha, que sujetaban grandes cirios encendidos. Parecían un cónclave de espectros. La túnica que llevaba él era negra, probablemente a causa de su categoría de novicio.

El hombre que tenía más cerca era Roderick Harford, quien, levantando los brazos, exclamó:

—¿Cuál es nuestra contraseña? Los falsos monjes respondieron a coro:

—¡Haz lo que desees!

—¿Cuál es nuestro objetivo?

—¡El placer!

—Vayamos pues, hermanos, a nuestro sagrado ritual.

Un hombre que llevaba un medallón alrededor del cuello emprentó el camino colina arriba y el resto del grupo echó a andar detrás de él, marchando en fila de a uno. El viento azotaba las llamas de las velas arrojando caprichosas sombras sobre el paisaje. Harford le hizo un gesto a Lucien para que se uniera al final de la comitiva, y él mismo ocupó la retaguardia.

El castillo estaba rodeado por altas murallas. Una pesada puerta de hierro dio paso al grupo a unos jardines bien cuidados. El sendero serpenteaba entre arbustos y algunas estatuas que Lucien

alcanzó a ver fugazmente. Por lo que pudo distinguir en la tenue luz, una de esas estatuas representaba un falo de mármol de casi seis metros de altura. Pura ilusión, sin duda.

Su destino era la capilla, que parecía ser el único edificio que se encontraba intacto. A medida que fueron acercándose, vio que la entrada estaba flanqueada por estatuas de un hombre desnudo y de una mujer también desnuda, cada uno sosteniendo un dedo contra los labios en señal de silencio. Ambos estaban tan bien dotados físicamente que una persona media se sentiría tristemente inferior. Esculpidas en relieve sobre la entrada se veían las palabras *Fay ce que voudras*. «Haz lo que desees». La frase ya le había sonado familiar anteriormente, y ahora recordó que se trataba del lema del antiguo club del Fuego del Infierno. Se preguntó qué pensaría Jane de toda aquella falta de moderación masculina, y contuvo una sonrisa al pensar en ello.

La puerta con bandas de hierro se abrió de par en par con un chirrido y la procesión penetró en la capilla. Varios braseros resplandecían alrededor del sagrario, llenando el aire de humo de incienso que picaba en los ojos. Aunque habían tenido cuidado de conservar el ambiente de una antigüedad que se desmorona, Lucien adivinó que la estructura había sido restaurada recientemente. Ciertamente, la docena de vidrieras que representaban a apóstoles practicando actos impúdicos eran nuevas e innegablemente imaginativas.

Miró hacia arriba y vio que la bóveda del techo había sido decorada con un fresco igualmente obsceno. Al igual que en el resto de la iglesia, las imágenes eran una mezcla ecléctica de arte cristiano y pagano. Sátiros con patas de cabra copulando con ángeles y monjes libidinosos persiguiendo a ninfas griegas. Era evidente que a los Demonios les gustaba la variedad.

Los monjes formaron un círculo alrededor de la estancia y Harford susurró:

—Camine hasta el altar y póstrese. Cuando el sacerdote le ordene que se levante, quédese de pie junto a la barandilla durante toda la ceremonia. Diríjase al sacerdote como Maestro.

Lucien obedeció, con el pensamiento irreverente de que si hubiera sabido que tenía que esperar tanto para aquella cena, habría cenado más temprano. Postrarse sobre la fría piedra no supone diversión alguna cuando se tiene el estómago vacío.

En ese momento se abrió una puerta situada detrás del altar y oyó acercarse unas pisadas con un suave roce de una túnica de brocado escarlata. Lucien se contuvo para no mirar, pero reconoció enseguida la voz ronca de Mace cuando éste le preguntó:

—¿Comprendes la gravedad del compromiso que estás a punto de asumir, novicio?

Tratando de experimentar una apropiada sensación de reverente respeto, Lucien contestó:

—La comprendo. Maestro. —Las piedras del suelo le raspaban la mejilla.

—Levántate y mírame, novicio. —Cuando Lucien obedeció, Mace siguió diciendo—: ¿Juras solemne lealtad a esta hermandad, sabiendo que jurar en falso atraerá sobre ti las maldiciones de los Demonios? —Su voz rugía como el trueno, y en sus ojos brillaba el peligro.

La ligereza de Lucien desapareció. Recordándose a sí mismo que nunca debía subestimar al otro hombre, dijo:

—Lo juro. Maestro.

La mirada de Mace le sondeó y juzgó. Por fin asintió con la cabeza.

—Que así sea.

Se volvió y utilizó una vela para encender fuego dentro de un grupo de piedras que había sobre el altar. El olor acre a hierbas quemadas se unió al del fuerte incienso.

El servicio que siguió no fue una misa negra, sino una extraña mezcla de pagano y cristiano blasfemo, ambos siniestros y una burla de sí mismos. Hablando en latín y francés y también en inglés, la voz de Mace subía y bajaba siguiendo un ritmo que tejía un potente hechizo de misterio.

A medida que el humo fue haciéndose más denso, Lucien comenzó a sentirse mareado. Supuso que las hierbas que se estaban quemando contenían algún narcótico, como la belladona y el beleño. La penetrante mezcla producía un estado receptivo en el que era fácil creer que se estaban invocando poderes místicos. Se obligó a sí mismo a tomar nota mentalmente de todo, porque aquel análisis le ayudaba a mantenerse al margen. Lo prefería así; el sacrilegio nunca había sido su estilo.

Cuando el ritual alcanzó su momento culminante, Mace gritó:

—¡Ya eres uno de los nuestros! —Introdujo los dedos en un cáliz negro y a continuación salpicó a Lucien con el coñac aromatizado con azufre, en una parodia de bautismo—. Dentro de la sociedad de los Demonios, nuestro nuevo miembro será conocido con el nombre místico de Lucifer.

—¡Bienvenido, Lucifer! —corearon los monjes.

Mace se volvió de espaldas y lanzó un puñado de pólvora sobre el fuego que ardía en el altar. Una violenta llamarada se alzó de pronto hacia el techo, mientras negras nubes de humo se dispersaban en todas direcciones. Sobre el altar, la densidad del humo tomó una forma amenazadora, como si el diablo hubiera acudido a la llamada. El aire de la capilla se electrificó con la tensión reinante.

Mace levantó los brazos y pronunció una frase ininteligible. La figura diabólica empezó a disolverse, y con ella la tensión que se había apoderado de los presentes.

Lucien admitió para sí que el espectro en forma de humo había sido un buen golpe de efecto; si le dieran un poco de tiempo, él mismo podría reproducirlo sin duda alguna. Por lo visto. Mace estaba usando sus habilidades técnicas para algo más que juguetes obscenos.

Mace bajó los brazos y el brillo exaltado que había en sus ojos **se** fue apagando.

—Venid, hermanos, celebrémoslo.

Un monje apartó a un lado una cortina negra que había en el rincón, revelando un pasadizo que conducía a un salón de banquetes. Al instante, el ambiente de solemnidad fue sustituido por un animado parloteo de voces mientras los Demonios iban pasando al salón y se acomodaban en los divanes al estilo romano que se alineaban contra las paredes.

Al ver que Lucien titubeaba. Mace le señaló con un gesto la cabecera de la sala.

—Venga a sentarse conmigo. Lucifer. —Se tendió sobre su diván—. ¿Qué le ha parecido el servicio?

—Impresionante —contestó Lucien sin mentir mientras se reclinaba sobre el canapé tapizado en cuero—. Desde luego, no es tan simple como la adoración al diablo que practicaba el club del Fuego del Infierno. Debe de haber requerido un considerable estudio combinar en tan singular mezcla las costumbres clásicas, cristianas y paganas.

—Sabía que usted sería capaz de apreciar los múltiples niveles de significado. No todos nuestros miembros son tan cultos. —La diversión brilló en sus ojos—. Ciertamente, hay que dar al diablo lo que le pertenece, pero el satanismo es demasiado banal, una mera inversión de las costumbres cristianas. Resulta mucho más interesante inventarse una religión propia.

Estaba describiendo sus investigaciones cuando entró en el salón un ramillete de muchachas vestidas con trajes de seda transparente que dejaban ver cada una de las curvas y hendiduras de su cuerpo. Sólo sus caras eran invisibles, pues las llevaban tapadas con complicadas máscaras de plumas.

Nunfield había ocupado el diván contiguo al de Lucien. Cuando entraron las muchachas, dijo:

—El tema de esta noche es Turquía. A mí, personalmente, me gusta que las putitas se vistan de monjas, los hábitos dejan todo a la imaginación. Pero muchos de nuestros hermanos prefieren lo obvio. —Hizo una seña a una de las chicas, que traía una jarra. La joven se inclinó hacia adelante y sirvió vino en sus copas, dejando ver cómo se balanceaban sus pechos detrás de los velos que le flotaban por encima del torso.

—Unas criaturas encantadoras, ¿no cree? —Apreciativamente, Mace acarició un redondo trasero. La mujer soltó una risita y se frotó contra la mano de él—. Roderick es el encargado de traer a las muchachas, y tiene un gusto excelente.

—¿Son profesionales? —preguntó Lucien, nada sorprendido de enterarse de que Roderick era el principal alcahuete.

—La mayoría sí, pero no todas. —Mace sonrió como un sátiro—. Algunas de ellas son mujeres de alto rango, de las que uno podría encontrarse en el vestidor de la reina. Por eso llevan los antifaces. Si usted tuviera una hermana, tal vez se la encontrase aquí. O a su esposa.

Lucien reprimió un sentimiento de asco.

—Una idea tentadora. Es una lástima que yo no tenga ni una cosa ni otra.

Mace levantó su copa.

—¡Por el libertinaje! —Tras una mirada de desafío, apuró su copa de un solo trago. Lucien hizo lo mismo. Si estás en Roma...

Llegó otra muchacha portando una fuente de salchichas humeantes que habían sido recortadas de forma que parecieran falos. Lucien cogió una de ellas y mordió el extremo. ¡Las cosas que tenía que hacer por su país!

El banquete rápidamente degeneró en una versión actualizada de una orgía romana. Siempre que era posible, se daba a la comida una forma sugestiva, y el vino y los licores corrían sin cesar. A medida que fue avanzando la noche, las risueñas muchachas que les servían fueron sentándose sobre los divanes. Algunas de las parejas, entre ellas Nunfield y una morena pechugona, se aparearon allí mismo; otras se levantaron y salieron dando tumbos en dirección a las cámaras privadas que se hallaban situadas en una sala adyacente. Después de que Mace desapareciera con una de las mujeres, Lucien se levantó y se escabulló a hurtadillas entre los jardines, con la sensación de que no podría soportar un minuto más en aquel fétido ambiente.

El aire frío resultaba refrescante, aunque todavía se sentía mareado por la cantidad de alcohol que había consumido. Mantenerse a la altura de Mace una copa tras otra era algo que podía tumbar al más pintado.

Paseó por los senderos iluminados por la luna y fue tomando nota automáticamente de su diseño por si acaso algún día le resultaba de utilidad. Cuando subió una escalera de piedra que

conducía a la parte de arriba de la pared, descubrió que el castillo no estaba asentado sobre una isla. El agua que habían cruzado se veía como un río plateado por la luna que rodeaba parcialmente la colina. El castillo era probablemente una ruina de la época normanda, reconstruida por los Demonios.

Los jardines tenían un bello diseño, aunque las estatuas obscenas enseguida resultaban tediosas. Dobló una aguda esquina y se topó con una Venus de mármol que se inclinaba para sacarse una espina del pie. Había sido colocada en medio del camino para que el paseante se tropezara de bruces contra sus nalgas desnudas.

Se dio cuenta de que no era el único que paseaba por allí cuando vio a lord Ivés contemplando una estatua de Zeus violando a un cisne. Lucien señaló las figuras con un gesto.

—Puede considerarme un puritano, pero no me imagino cómo podría excitarme un cisne. A no ser que yo fuera otro, claro está. El joven sonrió.

—Leda también habría estado a salvo conmigo. Estos dioses griegos eran bastante lascivos.

Los dos hombres reanudaron el paseo juntos y continuaron por el sendero. Lucien dijo:

—¿Está tomándose un descanso para recuperar las fuerzas antes del siguiente encuentro?

Ivés titubeó y después soltó una risa un tanto violenta.

—En realidad estaba pensando en irme a casa temprano. Probablemente pensará que soy un idiota, pero es que no me he divertido mucho con la chica que he escogido. He estado todo el tiempo pensando que me gustaría más estar con Cleo.

—No me parece que sea usted idiota. —Lucien pensó en Jane, que tenía más sensualidad en una sola mirada seductora que todas aquellas chicas semidesnudas juntas—. La pasión sin sentimiento puede satisfacer al cuerpo, pero el placer desaparece tan rápidamente como llegó, y no deja más que vacío.

—Exactamente, eso es. Me alegro de no ser el único que se siente así. —Ivés hizo una mueca—. Si Cleo se enterase de que me he acostado con otra mujer, me dejaría. No es una cortesana, sabe. Hay otros hombres que estarían dispuestos a pagar más por sus favores, pero ella me eligió a mí porque prefería mi compañía.

—Si alberga profundos sentimientos por esa joven, tal vez debiera dejar a los Demonios.

Ivés asintió, como si aquella sugerencia confirmase lo que él mismo pensaba.

—Creo que tiene razón. Es una necedad arriesgarse a perder algo valioso por unos pocos minutos de placer con una mujer cuyo nombre no recordaré a la mañana siguiente.

Decidido a investigar un poco más, Lucien le preguntó:

—¿Los Demonios se toman los rituales en serio?

—Quizá Mace, un poco, pues es pagano de corazón, pero en realidad sólo es divertimento. La mayor parte de nosotros estamos en esto por la diversión y por las chicas.

El paseo les había llevado de vuelta a la capilla, donde ya se habían apagado los ruidos de la juerga. La luna se estaba ocultando por el oeste.

—¿Cómo y cuándo se va la gente a casa? —preguntó Lucien.

—La mayoría duermen aquí sus excesos, pero yo voy a marcharme ya. ¿Le gustaría regresar a Londres conmigo en mi calesa? Lucien vaciló, tentado, pero por fin negó con la cabeza.

—Eso sería poco educado, tratándose de mi primera vez. Me quedará hasta que se vayan los demás.

Ambos se despidieron y Lucien volvió a entrar en el salón de banquetes. Después del frescor de la noche, el ambiente rancio y sobrecargado de aquel lugar resultaba asfixiante. Había varios cuerpos durmiendo esparcidos por los divanes y por el suelo, hombre y mujer enredados juntos. En una esquina vio a Westiey tumbado de espaldas y riendo tontamente mientras una mujer desnuda vertía vino en su boca. Nadie más parecía estar despierto. Lucien estaba buscando un lugar tranquilo donde poder dormir el resto de la noche, cuando surgió Nunfield de una de las habitaciones privadas moviéndose con el exagerado tiento de una persona completamente borracha. Agarrada de su brazo venía una ramera de aspecto exuberante que llevaba medio antifaz de plumas de faisán y poco más encima.

—¡Lucifer! Estaba buscándole. —Nunfield soltó un hipo—. Tiene que irse con Lola. Posee una destreza insuperable. —Gracias, cariño —ronroneó la joven con los ojos brillantes tras las ranuras del antifaz—. Hago lo que puedo por complacer. —Extendió una mano sinuosa y atrapó la muñeca de Lucien—. Ven conmigo y procuraré darte lo que te recomienda el médico. Lucien estaba buscando una manera de negarse cuando vio la dura mirada de Nunfield. Rechazar la oferta llamaría mucho la atención, de modo que debía fingir que la aceptaba. Una vez estuviera a solas con la mujer, se desembarazaría de ella tal como había hecho en casa de Chiswick. Adoptó una pose de borracho y dijo con pesada galantería: —Será un placer, madame Lola. —Y le ofreció el brazo, un movimiento que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Ella se agarró hábilmente de su codo y le guió hasta una cámara privada. Lucien notaba la mirada de Nunfield perforándole la espalda cuando cruzaron el salón esquivando los cuerpos tendidos en el suelo.



La cámara contenía un diván lo bastante ancho para dos. Lola arrojó a un lado su antifaz y empujó a Lucien hacia abajo de modo que quedara sentado sobre el borde. Luego se sentó a horcajadas sobre sus rodillas para besarle ardientemente. Tal como había dicho Nunfield, poseía una destreza insuperable. Sin embargo, Lucien percibió la sensación de que debajo de aquella exagerada demostración de pasión había una naturaleza fría y calculadora como la de un reptil.

Sintiéndose asqueado, se separó de ella y dijo con mirada nublada:

—Es una lástima que no te haya conocido antes, Lola, antes de haber consumido toda la energía que me quedaba. —Soltó un hipo para mayor credibilidad—. Losss... siento. Debería haber bebido menos.

Estaba a punto de apartarla de sus rodillas cuando la mujer empezó a acariciarle bajando una mano por su torso. El sinvergüenza carente de principios que estaba unido a su cuerpo empezó a endurecerse bajo la experta manipulación de aquellos dedos.

La mujer profirió un chillido de satisfacción.

—No te preocupes, cariño, todavía queda mucha vida en este pequeñín. Lola se ocupará de todo.

Por la dura chispa de luz que vio en los ojos de la joven, adivinó que en el fondo despreciaba a los hombres y disfrutaba al verles indefensos en las angustias de la lujuria. La mayoría de los hombres no se daban cuenta o no se preocupaban siquiera de lo que opinara ella, pues su comportamiento descaradamente carnal era lo que constituía las fantasías masculinas. Pero no las suyas. Oh, Dios, no las suyas. Deseaba salir de allí, pero sabía que debía seguir representando su papel de libertino.

Mientras él se debatía entre el deber y la inclinación, Lola le empujó contra el diván. Acto seguido le levantó el borde de la túnica de monje y atacó los botones de los pantalones. Cuando su boca caliente se cerró sobre él, Lucien sintió que le inundaba las venas un deseo primitivo que paralizó su razón y su voluntad. Llevaba mucho tiempo, demasiado, sin yacer con una mujer, y no podía continuar negando su cuerpo.

Los servicios de Lola le llevaron a la culminación en cuestión de minutos, pero no hubo nada satisfactorio en el alivio físico. Apenas se había calmado aquella hambre salvaje cuando la desolación se abatió sobre él.

¿Qué estaba haciendo él allí con una vulgar ramera? ¿Por qué creía que sus planes ocultos eran necesarios para aquel país? Inglaterra había sobrevivido durante siglos sin él, y aún duraría mucho tiempo después de que él desapareciera. Era un necio al pensar que sus acciones podrían cambiar algo; el trabajo de su vida era tan fútil como las cenizas frías.

Trató de contrarrestar su desesperación invocando el recuerdo de amigos y familiares, pero un instante después se detuvo, sintiéndose demasiado sucio para ser digno de aquellas remembranzas. ¿Qué pensaría Jane si le viera ahora? El estómago le dio un vuelco al pensar en ello y le dejó un gusto amargo a bilis en la boca. Continuar con aquellos pensamientos terminaría volviéndole loco. Dolorosamente, cerró el paso a sus emociones y las obligó a replegarse en aquel lugar oculto que le había salvado una vez tras otra.

Una vez recuperada ligeramente la cordura, abrió los ojos. Lola estaba tendida en el diván a su lado, somnolienta y complacida consigo misma. Aunque no logró reunir fuerzas para tocarla, hizo la clase observaciones que se esperaba de un hombre en tales circunstancias, dando las gracias a la mujer que le había servido y halagando un poco la destreza. El informe que ella referiría a Mace y Nunfield había de ser impecable, y eso era lo que importaba, ¿no? Cuanto le fue dignamente posible, se largó de una vez de aquella habitación y de aquella mujerzuela barata. Era una lástima que no pudiera escapar con la misma facilidad de su alma ajada y sucia.

Ya era mediada la tarde cuando Lucien regresó por fin a su casa, mortalmente harto de fingirse un libertino. Lo primero que hizo fue tomar un largo baño caliente, como queriendo lavar su cuerpo de la contaminación espiritual de la orgía de los Demonios.

Aunque habría preferido una tranquila velada en casa, reparando algún juguete mecánico, era la noche de la reunión en el salón de lady Graham, así que debía aventurarse a salir. Se consoló con la idea de que una dosis de conversación inteligente disiparía su depresión aunque no descubriera ninguna pista del paradero de Cassie James.

Cuando entró en la lujosa casa de lady Graham, la anfitriona le recibió con una afectuosa sonrisa.

—Lucien, qué agradable sorpresa. He echado de menos su malvado sentido del humor. Él le dio un ligero beso.

—Ha pasado demasiado tiempo. No imagino qué puedo haber estado haciendo que pareciera tan importante como para no dejarme tiempo para este placer.

Lady Graham le dirigió una mirada astuta.

—Estoy segura de que ha tenido que ser realmente importante, y desde luego nada parecido a lo que suele usted comentar. Venga a conocer a algunos de mis invitados. Esta noche ha venido mucha gente. Ya conocerá a muchas de las personas que hay aquí, pero le garantizo que verá algunas caras nuevas muy interesantes. Por ejemplo, mi inteligente amiga lady Jane Travers, a la que conozco desde mi presentación en sociedad, hace treinta años. No le gusta moverse en los círculos de moda, de manera que probablemente no se la habrá encontrado nunca. Posee un curioso sentido del humor y sólidas opiniones sobre la forma en que debe actuar el gobierno. Busque una mujer pelirroja que mida uno ochenta.

—Por lo que usted dice, parece una auténtica amazona. Sin duda será una defensora de las teorías de Mary Wollstonecraft Godwin. Lady Graham arqueó las cejas.

—Por supuesto, igual que cualquier mujer inteligente. Y usted está de acuerdo, mi querido radical vestido de señorito elegante. En cierta ocasión pasó usted una velada entera discutiendo por los derechos de la mujer con un horrible *tory*, así que no intente darme gato por liebre.

Lucien se echó a reír.

—Debería haberme imaginado que se acordaría de eso. —Mientras su anfitriona le guiaba hasta la sala, él le preguntó en tono casual—: ¿Asiste la actriz Cassie James a sus salones?

—No, pero no me importaría que lo hiciera —contestó lady Graham—. La vi en el Marlowe en una obra gitana, es una joven de gran talento. No será la última vez que oigamos hablar de ella. —Al percatarse de un joven que estaba sin nada que hacer, le hizo una seña para que se acercase—. Señor Haines, hay aquí una persona que me gustaría que conociera.

Después de presentar a los dos hombres, lady Graham abandonó a Lucien y fue a saludar a otro invitado. El señor Haines resultó ser un aspirante a poeta que mostró gran entusiasmo por hablar del mérito del nuevo poema épico de Byron, *El Corsario*. Dado que Lucien no lo había leído y que tenía una pobre opinión de la poesía de autobombo de Byron, la conversación duró poco.

Lucien pasó la siguiente hora abriéndose paso a través del salón principal, escuchando más que hablando. Los temas de conversación eran muy variados, desde acaloradas discusiones acerca de la política del zar Alejandro hasta el inminente éxito de las negociaciones de paz y la última novela satírica de la señorita Austen. Disfrutó de la charla, pero sus indirectas pesquisas sobre Cassie James resultaron infructuosas. Todo el mundo había oído hablar de la actriz, y varios de los invitados habían visto la representación de la obra, pero ninguno afirmó conocerla personalmente.

La investigación resultaba a menudo una tarea tediosa e improductiva, de modo que aceptó filosóficamente el fracaso y pasó al salón contiguo, que era más pequeño pero estaba igual de abarrotado. En ese momento surgió lady Graham y se agarró de su brazo.

—Deje que le presente a lady Jane, que está allí, en el rincón. Le interesa mucho el teatro, de modo que tal vez conozca a esa actriz por la que ha preguntado usted.

Lucien localizó fácilmente a lady Jane, porque la mujer le sacaba media cabeza al grupo de personas que la rodeaban. Su cabello rojo ya se estaba tornando castaño con algunas vetas plateadas, pero todavía era una mujer hermosa. Junto a ella, de pie y medio escondida, había una mujer más joven vestida de gris. Era fácil pasarla por alto, porque mantenía la mirada baja y tenía la actitud anodina de un pariente pobre. Parecía bajita al lado de lady Jane, aunque debía de tener

una estatura considerable. Lucien no habría reparado en ella excepto porque su quietud resultaba llamativa en un salón lleno de gente animada.

La joven retrocedió y se volvió ligeramente para evitar que la golpease una mano que alguien agitó con entusiasmo. Tenía un perfil encantador, puro como el de una moneda griega...

Lucien se quedó paralizado en seco. No, no era posible. Otra vez, no.

—La jovencita que está al lado de su amiga —dijo, conteniéndose—. Me parece haberla visto antes. ¿Quién es?

—¿Qué jovencita? —Lady Graham se detuvo también y siguió la dirección de la mirada de Lucien—. Oh, se refiere usted a lady Kathryn Travers, la sobrina de Jane. En realidad no es una jovencita, debe de tener ya unos veinticuatro años y va camino de ser una solterona. Es una joven agradable, aunque nunca tiene nada que decir. Sus padres están muertos, de modo que ahora vive con Jane.

Una rabia pura y abrasadora le recorrió las venas. Había creído que ya nada podía sorprenderle en lo que a ella se refería, pero aquella bruja le había pillado una vez más con la guardia baja. El nuevo papel que estaba interpretando superaba incluso su propio listón. Era el colmo del descaro: una desvergonzada actriz disfrazada de remilgada damisela. No sólo eso, isino además miembro de la aristocracia!

Como siempre, su interpretación era perfecta hasta el mínimo detalle. Si no la conociera tan bien, si no la hubiera tenido en sus brazos ni hubiera besado aquellos mentirosos labios, tal vez hubiese logrado engañarle, porque la actitud que mostraba ahora era tan reservada que parecía una desconocida. Sin embargo, su cara era innegablemente la de Emmie, la de Sally, Jane y Cassie James.

Tuvo una visión fugaz de ella tendida debajo de él, medio desnuda y con los ojos nublados por la pasión. Había creído en ella, pero no volvería a hacerlo. Esta vez no sería tan crédulo y simplón.

En un tono de voz que revelaba sólo un interés mediano, dijo:

—Por supuesto, lady Kathryn Travers. No estaba seguro de haberla reconocido. Es una joven muy callada, pero con una mente interesante bajo esa timidez.

—Me sorprende que haya tenido ocasión de conocerla —comentó lady Graham—. Como estoy segura de que ya está enterado, proviene de una antigua familia, pero los varones Travers siempre han sido famosos por ser un poco indomables, y ninguno de ellos ha tenido nunca un solo penique. No había dinero para proporcionar a lady Kathryn una presentación en sociedad en Londres, y actualmente lleva una vida muy tranquila con Jane.

—De todos modos, he tenido el placer de conocerla. —Con una sonrisa resplandeciente y un tanto peligrosa, empezó a abrirse paso entre la multitud—. Y no puedo decirle cuánto ansiaba renovar ese placer.

Cuando llegaron al grupo del rincón, lady Graham dijo:

—Jane, me gustaría que conocieras a un amigo mío, lord Strathmore. Lucien, lady Jane Travers.

Cuando se pronunció el nombre de Lucien, lady Kathryn volvió rápidamente la cabeza y puso el cuerpo rígido. Sólo alguien que estuviera observando de cerca, como él, lo habría notado, porque el rostro de la joven se veía carente de toda expresión.

Lucien se inclinó sobre la mano de lady Jane y dijo todo lo apropiado. Ella era casi tan alta como él, y en sus ojos grises se leía astucia y seguridad.

—Es un placer, lord Strathmore —dijo—. Ha pronunciado usted algunos discursos muy notables en la Cámara de los Lores. ¿Alguna vez ha pensado ocupar un cargo público?

—Nunca —se apresuró a responder Lucien—. Es mucho más fácil señalar lo que está mal que corregirlo.

Lady Graham rió, y después continuó con las presentaciones:

—Naturalmente, ya conoce a lady Kathryn Travers.

Lucien dijo en tono amistoso:

—Ha pasado demasiado tiempo, lady Kathryn. Ella arrugó la frente.

—¿Nos hemos visto antes, lord Strathmore? Resistiendo a la tentación de elogiarla por su hábil exhibición de perplejidad, lanzó un rebuscado suspiro de pena.

—Qué humillante resulta descubrir que no recuerda usted una ocasión que sin embargo yo tengo grabada en la memoria. Estábamos teniendo una conversación de lo más fascinante cuando nos interrumpieron.

Ella cometió el error de mirarle directamente. Aunque consiguió dominar la expresión de su rostro, no pudo ocultar del todo la tensión de sus ojos ni el rápido pulso que le latía en la garganta. Una mujer mas débil habría salido huyendo de allí.

Lucien miró a las otras dos mujeres y dijo suavemente:

—Quedé impresionado con la exposición que hizo lady Kathryn de las teorías de Mary Wollstonecraft Godwin. Sus ideas sobre la educación de las mujeres eran sumamente interesantes.

De hecho, estoy pensando en presentar un proyecto de ley a la Cámara de los Lores que se ocupe de algunas de las desigualdades que planteó lady Kathryn, de modo que tengo que hablar con ella de nuevo. Si nos disculpan...

Sin esperar una respuesta, asió a lady Kathryn del codo con garra de acero y la arrastró a través de la sala atestada de gente. Si no recordaba mal, había un estudio en la parte de atrás de la casa en el que podría retorcerle el cuello en completa paz e intimidad.

Siguiéndole de mala gana al corredor vacío, ella trató de resistirse, diciendo:

—Lord Strathmore, no resulta muy apropiado que me vaya sola con un desconocido. Él la miró con dureza.

—No sé qué somos el uno para el otro, pero está claro que no somos desconocidos. —Al ver que ella parecía querer protestar de nuevo, dijo en tono más suave—: ¿Quieres que levante la voz y diga a todo el mundo lo maravillosos que son tus pechos desnudos? ¿O cómo era el sonido que hiciste cuando yo te besé el tatuaje que llevas en el muslo?

Ella se paró en seco y se ruborizó intensamente. Luego el semblante se le puso pálido y su resistencia se derrumbó.

Lucien la arrastró hasta el estudio que estaba en penumbra y cerró la puerta de un golpe tras él. Cuando la soltó, Kathryn inmediatamente se replegó hacia el extremo más alejado del estudio frotándose el codo y mirándole con el mismo recelo que si se tratara de un fugitivo escapado de un hospital para lunáticos.

—¿Lady Jane es tu cómplice, o tal vez otra víctima de tus mentiras?—Encendió una bujía con la lámpara, que arrojaba una luz tenue, y la utilizó para encender las velas de los candelabros que había repartidos por la habitación; quería ver hasta el último matiz de expresión de la cara de la joven—. No creo que esté más allá de tu capacidad convencer a una mujer inocente de que eres un familiar que ella ni siquiera sabía que tenía. —Apagó la bujía con un fuerte soplo—. Incluso te has apropiado de su nombre. He pensado en ti como Jane desde que tú insististe en que era tu nombre verdadero. Sin embargo, he de admitir que Kathryn te sienta mejor que ningún otro de los nombres que has usado.

—No sé de qué está hablando —dijo ella, agitada. Las lágrimas que temblaban en sus ojos grises eran un toque maestro, pero en lugar de apaciguar su ira la inflamaron aún más.

—¿Cómo? ¿Y la gitana bailarina, y esa apasionada búsqueda de la justicia social? ¿Ni siquiera las sugerentes pullas de una camarera? —Empezó a avanzar hacia ella—. Estoy decepcionado. Seguro que podrás inventarte una historia nueva, probablemente media docena. A lo mejor eres una espía de Napoleón que ha caído en desgracia desde que el emperador abdicó. ¿O eres acaso una reina perseguida de un reino de los Balcanes, que está tratando de recuperar su trono?

Ella corrió a protegerse detrás del sofá.

—Me parece que se ha vuelto loco, lord Strathmore. O que está muy, muy borracho.

Lucien fue también detrás del sofá, siguiéndola.

—Te aseguro que no estoy borracho, y si estoy loco, eres tú la que me ha hecho salirme de mis cabales. Ella huyó de nuevo.

—¡No se acerque a mí!

—No te hagas la pusilánime. Si hay algo que espero de ti es un valor sin reservas de ninguna clase.

Ella se apresuró a escabullirse hacia el otro extremo del sofá antes de que el conde la agarrase.

—¡No soy quien usted cree que soy! Lucien se detuvo un instante y la contempló con un gesto exagerado y teatral.

—La misma cara, la misma figura, el mismo color. —Su boca se endureció—. Y los mismos mentirosos ojos grises. Sólo ha cambiado el nombre, y eso no cuenta, porque cada vez que nos hemos visto has fingido una identidad diferente.

Ella trató de zafarse otra vez, pero la habitación era demasiado pequeña. En dos rápidas zancadas el conde la tuvo acorralada. Ella pegó la espalda a la pared y balbuceó:

—¿Qué va a hacer?

—Me resulta tentadora la idea del asesinato. —Levantó una mano hacia ella—. Pero me conformaré con terminar lo que quedó interrumpido cuando te escapaste la última vez que nos vimos.

—¡No me toque! —chilló ella—. Voy... Voy a gritar pidiendo socorro.

—Con toda esa gente hablando ahí fuera, no te oirán. —Nada más tocarla, se dio cuenta de que una buena parte de su cólera era deseo frustrado. La deseaba... Dios santo, cómo la deseaba, aunque no pudiera confiar en ella lo más mínimo.

La envolvió en sus brazos, necesitando sentir aquel esbelto cuerpo en contacto con el suyo.

—No luches contra lo inevitable —le dijo con suavidad. Pero ella forcejeó tratando de liberarse.

—¡En esto no hay nada inevitable!

—¿No? —Suave pero implacable, el conde retuvo a su cautiva en los brazos—. Relájate, querida. No voy a hacerte daño, porque no puedo seguir enfadado contigo, por mucho que lo intente.

Ella emitió un sonido ahogado y escondió el rostro en el hombro de él. Lucien le acarició la espalda, aguardando pacientemente a que la mutua e intensa atracción que había entre ambos liberara su magia. Poco a poco, la rigidez de su cuerpo fue ablandándose y volviéndose toda femineidad con aroma de clavel. Apoyó la mejilla sobre el pelo ensortijado de ella, suspendido en un curioso estado intermedio entre una sensación de paz y un deseo desbordante.

—Es una lástima que no podamos estar así todo el tiempo —murmuró Lucien mientras deslizaba suavemente las manos a lo largo de las curvas familiares de su espalda y su cintura.

Pero aquellas palabras arrancaron a la joven de su estado de mansedumbre. Le plantó las manos en medio del pecho y empujó para librarse del abrazo.

—¡No deberíamos estar así de ningún modo!

Lucien le sujetó las manos contra la pared a ambos lados para que no pudiera escapar.

—¿El problema es que hay otro hombre en tu vida? Dímelo para que por lo menos sepa a qué me enfrento. —¡No es a mí a quien usted quiere en realidad! —exclamó ella con vehemencia.

—Te equivocas. Te deseo mucho. —Lucien le rozó la mejilla con las yemas de los dedos en una etérea caricia. Su cutis poseía la delicadeza tersa y frágil de una flor—. Y esta vez, tengo la intención de conseguirte.

—¡No! —Se mordió el labio, como si luchara con una decisión. Al cabo de unos instantes respiró hondo y dijo nerviosamente—: No quería decirle esto.

—¿Decirme qué? —preguntó él, animándola. Ella respondió con una sonrisa irónica:

—Me temo, lord Strathmore, que me ha confundido usted con mi hermana, mi hermana gemela Kristine.

Tras unos instantes de desconcierto, Lucien lanzó una carcajada.

—Me alegra ver que no ha flaqueado tu imaginación, pero estoy seguro de que tú eres capaz de inventar algo mejor que una mítica hermana gemela. Parece un argumento sacado de una novela gótica.

—Kristine no es mítica, es una actriz cómica que actúa con el nombre artístico de Cassie James. Es obvio que usted la conoce, pero puede tener la completa seguridad de que no me conoce a mí. —Tragó saliva—. De modo que le ruego que no me culpe de lo que mi hermana haya hecho.

Lucien titubeó. Maldición, la chica era muy convincente. Estudió su rostro sincero. Cada rasgo, cada línea, cada plano eran exactamente como él los recordaba. El suave cabello castaño con destellos dorados y la figura delgada y elegante eran igualmente familiares. No había ninguna señal de la descarada vitalidad de Sally ni de Cassie, pero el comportamiento de la joven era similar al de «Jane» cuando ésta afirmó ser una joven dama que trataba de ayudar a su hermano.

Basándose en los hechos, lady Némesis era muy capaz de representar el papel de la tímida lady Kathryn Travers, una pariente pobre. También había respondido durante breves instantes a su abrazo, de manera tan natural como si le resultase familiar. Sin embargo, había algo en su voz que le hacía preguntarse si no podría estar diciéndole la verdad.

Sólo había un modo de averiguarlo, pues incluso a una actriz consumada le resultaría difícil ocultar su identidad en un beso. La atrajo hacia sí e inclinó la cabeza. Pero antes de que sus labios pudieran tocarla, ella se apartó de él con un tirón y le cruzó el rostro de una bofetada.

—¡Cómo se atreve, señor!

Sí, tenía mucha fuerza. Pero lo que le hizo soltarla no fue la fuerza, sino el tono de virtud ultrajada que notó en su voz. Costaba creer que hasta la actriz de más talento pudiera hablar de forma tan parecida a una virgen a la que han insultado.

Con la mejilla ardiendo, escrutó una vez más el rostro de Kathryn. Pero aunque hizo uso de todo su entrenado poder de observación, la joven seguía pareciéndole exactamente la misma lagarta tramposa que había traído el caos a su ordenada vida. Con la excepción, tal vez, de que quizá hubiera más vulnerabilidad en lo profundo de aquellos claros ojos grises de la que había visto antes.

—No existen los gemelos realmente idénticos —dijo despacio—. Siempre hay diferencias sutiles, y en este caso no veo ninguna. Y créeme, estoy hablando como una persona que te ha estudiado con gran concentración.

Ella se sonrojó y bajó la cabeza, sintiéndose azorada por la cálida mirada del conde.

—Durante toda nuestra vida, la gente siempre ha dicho que Kristine y yo somos las gemelas más idénticas que habían visto nunca —respondió entrecortadamente—. Pero créame, si Kristine estuviera aquí, podría usted distinguarnos al instante. Ni siquiera notaría que yo estoy aquí, porque ella posee esa clase de vitalidad que atrae todas las miradas.

—Hay muchos actores y actrices que poseen esa capacidad, y pueden ocultarla cuando se les antoja —replicó Lucien sin impresionarse. Entrecerró los párpados—. Cuando lady Graham nos presentó, tú me reconociste, aunque intentaste ocultar tu reacción.

—No fue reconocimiento, sino alarma—dijo ella ásperamente—. Usted me estaba mirando como si yo fuera una cucaracha.

—No precisamente como una cucaracha —repuso él con una involuntaria sonrisa.

—Su expresión era suficiente para aterrorizar a una mujer inocente. —La joven fue hasta la chimenea, con la cabeza ligeramente inclinada—. No sé lo que habrá entre Kristine y usted, y francamente, no quiero saberlo. Lo único que deseo es que me dejen en paz.

—Sigo sin estar convencido de que tengas una hermana. —Lucien se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared, contemplándola con aire pensativo—. Dado que mi experiencia es que eres una hábil embustera, necesitaré pruebas más sólidas que simplemente tu palabra.

Ella levantó el rostro y le dirigió una mirada glacial.

—No veo por qué he de cargar yo con la responsabilidad de ofrecerle pruebas. Estaba ocupándome de mis asuntos cuando usted me asaltó.

Dios santo, ¿y si de verdad era una inocente desconocida que jamás le había visto? Una idea estremecedora.

—Si está diciendo la verdad en cuanto a que tiene una hermana gemela, le deberé una humillante disculpa.

Una chispa de sonrisa brilló en los ojos de la joven, como si aquella perspectiva la complaciera.

—Prepárese para humillarse, lord Strathmore, porque Kristine **es** tan real como usted.

A medida que fue relajándose, Kathryn, paradójicamente, se iba pareciendo cada vez menos a la mujer que él conocía. Tenía la misma inteligencia rápida como el rayo, pero en este caso iba unida a una fría reserva que era nueva para él. Por supuesto, una actriz sería perfectamente capaz de simularla.

Era más probable que obtuviera información mostrándose conciliador en vez de acusador.

—Sé que es una impertinencia por mi parte, lady Kathryn, pero ¿le importaría explicarme por qué usted y su hermana llevan vidas tan diferentes?

Al comprender la implicación de que el conde había aceptado su historia, ella se relajó todavía más y se sentó junto al fuego.

—En realidad es bastante simple. Mi padre era el cuarto conde de Markiand. Los Travers jamás han poseído distinción alguna aparte de su encanto, su carácter indómito y una cierta tendencia a producir gemelos idénticos. La sede de la familia, Langdale Court, estaba en Westmoreland.

Lucien tomó asiento en la silla que se encontraba delante de la **joven**.

—¿Estaba?

Ella dejó escapar un suspiro.

—Mi padre heredó un montón de deudas y se dio bastante prisa en acumular otro montón de deudas propias. La casa se iba desmoronando a nuestro alrededor mientras nosotras crecíamos. Mi madre murió cuando nosotras teníamos diez años, y después de eso nos volvimos medio salvajes. Si unas señoras del vecindario no se hubieran preocupado por nosotras, habríamos sido unas completas bárbaras. Mi padre logró mantener a raya a los administradores mientras vivió, pero tras su muerte, ocurrida hace cinco años, la propiedad pasó a subasta, el título pasó a un primo segundo de América, y Kristine y yo nos quedamos sin un penique.

¿Su padre era tan irresponsable que no hizo ninguna previsión para el futuro de sus hijas?

—Pensar en el futuro no era propio de él —contestó la joven secamente—. Supongo que creyó que con el tiempo conseguiría para nosotras una dote con las ganancias de alguna partida de cartas, pero nunca se puso manos a la obra. Mi madre era hija de un vicario que la desheredó cuando se fugó para casarse con mi padre, de modo que tampoco recibimos ayuda de esa parte de la familia. Kristine y yo nos encontrábamos en la misma situación que otras muchachas de buena cuna pero sin fortuna.

—Lo cual no es una buena situación en absoluto.

—Exacto. Una puede casarse, encontrar trabajo o convertirse en una pariente pobre y vivir de la caridad.

—El matrimonio parecería la opción más lógica. Las dos son jóvenes muy atractivas.

—Hace falta mucha belleza para superar la falta de una dote —respondió ella, irónica—. Y además había... otras razones.

Lucien se preguntó cuáles podrían ser, pero se negó a permitir que le desviaran de su objetivo.

—¿Fue entonces cuando fue usted **a vivir** con lady Jane? La joven asintió.

—Afortunadamente, la tía Jane había heredado una modesta independencia de su abuela, suficiente para mantener una casa aquí, en Londres. Yo acepté de buena gana cuando ella nos ofreció un hogar, ya que no creo valer para ser una buena institutriz, y ciertamente no creo que sirva para nada más.

Cuando la joven guardó silencio, Lucien probó:

—¿Y Kristine?

Ella contempló las llamas que bailaban en la chimenea.

—Mi hermana es diez minutos mayor que yo, y heredó lo que nos correspondía a las dos del encanto y la fogosidad de los Travers. Es demasiado cabezota, demasiado independiente para conformarse con llevar una vida tranquila con una tía intelectual. Siempre le ha encantado actuar, y solía organizar con frecuencia obras de teatro y conciertos. De modo que decidió lanzar el recato a los cuatro vientos e intentar hacer carrera en el teatro.

—Así que son ustedes el ejemplo clásico de la gemela buena y la gemela mala.

Ella no se percató de la ironía que rezumaba su tono, y contestó con dureza:

—Kristine no es mala, sencillamente es más valiente que la mayoría. Nunca tomaría la salida de un cobarde.

¿Era así como Kathryn había salvado la vida, con la salida de un cobarde?

—Puede que el teatro no sea malo —dijo Lucien blandamente—, pero es una opción poco usual para una joven de buena familia. Su reputación quedaría destrozada.

—Kristine me dijo una vez: ¿De qué sirve la reputación cuando de lo que se trata es de poner comida encima de la mesa? Ya que estaba condenada a ser pobre, por lo menos decidió divertirse.

Ella escogió emplear un nombre artístico para no avergonzar a su familia, aunque no haya precisamente mucha familia a la que avergonzar. Le ha llevado varios años, pero como ya sabe, le está yendo muy bien.

—¿Se mantiene usted en contacto con ella? Con una expresión de aflicción en el rostro, Kathryn volvió la mirada hacia el fuego.

—Aunque la tía Jane tiene opiniones políticas radicales, sus valores morales personales son de lo más elevado. Desaprobó profundamente la decisión de Kristine y la echó de su casa. Eso hizo que a mí me resulte... difícil ver a mi hermana.

—En otras palabras, tuvo que elegir entre su hermana gemela y tener un techo por encima de la cabeza —adivinó Lucien—. Un dilema difícil.

—En absoluto. Kristine tomó la decisión por las dos, con la misma eficacia con que siempre tomó decisiones en el pasado.

El dolor que traslucía su voz resultó demasiado penetrante para el gusto de Lucien.

—Estoy seguro de que ella la echa de menos a usted igual **que** usted a ella.

El rostro de Kathryn se contrajo.

—Ni una cosa ni la otra, lord Strathmore. Quería usted saber por qué mi hermana y yo llevamos vidas tan diferentes, y ahora ya lo sabe. Le agradeceré que no divulgue esta información. A Jane no le gustaría que fuera de dominio público que Cassie James es en realidad una oveja negra de los Travers.

—Lo dice como si su tía fuera un poco tirana.

—Ha sido muy buena conmigo —replicó Kathryn con mayor frialdad aún—. No pienso tolerar que se le haga ninguna crítica.

Lucien admiró la lealtad de la joven y esperó que fuera recompensada con la misma moneda. A pesar de la actitud poco afable de Kathryn, había en ella una cierta vulnerabilidad que le empujaba a protegerla, aunque todavía no estaba convencido del todo de que no fuese una desvergonzada embustera.

—Aunque puedan surgir actrices de las mejores familias, entiendo que lady Jane no quiera que la gente conozca esa conexión. Sin embargo, dado que son ustedes gemelas idénticas, tratar de ocultar la relación parece un ejercicio algo fútil.

Ella se encogió de hombros.

—No lo crea. Aunque por lo general se nos considera atractivas, no tenemos ningún rasgo particular o claramente distintivo, como el cabello rojo o una estatura poco común. Cuando Kristine actúa, lleva disfraces y cosméticos que apenas la hacen parecer ella misma, y mucho menos parecerse a mí. Como mi círculo de amistades es reducido, son pocas las personas que están en situación de notar el parecido. Nadie ha establecido todavía la relación.

Lucien sonrió.

—Comprendo su punto de vista, pero no es usted muy justa consigo misma ni con su hermana. Aunque sus facciones no sean llamativas, el efecto de conjunto es... memorable. —Su mirada se posó en el grueso rodete de cabello que llevaba en la nuca. Si lo soltase, la cabellera le caería más abajo de la cintura—. Por ejemplo, se podría decir que su pelo es simplemente castaño, pero no deja de ser encantador. Grueso, brillante y veteado con destellos dorados.

Ella se tocó la cabeza, pero se detuvo a mitad del gesto.

—Debería haberseme ocurrido antes. El pelo es la única diferencia evidente que hay entre mi hermana y yo. Yo nunca me he cortado el mío, pero Kristine lo lleva más corto para poder usar pelucas. —Una chispa de triunfo brilló en sus ojos—. Ni siquiera la más inteligente de las actrices podría dejarse crecer el pelo tan largo como lo llevo yo en el tiempo que ha transcurrido desde que usted vio por última vez a mi hermana, lord Strathmore. ¿Se convence por fin de que somos dos mujeres distintas? ..

Por la mente de Lucien cruzó fugazmente la vivida imagen del suave cabello de Cassie James a la altura de los hombros. Juró para sus adentros. Maldición, le estaba fallando el cerebro. Debería haberlo notado él mismo. Una cabellera de longitud aparentemente distinta no constituía una prueba absoluta de que estuviera tratando con dos mujeres diferentes, pero se acercaba mucho.

—Usted podría llevar en estos momentos un postizo. Ella puso los ojos en blanco.

—Es un hombre muy suspicaz, pero aun así debe admitir que si llevo un postizo, desde luego es exactamente del mismo color que mi pelo natural.

La muchacha volvía a tener razón; su mata de pelo de cálido color castaño con vetas doradas ofrecía una total uniformidad. Medio en broma, dijo:

—Para estar seguro del todo, tendría que soltarle las horquillas que le sujetan el pelo y dejarlo caer libremente.

Ella entornó los párpados como un felino ofendido.



—Ya basta, lord Strathmore. Puedo consentir hasta cierto grado porque me ha confundido con mi hermana, pero no pienso permitirle que siga atacando mi persona. Estoy segura de que hasta los libertinos saben que hay reglas distintas para las actrices y para las damas.

Lucien tuvo que echarse a reír.

—Me ha derrotado completamente, lady Kathryn. Una última pregunta antes de marcharme: Además de actuar en el teatro, ¿su hermana escribe artículos de política bajo el seudónimo **de L. J. Knight**?

Kathryn arqueó las cejas.

—Por supuesto que no. Es una excelente actriz, pero desde luego no es escritora. ¿Qué le ha inspirado una idea tan absurda?

—Kristine.

—Debió de hacer una actuación soberbia, para haberle convencido de que una joven de veinticuatro años puede escribir con la lucidez de L. J. Knight.

—Es una joven muy persuasiva. —Haciendo una conjetura basada en algo que había percibido en la voz de Kathryn, le preguntó—:

¿Conoce usted al señor Knight?

—Personalmente no, pero mi tía Jane sí. Según ella, es un anciano inválido de lengua afilada y escasa paciencia con las debilidades humanas. Se llevan muy bien juntos.

Si Kathryn sabía eso de Knight, no había duda de que Kristine también, lo cual explicaría por qué ésta sabía que era seguro adoptar su identidad. Todo cobraba sentido.

Lucien se puso de pie y dijo:

—Ha sido usted de gran ayuda, lady Kathryn. Lamento haberla molestado.

—Eso no es una verdadera disculpa humillante, pero la aceptaré de todos modos. —Le miró llanamente—. No irá a hacer daño a Kristine cuando la encuentre, ¿verdad?

—No. —Lucien sonrió con ironía—. Además, no tengo ni la más remota idea de dónde se encuentra. A menos que me lo diga usted...

—Aunque lo supiera, no se lo diría, lord Strathmore. Puede que yo no apruebe la vida que ha elegido, pero sigue siendo mi hermana. Lucien no había esperado ninguna otra cosa.

—Muy bien. Hasta la próxima vez, lady Kathryn.

—Espero sinceramente que no haya otra vez —repuso ella, volviendo a su anterior actitud—. Teniendo en cuenta el tiempo que hemos pasado encerrados juntos, lo mejor sería que saliéramos por separado. Esperaré aquí unos minutos.

Lucien vaciló como si estuviera a punto de decir algo más, pero por fin se conformó con una inclinación y una despedida formal.

Una vez que se hubo cerrado la puerta del estudio, Kit se reclinó en su silla, temblando. ¿La habría creído lord Strathmore? Eso parecía, pero no estaba segura; era un hombre difícil de desentrañar. Se preguntó qué haría con la información que le había sonsacado a ella. Aunque tal vez no fuera un enemigo, eso no significaba que no representase un peligro.

Peligro...

La recorrió un escalofrío al recordar fugazmente, con incómoda nitidez, la sensación que había experimentado en los brazos de él. Santo cielo, ¿debería haberle abofeteado antes, en lugar de aferrarse a él como una lapa! No se había comportado en absoluto como la remilgada y distinguida lady Kathryn Travers, heredera de una porción doble de decoro y decencia. Pero se había sentido tan bien, tan maravillosamente a salvo, que se había quedado paralizada por espacio de unos instantes. La parte Travers que había en ella era una desvergonzada.

Se sorprendió a sí misma rascándose el punto que le picaba en la cara interior del muslo, y retiró la mano instantáneamente. Gracias a Dios él no había visto el tatuaje; de ser así, ahora sí que estaría verdaderamente metida en un lío.

A Lucien le costó dormirse después de volver del salón. Cuando por fin lo hizo, tuvo sueños perturbadores. Se vio a sí mismo atrapado en densos remolinos de niebla que ocultaban toda referencia visual. Mientras trataba de avanzar a tientas, sabiendo que tenía una misión vital que cumplir, vio de pronto a su encantadora y esquiva lady Némesis justo enfrente de él, su esbelta figura envuelta sólo en niebla. La belleza de la muchacha hizo que se le parase el corazón.

La joven sonrió y le tendió la mano. Él se lanzó hacia adelante con frenesí, pero antes de que pudieran tocarse, la expresión de ella se trocó en horror. Acto seguido dio media vuelta y huyó. Sin hacer caso de las amenazadoras formas que les rodeaban, Lucien se lanzó en pos de ella, decidido a reclamarla para sí. Ella le condujo hasta un castillo construido con piedras negras como la muerte misma. Lucien, presintiendo que sería desastroso entrar, gritó para advertirla, pero ella se arrojó sin pensar a través del arco negro.

Consternado, él la siguió. Apareció en una cámara resplandeciente llena de espejos, cada uno de ellos mostrando un reflejo distinto de la joven. Era una doncella asustada, una actriz mundana y provocativa, una fría intelectual; todos los disfraces que ya había visto y muchos que no conocía aún.

Y a través de la habitación resonaban los gemidos de angustia de una mujer que lloraba desolada.

Desesperado por ayudarla, Lucien extendió una mano hacia una imagen de ojos tristes. ¿Kristine? ¿Kathryn? Y descargó el puño contra la superficie fría e impenetrable de un espejo.

A su espalda oyó una voz apagada que le susurraba:

—Ayúdame, Lucien. Por el amor de Dios, ayúdame.

Se giró en redondo, pero no logró distinguir cuál de los brillantes reflejos era el real. Cada vez más frenético, recorrió toda la habitación hasta que sintió que le quemaban los pulmones y que le sangraban las manos por estrellarlas contra un sinfín de espejos. Pero no pudo encontrar la realidad cálida, de carne y hueso, de la mujer que buscaba, sino sólo espejos e imágenes que se burlaban cruelmente de él.

Se despertó temblando e invadido por una sensación de fatalidad, aunque no estaba seguro de si esa fatalidad se refería a él o a ella. Tal vez correspondiera a ambos. Se obligó a sí mismo a recostarse sobre las almohadas y relajarse, músculo a músculo.

Mientras se le iba regularizando la respiración, se le ocurrió la extraña idea de que por lo menos no estaba experimentando aquel paralizador vacío que había sentido tras el sórdido encuentro con Lola. Con su lady Némesis, el problema no era la falta de sentimiento, sino el exceso del mismo, frustración en su mayor parte.

Aunque estaba convencido en un noventa por ciento de que su presa era Kristine Travers, una volátil actriz con una muy apropiada hermana gemela, tenía demasiada experiencia para aceptar la historia de Kathryn sin confirmarla antes. Su tía abuela Josephine, condesa viuda de Steed, tal vez pudiera decirle lo que necesitaba saber. Se le daba muy bien enterarse de los chismorreos; era un rasgo de familia.

Afortunadamente, su tía aceptó recibirle a una hora intempestivamente temprana. Diminuta y de cabello canoso, la mujer se hallaba sentada junto al fuego, envuelta en chales, cuando Lucien fue conducido hasta la habitación donde ella se sentaba por las mañanas.

—Pide el té, muchacho —ordenó la anciana—. Luego ven aquí y da un beso a tu vieja tía.

Después de que él hubo obedecido, le señaló una silla situada frente a la suya.

—¿Has venido a decirme que estás a punto de contraer matrimonio?

Él se echó a reír.

—La respuesta es la misma de siempre: no. Te prometo que si alguna vez cambio de opinión, tú serás la primera en enterarse, pero de momento tendrás que contentarte con los retoños de otras ramas del árbol familiar.

Lady Steed asintió con un gesto sin sorprenderse.

—Entonces, probablemente estás aquí para sonsacar alguna información de esta vieja que ya chochea.

—¿Chochea, tú? Tienes la cabeza y la memoria más afiladas que una daga florentina.

Ella trató de regañarle, pero no pudo ocultar una sonrisa.

—¿Qué es lo que quieres saber esta vez?

—Tienes amigos en Westmoreland, ¿no es así?

—Los Milton, cerca de Kendal. La viuda y yo somos amigas íntimas, uña y carne desde hace casi sesenta años. Siempre paso un par de semanas con ellos todos los veranos, de camino a Escocia. El vizconde actual es ahijado mío. —Le dirigió una mirada de tristeza por encima de la montura dorada de sus medias lentes—. Lord Milton se casó a la edad de veintidós años y ya tiene tres hijos. He ahí un hombre que conoce cuál es su deber para con su familia.

Pasando por alto la indirecta con la habilidad que da la práctica, Lucien le preguntó:

—¿Alguna vez has sabido que hubiera allí un tal lord Markiand?

—Oh, sí, un hombre encantador, aunque bastante inútil. Su propiedad se encontraba a sólo unas millas de Milton Hall. —Se sorbió la nariz—. Lo único que logró producir fue un par de hijas gemelas. Cuando murió, el título pasó a un primo de América, de modo que supongo que se habrá extinguido del todo. Según tengo entendido, los americanos no están muy a favor de cosas tales como los títulos nobiliarios.

Antes de que la anciana pudiera empezar a hacer una digresión con las virtudes de la aristocracia hereditaria, Lucien dijo:

—Hábame de las gemelas. ¿Las conociste alguna vez?

—Las veía casi cada vez que visitaba a los Milton. Eran dos muchachas encantadoras, Kristine y Kathryn, las dos con nombres que empezaban por K. Los Travers siempre han sido famosos por tener rarezas de ese tipo. —Movi6 la cabeza en un gesto negativo—. Markiand descuid6 vergonzosamente a sus hijas. Anne Milton se encari6 con las niñas e hizo todo lo que estuvo en su mano para enseñarles a moverse en sociedad.

—¿Eran gemelas idénticas?

La anciana afirmó con la cabeza.

—Iguales como dos gotas de agua. Jamás he visto un parecido semejante. Todas las veces que las veía, me resultaba imposible distinguirlas. Aunque tenían temperamentos muy distintos. Lady Kristine era la mayor de las dos y era ind6mita, como su padre.

En ese momento llegó la bandeja del té y la condesa lo sirvió para ambos.

—Las cosas que hacía Kristine eran famosas en toda la comarca. Nadar desnuda en el río a medianoche, escalar precipicios, vestir pantalones para montar con la partida de caza, discutir de lógica con el vicario hasta que el pobre hombre no sabía ya si iba o si venía. Debería haber sido un chico.

Aquello ciertamente explicaba dónde había desarrollado sus habilidades para allanar moradas y escalar tejados.

—¿Y lady Kathryn?

—Ésa se parecía a su madre, que era hija de un vicario, y era una damita muy propia. Siempre iba detrás de las faldas de su hermana, tratando de evitar que se metiera en problemas. Era una niña muy dulce, pero fácil de pasar por alto. Kristine se encargaba de hablar por las dos. —Lady Steed cogió las tenacillas de plata y dejó caer un terrón de azúcar en su taza—. La gente era muy indulgente con ellas a causa de la forma en que se habían criado. No había verdadera maldad en ellas, pero Kristine mostraba una clara tendencia a meterse en líos. Probablemente se fugó con el primer hombre que le ofreciera matrimonio, o se dedicó al teatro, o hizo algo igualmente escandaloso.

Lucien levantó las cejas.

—¿Crees de verdad que pueda haberse convertido en actriz? La anciana soltó una risita.

—Dudo que incluso Kristine haya perdido la decencia hasta ese punto, pero se le daban muy bien las representaciones teatrales. Ella y Kathryn siempre estaban interpretando obras con los demás jóvenes de los alrededores. Tuvieron un éxito sorprendente con *La comedia de los errores* y *La duodécima noche*.

Lucien sonrió al imaginarlo.

—Rara vez se tiene la oportunidad de ver representar esas obras con gemelos auténticos en lugar de falsos. Supongo que Kristine haría de Sebastian y Kathryn interpretaría a Viola, ¿no es así?

—En efecto, y su papel de chico fue deslumbrante. No es de extrañar que Olivia perdiera el corazón por él. —La condesa bebió a sorbitos su té con expresión pensativa—. Esté donde esté Kristine ahora, estoy segura de que andará metida en alguna travesura. Esa muchacha necesitaba un hombre fuerte en su vida. —Tras un instante de reflexión, dijo—: Y en la cama.

Lucien sonrió abiertamente.

—No creas que vas a impresionarme con tu desvergüenza, tía Josie, ya estoy inmunizado. ¿Sabes dónde están las gemelas ahora?

—Se marcharon de Westmoreland al morir su padre y después de que se vendiera la propiedad. Eso debió de ser hace unos cinco años. Se fueron a Londres a vivir con una tía. —Lady Steed frunció los labios—. Markiand las dejó sin un solo penique. No hay encanto suficiente que pueda compensar tan sorprendente irresponsabilidad.

—¿Alguna de las dos lleva el nombre de Jane como segundo nombre de pila?

—De hecho, las dos lo llevan. Kathryn Jane Anne y Kristine Jane Alice, creo. Por lo visto, Markiand pidió a su hermana que fuera la madrina de su primer hijo, y no vio motivo para cambiar de opinión simplemente porque su esposa le diera gemelos. —Se encogió de hombros—. O tal vez los padres pensaron que las niñas debían tener iniciales idénticas, como todo lo demás.

Lucien recordó que «Cassie James» había jurado que Jane era como se llamaba de verdad. De manera que en aquella ocasión, por lo menos, no estaba mintiendo. La muy bruja tenía una mente muy enrevesada. Por supuesto, él ya lo sabía.

Mientras él cavilaba, lady Steed dijo:

—Un fenómeno interesante, el de los gemelos. Cuando son pequeños suelen desarrollar su propio lenguaje secreto del balbuceo de los bebés. —Al ver la expresión de Lucien, bajó la mirada—. Naturalmente, tú ya lo sabes. En cualquier caso, estas niñas tenían apodosos secretos por los que se llamaban la una a la otra. Me di cuenta una vez que las vi charlando juntas.

—¿Sabes cuáles eran esos apodosos?

—Creo que eran Kit y Kara. —La condesa se mordió el labio—. No, no era ése. Kira, eso es. Kit y Kira. El interés de Lucien se avivó enseguida.

—¿Quién era quién? —Los dos apodosos sonaban lo bastante parecidos como para poder combinar de un modo u otro los nombres verdaderos.

—Kit es normalmente una forma abreviada de Kathryn. —La anciana arrugó la frente—. Pero eso no puede ser... Kit era la que más hablaba, así que tenía que ser Kristine.

—Kit también es una variante de Kristine —dijo Lucien. La primera vez que la vio, en la partida de caza de Rafe, ella se había identificado como Kitty. Debió de ser la respuesta automática de una muchacha que se consideraba a sí misma Kit. De hecho, su respuesta exacta había sido «Kit... Kitty», como si estuviera cambiando una palabra que se le había escapado y que podría delatarla y la hubiera convertido en un tartamudeo—. Así que Kathryn es Kira.

Una vez establecida la cuestión de los nombres, Lucien pasó a un tema más importante.

—¿Alguna de las dos chicas tenía pretendientes?

—Ninguno que fuera serio. En Westmoreland, todo el mundo sabía que no tenían un solo penique a su nombre, de modo que no eran buenos partidos. Oh, un montón de jóvenes coqueteaban con Kristine, y la muy arpía coqueteaba con ellos a su vez. Y en cierta ocasión Anne Milton dijo que había un viudo que opinaba que Kathryn sería una buena madrastra para sus cinco hijos, pero nunca he sabido de nada significativo a ese respecto.

Lucien le dedicó una sonrisa cariñosa.

—Si tú no has sabido nada, es que no ha habido nada. Nunca dejo de sorprenderme de lo mucho que sabes.

Ella inclinó la cabeza a un costado, igual que un gorrión.

—He respondido a todas tus preguntas, pero no creo que tú respondas a las mías si te pregunto qué te traes entre manos esta vez.

—Baste decir que me he estado preguntando si estaba tratando con una sola mujer o con dos.

—Se levantó de la silla—. Gracias por verificar que las Travers son en efecto gemelas. Estoy en deuda contigo.

—Puedes pagarme esa deuda diciéndoles que me hagan una visita si se encuentran en Londres —se apresuró a decir la condesa—. Juntas o por separado. Me gustaría renovar la amistad con ellas.

—Así lo haré —prometió Lucien al tiempo que se disponía para marcharse. Entregar la invitación de su tía le proporcionaría una excusa para visitar a Kathryn. Podía ser que ella no quisiera verle de nuevo, pero seguía siendo su principal contacto para encontrar a Kristine.

Deseando estirar las piernas, despidió su carruaje y echó a andar en dirección a su casa. Estaba actuando de manera muy extraña respecto de Kristine... de Kit. Dio vueltas al nombre en la cabeza, pensando que le iba muy bien. Era un nombre de aristas afiladas, como ella. Dios quisiera que no tuviera que aprenderse más nombres suyos; ya estaba bastante confundido.

Aunque por fin empezaba a hacer progresos, experimentaba una profunda sensación de inquietud, y no sabía por qué. Sospechaba que tal sensación no desaparecería hasta que atrapase a Kit de una vez por todas.

El paso siguiente consistía en visitar a la muy correcta lady Kathryn Travers. Se había enterado de la dirección de lady Jane por lady Graham, de modo que esa misma tarde acudió a verla. La casa de las Travers estaba situada entre Mayfair y Soho, y era respetable pero modesta. Atendió la puerta una doncella coqueta que abrió mucho los ojos cuando Lucien le entregó su tarjeta.

—¡Caramba, todo un florido lord!

—Hay pocas cosas que florezcan en diciembre —replicó él con seriedad—. Sobre todo, los lores no. ¿Se encuentra lady Kathryn en casa?

—Si no está en casa para usted, es que es una verdadera idiota —dijo la doncella de modo altanero mientras le conducía al recibidor. Minutos más tarde entró Kathryn, con expresión hostil.

—Esperaba no volver a verle, lord Strathmore. —No le ofreció que se sentara—. ¿Tenemos algo más que decirnos usted y yo?

—Bueno, le debo una sincera disculpa por la manera en que la traté. ¿Quiere que me ponga de rodillas?

Hizo ademán de arrodillarse, pero ella le detuvo con un gesto de la mano.

—No sea necio —dijo en tono irritado—. Eso no serviría más que para echar a perder cincuenta libras de una buena obra de sastrería. Deduzco que esa madura reflexión le ha convencido de que yo le decía la verdad.

—Eso, y una visita a mi tía, la viuda lady Steed.

La expresión de la joven se tornó aún más cauta.

—No sabía que lady Steed fuera tía suya.

—Tía abuela, para ser más preciso. La ha invitado a hacerle una visita. Le gustaría verlas de nuevo a usted y a su hermana.

Antes de que Kathryn pudiera replicar, entró en la estancia un gran gato atigrado que empezó a enroscarse alrededor de los tobillos del visitante, dejando restos de pelos a su paso. Lucien bajó la vista a tiempo para ver cómo el gato clavaba una uña en sus lustradas botas.

—Habría hecho mejor en humillarme. Para cuando este felino acabe conmigo, esta cara obra de sastrería quedará para los restos de todos modos.

Kathryn perdió parte de su compostura cuando se inclinó hacia adelante y cogió al animal, al tiempo que lo echaba, protestando, de la habitación, y dijo:

—Lo siento, milord. Como todos los gatos, Sebastian tiene instinto para estar donde menos se le quiere.

—Supongo que Kristine tendrá una gata llamada Viola, ¿me equivoco?

La joven se puso rígida.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sabía —respondió él con amabilidad—. Ha sido simplemente una broma derivada del hecho de que mi tía Josephine me ha contado que a usted y a su hermana les gustaba representar obras de Shakespeare en las que había papeles de hermanos gemelos.

La actitud de ella se suavizó ligeramente.

—Contábamos con una ventaja natural en ese sentido. En cuanto a los gatos, teníamos mininos de una misma carnada. Como ella llamó a su gata Viola, yo llamé al mío Sebastian.

Lucien se alegró de que lady Kathryn se hubiera suavizado un poco, aunque el gato le mereciera más crédito que el legendario encanto de él.

—El motivo principal por el que he venido a verla concierne a su hermana. Temo que se encuentre en apuros.

Ella entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos ranuras.

—Explíquese. —Disponía de una notable variedad de expresiones suspicaces.

Escogiendo con cuidado las palabras, Lucien dijo:

—Cuando conocí a Kristine, estaba metida en actividades... fraudulentas e ilegales. No creo que sea una delincuente en el sentido estricto de la palabra, pero temo que esté envuelta en algo que pudiera ser peligroso.

Un leve suspiro sacudió a Kathryn.

—Probablemente tenga razón. Pero ¿qué quiere que haga yo al respecto?

—Entiendo por qué no quiere revelarme su paradero, pero por favor, hágale llegar un mensaje —la instó—. Sea cual sea su problema, creo que puedo serle de ayuda.

Con una mirada glacial, Kathryn le preguntó:

—¿Es usted uno de los amantes de Kristine?

Así que Kathryn podía ser tan audaz como su hermana.

—No, no lo soy —contestó Lucien en tono calmo—. Debo admitir que me gustaría serlo, pero mi primera preocupación es su seguridad. Me parece que se está aventurando en aguas más profundas de lo que ella cree.

El rostro de la joven de pronto pareció representar más edad de la que tenía.

—Desearía poder ayudarle, lord Strathmore, pero sinceramente no tengo idea de dónde está Kristine. Ojalá lo supiera.

Aquellas palabras sonaban de lo más convincente, y Lucien notó que la muchacha estaba tan preocupada por su hermana como él mismo.

—Venga a dar un paseo conmigo. Hace un día más propio de octubre que de diciembre, y el aire fresco le sentará bien. —Al ver que ella dudaba, dijo—: ¿Qué daño puedo hacerle en un carruaje abierto y con las manos ocupadas en las riendas?

En los ojos de la chica brilló un atisbo de sonrisa.

—Un argumento muy persuasivo. Muy bien, voy por mi capa y mi gorro.

Ambas prendas, como era de esperar, eran oscuras, sobrias y prácticas. Aunque lady Kathryn no se creyera capaz de ser una buena institutriz, vestía como tal. Lucien se sentía fascinado por lo mucho que podía parecerse a su hermana y sin embargo reprimirse hasta el punto de resultar casi invisible.

Como si le hubiera leído la mente, ella le dijo:

—Kristine podría llevar esta misma capa y sin embargo estar tan impresionante y atractiva que todo el mundo se la quedaría mirando. En cierta ocasión me dijo que una buena actriz debía ser capaz de ir andando por la calle y ser vista, o de hacerlo sin ser vista. Ella es capaz de ambas cosas.

—Kathryn sonrió irónicamente—. Cuando mi hermana no quiere ser vista, finge ser yo. Así nadie se fija en ella.

—Estoy seguro de que debe suceder también lo contrario —dijo Lucien mientras la ayudaba a subir al carruaje—. Si usted desea que la vean, lo único que tiene que hacer es caminar por la calle fingiendo ser ella.

La joven se arregló las faldas con primor alrededor de los tobillos.

—A mí no me gusta atraer esa clase de atención vulgar. Lucien la observó por el rabillo del ojo mientras ambos se dirigían a las bulliciosas calles de Londres. Ella iba sentada en silencio, sin sentir la necesidad de llenar el aire de charla vacía. Aunque tenía un carácter más reservado que su hermana, compartía el mismo perfil, maravilloso y sobrecogedor. Al verla, Lucien echó de menos a Kit.

Una vez alcanzaron la relativa paz del parque, él le preguntó:

—¿Alguna vez ha sentido rencor contra su hermana por deslumbrar a todo el mundo?

—¿Cómo puede uno sentir rencor contra el sol por verle brillar? —respondió ella—. Además, a Kristine le gustaba ser el centro de atención, y en cambio a mí no, de modo que no ha habido competencia entre nosotras.

—¿Nunca? —preguntó Lucien, escéptico.

—Nunca. —Ella le dirigió una mirada de soslayo—. No estoy segura de que pueda entender esto una persona que no tiene un hermano gemelo. Dado que somos iguales en tantos aspectos, un cumplido que se le haga a ella me complace tanto como si hubiera ido dirigido hacia mí. Yo siempre me he alegrado de sus logros.

Sonaba sincera, sin embargo Lucien tuvo la impresión de que no le estaba diciendo toda la verdad. Seguro que había habido ocasiones en las que Kathryn había ansiado reclamar la atención.

La joven continuó diciendo:

—También se da lo contrario. Una vez, un viudo muy pesado que estaba pensando en mí para convertirme en su siguiente esposa afirmó que yo era mucho más bonita que Kristine. Aunque la idea no hubiera sido una tontería, de todos modos me habría enfadado. ¿Cómo pudo esperar aquel hombre que me agradara un cumplido hecho a expensas de mi hermana?

—Fue una torpeza —admitió Lucien—. Con todo, no es imposible que ese tipo sinceramente la encontrase a usted más atractiva. El brillo del sol no empequeñece el encanto de la luna.

Ella le dirigió una mirada rápida de sorpresa y a continuación se miró las manos.

—Posee usted una lengua embaucadora, milord.

—Sí —admitió él—, pero eso no quiere decir que a veces no diga la verdad, como acabo de hacer ahora.

Una súbita risa iluminó el rostro de la joven, y por un momento fue como si Kit estuviera sentada a su lado, con todo su volátil y seductor encanto. Lucien apretó las manos sobre las riendas, confundiendo a los caballos, y se recordó a sí mismo que aquella no era la hermana que él quería.

Pero aunque Kathryn no poseía la radiante sensualidad de su hermana, por debajo de aquella pulcra superficie ardía una misteriosa chispa de pasión. Era buena cosa que ella fuera de esa clase de mujeres respetables a las que un hombre puede cortejar pero no seducir; de no ser así, tal vez se hubiera sentido tentado a profundizar en aquella relación, y ya había suficiente confusión en su vida.

Kit era otra historia. Habiendo escogido apartar de una patada todo rastro de moralidad convencional, era juego limpio. Si se hacían —cuando se hicieran— amantes, sería una relación entre iguales.

Sin embargo, le provocaba un vivo interés la mujer que iba sentada a su lado. Sonriendo para sus adentros, se dijo a sí mismo que era una suerte que Kathryn tuviera un brazo derecho fuerte y que estuviese dispuesta a usarlo. No, le había abofeteado en la mejilla derecha, de manera que debía de haber utilizado la mano izquierda.

Le preguntó:

—Kira, ¿usted y su hermana son zurdas?

La joven recuperó su anterior seriedad y cautela.

—¿Por qué me llama así?

—Mi tía me ha dicho que usted y Kristine se llamaban mutuamente Kit y Kira. He usado su apodo porque me agrada. —Lady Steed se dio cuenta de muchas cosas —comentó ella, represiva—. Pero esos nombres son de uso privado entre mi hermana y yo. Me resulta extraño oír el nombre de Kira de labios de un desconocido.

—Lo siento —se disculpó Lucien—. Me limitaré a llamarla Kathryn, si lo prefiere.

—Lady Kathryn, si no le importa. Entre nosotros no existe una relación tan familiar.

—Aún.

Ella le dirigió una mirada directa.

—Yo no soy Kristine, lord Strathmore, y no me gusta que me utilice como instrumento para dar con ella.

Lucien se sorprendió al darse cuenta de lo mucho que le disgustaba el hecho de que ella pensara tal cosa. Tiró de las riendas para detener los caballos a un lado del camino y así poder dedicarle toda su atención.

—Es cierto que quiero encontrar a su hermana, por motivos egoístas y también desinteresados. Pero usted es una mujer que despierta curiosidad por mérito propio. Creo que podríamos ser amigos si usted se lo permitiera a sí misma, en lugar de gruñir como un gato salvaje acorralado,

Ella miró a otra parte.

—Lo siento si he sido grosera. El hecho de que mi padre fuese un tipo poco de fiar me ha hecho sospechar de las intenciones de los hombres.

—Yo no tengo intenciones deshonorosas en lo que a usted concierne, y disfrutaría de su conversación aunque no tuviera usted una hermana gemela. ¿Podría considerarse eso como la base de una amistad?

—Quizá... quizá pudiera ser —dijo ella, incómoda—. Pero no sé si deseo esa amistad.

—Es usted una mujer muy dura, lady Kathryn.

—Yo lo prefiero así, milord. —Como si necesitase cambiar de tema, preguntó—: ¿Tiene usted algún hermano?

—No. —Ahora le tocó a Lucien el turno de sentirse incómodo. Hizo arrancar de nuevo el carruaje, tal vez concentrándose demasiado en los caballos—. Tuve una hermana, pero murió muy joven.

—Lo siento —dijo ella con genuina comprensión—. Una persona de tu misma sangre puede ser el mejor aliado contra este difícil mundo, porque no hay nadie más que pueda entender tan profundamente las fuerzas que nos moldean para la vida.

—Adopté tres hermanos en Eton, y me han servido bien —comentó Lucien en tono ligero.

Ella respondió con una leve sonrisa.

—La familia que escoge uno debe de ser más satisfactoria que la que se hereda.

—Normalmente lo es, pero cuando hay problemas, resultan tan dolorosos como los que se tienen con personas de tu misma sangre —dijo Lucien, pensando en el problema que había causado Michael la primavera pasada—. Ya que usted conoce a Kristine mejor que nadie, seguramente tendrá alguna idea de dónde podría buscarla. Tengo razones para creer que tal vez viva en Soho.

—Ha tenido un piso allí, pero ya no —repuso Kathryn—. No creo que vaya a actuar en una o dos semanas, de modo que quizá se haya ido de Londres. —Le dirigió una mirada indescifrable—. Si se entera de algo, ¿me lo hará saber?

—Yo estaba a punto de pedirle lo mismo. Es más probable que se comunique con usted que conmigo.

Kathryn se contempló las manos, que tenía fuertemente entrelazadas sobre el regazo.

—Ya no estamos tan cerca la una de la otra como lo estuvimos en otro tiempo. Aunque me gustaría saber de ella, no tengo muchas esperanzas.

Lucien reflexionó sobre los complejos vínculos que unían a los hermanos gemelos y comprendió la soledad de Kathryn. Debía de ser difícil vivir de la caridad de una tía inflexible, separada de su hermana, que había sido su mejor amiga. Y todavía sería peor tener la sensación de que esa hermana ya no se preocupaba de ella.

Decidiendo que ya había molestado bastante a la joven por ese día, dio un giro a la conversación hacia la literatura al tiempo que conducía de vuelta a la casa de lady Jane. Cuando Kathryn estaba relajada y hablando de un tema abstracto, su seco ingenio resultaba muy divertido.

Continuó pensativo a lo largo de todo el camino. A su modo, lady Kathryn resultaba tan enigmática como su hermana. Sin ninguna alegría, se dio cuenta de que era casi igual de atractiva. Quería avivar aquella chispa de pasión hasta convertirla en una verdadera llama;

quería hacer desaparecer aquella actitud de reserva con un beso y hacerla reír libre de trabas; quería...

¡Maldición! No sabía lo que quería. No, eso no era cierto; quería a Kit, y en su frustración estaba transfiriendo ese deseo a la hermana gemela de Kit. Las similitudes que había entre ambas resultaban tentadoras, pero las diferencias eran mucho más significativas. Ambas mujeres eran personas individuales, cada una con sus propios sueños y sus propios miedos. Confundirlas en su mente sería como negar la esencia de su humanidad.

Además, Kathryn era demasiado rígida para su gusto. Se lo recordó a sí mismo... una y otra vez.

Para cuando llegó a casa, su estado de ánimo, normalmente tranquilo, estaba profundamente alterado. Necesitaba encontrar a Kristine antes de que se volviera rabioso. Por desgracia, los progresos que creía haber hecho habían resultado ser una falacia. No se encontraba más cerca de encontrar a su lady Némesis que antes de conocer a Kathryn.



Leesperó junto a la puerta. En el instante en que penetró en la antesala ella le azotó con el látigo en los hombros. El se dio rápidamente la vuelta, sorprendido y excitado. Esta noche ella vestía de un blanco virginal, como la joven inocente que no era, con un velo blanco que

flotaba sobre sus suaves y falsos rizos de color rubio. Pero el vestido de satén sólo alcanzaba a rozarle la parte superior de los muslos, y sus largas piernas se veían enfundadas en cuero y encaje negro.

—Esta noche estás especialmente hermosa, mi ama —jadeó él.

—¡Silencio! —Se estiró sensualmente para que el satén blanco se tensara sobre sus pechos—. Naturalmente que soy hermosa, pero no estoy hecha para un hombre como tú, esclavo. No debes tocarme. No puedes mirarme. Ni siquiera te está permitido pensar en mí.

—Eres cruel, mi ama —lloriqueó él—. No puedo evitar pensar en ti y en el éxtasis que me produce servirte.

Ella se tragó la bilis que le subió a la garganta al oír aquellas palabras. Cuando logró recuperar el dominio de la voz, escupió:

—¡Puerco insolente! Debes ser castigado por tu presunción. Ven a tu mazmorra.

El, aunque obedeció con prontitud, se detuvo un instante junto al perverso objeto mecánico, y ella le golpeó con el puño del látigo en los nudillos para instarle a que no se entretuviera.

En el centro de la cámara toscamente excavada en la roca, aguardaba un gran bastidor de madera. Procurando tocar al hombre lo menos posible, le colocó los grilletes en las muñecas y los tobillos de forma que quedase con los miembros extendidos sobre el bastidor. Acto seguido levantó el látigo, el de correas mas duras, y lo utilizó para desnudarle. Interminables horas de entrenamiento habían terminado convirtiéndola en una experta, y su control era exquisito. Sabía exactamente cuánta presión hacía falta para desgarrar la tela, y cuánta más para rozar la piel que había debajo; cómo causar una simple marca, cómo provocar un poco de sangre. Pronto los jirones de tela fueron dejando al descubierto la piel, cubierta por una película de sudor, y manchas de color carmesí oscurecieron lo que quedaba del blanco de la camisa.

Controló el proceso observando la hinchazón del órgano del hombre por debajo de la tela destrozada de sus pantalones. Cuanto más le desgarraba las ropas, más se retorció él contra las ligaduras y más fuertes eran sus gemidos suplicando alivio.

No fue hasta que estuvo completamente desnudo cuando descargó el violento latigazo final en las nalgas que sabía que le provocaría el orgasmo. Él emitió un prolongado gruñido animal al tiempo que movía las caderas salvajemente y lanzaba el semen describiendo un arco plateado. Después, todo su cuerpo quedó desmadejado, colgando exánime de los grilletes. Sólo el subir y bajar de su pecho indicaba que aún seguía vivo.

Ella se pasó el látigo por los dedos temblorosos y se preguntó cuánto tiempo tardaría él en morir si le atase la correa de cuero alrededor de la garganta. Aquel malévolo impulso fue tan intenso que casi pudo saborearlo. La cara se le tornaría de color púrpura y se revolvería aterrorizado cuando se diera cuenta de que esa vez no tenía escapatoria, pero estaría inerte ante la rabia letal de ella.

Rápidamente, antes de que pudiera dejarse llevar por ese impulso, dio media vuelta y huyó de la mazmorra.

Kit se despertó con un grito ahogado y los dedos contraídos a causa del fuerte anudamiento del cuero. Horrorizada, se miró las manos a la claridad del amanecer, medio esperando ver estrías marcadas en la carne, pero estaban vacías. En realidad no había asesinado a nadie; sólo había sido otra horrible pesadilla.

Ahora le venían con más frecuencia, cada vez más desagradables y perturbadoras, pero aquella era la primera vez que soñaba con un asesinato. Trató de recordar el rostro, pero estaba demasiado distorsionado —¿por la rabia?, ¿por el miedo?— para resultar reconocible. Se levantó de la cama con paso inseguro y fue hasta la jofaina. Rompió la capa de hielo que cubría la superficie del agua de la jarra y a continuación se salpicó la cara y las manos, sintiéndose como Lady Macbeth en su frenético deseo de lavar la culpa de sí.

Mientras se secaba, intentó recordar el sueño más claramente, pero no logró recuperar más que algunos fragmentos, nada lo bastante concreto como para poder identificarlo. Ya se había vestido y se disponía a cepillarse el pelo cuando de pronto surgió una vivida imagen en su cabeza: una mujer indecentemente vestida descargando un látigo sobre el cuerpo desnudo de un hombre.

Le costó un momento darse cuenta de que lo que estaba viendo no eran personas reales, sino figuras mecánicas, exquisitamente modeladas con todo detalle, incluso las rayas de color escarlata pintadas a mano sobre la espalda del hombre. Una grotesca melodía formada por campanillas acompañaba cada rítmica subida y bajada del látigo. Estaba viendo una caja de música, una caja de música ingeniosa y obscena que le producía náuseas.

Strathmore fabricaba objetos mecánicos. ¿Podía un hombre que hacía pingüinos saltarines ser capaz de construir también una horrorosa perversión como aquélla? Se dijo a sí misma que tenía que haber más hombres que tuvieran esa habilidad, pero Lucien era el único que conocía ella, y además era uno de los Demonios, y por lo tanto sospechoso. Más de una vez había estado tentada de decirle la verdad y rogarle que la ayudara, ya que él sería mucho más capaz de lograr su objetivo que ella. La visión representaba un duro recordatorio de que no se atrevía a confiar en él, por más que quisiera.

Se sintió aliviada al oír que alguien llamaba a la puerta. Debía de ser Henry Jones, que había enviado una nota el día anterior en la que le solicitaba esta reunión a tempranas horas de la mañana.

—¿Ha obtenido alguna información?

—Tiene suerte. La mayoría de sus amigos Demonios pronto irán a pasar unos días en la propiedad de Mace, Blackweil Abbey. Kit tomó la capa del hombre.

—¿Va a ser una de sus reuniones sólo para hombres?

—Esta vez no. En la familia de los Harford existe la tradición de celebrar un baile de máscaras poco antes de Navidad. Eso les da la oportunidad de demostrar que tienen mucho más dinero que sus vecinos, supongo. Asistirá como invitada la mayor parte del condado. Blackweil Abbey es un lugar muy extenso, de modo que habrá decenas de invitados e incluso mayor número de sirvientes. —Tomó asiento con un suspiro audible y aceptó una humeante taza de manos de su anfitriona—. Gracias, querida. No hay nada como una taza de té tras una larga noche recorriendo los bajos fondos de Londres.

Después de servirse una taza para sí misma, Kit se sentó frente a su huésped, con expresión pensativa.

—Con tantos invitados, me será fácil mezclarme con ellos. Él respondió gravemente:

—¿Le importa decirme en qué está pensando?

—Creo que hay muchas posibilidades de que Roderick Harford sea el hombre que estoy buscando. Si puedo verle de nuevo, lo sabré con seguridad.

—¿Por qué no se limita a llamar a su puerta y preguntarle abiertamente si lo es? —preguntó Henry con sarcasmo.

—Ya he pensado en eso, pero no creo que sea una buena idea —repuso Kit con el semblante serio—. Alertarle de mis sospechas resultaría peligroso, y no sólo para mí.

Jones empezó a jugar con el asa de la taza.

—Ya han transcurrido varias semanas. ¿Se ha parado a pensar que tal vez sea... demasiado tarde?

—¡No es demasiado tarde! —exclamó Kit acaloradamente—. Estoy tan segura de eso como de que estoy aquí sentada.

Pero al pensar en el sueño que había tenido, supo con gélida y aterradora certeza que se le estaba acabando el tiempo.

Aunque se había convertido en una experta en infiltrarse en las residencias de los ricos y famosos, sus ilícitas habilidades no le serían necesarias esta vez. Desde el escondite que le proporcionaba un pequeño mirador, observó las figuras que giraban en el salón de baile de Blackwell Abbey. Claramente, aquella era una gran ocasión en el vecindario.

A pesar de que esa noche hacía un frío penetrante propio de finales de otoño, las parejas estaban acaloradas por el baile, y también por otras razones, y salían con frecuencia a la terraza de piedra a la que daba el salón. Todos llevaban antifaces y unas voluminosas capas que imitaban a las de los hábitos de los clérigos medievales. Las máscaras proporcionaban una embriagadora sensación de anonimato, y en las risas y comentarios jocosos que flotaban en el ambiente bullía una malévola y oculta excitación. La mayoría de los invitados regresaban al salón después de varios minutos y unos cuantos besos, aunque algunos de los más ardorosos abandonaban la terraza para buscar intimidad en las sombras del jardín. Kit esperaba que el placer que obtuvieran mereciese el riesgo de contraer una pulmonía.

Alrededor de la mitad de la velada, cuando el champán y el baile ya habían hecho efecto en los invitados, se retiró la manta de los hombros y la dejó en el suelo del mirador. Si alguien la encontraba, pensaría que aquel pedazo de áspera lana había servido para una pareja que había estado fornicando allí.

Mientras se estiraba los pliegues de su capa azul noche y comprobaba que el antifaz a juego estaba bien sujeto, se concentró en la personalidad que había decidido adoptar en esa ocasión: segura de sí misma, experimentada, un poco más que una desvergonzada. Acto seguido cruzó el jardín en dirección a la terraza, en medio de una leve brisa que hizo ondear la capa a su alrededor. Sabía que tenía el mismo aspecto que cualquier otra mujer del salón. Sin embargo, se sentía tan conspicua como el profeta Daniel entrando en la guarida de los leones. Apenas había dado unos pasos al interior de la sala, cuando se detuvo para colocarse el abanico de encaje delante del rostro con gesto lánguido y estudiar el entorno.

Todo estaba tal como había esperado: calor y sudor, un clamor de música y voces, un constante desfilar de faldas de seda girando. El negro era el color predominante de las capas, pero había suficientes de distintos matices de azul como para crear un efecto de arco iris. El centro del salón estaba ocupado por parejas bailando, mientras que había otros invitados que conversaban y coqueteaban alrededor de él. En una sala contigua había mesas con refrescos, y en alguna otra parte seguro que una sala de naipes para los jugadores.

Por suerte, no había atraído especialmente la atención de nadie. Rastreó la multitud buscando a lord Strathmore, que sin duda se encontraría allí. No le resultó difícil dar con él, porque su estatura y su cabello rubio eran demasiado distintivos para poder ocultarlos bajo una capa y un antifaz. Estaba bailando con una mujer que llevaba la capa echada hacia atrás para dejar ver un vestido de llamativo color rojo y una aún más llamativa figura.

Exactamente la clase de lagarta a la que no podían resistirse los hombres, pensó Kit con acritud. La capa de Strathmore, el antifaz y las demás prendas de exquisita factura eran de color negro y de una rigidez tan sólo rota por la camisa blanca y su propio cabello rubio. Un perfecto retrato de Lucifer echando una cana al aire. Nada más identificarle, Kit dio media vuelta y echó a andar en la dirección opuesta.

Se había tomado grandes molestias para procurarse un aspecto que él nunca hubiera visto. No podía disimular su altura, pero se había puesto diminutas piedrecillas en las zapatillas de piel de cabritilla para alterar su postura y su modo de caminar. En esta ocasión llevaba pelo rubio y suave, y su vestido de escote bajo y color azul hielo se le adhería a una figura que había sido cuidadosamente rellenada para que pareciese exuberante, aunque no tan voluptuosa como la de Sally la camarera.

Había escogido vestir de azul porque aquel tono aportaba un tinte acuoso a sus ojos grises. Por debajo de la máscara, un sutil maquillaje cambiaba los contornos de la boca y las mejillas. También se había dibujado arrugas en el rostro y luego se las había empolvado profusamente como si pretendiera disimularlas. El efecto era el de una mujer madura que intentara parecer quince años más joven. Conseguiría engañar incluso a Strathmore. De todos modos, no pensaba arriesgarse.

Más difícil le resultó localizar a Roderick Harford, cuyo aspecto era menos distintivo que el de Strathmore. Mientras recorría con la vista el perímetro del salón, buscándole, un fornido caballero se le acercó y le preguntó:

—Lady de medianoche, ¿le apetece bailar conmigo?

Rechazarle podría atraer la atención de alguien, de modo que aceptó con una graciosa sonrisita. La melodía era un ritmo escocés muy vivo, de modo que bailó hasta dejar exhausto a su

acompañante. al terminar, el hombre la invitó entre jadeos a unirse a él en la sala donde se servían los refrescos. Kit así lo hizo, pero después de una sola copa de champán, sonrió y se escabulló de él.

Aceptó otra pieza de baile con alguien que le pareció que podía ser Harford. Pero no lo era. Se acercó ella misma a otro hombre, pero también era una pista falsa.

Cuatro bailes más y otras dos copas de champán no consiguieron acercarla más a su presa. Empezó a ponerse nerviosa, porque la multitud estaba comenzando a reducirse a medida que los invitados locales se iban yendo para regresar a sus casas antes de que se pusiera la luna. Si no lograba dar con su presa, habría desperdiciado aquella espléndida oportunidad.

Estaba a punto de entrar a registrar la sala de juego cuando oyó la voz de Harford. Se volvió rápidamente y le vio despidiéndose de un grupo de amigos. En cuanto se quedó solo, se acercó a él y le dijo en un ronroneo:

—Estoy buscando a un valiente caballero andante cuya lanza sea fuerte y resistente. ¿Es usted ese hombre?

Tras un instante de sorpresa, él contestó con una mirada impúdica de placer:

—No encontrará un guerrero que sea más audaz que yo en la cama, milady.

Ella agitó provocativamente el abanico de encaje.

—En ese caso, baile conmigo, sir Caballero.

—Será un placer.

La condujo hasta la pista al tiempo que los músicos atacaban un vals. A juzgar por su respiración, era evidente que había bebido mucho. Procurando no pensar en la ocasión en que trató de manosearla cuando hacía de doncella, le dijo en tono seductor:

—Me alegro mucho de que esas dulces jovencitas se hayan ido a casa con sus mamás. Tanta inocencia resulta agobiante.

—No podría estar más de acuerdo —repuso Harford—. Mi hermano. Mace, opina que es deber de la familia entretener a los vecinos todos los años, de modo que siempre me paso la primera mitad de la velada bailando con todos los cardos de la región. Pero ahora que he cumplido con ese deber y que esas palomitas se han ido, ya podemos hacer lo que nos plazca. Durante lo que quede de noche sólo habrá vales muy largos. Tanto mejor para conocerse, ¿no cree?

—En efecto. —Kit le acarició el hombro derecho con las yemas de los dedos—. Siempre adoro conocer un caballero nuevo.

El respondió estrechándola mucho más cerca de él que los treinta centímetros que se consideraban apropiados en la mayoría de los salones de baile. Las chanzas sugerentes prosiguieron a lo largo de toda la danza, Kit actuando con tanto descaro como le fue posible y Harford respondiendo en la misma tónica. Pero, tal como ella había temido, el salón resultaba una distracción demasiado fuerte para obtener una idea clara de si él era el hombre que estaba buscando. Tendría que arriesgarse a estar a solas con él.

La música terminó. Entonces Kit le apretó la mano en un gesto elocuente y le dijo:

—¿Querrás enseñarme después tu lanza?

Él bajó la mirada apreciativamente al escote de su vestido.

—Salgamos al jardín y te la enseñaré ahora mismo.

—Hace demasiado frío —replicó ella con un mohín.

—Supongo que podremos encontrar un excusado en alguna parte, aunque algunos de ellos ya están ocupados. Podría resultar embarazoso.

—¿Por qué tiene que ser en un excusado? Un verdadero caballero se toma su tiempo, en eso consiste la caballerosidad. —Agito las pestañas con la espejanda de que el antifaz no estropease el efecto — ¿No podemos subir a tu habitación y hacerlo como es debido?

Él vaciló.

—Dado que soy uno de los anfitriones, es un poco temprano para que me retire definitivamente.

Ella le acarició la barbilla con el abanico plegado.

—¿Por qué no nos encontramos en tu habitación dentro de una hora?

—Buena idea — Saco una llave de un bolsillo interior — Mis habitaciones están en el ala oeste, la última puerta a la izquierda. No hay tarjeta en la puerta, pero no te confundiras. ¿Por qué no vas allí y me esperas?

Era un sorprendente golpe de suerte. Kit cogió la llave y se la guardó en el corpiño con un gesto teatral.

—Cuando subas, puedes jugar a encontrar la llave, si quieres. —Tamborileó en los nudillos de él con el abanico—. Sobre todo, no vayas a olvidarme y a traer a otra dama, en ese caso tal vez tengas que matar a un dragón.

El rió y le dio un pellizco en el trasero al tiempo que se separó de ella. El alivio de Kit fue enorme mientras cruzaba la pista de baile. Con suerte, tal vez se enterase de todo lo que necesitaba

sólo con estar en su habitación. Desde luego, eso resultaría más sencillo que esperar a que él regresara y luego tener que inventar un modo de escapar de sus garras. Aunque había jurado hacer lo que fuera necesario, la idea de acostarse con el enemigo la hacía atragantarse.

Casi había salido del salón cuando los músicos iniciaron otro vals. Detrás de una cortina, una voz familiar dijo:

—¿Me permite este baile?

Y antes de que pudiera protestar, se encontró en los brazos del conde de Strathmore.

Por supuesto que Strathmore tenía que encontrarla, pensó Kit con furiosa exasperación. Ambos podían ser arrojados a la inmensidad del Sahara y verse atraídos el uno al otro como polos opuestos. Pero no había signo alguno de que él la hubiese reconocido, lo cual era lo único que importaba. Con sólo unos centímetros de rostro visible y las facciones alteradas por el maquillaje, su actual disfraz era uno que ni siquiera Strathmore podría desenmascarar.

Eso no significaba que debiera darle la oportunidad de intentarlo. Alteró el gesto de la boca para imitar el frunce delicadamente voluptuoso de una mujer francesa y dijo con acento parisino:

—He prometido este baile a otgo caballejo, monsieur. —Cuando nos encuentre, le cederé mi sitio —dijo Strathmore en buen francés—. Pero hasta entonces, sería una lástima desperdiciar la música.

Como él no la soltaba, Kit se vio obligada a seguirle al ritmo de la pieza, un malvado y escandaloso vals, condenado por los ciudadanos de elevada moral porque estimulaba los pensamientos impuros. Dado que Strathmore ejercía aquel efecto sobre ella todo el tiempo, sólo Dios sabía lo que podría conseguir un vals.

Tenía la sensación de que él la observaba con desacostumbrada intensidad. ¿Albergaría alguna sospecha? Trató de leer su expresión, pero su antifaz negro se lo impedía. Los pasos de ambos encajaban a la perfección. Una vez más, aquello no le causó sorpresa alguna; desde su primer encuentro, los dos se habían visto atrapados en una clase diferente de danza. Se deslizaron en silencio por la pista.

Era esencial trabar conversación, pues el silencio la hacía darse demasiada cuenta de lo cerca que estaba de él. Sin retirar la mano izquierda del hombro de su pareja de baile, abrió el abanico y empezó a refrescarse la cara al tiempo que procuraba pensar en algo inocuo que decir. No debería haber tomado aquella tercera copa de champán, porque ahora parecía fallarle su habitual capacidad de inventiva.

Strathmore solucionó el problema preguntando:

—Cuando las jóvenes damas francesas aprenden a bailar, ¿se les enseña también a abanicarse sin perder el paso? Es un truco muy interesante.

Kit soltó una risa que en nada se parecía a la normal en ella.

—Las mujeres francesas están llenas de trucos interesantes, monsieur. —Demasiado tarde se dio cuenta de que aquélla era la clase de coqueteo descocado que había estado utilizando con Roderick Harford.

—Espléndido. Las mujeres con trucos me resultan irresistibles —dijo Strathmore suavemente.

La atrajo más hacia sí, de modo que sus cuerpos se tocaran ligeramente. Cada movimiento del baile se convirtió en una caricia, un roce de los senos de ella contra el pecho de él; el susurro de la respiración de él en la sien de ella; la presión de su rodilla al tocarle ligeramente el muslo; un leve rozamiento de las pelvis que a Kit le provocó espirales de calor que le recorrieron todo el cuerpo. Aunque cada uno de aquellos contactos era efímero, el efecto global resultaba poderosamente erótico. Kit experimentó el deseo de enroscarse alrededor de él, de convertir aquellos leves roces en un apasionado abrazo. Recordó con precisión casi física la cena que compartieron en el hotel Clarendon y sintió que se le encendían las mejillas. Bajó la cabeza, agradecida de que Strathmore no pudiera leerle la mente.

El conde le murmuró al oído:

—Baila usted muy bien, madame.

—Igual que usted, monsieur, pero se acerca demasiado para lo que se considera correcto —repuso ella en tono de suave reproche.

Intentó separarse un poco, pero la firmeza con que Strathmore le sujetaba la mano y la cintura se lo impidió.

—Lo que se considera correcto a medianoche y en un salón de baile es muy distinto de lo que se considera correcto a mediodía en una sala de estar, madame. Mire a su alrededor.

Era cierto que muchas parejas bailaban más abrazadas que ella y Strathmore, pero Kit estaba segura de que ninguno de los otros hombres tenía la misma capacidad de hacer que los huesos de una mujer se volvieran de gelatina...

—Me recuerda usted a alguien —dijo el conde pensativo. En ese momento se dispararon todas las alarmas mentales de Kit, y la arrancaron de su actitud lánguida.

—¿Es un buen recuerdo o uno malo, monsieur?

—Ambos. Una mujer de lo más delicioso, pero enloquecedoramente esquiva. Tenía una estatura muy parecida a la suya —su mejilla rozó el cabello de Kit— y era tan agradable de abrazar como usted—la atrajo un poco hacia sí a modo de demostración—, y era elegante de movimientos, como usted. —Bajó los ojos hacia ella y la miró con una perspicacia que la asustó—. Me gustaría saber si sus besos son también como los de ella.

Ames de que él pudiera hacer nada respecto del último comentario, Kit se apartó, diciendo en tono glacial:

—Sólo un imbécil intentaría hacer un cumplido a una mujer comparándola con otra.

—Tiene mucha razón. Siempre suelo ser un idiota con las mujeres.

—Alzó una mano y besó los dedos enguantados de ella—. Perdóneme. Procuraré ser más sensato. :

Más dobles sentidos. Se veía a las claras que él sospechaba de su identidad, pero que no estaba seguro. Kit dio gracias a Dios por el antifaz y el cuidadoso maquillaje. Sin embargo, la intensa atracción que vibraba entre ambos no podía ocultarse, y cuanto más tiempo pasaran juntos, más sospechas albergaría el conde.

—No creo que sea sensato seguir bailando con usted, monsieur.

—¿Y por qué hemos de ser sensatos? —Su brazo derecho se deslizó alrededor de la cintura de Kit y su capa la envolvió protectoramente como si de un par de alas se tratara, al tiempo que la arrastraba de nuevo al vals. Ella contuvo la respiración al percibir la suavidad de su abrazo. Había hecho bien en temer el silencio, porque sin palabras para protegerse, carecía de toda defensa contra él.

Debatiéndose entre el deseo de quedarse y el saber que no debía hacerlo, se prometió a sí misma huir en cuanto terminase la pieza. Pero la música continuó sonando sin cesar, mucho más tiempo de lo que dura un vals normal, tejiendo un lento hechizo de deseo. Gradualmente fue cediendo el frenético latido del miedo que la había impulsado durante semanas, apaciguado por el calor de su proximidad. Dejó que se le cerraran los ojos y apoyó la mejilla en el hombro de él. Débilmente comprendió que aquel baile juntos constituía un acto de apareamiento tan explícito como si los dos yacieran desnudos entre sábanas de satén, pero sin embargo no podía separarse. Continuaron deslizándose al ritmo de los giros del vals, con las capas flotando alrededor, diáfanos como la neblina, negro y azul noche en un mismo remolino.

Por fin —aunque demasiado pronto— la música terminó. Se detuvieron frente a un candelabro, con la mirada clavada el uno en el otro como si hubieran quedado atrapados en un mágico hechizo. Detrás del antifaz de Strathmore, Kit vio que el deseo había vuelto sus ojos de un color dorado como el de una moneda nueva, y se preguntó qué aspecto tendrían sus propios ojos. Entonces supo que tenía que marcharse inmediatamente de allí.

—Buenas noches, monsieur —dijo con la garganta seca. En el momento en que se volvía para marcharse, él la cogió de la muñeca.

—No se vaya todavía —le dijo con la voz ronca—. O en ese caso, vayámonos juntos.

Ella se zafó de aquella garra.

—Lo siento, pero ya tengo planes para el resto de la noche. En ese instante, una vela cercana salpicó un poco de cera caliente sobre la mejilla de Kit. Ella se llevó una mano a la cara, pero ya estaban allí los dedos de él, retirando suavemente los fragmentos de cera.

—Venga conmigo. Seguro que esos «otros planes» podrán esperar una hora.

Hablaba con la tranquila seguridad de un hombre que no dudaba de que en una hora podría hacerla olvidar todas sus obligaciones. Pero las obligaciones de ella eran más importantes que el simple fornicar, por muy atractivo que ello le resultara. De modo que negó con la cabeza.

—Lo siento, monsieur, pero el honor me lo impide. Tal vez en otra ocasión.

Apenas tuvo tiempo de notar que él flexionaba los dedos. Antes de que el conde pudiera arrancarle el antifaz, ella le apartó la mano con un golpe del abanico que destrozó las varillas de ébano y rasgó el delicado encaje.

—No quiera cambiar las reglas, monsieur —le espetó—. La intimididad que hemos compartido ha sido posible sólo porque llevamos máscaras. Si yo no le satisfago, vaya a buscar a esa dama a la que cree que me parezco. Tal vez ella sea más complaciente.

—No puedo evitar preguntarme si ya la he encontrado —dijo él con suavidad—. Aunque su apariencia es distinta, su espíritu es el mismo. ¿Puede haber más de una mujer que resplandezca con semejante fuego y que encienda tal deseo?

Maldición. A pesar de todos sus esfuerzos, Strathmore estaba convencido en tres cuartas partes de su identidad. Pero todavía no estaba seguro del todo; si lo estuviera, ya se la habría llevado del baile a un lugar más privado.

El ataque era más seguro que la defensa. Lanzó un juramento en francés que había aprendido de la joven parisina que había sido su ama de cría y después se dio la vuelta, haciendo ondear su capa.

—Es usted tedioso, monsieur. No vuelva a molestarme.

Mientras se alejaba de él, contoneando lentamente las caderas en un gesto que no se parecía en nada a su forma natural de andar, sentía la mirada de Strathmore perforándole la espalda. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no salir huyendo. Tan sólo el hecho de saber que si huía confirmaría las sospechas de él le permitió mantener el paso lento y firme.

Se unió al grupo de personas más grande que vio para que el conde la perdiera de vista, y acto seguido se escabulló del salón. Una vez a salvo en el vestíbulo, se recostó contra la pared, temblando. ¿Cómo había podido ser tan idiota de dejar que sucediera aquello? Debería haber desaparecido en cuanto él la abordó. ¿Y cuánto tiempo había pasado con él? Harford tenía la intención de regresar a su habitación en el término de una hora, y ya debía de haber transcurrido media. No había tiempo que perder.

Se quitó a toda prisa las piedrecillas de las zapatillas, porque le resultaban muy incómodas y ya no le eran necesarias para alterar su modo de andar, y se lanzó escaleras arriba poco menos que corriendo. En varias ocasiones vio a otras parejas en rincones o entrando en un dormitorio, pero todos estaban demasiado concentrados en sus propios asuntos para prestarle atención a ella.

Blackweil Abbey era una mansión en forma de U con una zona central flanqueada por dos alas más cortas. Había docenas de puertas idénticas que daban a los pasillos en penumbra. Con el fin de evitar que los invitados cometieran un embarazoso error, se habían colocado elegantes tarjetas en las habitaciones para indicar a quién pertenecía cada una. Miró con cautela la puerta señalada con la tarjeta de Strathmore, aunque sabía que él se encontraba abajo.

Llegó al final del pasillo y extrajo la llave, y después pasó dos frustrantes minutos tratando de abrir la puerta sin marcas. Tal vez Harford estuviera planeando algún juego idiota con ella. ¿Se habría equivocado de sitio? Reflexionó sobre ello y se dio cuenta de que había procedido al revés, y había ido al ala este en lugar del ala oeste. Maldiciéndose mentalmente a sí misma, desanduvo sus pasos separándose instintivamente al pasar por delante de la puerta de Strathmore. A la derecha al doblar la esquina, luego todo recto por el corredor principal, después otra vez a la derecha. La última puerta a la izquierda.

Esta vez la llave giró suavemente y la puerta se abrió revelando una salita de estar. Penetró en ella con alivio y después la cerró tras de sí para enterarse de la llegada de Harford si éste volvía antes de que ella se hubiera ido.

Una sola vela iluminaba la habitación. Estudió la estancia, preguntándose qué debía buscar. Ya en otra ocasión había registrado el cuarto de Harford, pero entonces él era un invitado en otra casa. Esta salita y el dormitorio contiguo eran lugares en los que él vivía de hecho durante la mayor parte del año, y debía haber dejado en ellos profundas improntas de sí mismo.

Empezó a registrar. La librería contenía una impresionante colección de libros obscenos, repelentes y de ningún valor para ella. Abrió el armario y pasó las manos entre las prendas, tratando de encontrar vestigios de alguna esencia indefinible. Luego fue hasta el escritorio y comenzó a registrar los papeles con frenesí mientras rezaba porque su dueño permaneciera en el salón más tiempo del que tenía pensado.

El escritorio tenía dos cajones llenos de facturas, ninguna de ellas pagada. En otro cajón había una serie de explícitas cartas de amor escritas por diferentes manos femeninas. Las hojeó rápidamente, pero eran todo basura. Incluso el verso ramplón que hablaba de la «notable verga de Roderick» tenía la métrica defectuosa. Resultaba obvio que a Harford no le gustaban las mujeres con inteligencia.

En el cajón central encontró un diario que contenía unas breves notas. Las leyó por espacio de unos segundos y comprendió con disgusto que se trataba de una lista de las mujeres con las que se había acostado, junto con evaluaciones de sus habilidades y de su disposición a complacer los gustos a veces peculiares de Harford. Si ella fuese en verdad la furcia que fingía ser, estaba destinada a acabar en aquellas páginas. Él habría tomado nota de su tatuaje.

Hojeó todas las anotaciones correspondientes a los últimos meses, pero no encontró nada que confirmase sus sospechas. Estaba agachándose para abrir el último cajón cuando una voz furiosa exclamó:

—¿Qué diablos estás haciendo?

Kit tuvo un sobresalto y, con el corazón desbocado, vio a Harford de pie en el umbral. Santo Dios, ¿cómo no se le había ocurrido que él podía tener una segunda llave? Debía salir del paso con algún comentario descarado.

—Echar un vistazo a tu escritorio, naturalmente —contestó en tono inocente—. Me estaba aburriendo de esperar, monsieur, de modo que decidí explorar un poco.

—La próxima vez, no explores el escritorio de un hombre —dijo él. Su irritación se desvaneció con ese rápido cambio de humor típico de los que han bebido mucho—. ¿Eres francesa? No me di cuenta antes.

Maldición, había hablado siguiendo el personaje que se había inventado para Strathmore.



—En el interior de un dormitorio, siempre soy francesa —repuso con voz ronca—. Puede que los franceses sean nuestros enemigos, pero son unos maestros en el arte de hacer el amor.

—Oh, no creo que sean enemigos. Napoleón es un tipo endiabladamente listo, muy superior a nuestra familia real. Aún no está acabado del todo. —Harford se quitó el antifaz y a continuación se desató la capa y la dejó sobre una silla—. Empieza a desvestirte. Quiero ver si tienes la cara tan apetecible como las tetas.

Aqué! era el momento que Kit había estado esperando. Se acercó a la plena luz de las velas y se llevó una mano al antifaz. Aunque llevaba diferente color de pelo, sin duda Harford la reconocería si era el hombre que ella buscaba. Reveló su rostro, al tiempo que le observaba fijamente, aguardando la reacción que le indicaría lo que necesitaba saber.

¡Nada! Ni un solo parpadeo, ni un cambio de expresión en los ojos, tan sólo el comentario despreciativo:

—Un poco entrada en años, pero servirás para una noche. He descubierto que las mujeres mayores resultan ser buenas compañeras de cama porque son muy agradecidas.

Se le formó un nudo en el estómago. No era él. ¡No era él! No podía explicar por qué lo sabía, pero estaba completamente segura. Aunque Harford pudiera estar implicado de modo tangencial, no era el malvado que buscaba.

Ya sabía lo que quería saber. Ahora se trataba de escapar de allí sin que la violaran.

—No es muy amable por tu parte mencionar mi edad —se quejó, moviéndose hacia la puerta—. Un caballero como es debido no diría una cosa así.

—Déjate ya de monsergas sobre los caballeros. —Se quitó la chaqueta y empezó a desanudarse la corbata—. Has venido aquí para encamarte conmigo, y estoy dispuesto a complacerte, pero no me hagas perder el tiempo con charlatanerías de mujeres.

—No eres en absoluto un caballero. —Giró en redondo y llevó una mano al picaporte de la puerta—. Creo que ya no me gustas.

Con una velocidad impropia de su estado de ebriedad, Harford la agarró de los hombros y la obligó a darse la vuelta para mirarle de frente.

—Tú no te vas a ninguna parte —rugió—. Ya es demasiado tarde para que encuentre a otra mujer, de modo que vas a quedarte aquí y a recibir exactamente lo que has pedido.

Su boca caliente y con sabor a alcohol se estampó sobre la de Kit. Fue horrible, igual que el incidente ocurrido en el castillo de Bourne cuando él la tomó por una doncella. Reprimiendo el asco que sentía, Kit emitió un gemido gutural, como si la excitara aquel grosero abrazo, y se envolvió alrededor de él. Harford gruñó cuando ella se rozó las caderas contra su cuerpo, y empezó a desabrocharse los botones con gesto impaciente. Ella aguardó hasta que él tuvo los pantalones bajados, en una postura en que le resultaba difícil conservar el equilibrio, y entonces le empujó violentamente en el pecho. El se estrelló de espaldas contra el escritorio y cayó esparrancado al suelo.

Sin detenerse a mirar si estaba herido, Kit salió disparada hacia la puerta. A la izquierda terminaba el ala oeste, de modo que tomó hacia la derecha, en dirección al corredor principal. En el momento de doblar la esquina oyó un bramido de furia seguido de unas fuertes pisadas. No cabía duda de que era una suerte que Harford no estuviera muerto, pero era una lástima que no le hubiera dejado inconsciente.

—¡Pagarás por esto, maldita zorra! —retumbó el eco a través de los pasillos, por encima del ruido proveniente del salón de baile. Normalmente, semejante estruendo atraería gente, pero Kit supuso que los demás invitados estaban demasiado entretenidos bailando, bebiendo o fornicando.

Sabía que Harford la vería tan pronto como doblase la esquina, de modo que aminoró el paso para probar la puerta que tenía más cerca. ¡Cerrada! Echó a correr otra vez, dirigiéndose a las escaleras que conducían a la planta baja. Si lograba atravesar el salón de baile y salir al jardín, Harford jamás la encontraría. Pero cambió de planes al ver a lord Mace y otros dos hombres hablando al pie de la escalinata. Quizás estuviera segura si se unía a ellos, pero no apostaría un penique por esa posibilidad.

Se desvió bruscamente y siguió a lo largo del corredor con la velocidad que había adquirido corriendo por los prados de Westmoreland. Segundos después de torcer en el recodo que llevaba al ala este, se detuvieron las pisadas que la perseguían, y oyó a Harford decir:

—Mace, ¿has visto a una mujer bajar corriendo la escalera hace un momento?

—No —respondió su hermano—. ¿En qué diablos andas metido?

—Estoy persiguiendo a una putita maliciosa y traicionera —repuso Harford cruelmente—. Voy a hacer que se arrepienta de haberme conocido.

—Bien, pues persíguela sin hacer tanto ruido, Roderick —gruñó Mace—. Puede que haya unos cuantos invitados tratando de dormir.

Jadeando sin resuello, Kit aprovechó aquel breve intervalo para probar las puertas del ala este. Una era la de Strathmore, las dos siguientes estaban cerradas con llave. La cuarta se abrió, y dejó

escapar un suspiro de alivio que duró sólo hasta que le llegaron unos ruidos enfebrecidos de una pareja en los ardores de la pasión. Se apresuró a retirarse y cerrar la puerta tras de sí.

Los pasos de Harford se acercaban rápidamente. En pocos segundos doblaría la esquina y la vería. Frenética, escudriñó el pasillo. Otro callejón sin salida. Una de aquellas puertas sin tarjeta probablemente conduciría a una escalera de servicio, pero no sabía cuál de ellas, y el tiempo apremiaba. Sin haber logrado todavía su objetivo, sería desastroso que la alcanzara Harford. Como mínimo, terminaría violada y golpeada. Lo peor no se atrevía a imaginarlo.

Sólo quedaba una esperanza. Rogó a Dios que él se encontrase allí y que quisiera ayudarla a pesar de todo lo que le había hecho.

Con una sensación de fatal inevitabilidad, giró sobre los talones y se lanzó de cabeza sobre la puerta de la habitación de Strathmore.

Tas su encuentro con la dama de la capa azul, Lucien regresó a su habitación, hirviendo con una mezcla de frustración física y mental. Dijo a su ayuda de cámara que no le esperase levantado, de manera que, después de desprenderse de la capa y el antifaz, encendió el fuego, se sirvió una copa de coñac y se sentó a pensar.

No había ninguna base lógica para sospechar que la dama de azul fuera Kristine Travers. Aparte de la estatura, no existía un parecido real entre ambas mujeres. De todos modos, no había podido sacudirse la persistente sensación de que ella se había reído de él detrás de aquella máscara. Tal vez fuera la obsesión lo que le hacía verla en todas partes; eso y el hecho de saber que era una maestra del disfraz.

Sin embargo, llevaba treinta y dos años sin sentirse atraído por una mujer con la misma intensidad con que le atraía Kit. Resultaba lógico que también encontrase atractiva a su hermana gemela, pero costaba creer que ahora una total desconocida pudiera excitarle exactamente de la misma forma. Si no hubiera hecho el ridículo con Kathryn Travers, le habría quitado por la fuerza el antifaz a la dama misteriosa. Menos mal que había desaparecido en la multitud antes de que él sucumbiera a la tentación.

Con una sonrisa irónica, se terminó el coñac. Era difícil mostrarse racional cuando todavía vibraba en el aire la música de vals procedente del salón de baile. Cada compás le recordaba la sensación que le había causado tener a su acompañante en los brazos. Tal vez la dama de azul fuera una maldita prima Travers, y por eso le había afectado de la misma forma que Kristine y Kathryn. Por la mañana haría unas cuantas preguntas para ver si podía averiguar quién era en realidad aquella dama, pero ahora era el momento de irse a dormir.

Después de quitarse la chaqueta y las botas, recordó que no había cerrado la puerta con llave. Cruzó la habitación, y estaba cogiendo la llave cuando de pronto se abrió la puerta tan violentamente que casi le golpeó en la cara. Y acto seguido apareció por ella lady Némesis con la capa azul, los rizos de color rubio ceniza y las falsas arrugas de su pareja de baile.

Con los ojos desorbitados, ella jadeó:

—Harford viene pisándome los talones. Por favor... Las explicaciones podían esperar. Al instante cerró la puerta y dio vuelta a la llave en la cerradura.

—Métase en la cama y tápese con las mantas hasta la cabeza. Quédese quieta y no hable.

Al tiempo que ella se lanzaba en dirección a la cama, él se arrancó la corbata y la arrojó a un lado, y a continuación se sacó los faldones de la camisa por fuera de los pantalones. Cuando se estaba desabrochando el botón del cuello, un puño golpeó la puerta y se oyó la voz de Harford ladrando:

—¡Abra!

—Vayase —respondió Lucien en tono irritado—. Estoy ocupado. —Mientras hablaba, usó una mano para revolverse el pelo y la otra para pellizcarse el cuello y dejar una marca roja que pareciera un mordisco amoroso.

Harford bramó:

—¡Maldita sea, Strathmore, déjeme entrar!

—Está bien, está bien —dijo Lucien de mal humor—. Ya voy. Echó un vistazo a la cama, donde Kit era una forma larga y curva bajo las mantas. Estaba totalmente oculta excepto por un trozo de seda azul que asomaba por un lado de la cama. Lucien metió el revelador pedazo de tela hacia adentro y cruzó despacio la habitación, sin prisas.

Después de apagar todas las velas excepto una y componer una expresión de intensa exasperación, abrió por fin la puerta.

—¿Está ardiendo la casa? No se me ocurre ninguna otra cosa que sea tan importante como para no poder esperar hasta mañana.

En el pasillo se hallaba Roderick Harford, con los ojos echando chispas y las ropas desordenadas.

—¡Quiero a la mujer que tiene ahí!

Lucien alzó las cejas.

—No puede llevársela. Es mía, y estoy deseando volver a lo que estábamos haciendo.

—¡La muy zorra ha intentado robarme! La he pillado registrando mi escritorio, la muy caradura.

—¿Oh? —Lucien se cruzó de brazos y se apoyó contra el marco de la puerta—. No puede haber sido hace poco, porque yo la tengo ocupada desde hace una media hora, más o menos.

—¡Pero yo la he visto entrar en esta habitación!

—Aquí no —dijo Lucien con seguridad—. Su palomita ha debido de llamar a otra puerta. Parecen todas iguales.

Con expresión beligerante, Harford trató de entrar por la fuerza.

—Quiero ver a quién tiene en la cama, y no pienso irme hasta haberlo visto.

Lucien le bloqueó el paso poniendo un brazo a través del hueco de la puerta, haciéndole frenar en seco.

—Ciertamente, no puedo consentir eso —dijo en tono peligrosamente suave.

—¡No le estoy pidiendo permiso, Strathmore! —Harford intentó de nuevo abrirse paso por la fuerza.

Entonces Lucien le agarró del brazo derecho y se lo puso a la espalda. Cuando Harford empezó a sacudirse violentamente, Lucien le retorció la muñeca hasta un punto en que el dolor comenzó a ser insoportable.

—Si insiste, me temo que tendré que echarle —dijo con frialdad—. Eso sería deplorable, no es de buena educación matar al hermano del anfitrión.

Harford, comprendiendo de repente las circunstancias en las que se hallaba, dejó de forcejear. Lucien le soltó la muñeca, pero el otro aún no había terminado, y dijo furioso:

—Usted y esa ramera trabajan juntos, ¿verdad? Lucien entrecerró los párpados.

—Está empezando a irritarme, Roderick. Estoy respetando la intimidad de esa dama por razones que nada tienen que ver con usted.

—¿Por qué?

Lucien volvió los ojos hacia el techo.

—Aparte del normal comportamiento caballeroso, existe el lamentable hecho de que no todos los maridos son tolerantes con las diversiones de sus esposas.

Tras otro silencio, Harford soltó una risita avergonzada.

—Una mujer casada. Debería habérmelo imaginado.

—Sí, debería habérselo imaginado. Ahora, haga el favor de buscar a su traicionera amiguita en otra parte. La puerta de al lado da a una escalera de servicio, ¿no? A lo mejor se ha escapado por ahí.

Harford frunció el ceño.

—Supongo que sí. Con esta poca luz y de lejos, resultaba difícil distinguir qué puerta había abierto. —Cuando ya se volvía para marcharse, añadió en tono brusco—: Lo siento, he sido un impertinente.

—Disculpa aceptada. No vuelva a molestarme por esta noche. —Lucien cerró la puerta y echó la llave, y a continuación la escondió debajo del cojín de una silla cercana.

Esta vez, por Dios que la muchacha no iba a escapar.

Escuchó el ruido de las pisadas de Harford al alejarse y después el débil chirrido de la puerta de la escalera de servicio. Con su habitual curiosidad, Lucien había explorado aquella salida al poco de llegar. Harford vagaría durante un buen rato por los bajos de la casa antes de rendirse totalmente frustrado.

Entonces se volvió hacia la cama y dijo:

—Ya puedes salir.

Con una expresión de cautela en el rostro, Kit empujó las mantas y se sentó en la cama, rodeada de un amasijo de ropa blanca y seda azul. En el ambiente flotaban un millar de emociones distintas: furia, engaño, desesperación y deseo. Sobre todo, deseo.

Pero en cuanto a Lucien, la furia ocupaba el maldito segundo lugar.

—Así que realmente eras tú la de antes —dijo en tono grave y duro—. Me alegro de saber que mi instinto no se equivocaba. ¿Qué tienes que decir esta vez en tu favor?

Ella hizo una mueca.

—Que encontrarte a ti en estas circunstancias es en cierto modo peor que hacer frente a Roderick Harford. —Con una desdeñosa falta de respeto por la costosa seda, se limpió la mayor parte del maquillaje con el borde de la capa. Tras recuperar un aspecto ligeramente sucio y mucho más joven, añadió en tono irónico—: Sólo le he provocado una vez.

El humor de Kit inflamó un poco más la furia de Lucien.

—A lo mejor deberías haberte arriesgado con él. Me has pedido ayuda. Y esta vez, mi embustera amiga, se me ha terminado toda la credulidad.

Ella adoptó una expresión grave.

—Teniendo en cuenta lo que has soportado de mí, no me sorprende.

Durante el largo silencio que siguió, él vio brillar una serie de cambiantes emociones en sus ojos: arrepentimiento, duda, anhelo, y por fin determinación. Tenía las manos entrelazadas en el regazo.

—Sé que tengo una deuda contigo desde hace tiempo —dijo en voz baja—. En una ocasión quisiste llevarme a la cama. Si eso sigue en pie... bueno, aquí me tienes. .

De nuevo le sorprendió, esta vez por su franqueza directa y sin ambages. Lanzó un suspiro nervioso. Aunque le disgustaba la implicación de que aquella oferta nacía de la obligación más que del deseo, no había forma de rechazarla. Los escrúpulos de carácter caballeroso eran una triste cuestión a tener en cuenta cuando los comparaba con la pasión que le abrasaba las venas.

—Será mejor que estés hablando en serio —dijo, tirante—, porque esta vez no tendrás la posibilidad de cambiar de opinión ni de suplicar clemencia.

—Si hay alguien que suplique clemencia, no seré yo, Lucien. —Le tendió una mano delgada y fuerte—. Ya estoy harta de mentiras. Es hora de un poco de sinceridad.

Lucien supo con absoluta certeza que esa vez ella no escaparía, sin embargo ofrecía una apariencia quebradiza, un cierto miedo en la mirada tras el episodio con Harford. Lucien frunció el entrecejo. El miedo no era bueno para la cama. Quería que ella se mostrase tan hambrienta, tan vulnerable como se sentía él. Eso significaba que él debía controlarse a sí mismo y al mismo tiempo hacerle sentir a ella un ardor que igualase al suyo. Pero contenerse no resultaría fácil.

En el tenso silencio que flotaba entre ambos se oía con claridad la melodía de la música. Claro, pensó Lucien con alivio; un poco de baile reconstruiría el encanto que los había unido un rato antes. Estiró el brazo y tomó la mano que ella le ofrecía.

—Baile conmigo, milady.

Tras un momento de desconcierto, Kit deslizó sus largas y bellas piernas fuera de la cama y se quitó las zapatillas de una patada. Soltó la mano de Lucien y se inclinó graciosamente, como si acabaran de presentarles.

—Será un placer, lord Strathmore.

—Aunque no hemos sido presentados formalmente —dijo él con igual formalidad—, tengo entendido que se llama usted lady Kit Travers.

Ella se enderezó, con una sonrisa asomando a sus ojos.

—Sabía que sería sólo cuestión de tiempo que te enterases quién soy. De todas formas. Jane es uno de mis otros nombres de pila.

—He pensado en ti llamándote por un centenar de nombres: lady Jane, lady Némesis, lady Caprichosa. Pero Kit es mejor, resuelto y poco convencional, como tú. —Le quitó la peluca rubia y después le soltó el pelo hasta formar una nube de seda. Cada movimiento, cada contacto de las yemas de sus dedos era una caricia.

—Mmn. —Kit sonrió lentamente—. Qué sensación tan maravillosa. No me extraña que a los gatos les guste que les rasquen la cabeza.

Aún llevaba puestos los guantes de cabritilla, de modo que Lucien le levantó la mano izquierda y empezó a quitarle el guante. Luego le besó la frágil piel de la cara interior de la muñeca. Ella cerró los dedos, y su pulso cada vez más rápido vibró contra los labios de él.

Cuando repitió la operación con la mano derecha, ella le rozó suavemente la mejilla con los dedos.

—Lucifer, portador de la luz —murmuró Kit—, luminoso hijo de la mañana.

—Ahora arrojado del cielo, me temo. —Apoyó una mano en la parte baja de la espalda, donde la columna vertebral vibraba con fuerza y flexibilidad. Entrelazó los dedos de su mano libre con los de ella al tiempo que la arrastraba al ritmo del vals—. Pero en este momento tengo ante mí una breve visión del paraíso.

Ella se sonrojó y bajó los ojos. A la luz de las velas, su pelo brillaba con un halo de color canela. Con más espacio a su disposición que en una abarrotada pista de baile, pudieron moverse más libremente siguiendo el ritmo de la música, sus cuerpos hablándose directamente el uno al otro. La alfombra de dibujo carmesí se veía muy sensual bajo los pies descalzos de ambos en su deambular por la habitación.

Aunque Kit bailaba bien, como correspondía a una profesional, al principio mostró una cierta rigidez de movimientos, como si su mente y su cuerpo no se adaptaran del todo a la música. Pero conforme fueron recorriendo el espacio libre del cuarto, la música empezó a ejercer su mágico influjo y la tensión empezó a ceder de los músculos y la cara de Kit.

Ambos formaron un conjunto fluido y armonioso. Lucien percibía intensamente, físicamente, el ágil cuerpo femenino que se movía bajo la capa azul. Y lo contrario también era cierto, porque cada uno de sus movimientos producía una reacción igual en ella, un equilibrio dinámico, siempre cambiante, entre hombre y mujer.

Cuando llegaron al fondo de la habitación, Lucien desató las cintas de la capa de Kit con una sola mano. La seda ondeó hacia afuera al girar y flotó oblicua hasta desmoronarse en el ángulo que formaban el suelo y la pared. Los hombros desnudos de ella resplandecieron como nata caliente. Lucien sintió la boca seca. Todavía no. Todavía... no.

Kit había cerrado los ojos, de modo que estaba siguiendo el paso que él marcaba solamente a través del contacto y del movimiento. Era ligera como una pluma en sus brazos. Le resultó extrañamente conmovedor que ella se pusiera enteramente en sus manos, al menos por ese momento.

Ahora que había conseguido relajarla, era el momento de tensarla de nuevo. Se inclinó hacia adelante y besó el suave ángulo existente entre la garganta y la barbilla, deslizándose hacia arriba, hasta la elegante curva de su oreja. Ella contuvo la respiración y entreabrió los labios dejándose llevar por él en un fluido círculo.

¿Qué haría falta para que abriera los ojos? Con un extravagante vaivén, la inclinó hacia atrás, sobre su brazo, sosteniendo todo su peso. Al mismo tiempo introdujo una pierna entre las de ella de tal modo que los dos quedaron íntimamente ligados entre sí. Kit abrió los ojos de golpe, sorprendida, y en aquellas claras profundidades grises Lucien vio por fin la pasión que trataba de invocar.

Kit se recuperó de la sorpresa en un instante.

—Señor —dijo con aire recatado—, creo que estamos más juntos de lo que resulta apropiado. —Y mientras decía esto, apretó lentamente los muslos alrededor de los de él.

Lucien sintió cómo una oleada de calor le recorría el vientre, y dijo sin aliento:

—Desde luego que sí. —Volvió a levantarla y la hizo dar vueltas por toda la habitación—. Y todavía vamos a estar más juntos.

Empezó a improvisar pasos que eran demasiado eróticos y audaces para practicarlos en público. El flexible cuerpo de su pareja de baile se adaptó a él sin esfuerzo, como si fuera una prolongación de sí mismo. Los cuerpos de ambos se reunieron en caricias lentas y sostenidas, y después se separaron, sólo para unirse de nuevo con mayor ardor. Se convirtieron en parte de la música misma, dejando que su ritmo les vibrase en la sangre mientras ejecutaban aquella ardiente danza de apareamiento.

Cuando la música dejó de oírse, ellos se fundieron en un abrazo, meciéndose juntos en el centro de la habitación. Se besaron con hambre, ella frotó su pelvis contra la de él con malvada provocación. Lucien gimíó, sintiéndose endurecer en contacto con la suave cuna de aquellas caderas.

Había pasado la hora de contenerse. Lucien desató los lazos que cerraban el vestido de Kit por la espalda y dejó que la prenda cayera de su cuerpo. Con los ojos nublados de deseo, ella dejó escapar un leve estremecimiento. El vestido se deslizó por sus brazos y caderas hasta quedar arrugado a sus pies, dejándola cubierta tan sólo por la camisola y el corpino ingeniosamente relleno que disimulaba su estilizada figura.

Lucien, con la mirada clavada en la de ella, desanudó las cintas de la parte delantera del corpiño. Éste se abrió y reveló sus pechos como sombras suavemente arqueadas bajo la fina tela de la camisola. Tomó los senos en sus manos, acariciando los pezones con el pulgar. Ella abrió mucho los ojos y se pasó la lengua por los labios sintiendo cómo se iban endureciendo los sensibles capullos. Cada movimiento de su cuerpo era una señal de deseo. Sin embargo, Lucien se dio cuenta de que el deseo no bastaba. Incluso más que la pasión, él quería una intimidad emocional que inundara todos los lugares solitarios de su alma.

Al desprender el corpino, trató de captar su mirada, deseando intensamente que ella le mirase, que compartiese los misterios de su esquivo corazón. Pero en lugar de ello, Kit dio un paso y deslizó los brazos bajo la camisa suelta de él, abrazándole por la cintura, mientras hundía el rostro en el triángulo de piel que el cuello de la camisa dejaba al descubierto. Sus senos se aplastaron contra el pecho de él al tiempo que recorría con las manos los firmes músculos de la espalda.

Admirando de mala gana la destreza con que ella había esquivado su mirada, le deslizó la camisola por la cabeza y la arrojó a un lado.

—Llevas demasiada ropa encima.

—Tú también —replicó Kit. Le sacó la camisa del mismo modo y la arrojó al suelo—. «Agradables eran sus formas» —recitó con voz bíblica—, «y encantadoras». Lucien tuvo que echarse a reír por lo disparatado de su imaginación. — Que yo recuerde, Lucifer tenía forma de una serpiente cuando Milton dijo eso.

—¿No hay una serpiente por aquí cerca? —Kit aprovechó que él estaba sin camisa para besar ardientemente su pecho desnudo.

Deslizó las manos al interior de la cintura de sus pantalones. Él dejó escapar un áspero gemido, y sus manos se cerraron convulsivamente alrededor de las nalgas de ella, cuyas maduras curvas se adaptaron perfectamente a sus palmas. Medio alzándola del suelo, amoldó la carne

maleable de Kit a los duros ángulos de su cuerpo. Ella le mordió en el hombro, y eso hizo que se desintegrara el último resquicio de control que le quedaba a Lucien. Se despojó de los pantalones y los calzones y llevó a Kit hasta la cama. Ambos se dejaron caer sobre el colchón con un impacto que hizo crujir la armazón.

Lucien la tumbó de espaldas sobre las almohadas, queriendo absorberla para sí, darse un banquete con su embriagadora femineidad. Su boca se apoderó de la de ella, abierta y exigente. Ambos se retorcieron juntos como gatos salvajes, las caderas de ella frotándose contra las de él.

Lucien, febrilmente, enterró el rostro en la hendidura entre sus pechos, que olía a una mezcla de aromas: sudor, sal y claveles. No se cansaba de ella. Cuando tomó uno de los pezones en la boca, Kit se estremeció de la cabeza a los pies, con la cabeza echada hacia atrás y el pecho subiendo y bajando, buscando aire. Sólo llevaba puestas las medias de seda.

Incapaz de resistirse a la deliciosa curva de su abdomen, Lucien lo recorrió a besos, acariciando con su aliento la sensible piel de aquella zona. Kit gimió y le cogió la cabeza entre las manos para apretarle la cara contra su vientre. Lucien, embriagado por su dulce calor, se movió hacia arriba y se colocó entre sus piernas para separarle con los muslos las rodillas que ya se abrían para recibirle. Al hacerlo, vio la mariposa tatuada como una invitación, asomando justo por encima de la liga que sujetaba la media. Se inclinó y pegó los labios a ella, y sintió la vibrante fuerza vital de Kit contra su lengua. Ella ahogó una exclamación y cerró los dedos espasmódicamente, siendo puñados de tela entre las manos.

Lucien dejó resbalar los dedos a través de los suaves rizos de su sexo y los introdujo entre los pliegues húmedos y calientes. Kit lanzó un gemido de delirio al sentir aquellos dedos acariciadores, sondeando y preparando. Sacudido por la urgencia, Lucien se situó de forma que presionase el punto más íntimo. Kit arqueó la espalda y entrelazó los tobillos cubiertos por las medias de seda en los tobillos de Lucien. Entonces, en un único impulso, él la penetró.

Kit lanzó un grito —un grito de sorpresa, no de placer— y arañó con las uñas la espalda de Lucien en un espasmo de dolor.

El se puso rígido de pronto, los músculos de los brazos y de los hombros duros como el granito, y se la quedó mirando con incredulidad.

—¡Por todos los diablos! —explotó, al tiempo que sus ojos perdían el brillo dorado de la pasión y se tornaban de un verde furioso—. ¿Por qué no me lo has dicho?

Kit, temblorosa, cerró los ojos. A lo mejor aquello era otro mal sueño y pronto se despertaría. Pero el peso y la textura del cuerpo que la presionaban contra la cama, la aguda e íntima sensación de malestar, todo ello era ineludiblemente real.

Abrió los ojos. Tenso y peligroso, Lucien se cernía sobre ella, con la poderosa anchura de sus hombros delineada por la luz de la vela.

—No... no creía que tuvieras que saberlo —susurró Kit—. No tenía idea de que doliera tanto.

Él bajó la cabeza y apoyó la frente en la base del cuello de ella, con un estremecimiento. Al cabo de largos instantes, suspiró y volvió a levantar la cabeza.

—Te habría dolido mucho menos si yo lo hubiera sabido de antemano. Ni siquiera la mejor de las actrices es capaz de fingir todo, pequeña. —Su enfado había pasado, dejando tras de sí una triste ternura. Lucien se inclinó de nuevo y le rozó los labios con los suyos en una etérea caricia—. Lo siento. Debería haber imaginado que contigo nada es sencillo. Ahora procura relajarte, lo peor ha pasado ya.

Él estaba en lo cierto. Aquel dolor desgarrador había durado sólo un instante, y la incómoda sensación de sobreestiramiento también iba menguando. Lucien no se movió, simplemente se limitó a calmarla con delicados besos en la cara y en el cuello. Su urgencia se había transformado en paciencia, aunque el sudor que hacía brillar su torso era testigo de que aquel control no le estaba resultando fácil.

Kit sintió que su cuerpo empezaba a aceptar aquella presencia ajena como algo natural. El fuerte deseo sensual, que se había esfumado en el momento en que los dos cuerpos entraron en contacto, comenzó a revivir. Con mucho cuidado, Kit elevó las caderas. No sintió dolor, tan sólo una nueva clase de compresión que resultaba... curiosa. Volvió a moverse con más fuerza. El dejó escapar una exclamación ahogada, y ella notó el miembro duro y suave vibrando en su interior.

—Será mejor que vayas con cuidado —jadeó Lucien—, porque estoy a punto de explotar.

—Explota, Lucien —dijo Kit con la voz ronca—, pero tendrás que decirme lo que tengo que hacer.

—Sólo... sólo muévete rítmicamente contra mí.

Empujó un poco más hacia adentro. Kit respondió a aquel movimiento, sintiendo el punto de inflexión entre los dos cuerpos. Una aguda sensación de placer la hormigueó en lugares recién descubiertos.

—¿Así? —preguntó sin resuello.

—Dios, sí —gimió Lucien—. Exactamente así.

Él embistió de nuevo, y esta vez el cuerpo de Kit reaccionó instintivamente, entendiendo ya lo que su mente aún no había dominado. Los ritmos formaban parte esencial de ella tanto como la médula de los huesos. Un extraño anhelo. Hábil fricción y calor líquido. Deseo. Necesidad.

Lucien emitió un sonido ahogado y empezó a entrar y salir de ella, aprisionándola con sus músculos y su implacable fuerza, con una resolución que también era liberación. Aquél no era el amante considerado del Clarendon, que la llevó lentamente hasta el clímax, sino un hombre exigiendo lo que era su derecho. Él llenaba sus brazos y sus sentidos, el gusto, el tacto. Ya no estaba sola...

Con una súbita sensación de pánico, Kit se dio cuenta de que él estaba penetrando su alma tan profundamente como su cuerpo, derrumbando aquellas defensas que tan penosamente había ido construyendo. Intentó replegarse hasta la seguridad de ser una mera observadora, pero le resultó imposible. Se sentía totalmente vulnerable, necesitada del calor y de la fuerza de Lucien con tal desesperación que su voluntad se hacía añicos.

Lucien introdujo una mano entre ambos y tocó a Kit íntimamente, produciéndole un violento placer que la arrastró al torbellino. Cuando ella gritó, él enterró el rostro en el ángulo formado por la cabeza y el hombro. Aspiró bruscamente, y una salvaje sacudida pasó del cuerpo de él al de ella. Kit estuvo a punto de salirse de sí misma, perdido el control, arrasada tanto por la fuerza arrolladora de Lucien como por la conmoción que le produjo la satisfacción física.

Por fin pasó la tormenta, y la dejó temblando por la impresión. Santo Dios, si lo hubiera sabido, habría saltado por la ventana antes que dejar que él la tocara. Debería haber supuesto que pedirle ayuda alteraría de forma irrevocable el equilibrio que había entre ellos. Pero en lugar de eso,



le había confiado de buena gana —incluso con avidez— su cuerpo, creyendo que seguiría siendo la dueña y señora de su propia alma y de sus propios secretos. Estuvo loca al creer que iba a poder reservarse para sí alguna parte de sí misma cuando alcanzaran aquel grado de intimidad. Reconoció, asustada, que estaba dispuesta a darle cualquier cosa que él pidiera. Y que Dios tuviera piedad si él no era digno de confianza.

Mientras Kit trataba de contener las lágrimas, Lucien rodó hacia un costado y la abrazó contra sí. Sus manos la acariciaron lentamente, tan suaves ahora como exigentes antes. Dijo en voz baja:

—Siempre has sido tú, todas las veces, ¿verdad?

Kit asintió, con la cara apretada contra la garganta de él.

—Y eres Kathryn, no Kristine. —Era una afirmación, no una pregunta.

En un acto reflejo, tratando de mantenerle a cierta distancia, Kit preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Mi cabeza aceptaba que debíais de ser dos mujeres distintas, pero mi instinto no opinaba lo mismo. —La camisola de Kit había aterrizado por casualidad sobre la cama, de modo que Lucien la utilizó para limpiar con cuidado las gotas de sangre que tenía ella entre las piernas—. Estuviste magnífica interpretando el papel de actriz mundana, pero incluso en tu momento de mayor descaro se notaba una cierta timidez debajo. Reflexioné un poco sobre ello.

Ella hizo una mueca.

—Como has dicho antes, existen límites a lo que una actriz es capaz de fingir. Yo sé imitar a Kira muy bien, pero no siempre consigo disfrutar con ello.

—La prueba definitiva ha sido tu virginidad. Kristine puede ser muchas cosas, pero dudo que sea virgen. —Hizo un gesto—. Si hubiera hecho caso de mi intuición en lugar de mi lógica, no te habría hecho tanto daño.

—La virginidad es una broma de mal gusto que la naturaleza juega a la mujer —dijo Kit con seriedad.

Lucien sonrió abiertamente y después se estiró junto a Kit con la cabeza apoyada en la mano.

—Me han dicho que tú siempre ibas a la zaga de tu hermana, lo cual implicaba que tú eras inferior a ella, pero no era cierto, ¿verdad? Cualquier cosa que hiciera Kira, tú la hacías igual de bien. Cuando ella interpretó el papel de Sebastian, el gemelo varón de *La Duodécima Noche*, tú representaste a Viola, que en realidad es el papel más grande y más vital de los dos. Cuando ella se bañaba desnuda en el río o montaba a caballo vistiendo pantalones, tú estabas justo a su lado, igual de valiente y atlética. Y dado que erais gemelas idénticas, apostarí a que tú instigaste la parte de travesuras que te correspondía.

Kit se le quedó mirando, completamente estupefacta.

—¿Cómo sabes eso? Nadie más se ha dado cuenta nunca, ni siquiera la tía Jane. Todo el mundo suponía que Kira era siempre la que llevaba la iniciativa.

—Porque los gemelos idénticos son a la vez iguales y diferentes, y por eso algunas personas encuentran difícil tratar con ellos —dijo Lucien—. Es más fácil y más cómodo encasillarles. El gemelo atrevido, el gemelo tímido. La hermana buena, la hermana mala. —Sus ojos brillaban divertidos—. Me imagino que Kira es menos indómita de lo que la gente suponía, y que tú eres menos respetable, a pesar de la espléndida interpretación de personaje remilgado y mojigato que hiciste de lady Kathryn.

—Tienes razón en que muchas personas preferían considerarnos opuestas en lugar de variaciones de un mismo tema —admitió Kit—. También hay lo que Kira y yo llamábamos «esa gente», personas que sólo hablaban a una de nosotras e ignoraban a la otra como si no existiera. Solíamos bromear al respecto.

—Probablemente también jugabais con vuestro parecido y os reíais entre vosotras de la credulidad de la gente. Kit sonrió un poco.

—Cuando alguien decía: la cinta de Kristine es roja y la de Kathryn es azul, nosotras cambiábamos las cintas y la manera de comportarnos en cuanto esa persona se daba la vuelta. Pero sí que somos distintas en muchos aspectos. Como te dije en casa de Jane, Kira posee la clase de encanto y vitalidad capaz de poner en pie un teatro entero. Ella siempre ha sido extravertida y mucho más dispuesta que yo a probar cosas nuevas. Yo soy la correcta y la formal.

Lucien alzó las cejas en un gesto exagerado de incredulidad.

—¿Correcta? ¿Formal? ¿Es ésta la mujer que me ha hecho corretear por los tejados y las casas de Londres?

—Eso fue por necesidad, no por decisión propia —repuso Kit con seriedad.

La actitud divertida de Lucien desapareció.

—Todo esto tiene que ver con Kira, ¿no es así? Le ha sucedido algo.

El miedo que había cedido un poco durante la conversación en tono de broma reapareció ahora, retorciéndole las entrañas como un cuchillo.

—Mi hermana no es asunto tuyo.

En tono calmo, implacable, Lucien dijo:

—Cuéntamelo.

Pero Kit se dio la vuelta hacia el otro lado y se sentó, tapándose con la sábana.

—¿Por qué quieres saberlo?

—No te habrías arriesgado a venir a este baile y enfrentarte a Roderick Harford si no estuvieras desesperada. Necesitas ayuda, Kit. ¿Por qué no aceptar la mía?

Ella miró a otra parte; le tenía miedo y no quería explicar por qué.

Como si le leyera la mente, él le dijo:

—¿Por qué no quieres confiar en mí?

—No puedo permitirme el lujo de cometer un error —contestó ella, tirante—. Hay demasiadas cosas en juego.

—Yo nunca te haría daño a ti ni a tu hermana, y tú lo sabes en el fondo de tu corazón.

Kit lo sabía, pero el hecho de saberlo no eliminaba su cautela. Intentó ganar tiempo contando parte de la verdad.

—Los hombres nunca me han parecido muy dignos de confianza. Mi padre era capaz de encantar a una serpiente, pero ¡ay del que se atreviera a confiar en él!

—Yo no soy tu padre. —Lucien le cogió la mano, fría en comparación con sus dedos calientes—. Me esfuerzo mucho por hacer lo que digo que voy a hacer, y por lo general se me considera bastante bueno a la hora de resolver problemas. ¿Por qué no me dejas que intente resolver los tuyos?

En contra de su voluntad, Kit se sorprendió a sí misma dejándose llevar por el impulso de decir lo que habría preferido mantener en secreto.

—No es en ti en quien no confío, sino en mí misma. No se me da bien estar sola, Lucien. Durante los primeros dieciocho años de mi vida, siempre tuve a Kira. Eramos más dos mitades de un todo que dos personas individuales. Sabíamos que necesitábamos separar y desarrollar cada una nuestra propia vida, pero yo he fracasado en intentar ser independiente. Me siento incompleta, como un... una rama de hiedra que busca alrededor un palo al que asirse. No creo que a ti te gustara. Ni siquiera me gusta a mí misma.

—Subestimas tus fuerzas, Kit. Eso que te preocupa tanto puede que no ocurra nunca. —Su dedo pulgar trazaba lentos círculos en la palma de Kit—. No permitas que tus miedos a lo que podría suceder se interpongan en tu camino de ayudar a Kira.

En ese momento se desmoronó toda su resistencia. Enterró la cara entre las manos, pensando que él había dado de lleno en el meollo del problema. La seguridad de Kira era mucho más importante que la probabilidad de que Kit hiciera el tonto enamorándose del rico, poderoso y libertino conde de Strathmore. Además, tenía la desagradable sensación de que si no le contaba lo que pasaba, él hurgaría en lo más profundo de su mente y terminaría deduciéndolo todo. Y ella no podía soportar que él invadiera sus pensamientos más de lo que ya lo había hecho. Levantó la cabeza y dijo en tono cansado:

—Es una larga historia.

—En ese caso, pongámonos cómodos. —Salió de la cama y cogió una camisa del armario—. Ponte esto. A un hombre y una mujer les resulta más fácil hablar con sensatez si están vestidos y en posición vertical.

Kit se desprendió de la sábana y obedeció. Los voluminosos pliegues de la camisa la cubrían casi hasta las rodillas. Absurdamente, aún llevaba puestas las medias, de modo que Lucien se las quitó y las lanzó hacia donde descansaba el resto de sus prendas. A continuación ella se sentó con las piernas cruzadas en la cama.

Lucien se puso una bata de lana de un color azul intenso que hacía que su cabello reluciera como oro fundido. Después de avivar el fuego, extrajo de su equipaje una botella plana y plateada, vertió un poco de su contenido de color ámbar en dos vasos y le entregó uno a Kit.

—Bebe esto.

Ella obedeció mansamente. El coñac no podía deshacer el nudo que tenía en el vientre, pero ayudó a aquietarle las manos.

Lucien tomó asiento a su lado sobre la cama y se recostó contra el cabecero de la misma.

—¿Qué le ha sucedido a Kira?

Ella miró su vaso.

—No lo sé, y no estoy segura de por dónde empezar.

—Empieza por donde quieras. Podemos pasarnos toda la noche aquí sentados, si es necesario, y en esta época del año las noches son muy largas.

—La mayor parte de lo que te dije en casa de Jane es cierto. —Hizo un gesto—. Aunque me pasé un poco hablando mal de Jane. No es la tirana que te di a entender. Sin su cooperación, jamás habría podido hacer lo que he hecho hasta ahora.

—¿No echó a Kira de su casa?

—No, aunque es verdad que no está precisamente encantada con la carrera que ha escogido mi hermana. Bueno, ni yo tampoco. Pero Kira estaba totalmente decidida a pisar el escenario, así que yo lo acepté. Nos manteníamos bastante en contacto, escribiéndonos la una a la otra cuando ella trabajaba en teatros de provincias. Cuando estaba en Londres, nos veíamos cada una o dos semanas, normalmente cuando íbamos al mercado. —Kit titubeó, preguntándose si alguien que no fuera gemelo podría entenderlo—. No necesariamente para hablar, sino sólo para... vernos. Ni siquiera lo preparábamos. Simplemente... sabíamos cuándo era probable que nuestros caminos se cruzaran.

Lanzó una mirada a la cara de Lucien, pero éste aceptó el relato con naturalidad.

—¿Kira vive en Soho? Kit asintió con un gesto.

—Posee una pequeña casa y utiliza la planta de abajo para ella. El piso de arriba lo tiene alquilado a una amiga suya, otra actriz que se llama Cleo Farnsworth.

Kit guardó silencio, y Lucien la instó:

—¿Cuándo descubriste que algo andaba mal?

—El día de nuestro cumpleaños, el veintiuno de octubre. Siempre lo celebramos juntas. *Siempre*. Cuando ella estaba trabajando en provincias, venía a Londres. En una ocasión en la que no le fue posible escaparse, yo tomé el coche correo hasta Yorkshire para que pudiéramos estar juntas. Este año habíamos decidido reunimos en su casa para cenar tranquilamente. —Se tragó el terror que la asaltó al recordarlo—. La noche anterior, tuve una pesadilla y me desperté con una horrible ansiedad, pero no relacioné el hecho con Kira. Sin embargo, en el mismo momento de entrar en su casa, supe que pasaba algo horroroso.

—¿Había signos de lucha?

—No, sólo... un vacío. Un vacío horrible en el que resonaba el eco, aunque todo estaba exactamente como tenía que estar. —Cerró las manos alrededor de la copa de coñac—. Lo único distinto era que su gata, Viola, estaba famélica, como si ese día no le hubieran dado de comer. Después de dar de comer a la gata, subí al piso de arriba para hablar con Cleo, a la que ya conocía de otras ocasiones. Al principio Cleo pensó que yo era Kira y me regañó por haberme perdido un ensayo. Cuando le expliqué que era Kathryn, Cleo se preocupó mucho. Dijo que Kira se había ido del Marlowe, como de costumbre, después de la función de la noche anterior y que ella no la había visto desde entonces. Pero Kira *jamás* se pierde los ensayos. Debieron de secuestrarla de camino a casa.

Tras un breve instante de vacilación, Lucien dijo con suavidad:

—Es de suponer que habrás tenido en cuenta la posibilidad de que haya sido asesinada por malhechores y que su cuerpo haya sido arrojado al río.

—Tú crees que está muerta, ¿verdad? Bueno, pues no lo está

—dijo Kít con vehemencia—. Puede que no logres entenderlo, pero tener un hermano gemelo es como estar conectado a otra persona por medio de un cordón invisible. En determinado nivel, siempre tengo conciencia de la existencia de Kira. Si muriese, yo lo sabría inmediatamente. Se siente desgraciada, a veces terriblemente asustada, pero está tan viva como yo.

Esperaba escepticismo, pero Lucien se limitó a decir:

—Si eso es así, ciertamente el secuestro es la posibilidad más cercana. ¿Sabes de alguien que pudiera querer secuestrarla, y por qué? ¡Verdaderamente la creía! Casi mareada de alivio, Kit contestó:

—La última vez que cené con Kira, aproximadamente un mes antes, mencionó por casualidad a un admirador que estaba resuelto a convertirla en su amante. Ella se burló de aquello, pero en ese momento yo pensé que no habría mencionado a aquel tipo si no le hubiera parecido inquietante.

—Así que tú piensas que ese hombre decidió que si ella no quería irse con él voluntariamente, la tomaría por la fuerza —dijo Lucien con el ceño fruncido.

—Es la única explicación que tiene sentido. El riesgo para él sería mínimo, a nadie le sorprendería la desaparición de una joven actriz—dijo Kit con más que una pizca de ironía—. Ya que todas las actrices son consideradas unas mujerzuelas, todo el mundo supondría que se había escapado con algún hombre que le hubiera hecho una oferta irresistible.

—Cuando Kira mencionó a ese tipo, ¿dijo algo más que pudiera ayudarte a identificarle?

—No, pero siempre utilizaba un pequeño cuaderno para acordarse de los compromisos y otras cosas que no quería olvidar. Cuando desapareció, yo registré su piso hasta dar con ese cuaderno. La mayoría de lo que contenía eran cosas sin importancia, pero encontré varios comentarios exasperados acerca de un hombre que no aceptaba un no por respuesta. —Kit contrajo las facciones—. Kira le llamaba lord Demonio. También incluyó unas cuantas observaciones críticas sobre el club de los Demonios.

—No me sorprende que hayas estado vigilando al grupo. —Lucien frunció el entrecejo—. Pero ¿por qué has corrido tan graves riesgos? Podrías haber contratado a un experto, tal vez un mensajero de Bow Street, para que buscara a Kira.

Kit sonrió sin humor.

—Eso es exactamente lo que hice. El señor Jones hizo todo lo que estaba en su mano. Encontró un borracho que creyó haber visto cómo obligaban a una mujer a subir a un carruaje no lejos del teatro Marlowe la noche en que desapareció Kira. Pero estaba lloviendo, y el hombre no supo dar detalles de la mujer ni de los secuestradores. El señor Jones no ha podido enterarse de nada más, aunque cuenta con informadores en todo Londres. Es como si Kira hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

—Así que decidiste tomar el asunto en tus manos, arriesgando tu vida y tu libertad.

—La mejor manera de conocer la vida de Kira era metiéndome en ella, convertirme yo misma en Cassie James y conocer a la gente que la rodeaba —dijo Kit a la defensiva—. Como Cleo era la única persona del Marlowe que sabía que Kira tenía una hermana gemela, a nadie se le ocurrió pensar que yo no era la verdadera Cassie James. Yo había visto a Kira actuar muchas veces, de modo que no me fue difícil fingir ser ella.

—Así que no te fue difícil fingir que eras la actriz cómica más excitante que había aparecido en Londres en varios años —murmuró Lucien—. Eso debió de ser una obra maestra de autocontención.

—No podría haberlo hecho sin la ayuda de Cleo. Ella me dijo todo lo que necesitaba saber del resto de la compañía del Marlowe y cómo comportarme fuera del escenario. En cuanto a la personificación en sí, tú estuviste exactamente acertado al decir que si Kira fingía ser yo cuando quería pasar desapercibida, yo podía fingir ser ella cuando pretendía lo mismo. —Kit sonrió irónicamente—. Puedo mantener la ilusión de ser Kira durante unas horas, pero resulta agotador tener que brillar todo el tiempo.

Lucien cambió de postura, haciendo que la bata se le abriera distraídamente en el pecho.

—¿Y qué hay del famoso tatuaje?

Kit se obligó a desviar la mirada de la fascinante visión de aquel vello dorado que salpicaba su musculoso torso.

—Acudí al mismo hombre que le había hecho el tatuaje a Kira. —Se frotó el lugar concreto—. Pica un poco.

Lucien apartó a un lado el borde de la camisa que llevaba Kit y estudió la mariposa que bailaba sobre la cara interior del muslo.

—Debería haberlo adivinado cuando besé el dibujo y noté que estaba un poco abultado. Alguien me dijo en cierta ocasión que un tatuaje recién hecho parece tener relieve, pero lo había olvidado. —Recorrió el contorno de la mariposa con la yema del dedo—. Cuando te tengo alrededor, mi mente no funciona muy bien.

Ya eran dos. El contacto de Lucien hacía que Kit se estremeciera y consumiera por dentro. Se apartó ligeramente y volvió a taparse el tatuaje. Procurando no hacer caso de la presencia de Lucien, prosiguió:

—Cuando Kira se dedicó al teatro, se cortó el pelo hasta el hombro para que le resultara más fácil usar pelucas, de modo que yo le pedí a Jane que me lo cortara a mí también. Con el trozo cortado me fabricaron un postizo, que siempre llevo cuando quiero ser Kathryn.

Lucien sonrió.

—Así que si yo hubiera investigado aquel moño que llevabas, habría descubierto la verdad. No me extraña que ese día estuvieras tan fría.

—Kathryn suele estar fría —dijo Kit en su más puro estilo a lo Kathryn. Y añadió en tono normal—: Funcionó, ¿no es así?

—En efecto, funcionó —admitió él—. ¿Kira es de verdad zurda?

—No, es diestra. Somos la una espejo de la otra, hasta los remolinos del pelo los tenemos al contrario. Tuve que mentir porque tú me viste zurda cuando hacía de Kira. Nadie más se ha dado cuenta de la diferencia.

—Llevar dos vidas debe de haberte mantenido muy ocupada.

—Eso es poco decir. —Se apartó el pelo de los ojos. Tras la impresión inicial que le supuso perder la mayor parte de la melena de toda una vida, llevar menos peso le resultaba una liberación—. Jamás podría haberlo conseguido sin la ayuda de Jane y de Cleo, y creo que también la del señor Jones. He estado pasando constantemente de Kathryn a Kristine y viceversa, y quedándome en la casa que me venía más a mano.

—¿Has obtenido resultados con esa suplantación de personalidad?

Ella dejó escapar un suspiro.

—En realidad, no. He observado a todos los hombres que se han acercado a Cassie James, sobre todo en el camerino después de las representaciones, con la esperanza de captar una nota falsa o una expresión de sorpresa en alguien que supiera que yo no podía ser la verdadera Cassie James, pero no he tenido suerte.

—Tal vez el hombre que la secuestró no ha ido últimamente al Marlowe, y por eso no sabe que Cassie James sigue actuando.

—Eso es lo que pienso yo. —Su tono adquirió un tinte de escepticismo—. Si ese tipo me hubiera visto y hubiera adivinado que yo era la hermana gemela de Kira, probablemente me habría raptado también. Mi hermana y yo aprendimos muy pronto que a algunos hombres les fascina la idea de llevarse a la cama a dos hermanas gemelas. Tras la muerte de mi padre, uno de sus acreedores nos ofreció mil libras por acostarnos con él.

Lucien entrecerró los párpados hasta convertirlos en dos ranuras felinas.

—Dame el nombre de ese cerdo y le retaré a un duelo. Soy bastante buen tirador. Kit parpadeó.

—Lo dices en serio, ¿no es verdad? No es necesario. Kira respondió volcándole una taza de té en los pantalones. Nos pareció una contestación muy adecuada al insulto.

—Debería haber imaginado que sabíais protegeros solas.

—En el pasado, pero no esta vez. —Kit fijó la vista en su copa e hizo girar el coñac en ella—. Era pedir demasiado, pensar en dar con ese tipo haciéndome pasar por Cassie James. Esa fue la razón por la que empecé a infiltrarme en las casas y en las reuniones de los Demomos.

—¿Qué estabas buscando exactamente? ¿Dejó Kira alguna pista reveladora en su cuaderno?

—Me temo que no. —Kit se bajó de la cama, sabiendo que Lucien definitivamente no podría comprender su explicación. El señor Jones y Cleo no la habían entendido; ni siquiera Jane la comprendía de verdad, y eso que conocía a las gemelas Travers desde que nacieron—. Al principio ni yo misma estaba segura, pero poco a poco fui dándome cuenta de que estaba buscando una... una especie de impronta psíquica, una sensación de que un hombre había estado muy cerca de Kira. Me siento igual que un sabueso buscando un olor determinado, excepto que lo que busco yo no es algo físico.

—¿Puedes explicarte mejor? —pidió Lucien, intrigado. Ella dudó.

—Es un reconocimiento de la presencia de Kira, supongo. Siempre he sido capaz de entrar en una casa o en una tienda y saber si ella había estado allí recientemente.

—Fascinante. ¿Kira puede hacer eso mismo contigo?

—Hasta cierto punto, pero no tan bien como yo. —Esbozó una sonrisa ladeada—. Es curioso... Cuando éramos más jóvenes y leíamos demasiadas novelas góticas, Kira y yo trazábamos planes de lo que íbamos a hacer si una de nosotras fuera raptada por un malvado príncipe. Ahora, en retrospectiva, aquello parece una premonición, aunque en realidad no era más que un juego imaginativo. Jurábamos que pensaríamos mucho en el hombre malvado para que la otra gemela pudiera reconocerle como tal. Cuando salíamos a montar a caballo, una de las dos escogía mentalmente un sitio para esconder un mensaje y la otra tenía que adivinarlo. Las dos terminamos siendo expertas en saber lo que hacía la otra.

Lucien terminó su coñac y dejó la copa sobre la mesilla de noche.

—¿Han dado algún resultado tus investigaciones?

—No todo el que yo quisiera —respondió Kit con tristeza—. He conseguido descartar enseguida a la mayoría de los Demonios jóvenes. Pero me resulta más difícil con los mayores, los Discípulos. Tengo la impresión de que Kira les conocía a todos y no le gustaban. —Comenzó a pasear por la habitación—. He venido a Blackweil Abbey porque creía que Harford podría ser el hombre que busco. Como no pude distinguirlo bien en el salón de baile, acordé verme con él en su habitación. Y entonces fue cuando me di cuenta de que no era él. Estoy segura de que él conoce a Kira, pero estoy igualmente segura de que no la tiene prisionera. Si fuera así, habría reaccionado cuando me quité la máscara.

—¿Y lord Mace?

—Ese es otro de los principales sospechosos. Había esperado encontrar rastros de Kira aquí, pero ahora juraría que jamás ha puesto un pie en Blackweil Abbey. Y tampoco ha estado nunca en la mansión de Chiswick.

—El hombre que la secuestró no tuvo por qué llevarla necesariamente a su propia casa.

—Muy cierto. —Kit se frotó la sien, tratando de aliviar el dolor que le sobrevenía cada vez que pensaba en la desaparición de su hermana—. Existen demasiadas posibilidades. Sin embargo, ya no sé qué más puedo hacer. A los hombres tan poderosos como los Discípulos no se les puede acusar sin tener pruebas sólidas como rocas, y yo no tengo ninguna. Lo único que tengo es mi instinto. Y estoy aterrorizada, porque tengo la impresión de que se me está acabando el tiempo.

—El lazo que tienes con tu hermana es la mejor herramienta de que disponemos —dijo Lucien, pensativo—. Hemos de encontrar una forma de utilizarla.

Kit experimentó una enorme sensación de alivio al ver la naturalidad con que Lucien se había echado al hombro su problema. Sería un formidable aliado. Y comprendía muy bien la relación de ella con Kira.

Sorprendentemente bien, de hecho. Entornó los párpados para preguntarle:

—¿Cómo es que sabes tanto de hermanos gemelos? Lucien desvió la mirada. Tras una pausa ligerísima, casi imperceptible, dijo:

—Siempre me ha parecido un fenómeno muy curioso, por eso converso con hermanos gemelos siempre que me topo con alguno.

Ahora que no estaba pensando en Kira, Kit se dio cuenta de que la corriente que fluía entre ella y Lucien era de dos direcciones; del mismo modo que él parecía capaz de percibir los sentimientos de ella, ella comprendía de algún modo los suyos. Y allí había algo, algo importante...

—Hay algo más. Dime qué es, Lucien.

Él cerró los ojos y su rostro se contrajo. Entonces, tan incapaz de soportar las preguntas de Kit como ella había sido incapaz de soportar las de él, dijo dolorosamente:

—En una ocasión te comenté que tenía una hermana que murió. Elinor era más que una hermana. Era mi hermana gemela.

Kit se le quedó mirando, pasmada.

—Santo Dios, ¿tú tuviste una hermana gemela que murió? ¿Cómo pudiste soportarlo?

—Muy mal. —Su habitual calma se desintegró y le dejó una expresión rígida y vulnerable—. Fue como... si a uno le partieran por la mitad.

Kit contuvo la respiración y después se acercó hasta la cama para abrazarle. Sintió los brazos de Lucien que la estrechaban con fuerza y el rostro enterrado en el pecho, su cuerpo entero temblando. No lloraba. Tal vez hubiera sido menos horrible si lo hubiera hecho.

Le pasó la mano una y otra vez por el pelo y la rígida nuca. Adivinó que rara vez, si acaso, había hablado de aquella pérdida. También experimentó la fuerte sensación de que ya era hora de que hablara de ella. Cuando Lucien empezó a aflojar el abrazo, ella le susurró:

—Hablame de Elinor.

Lentamente, él se separó y bajó de la cama.

—Linnie era media hora más joven que yo. Me dijeron que el médico pensó que no viviría lo suficiente para ver el nuevo día, pero ella dio al traste con lo que todo el mundo esperaba. No éramos idénticos, naturalmente, pero sí muy parecidos físicamente, excepto en que ella era tan pequeña que la gente suponía que tenía un año o dos menos que yo.

Paseó sin rumbo fijo por la habitación, sin hacer ruido con los pies descalzos sobre la gruesa alfombra.

—Mis recuerdos más tempranos son todos de ella. Siempre allí, siempre sonriendo. Era callada y tan etérea que apenas parecía ser de este mundo, sin embargo era inteligente y muy perspicaz. Cuando ambos teníamos cuatro o cinco años, recuerdo haber oído decir a su aya que lady Elinor era un préstamo que nos habían hecho los ángeles y que no permanecería mucho tiempo en este mundo. Yo juré que demostraría que la aya se equivocaba, que no permitiría que Linnie muriera. Tenía un sexto sentido en lo que a ella concernía; si estaba metida en problemas, yo siempre lo sabía; cuando estaba enferma, yo... yo le prestaba mi fuerza. Una vez salté de mi caballito de balancín y eché a correr por el pasillo para atraparla justo a tiempo de evitar que se cayera por una ventana. Se había descuidado mientras trataba de atraer a un pajarillo al interior de la casa. —Sonrió levemente—. Ella también sabía siempre todo lo que hacía yo. En cierta ocasión me caí de mi pony y perdí el conocimiento, y ella condujo a mi padre directamente hacia donde yo estaba. Otras personas creían que yo era el gemelo «dominante», pero no era así. Aunque Elinor era callada, era ella la que dirigía. A mí me resultaba casi imposible negarle nada. Tenía una vena traviesa, pero cuando nos metíamos en apuros, yo siempre insistía en que me echaran la culpa y me castigaran a mí, porque era el mayor. A ella no le gustaba eso, pero yo no podía soportar que la castigasen, de modo que en ese aspecto me salía con la mía. Creía que podría protegerla para siempre. —Se detuvo frente a la ventana y apartó las cortinas con una mano para contemplar la noche monótona—. Pero fallé,

—¿Qué edad tenías cuando la perdiste?

—Once años. —Se hizo un prolongado silencio antes de que volviera a hablar—. Mis padres eran indulgentes, pero insistieron en enviarme al colegio a los nueve años aunque yo supliqué recibir clases de un tutor en Ashdown, con Linnie. Aquella separación fue la experiencia más destructiva de toda mi vida. Fuimos literalmente arrancados el uno de los brazos del otro, los dos llorando como histéricos. Fue triste para mis padres, sobre todo para mi madre, pero yo era el siguiente conde de Strathmore, y los condes de Strathmore siempre han estudiado en Eton, y no había más que hablar. Pasé las cinco primeras semanas llorando todas las noches, y Linnie hizo lo mismo en Ashdown. Nos escribíamos todos los días. Yo vivía sólo por recibir sus cartas.

La idea de aquellos dos niños separados por la fuerza hizo estremecerse a Kit. Por lo menos, Kira y ella estaban ya crecidas cuando se separaron.

—Como hermano gemelo, estabas acostumbrado a compartir y a la intimidad. Tal vez fue ésa la razón por la que hiciste amistades tan profundas y duraderas en Eton.

Lucien frunció la frente.

—Nunca había pensado en eso, pero puede que tengas razón. Ciertamente, tuve mucha suerte con mis amigos. El primero que conocí fue Michael, aproximadamente dos semanas después de comenzar el colegio. Me encontró llorando en un rincón de la capilla. La mayoría de los chicos se habrían burlado de mí, pero Michael sólo me preguntó qué me pasaba. Yo le dije que echaba de

menos a mi hermana gemela. Él reflexionó un momento y luego dijo que su hermano mayor era un bruto y que por qué no nos hacíamos hermanos adoptivos. —Lucien sonrió ligeramente al recordar—. Después de aquello, Eton se convirtió en un lugar más soportable. Linnie y yo nos adaptamos a estar separados, aunque a ninguno de los dos le gustaba. La separación resultaba más dura para ella porque no tenía amigas nuevas ni actividades en que distraerse. Cuando yo iba a casa en las vacaciones escolares, ella estaba tan frágil que parecía casi transparente. Pero su espíritu jamás disminuyó. Era como una llama demasiado brillante para la lámpara.

—¿Murió de alguna enfermedad? —preguntó Kit en voz baja.

—De un accidente. Un accidente estúpido y fatal. —Sus dedos se crisparon sobre la cortina de terciopelo—. Fue casi al final de las vacaciones de Navidad, poco antes de la fecha en que yo debía regresar a Eton. Veníamos de hacer una visita familiar a unos primos y regresábamos a Ashdown en uno de esos grandes y pesados carruajes de línea. No lejos del camino había unas ruinas romanas y Linnie quiso verlas, de modo que convencí a mi padre de que nos llevase. Por fin accedió, yo sabía ser muy persistente. Si no hubiera sido tan... —No terminó la frase y su rostro adquirió una palidez mortal.

—¿El carruaje se estrelló? Lucien tragó saliva.

—Llevaba días lloviendo y el terreno estaba muy blando. Viajábamos por un sendero en fuerte pendiente que bordeaba un lago cuando la tierra se hundió bajo el peso del carruaje. Caímos colina abajo, con los caballos relinchando y agitando violentamente las correas. El conductor y el guardia salieron despedidos limpiamente, aunque los dos resultaron heridos. En el interior del carruaje reinaba el más puro caos, con los cuatro chocando entre nosotros. —Dejó la cortina y volvió al centro de la habitación—. El carruaje se precipitó al lago. Una de las ventanas había quedado destrozada y por ella empezó a entrar el agua. No recuerdo haber pensado en absoluto en mis padres; los dos estaban inconscientes a causa de la caída, creo. No tenían la menor posibilidad de salvarse. Yo agarré a Linnie y la saqué a rastras por la ventana rota. El agua estaba helada y me quedé entumecido en cuestión de segundos. Uno de los caballos me golpeó con la pata el tobillo, pero no sentí nada.

Conseguí nadar hasta la orilla con Linnie aunque nuestras ropas mojadas pesaban tanto que tuve miedo de que nos arrastraran al fondo. Soplaban un viento muy frío. Ella aún respiraba, pero yo sabía que se moriría si no la llevaba rápidamente a algún refugio. Habíamos pasado de largo una casa de campo no hacía mucho, de modo que intenté llevarla allí. Recuerdo que estaba furioso porque el tobillo, que no funcionaba como era debido, no me dejaba correr. Hasta más tarde no supe que tenía un hueso roto. Ese día maltraté de tal modo el tobillo que a veces todavía me causa problemas.

Tenía ya a la vista la casa de campo cuando Linnie levantó la mano y me tocó la cara. Me ofreció la más dulce, la más triste de las sonrisas. Yo supe que me estaba diciendo adiós. Y entonces... y entonces... —La voz se le quebró, y transcurrieron largos instantes en silencio hasta que dijo en un susurro apenas audible—: Noté el momento en que su espíritu la abandonó.

De nuevo Kit fue hasta él y le abrazó con fuerza, con el corazón abrumado por la pena.

—No fue culpa tuya —dijo con vehemencia—. Si no hubiera sido por tus cuidados, Linnie tal vez no hubiera vivido hasta los once años. Tú hiciste todo lo que era humanamente posible.

—Pero no fue suficiente —dijo Lucien con expresión sombría—. Es absurdo, ¿verdad? Un hombre adulto llorando por una niña que murió hace más de veinte años. Perdí a mis padres y mi infancia en el mismo día. Fue horrible, pero sobreviví, y con el tiempo fue borrándose la mayor parte del dolor. Sin embargo, aún no he superado la pena por mi hermana.

—Linnie era tu hermana gemela, tu otro yo —dijo Kit con lágrimas en los ojos—. En cierta ocasión, una gitana nos dijo a Kira y a mí que eran gemelos quienes habían estado muy unidos en una vida anterior. Es un vínculo que perdura más allá de la muerte.

—Tú lo entiendes —dijo Lucien con la voz entrecortada—. Creo que sólo otra hermana gemela puede entenderlo. Por eso nunca he hablado de esto con nadie. Oh, Kit, Kit...

Su boca descendió sobre la de ella, y la besó con una suerte de desesperación. Los poderosos sentimientos que ambos habían experimentado explotaron en una llamarada de pasión, la bata de Lucien cayó al suelo, la camisa de Kit salió de un tirón por la cabeza. Unos pocos pasos hasta la cama, y el peso de Lucien aplastó a Kit contra el colchón. Ella le recorrió el cuerpo con las manos, aprendiendo qué era lo que le daba placer. La boca de él encontró lugares secretos, sensibles, despertando una sed que la habría avergonzado si no fuera porque estaba ya más allá de toda vergüenza.

Luego vino la unión, tan natural como el hecho de respirar. La leve incomodidad que sintió Kit quedó eclipsada por la excitación, incrementando el placer que era casi dolor. La profundidad del consuelo mutuo. Después, aquella locura primitiva y cegadora que la arrastró hacia las alturas hasta casi extenuarla. Se aferró a Lucien con todo el cuerpo convulso mientras él la penetraba una y otra vez.



Quedaron tendidos en silencio, el uno en los brazos del otro, agotados. Kit estaba vacía de todo excepto de una leve sensación de asombro y una profunda satisfacción que llenaba cada una de las células de su cuerpo e incluso se filtraba en todos los huecos de su mente. Por primera vez desde que Kira y ella habían tomado caminos diferentes, se sintió entera. Era un pensamiento peligroso y se apresuró a suprimirlo; la satisfacción era algo más seguro. Acarició con ternura la espalda de Lucien. No sabía que el cuerpo de un hombre pudiera ser tan hermoso, como tampoco había entendido jamás cómo una mujer podía tirar su reputación y su futuro a la basura por un momento de pasión. Seguía siendo una necedad, pero —que el cielo la ayudase— ahora lo entendía.

Lucien cambió de sitio el peso y se tendió a su lado en la cama, diciendo con la voz ronca:

—Esto podría convertirse en una adicción.

Ella sonrió ligeramente, comprendiendo la necesidad de hablar en tono ligero de algo tan inmenso.

Con expresión ausente, Lucien se enroscó en el dedo un mechón del cabello de Kit.

—Vamos a tener que casarnos, sabes. Aquellas palabras le sonaron igual que un jarro de agua fría en la cara.

—¡Qué! —Kit habría dado un salto en la cama si él no la hubiera retenido con el brazo—. ¡Estás loco!

—En absoluto —repuso él con calma—. Conoces las reglas tan bien como yo. Cuando un caballero compromete a una dama, sólo su nombre podrá reparar el daño. Así pues, yo te ofrezco el mío.

Luchando por poner orden en el caos que reinaba en su mente en aquel momento, Kit le preguntó: —¿Dirías esto mismo si yo fuera Kristine?

—La situación sería distinta. Tu hermana eligió dar la espalda a los convencionalismos. Tú no, tú has llevado una vida totalmente respetable con tu tía. —Sonrió y le recorrió el contorno de la oreja con la yema del dedo—. Tú misma dijiste que un caballero no trata a una dama del mismo modo que a una actriz. A pesar de tus actividades irregulares, tú ciertamente eres una dama, y yo soy oficialmente un caballero. Ergo, matrimonio.

A pesar de la ligereza del tono, Kit supo que Lucien estaba hablando con toda sinceridad. Percibía que él tenía la necesidad de proteger a las personas, en particular a las mujeres, una necesidad nacida del fracaso por no haber podido salvar a su hermana. Kit sospechó que aquello no constituía una buena base para el matrimonio.

La luz de la vela jugueteaba con las formas de los músculos de su cuerpo y convertía su cabello en un halo plateado. Estaba impresionante, un ángel desnudo, indecentemente masculino, bajado del cielo para poder dominar las artes de la sensualidad terrenal. ¿Cómo sería ser su esposa, experimentar la pasión y la intimidad sin cesar?

Era una fantasía peligrosamente seductora. Hizo un esfuerzo por recobrar el raciocinio y dijo:

—No resultas muy convincente como defensor de la moralidad convencional, Lucien. Tú no crees en las normas de la sociedad, y ciertamente no siempre las sigues.

—Puede que no siempre siga las normas —admitió él—, pero sí creo en ellas. La condena social es muy real, todos los días se destrozan vidas de personas que infringen la ley. No pienso consentir que tú arruines la tuya porque yo te he quitado la virginidad de forma irresponsable.

—De corazón, soy tan poco convencional como Kira; simplemente carezco del valor y de las oportunidades que tiene ella —dijo Kit con aspereza—. Lo que ha sucedido esta noche ha sido enteramente tanto responsabilidad mía como tuya, así que no hay necesidad de que te sacrifiques en el altar del honor de un caballero.

Lucien se encogió de hombros.

—No sería un gran sacrificio. Tal como suelen comentar mis amistades femeninas, ya es hora de que me case, y tú eres una candidata estupenda.

Le acarició suavemente el vientre con la mano, deteniéndose en los sedosos rizos que tenía entre los muslos—. Además, siempre existe la posibilidad de un hijo. Ésa es una consecuencia que no se puede ocultar fácilmente.

Un hijo de Lucien... Aquella idea sonaba tan terriblemente atractiva que resultaba poco menos que irresistible.

—Las posibilidades de que ocurra eso después de una sola noche son remotas —dijo Kit con firmeza—. Hay tiempo de sobra para preocuparse si ocurre.

Lucien abrió la boca para continuar la discusión, y ella buscó a Kira en su mente, en un intento de valerse de su fuerza para rechazar de nuevo a Lucien.

Kira no estaba allí.

El horror la sacudió de arriba abajo. Se puso rígida.

—¡Kira!

—¿Qué ocurre? —exclamó Lucien.

—¡No encuentro a Kira! —gimió ella, sintiendo que se ahogaba—. He intentado tocarla, pero no está.

Lucien, con los ojos relampagueantes, clavó su mirada en la de Kit y le cogió la cabeza entre las manos para transmitirle su fuerza.

—Cierra los ojos, relájate y respira hondo —le ordenó—. Uno, dos, tres. ¡Respira, maldita sea! Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Kit se obligó a seguir el ritmo que él le marcaba. Cuando su respiración se hubo estabilizado, él le dijo suavemente.

—Prueba otra vez.

Volvió a sumergirse en su interior, buscando la esencia vital que le era tan familiar como la suya propia, y con una sensación de alivio tan paralizadora como el miedo que había experimentado antes, localizó el delgado hilo que la conectaba a su hermana gemela, vibrando fuerte y regular.

—Se encuentra bien —susurró Kit entrecortadamente—. No le ha pasado nada.

—Gracias a Dios. —Lucien envolvió su cuerpo tembloroso con las mantas y después la atrajo hacia sí para darle calor.

Kit abrió los ojos y vio en el rostro de él lo mucho que se había preocupado. A diferencia de todas las personas que había conocido, él era capaz de entender el terror que acababa de invadirla.

Lucien dijo serenamente:

—Creo que deberíamos casarnos lo antes posible. Eso hará que sea más fácil buscar a Kira.

—No, Lucien —respondió ella en un tono que su hermana habría reconocido como inamovible—. ¿Es que no lo ves? Lo que acaba de ocurrir se ha debido a que tenía los sentidos inundados por la pasión. No puedo arriesgarme a que ocurra de nuevo. Tú mismo has dicho que mi conexión con Kira resulta esencial para encontrarla. Si nos convertimos en amantes, es posible que la pierda.

—Estoy hablando de matrimonio, no de una aventura amorosa —señaló él, con expresión impenetrable.

—El matrimonio sería incluso peor. —Kit cerró los ojos, pues no se atrevía a mirarle—. Lucien, no puedo acostarme otra vez contigo ni pensar en el futuro mientras la vida de Kira esté en peligro.

—Se le quebró la voz—. Y si ella muere, puede que yo ni siquiera tenga un futuro, porque no puedo imaginarme viviendo en un mundo en el que no esté ella.

—Uno aprende a soportarlo —repuso Lucien en un tono que no era lo bastante frío para enmascarar la pena—. Pero comprendo lo que quieres decir. Muy bien, todos los planes de matrimonio quedan aplazados hasta que encontremos a tu hermana. Pero te lo advierto: cuando llegue el momento, no pienso aceptar una negativa.

Ella le sonrió con un gesto irónico.

—Después de que hayas tenido tiempo para pensarlo, estoy segura de que te recuperarás de ese ataque de caballeridad. Yo soy una marisabidilla excéntrica, ya lo sabes, en absoluto apropiada para ser la condesa de un hombre deslumbrante como tú.

—En otras palabras, temes que yo sea demasiado frívolo para tolerar tu carrera de política y escritora. En realidad, ése es uno de tus encantos —señaló Lucien—. Casarse con una mujer que tiene tantas caras distintas sería como tener un harén entero en una sola esposa. Nunca habría momentos de aburrimiento. Y yo estoy de acuerdo con la mayoría de tus opiniones, excepto cuando te pones deliberadamente provocadora.

Ella se le quedó mirando, otra vez insegura.

—¿A qué te refieres?

—No me creo del todo que Kristine sea L. J. Knight, en cambio esa actividad le viene que ni pintada a Kathryn. —Torció un poco el gesto—. ¿Me equivoco?

—No —contestó ella, sumisa—. Todo lo que dije sobre ser periodista era cierto. Knight era el apellido de soltera de mi madre. Empiezo a pensar que tú nunca te equivocas.

—Es por la mujer que lleva semanas teniéndome confundido. Kit estudió su rostro, y de nuevo experimentó esa sensación de una corriente fluyendo entre ellos. Siempre había sospechado que

existía una discrepancia entre la cara que Lucien ofrecía al público y su verdadero yo, y ahora tuvo la certeza de ello.

—No eres el caballero ocioso que finges ser, ¿verdad? Debería haberme dado cuenta antes de que la manera que tienes de observar y analizar no es en absoluto casual. ¿Qué te propones?

Ahora le tocó a él el turno de sentirse inseguro.

—Albergaba la vana esperanza de que tal vez no lo descubrieras—dijo tras una breve pausa—. Baste decir que la guerra con Francia ha hecho que la información resulte algo muy valioso, así que he aprendido a prestar atención y a pasar material que pudiera ser de interés para el gobierno.

—Si tú lo dices —comentó Kit, escéptica—. Yo hubiera pensado que eras más probablemente una especie de espía magistral que se esconde tras una fachada de frivolidad.

Los ojos de Lucien se tornaron más verdes. Otra persona quizá no lo hubiera captado, pero para Kit aquello era una prueba irrefutable de que había dado en el clavo.

—De modo que por eso querías convertirte en un Demonio—dijo con aire triunfal—. Eso explica muchas cosas.

—Haya paz. —Lucien lanzó un suspiro de teatral derrota—. Voy a tener que confesar, ¿no es así?

—Me parece que es lo justo. Al fin y al cabo, esta noche mi vida ha sido examinada hasta el último detalle.

—No existe un nombre oficial que designe mi puesto, pero llevo participando en trabajos de inteligencia en la sombra desde que salí de Oxford. Un amigo me dijo en una ocasión que soy como un espía sentado en medio de una vasta tela de araña, devorando informes que llegan de todas partes de Europa.

—No tienes aspecto de araña. No tienes las piernas tan largas, ni con mucho. Él sonrió.

—A veces meto las narices en asuntos domésticos cuando existen implicaciones internacionales. En este caso, tengo motivos para creer que uno de los Demonios lleva varios años actuando de espía de los franceses. Ahora que corren rumores de que Napoleón podría intentar tomar el poder de nuevo, es de particular importancia detener a ese hombre. Sin embargo, hasta ahora no he tenido éxito. —Frunció el ceño profundamente y deslizó la mano bajo la manta para poder acariciarle el pecho a Kit—. La mayor parte de mi atención ha estado atrapada todo el tiempo por cierta mujer que me ha vuelto loco.

Ella rompió a reír, y contuvo la respiración cuando él le acarició un pezón con los dedos. De mala gana, le cogió la mano y la sacó de debajo de la manta.

—No, Lucien. La pasión es un lujo que no puedo permitirme en este preciso momento. La conexión entre Kira y yo no es tan fuerte como cuando las dos éramos más jóvenes, y no me atrevo a hacer algo que pueda debilitarla aún más.

Lucien volvió a apoyar la mano en el torso de ella, pero esta vez por encima de la manta.

—Ese vínculo parece ser muy fuerte, teniendo en cuenta que durante años habéis estado viviendo separadas y persiguiendo distintos intereses.

—No es la geografía lo que ha debilitado el vínculo, sino el hecho de que, después de separarnos, Kira empezó a ocultarme cosas. —Kit esbozó una sonrisa glacial—. Espero que fuera porque pensaba que yo era demasiado inocente para saber la cruda realidad de la vida de una actriz. Resultaba frustrante, lograba captar débilmente sus altibajos emocionales, pero normalmente no sabía lo suficiente para interpretarlos.

Lucien frunció el ceño.

—Eso podría sernos de utilidad. ¿Notaste que le ocurriera alguna cosa durante esos años que pudiera tener algo que ver con su desaparición?

—Lo más notable fue una temporada en la que se la veía radiante de felicidad. Ese período terminó bruscamente, y después pasó mucho tiempo deprimida. Creo que se enamoró y el romance terminó mal. —Dejó escapar un suspiro—. Se negaba a hablar de ello y a admitir siquiera que había un hombre, pero desde entonces nunca ha vuelto a ser la misma. Ha perdido parte de su chispa.

—Debió de dolerle mucho que la dejaran —dijo Lucien en voz queda.

Kit no contestó. En aquel momento deseó que Lucien fuera un poco menos sensible. Había sido muy duro enterarse de que su hermana gemela estaba sufriendo, y lo había sido todavía más el hecho de que no le hubieran permitido ayudarla.

—Hasta ahora hemos dado por hecho que el «lord Demonio» de Kira es el culpable, pero tal vez nos equivoquemos —prosiguió Lucien—. ¿Podría ese romance de Kira ser un factor de toda esta historia?

Kit reflexionó un momento sobre ello y sacudió la cabeza negativamente.

—No lo creo. Sucedió hace dos o tres años. Además, tuve la sensación de que él la dejó a ella, no al revés, así que es poco probable que la raptara a causa de una pasión no correspondida.

—¿Percibiste alguna ocasión en la que estuviera asustada?

—Sólo cuando estaba a punto de salir al escenario para un nuevo espectáculo, y esa clase de miedo es diferente del que se siente respecto de la seguridad propia. —Kit hizo una mueca—. He descubierto el miedo escénico desde que empecé a actuar en lugar de Kira.

—¿Te gusta actuar? Lo haces maravillosamente, con la misma capacidad para hechizar al público que dices que posee Kira.

—Esa capacidad no es mía; la he tomado prestada de Kira. —Meditó unos momentos—. Los aplausos son emocionantes, y me alegro de haber tenido la oportunidad de vivir esa experiencia, me ayuda a entender mejor a Kira. Pero para actuar bien se necesita desnudar el mundo interior de una, lo cual yo odio. Soy mucho más feliz detrás de las bambalinas.

—Obviamente has nacido para ser escritora, igual que Kira nació para ser actriz. —Le rozó suavemente la barbilla con los nudillos—. Los hermanos gemelos son todavía más interesantes por las cosas que les diferencian que por las cosas que les hacen parecidos. Si se te ocurre alguna otra cosa que pudiera tener algo que ver, escribe una nota y dímelo más tarde. Tal vez yo vea algo que tú no percibes por estar demasiado cerca.

Permanecieron juntos en silencio durante un rato. Kit se preguntó con tristeza si volverían a estar así alguna otra vez. Por fin, se incorporó y deslizó los pies al suelo.

—Ya es hora de que me vaya. No debe de faltar mucho para que amanezca.

Lucien se sentó también en la cama, con el semblante grave. —Debo decir que no tengo ninguna gana de dejarte marchar de mi vista.

—No me extraña, después de tu experiencia. —Se puso de pie y se vistió con sus ropas arrugadas—. Pero no te preocupes. Antes tenías razón: necesito toda la ayuda que pueda conseguir, así que prometo no desaparecer de nuevo.

—¿Dónde está la casa de Kira?

Era una prueba, y ella la aceptó sin vacilar.

—En el número 7 de Marshall Street. Reparto mi tiempo entre ese piso y la casa de Jane. Cuando actúo, siempre me quedo en casa de Kira.

El rostro de Lucien se relajó.

—Cuando me marche de aquí, tengo que hacer una visita rápida a Ashdown, pero estaré de vuelta en Londres a última hora del martes.

—Esa noche representaré de nuevo *La Gitana*. ¿Por qué no te reúnes conmigo en mi vestidor particular después de la función? —Le brillaron los ojos—. Ya es hora de que vaya a cenar contigo por voluntad propia, sin que haga falta secuestrarme.

—Secuestrarte fue algo especialmente inapropiado, dadas las circunstancias. No me extraña que te pusieras furiosa. —La contempló pensativo—. ¿Sospechaste que pudiera ser yo el que raptó a tu hermana?

—En realidad, no. Sabía que debía sospechar, pues la información que tenía de ti era más bien siniestra, pero no podía creer que alguien que me rescataba una y otra vez de Demonios borrachos fuera un malvado. —Torció la boca ligeramente—. Además, si tú y Kira os hubierais visto, habríais congeniado maravillosamente el uno con el otro. No habría sido necesario recurrir a ningún secuestro.

—Me alegra saber que mis excelentes cualidades se ven en el exterior. —Lucien se puso de pie y empezó a vestirse—. Te veré el martes por la noche a no ser que los caminos estén especialmente intransitables. Si no llego en el plazo de media hora después de terminar la representación, supón que me he quedado atascado. Iré a casa de Kira a la mañana siguiente. —Soltó una ligera risa—, ¿Te das cuenta de lo poco que nos hemos visto a la luz del día? Es como un cortejo entre dos buhos.

Ella ladeó la cabeza mientras se ataba la cinta de la capa.

—¿Es esto un cortejo?

—Ha de serlo, porque pronto estaremos de pie ante el altar. Lucien cruzó la habitación y trató de tocarla, pero Kit se escabulló hacia un lado.

—No debo besarte, Lucien. Como te he dicho antes, la pasión me distrae demasiado.

El se detuvo en seco.

—Creía que la prohibición se refería sólo a actividades más íntimas.

Kit se ruborizó y miró a otra parte.

—Contigo, hasta un beso es suficiente para que pierda los cabales. Él lanzó un suspiro.

—Halagador pero frustrante. Va a ser muy duro tenerte cerca y no tocarte, gatita.

—Soy demasiado alta y demasiado seria para que me llames gatita. —Tonterías. —Lucien sonrió abiertamente—. Tienes una estatura muy adecuada, y a mí me pareces de lo más retozona. —Antes de que ella pudiera protestar por la observación, la atrajo hacia él y la abrazó—. Esta noche ya puede darse por perdida en lo que se refiere a mantener tus canales sensoriales despejados —le dijo al oído—. ¿Crees que un beso ahora empeoraría las cosas más de lo que ya están?

Debería haberse imaginado que ella no podría resistírsele al tenerle tan cerca.

—Quizá... —contestó Kit, titubeando—, quizá no pase nada por un beso. —Alzó la cabeza y apretó los labios contra los de Lucien. Su boca la recibió gustosa, cálida y profunda. Lucien era el mundo entero, fuerte como la tierra, y tan esencial como ella. Kit se aferró a él, temblando, durante largos segundos una vez terminado el beso.

También con la respiración entrecortada, Lucien dijo:

—Encontraremos a Kira, y después te casarás conmigo. Acéptalo, mi querida cría de tigresa, porque ya hemos ido demasiado lejos para volver atrás. —La besó de nuevo, esta vez con más suavidad—. Estoy deseando que llegue la próxima vez en que pueda ponerte en un compromiso.

Kit sonrió con cierta tristeza al separarse de su abrazo. Deseó poder creer que tenían un futuro juntos, pero no podía.

Nadie les vio cuando Lucien acompañó a Kit a través de la casa silenciosa hasta una discreta salida. Ella había insistido en que no le pasaría nada, pero a él le resultó difícil verla marcharse e imposible dormir al regresar a su habitación. La inquietud y el anhelo circulaban por sus venas. Sin embargo, aunque aquellas emociones estaban lejos de ser agradables, suponían una considerable mejora en comparación con la negra melancolía que le había invadido en el pasado tras unos momentos de intimidad.

Kit llenaba su mente; la enloquecedora, la caprichosa Kit, con su valor y su lealtad, su viva inteligencia y su maravillosa sensualidad. Existía la tentadora posibilidad de que con ella encontrase la intimidad emocional que había estado ausente de su vida desde la muerte de Elinor. Aquella proximidad no existía aún, y pudiera ser que no existiera nunca. Kit era ante todo leal a su hermana gemela, y, viva o muerta, era posible que Kira se interpusiera siempre entre Kit y él. Pero al menos había esperanza. Merecería la pena casarse con Kit por eso, dejando aparte el hecho de que casarse fuera la opción honrosa.

Iba a resultarle muy duro mantener las manos apartadas de ella mientras buscaban a Kira.

Sonrió para sí en la oscuridad. Kit no podía haber encontrado algo que le motivara más para darse prisa en encontrar a su hermana.

Peor que el miedo, casi tan espantoso como la degradación, era el aburrimiento. No dejaba de ser curiosa la forma en que incluso el horror podía transformarse en algo banal. A veces pensaba que se volvería loca debido al aislamiento. Suponía que debía estar agradecida de que su prisión fuera tan cómoda, pero seguía siendo una prisión.

¿Cuánto tiempo llevaba encerrada en aquella habitación sin luz? Semanas, desde luego, quizá meses. Era difícil llevar un cálculo del tiempo. Anhelaba ver el sol, o incluso un cielo cargado de lluvia.

Su única distracción era una pequeña estantería de libros, ninguno de los cuales habría consentido tener en casa si pudiera elegir, pero elegir era precisamente lo que no podía hacer. Aquellos nauseabundos ejemplares habían sido esenciales para enseñarle a comprender un poco la mente perversa de su captor. También los había estudiado religiosamente para recoger ideas de lo que podría hacerle. A él le gustaban las novedades, y el día en que se aburriera de ella, sería una mujer muerta.

Estaba paseando inquieta por la sala de estar cuando llegó la criada de cara avinagrada. El guardia fuertemente armado que estaba al otro lado de la puerta quedó a la vista por espacio de un breve instante cuando se abrió la hoja reforzada con bandas de hierro. El hecho de saber que estaba allí el guardia era lo único que le había impedido hacer un intento desesperado de escapar. No había soportado todo aquello para tirar tontamente su vida a la basura. Si esperaba, con el tiempo se le presentaría una oportunidad mejor.

La criada dijo:

—Estará aquí dentro de una hora. Quiere que esta vez te pongas las pieles.

Ella asintió con cansancio. A su captor le gustaba de modo especial aquel traje. Se lo puso con ayuda de la criada. Primero una ajustada prenda de satén rojo que imitaba un complicado corsé francés. Luego las inevitables botas negras y las medias de encaje. Por último, una capa de piel de marta que ondeaba espectacularmente cuando ella caminaba majestuosamente con su látigo.

Si escapaba... No; cuando escapase de aquel lugar, sería feliz vistiendo de muselina blanca y lisa durante el resto de su vida.

Se estaba ajustando la peluca de color rubio plateado cuando la criada escupió de improviso:

—Crees que estás a salvo porque a él le gusta lo que le haces, pero ya verás. Dentro de dos semanas acabarás igual que las otras. Ella giró sobre los talones y miró fijamente a la criada.

—¿Qué otras? ¿Y qué les ocurrió?

La criada contestó con una desagradable sonrisa:

—¿Acaso crees que eres la primera a la que ha traído aquí? En cuanto a lo que va a ocurrir... ya lo verás, sucia ramera. —La criada dio unos golpecitos en la puerta y el guardia le franqueó el paso.

Asió con las manos frías el puño del látigo. Había sabido todo el tiempo que su cautiverio no podía acabar bien, pero el tiempo se iba agotando más aprisa de lo que había creído.

Dos semanas. En silencio, juró para sí que cuando llegase el momento, no iría mansamente como un cordero al matadero.

*La Gitana* fue bien aunque nuevas pesadillas perturbaron el sueño de Kit la noche anterior. Mientras bailaba representando su papel, se preguntó si Lucien habría llegado a tiempo para encontrarse entre el público. Sospechó que estaba presente porque presentía que alguien la estaba observando con mayor intensidad de la normal. Esperó que disfrutara al ver su tatuaje.

La función la dejó exhausta y empapada en sudor, así que pasó de largo el camerino. Su vestidor era una habitación diminuta, pero toda suya desde que se había convertido en la principal atracción de la compañía. Se quitó la peluca negra, se lavó el maquillaje de la cara y cambió el traje de gitana por un vestido de Kira, que era mucho más deslumbrante que su propio guardarropa. Aunque no se atrevía a repetir momentos de intimidad con Lucien, sí que quería tentarle un poco. Estaba descubriendo que la remilgada Kathryn tenía una vena desvergonzada.

Sonrió mientras se cepillaba el cabello. Los tres días que habían transcurrido desde la última vez que se vieron parecían una eternidad. Tal vez no pudieran tocarse, o por lo menos sólo un poco, pero sería maravilloso el simple hecho de estar con él. En su presencia era posible creer que todo iba a salir bien.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por una llamada a la puerta que la hizo saltar del tocador. ¡Dios santo, estaba comportándose como una chiquilla! Pero a Lucien no le importaría.

El saludo de bienvenida quedó congelado en sus labios al abrir la puerta de un tirón. No era Lucien. En lugar de él, en el umbral en penumbra aguardaba un hombre alto y de pelo oscuro. Su primera reacción fue una sensación de familiaridad, pero cuando se fijó un poco más vio que se trataba de un completo desconocido. No era el primer admirador de Cassie James que descubría cómo se llegaba a su vestidor particular, y tampoco sería el último. Kit se tragó su desilusión y le ofreció una sonrisa amistosa, tal como habría hecho Kira.

—Buenas noches. ¿Le ha gustado la representación?

—¿Que si me ha gustado? —Torció la boca—. Apenas me he dado cuenta. Lo único que he visto todo el tiempo es a tí. —Sin esperar a que ella le diera permiso, la dejó a un lado y entró en la habitación.

Obviamente, aquel hombre conocía bien a Kira. Ahora, con mejor luz, Kit observó que sus facciones eran agradables pero que era flaco hasta el punto de resultar demacrado, y que lucía una siniestra cicatriz que se le extendía desde la sien hasta la raíz del pelo, que llevaba demasiado largo. Iba muy mal vestido, la ropa le sentaba mal y le colgaba flaccida, y paradójicamente su postura era la de un hombre importante. Kit trató de hacer coincidir su aspecto con alguna de las breves descripciones que le había proporcionado Cleo, pero no lo consiguió. Naturalmente, Cleo no podía conocer a todos los hombres que conocía Kira.

Tras decidir que lo mejor era una natural amistosidad, dijo:

—Ha pasado mucho tiempo.

—Ha pasado una eternidad. —El hombre volvió las palmas de las manos hacia arriba—. Tú ganas, cariño. Me rindo: pie, caballo y cañón.

La cosa era peor de lo que había temido, porque estaba claro que aquel hombre conocía a Kira muy bien. Al ver que ella dudaba, buscando la mejor manera de responder, él dijo con triste humor:

—Sé que parezco cualquier desecho que tu gato haya dejado en la puerta, pero estoy seguro de que no has olvidado lo que dijiste la última vez que nos vimos. Tal vez necesites algo que te lo recuerde.

Y antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, dio un paso adelante y la envolvió en un asfixiante abrazo. Había una hambre primitiva en su forma de besarla, y una posesividad que resultaba un tanto aterradora.

Kit le empujó para zafarse de él, diciendo en tono ligero:

—No tengas tanta prisa. Como te he dicho, ha pasado mucho tiempo. Dime dónde has estado y qué has hecho. —Se replegó hacia el otro extremo de la habitación, preguntándose cuánto tiempo habría pasado desde que terminó la función y si habría todavía alguna posibilidad de que llegase Lucien—. ¿Te apetece una copa de jerez? Él la miró fijamente con una emoción febril en sus ojos castaños.

—¿No te importa que haya arriesgado mi vida para venir aquí? Actúas como si esto fuera un maldito salón.

Como Kathryn, habría tratado de calmarle, pero esta noche era Kira, de modo que replicó:

—Y tú estás actuando como si yo fuera propiedad tuya. Bien, pues no es así, y si no te comportas como una persona civilizada, tendré que pedirte que te vayas.

Se hizo un tenso silencio entre ambos que se extendió por espacio de varios segundos, al cabo de los cuales él dijo suavemente:

—Así que quieres que sea civilizado. —Cogió la silla que estaba frente al tocador. Ella creyó que le iba a pedir cortésmente que se sentara, pero en lugar de eso él levantó la silla por encima de la cabeza y la arrojó con violencia contra la pared. Una lluvia de astillas de madera voló en todas direcciones, rebotando sin control y haciendo añicos el espejo—. Lo siento, Kira, pero no estoy de humor para ser civilizado—dijo en un tono que resultaba tanto más amenazador por cuanto que él trataba de reprimirlo—. No habría logrado sobrevivir estos dos últimos años si no me hubiera vuelto salvaje, y el salvajismo no es algo que uno pueda quitar de en medio como si fuera una camisa vieja.

Kit pegó la espalda a la pared, con el corazón latiéndole con fuerza mientras pensaba en la posibilidad de gritar pidiendo socorro. No, nadie la oiría por encima del barullo que tenía lugar en el camerino.

Entonces contuvo la respiración. El había soportado el salvajismo durante dos años...

De pronto las piezas encajaron en su sitio. Aquél debía de ser el hombre del que se había enamorado Kira, y por eso le había resultado familiar a ella aunque nunca le hubiera visto. A lo mejor no había dejado a su hermana voluntariamente, sino por haber ido a prisión. Su furia de ahora hacía fácil creer que era un delincuente, o tal vez un loco. Cualquiera de esas dos posibilidades explicaría la depresión de Kira y su negativa a hablar de la ruptura.

—Lamento lo que has tenido que pasar —dijo, tratando de parecer conciliadora—. Háblame de ello.

—No he venido aquí a hablar de mi mala suerte —rugió él—. He venido aquí por ti.

Kit titubeó. Si su hermana estaba enamorada de aquel hombre, ella no podía echarle de allí. Debía confesar quién era y esperar que él respetara aquella confidencia. Tal vez incluso supiera algo que le sirviera de ayuda para buscar a Kira.

Pasó demasiado tiempo pensando.

—Estás buscando una forma amable de decirme que los sentimientos cambian en dos años, ¿verdad? —dijo él, con la angustia pintada en el rostro—. Bueno, pues los míos no han cambiado, y no cambiarán jamás. <sup>1</sup>

Era indecente dejar que aquel desconocido desnudara su alma ante la mujer equivocada. Kit levantó una mano para interrumpirle.

—Por favor, no digas nada más. No soy quien tú crees. Antes de que pudiera seguir hablando, el semblante de él se transformó.

—No, no lo eres —dijo con amargura—. Yo creía que eras cariñosa y sincera aunque fueras actriz, pero eres tan puta como el resto de las de tu calaña. Muy bien, pues te trataré como a una de ellas. Me temo que no llevo encima el precio que vale una noche, pero seguro que todavía me queda algo de crédito después de todos los regalos que te hice.

La acorraló contra la pared y la besó de nuevo, esta vez con saña. Aunque ella luchó, el flaco cuerpo del hombre escondía una inusitada fuerza. Sus caderas aplastaron las de ella, y le plantó una mano en el busto. Kit le mordió la lengua.

El hombre apartó la cara con una sacudida y rugió:

—¡Maldita bruja!

Kit trató de escabullirse, pero él la atrapó y la sujetó contra la pared. Ambos se miraron fijamente el uno al otro. En los ojos en llamas de él se veía la batalla que estaba sosteniendo entre la furia y la razón.

En ese momento la puerta se abrió de par en par con un fuerte chirrido. Tanto Kit como su atacante levantaron la mirada y se encontraron con Lucien, sucio por el viaje. Comprendiendo instantáneamente la situación, éste penetró a grandes zancadas en la habitación, con ojos relampagueantes.

—¡Suéltala ahora mismo!

—¡De modo que por esto estabas jugando a ser doña Modestia! —explotó el hombre de cabello oscuro—. Te enseñé demasiado bien. Debería haber imaginado que una vez que descubrieras las delicias de la fornicación, no serías capaz de mantener las piernas cerradas. ¿Cuántos amantes has tenido en estos dos años? ¿O has perdido la cuenta?

Antes de que ella pudiera responder, el hombre la soltó y se arrojara a través de la pequeña habitación para abalanzarse como un gato salvaje sobre Lucien. Kit lanzó un chillido, pero Lucien ya había reaccionado. En un movimiento fluido esquivó el golpe echándose hacia un lado y al mismo tiempo estrelló el puño contra la mandíbula de su atacante. El hombre emitió un ruido parecido a un gorgoteo y se desplomó como un saco.

Lucien pasó por encima de él y abrazó a Kit.



—¿Te ha hecho daño?

—E-en realidad, no. —Ella hundió la cara en su hombro, deseando que él pudiera tocar todas las partes de su cuerpo a la vez. Olía a barro, a caballo y a seguridad.

Lucien la besó en la frente y le acarició la espalda y los hombros, masajeando sus músculos para eliminar de ellos el miedo. ^ —¿Quién es? .

Kit soltó una risa temblorosa.

—No hemos llegado a presentarnos formalmente, pero creo que debe de ser el hombre del que se enamoró Kira hace varios años. Jamás le habría dado a conocer su apodo si la cosa no fuese en serio.

Lucien observó al hombre de cabello oscuro, cuyo momentáneo estupor empezaba a desaparecer.

—Necesita aprender modales.

—Estaba muy alterado. —Kit sintió un escalofrío—. Pero estoy muy contenta de que hayas llegado en el momento preciso.

El hombre fue incorporándose con esfuerzo hasta quedarse sentado. En su frente se veía un hematoma que se iba hinchando rápidamente.

—Adelante —dijo con voz cansada—. Llame al guarda, o a un juez, o a quien diablos utilice como policía en Londres. No me importa lo más mínimo.

Lucien le miró con los párpados entornados.

—Por su acento, ha de ser americano o canadiense.

—Americano. —El desconocido dirigió una mirada satírica a Kit—. Naturalmente, eres demasiado lista para hablar a tu amante actual de los anteriores.

—Si no deja de hacer comentarios insultantes a la dama, le romperé la mandíbula —dijo Lucien con calma. Soltó a Kit y extendió el brazo para levantar al otro del suelo—. ¿Tienes algo de beber, Kit? Me parece que a este caballero le vendría bien tomar algo.

Ella fue hasta el pequeño armario donde se guardaba el jerez. No la sorprendió que Lucien advirtiese el sutil acento no británico. Pensando que quizás él también quisiera tomar algo después del largo viaje que había hecho, llenó dos copas y le dio una a él y la otra al desconocido, que se había sentado en el diván con la cabeza gacha.

—Agárrese bien —dijo Kit—: Yo no soy Kira, sino su hermana gemela, Kit. Resulta obvio que ella jamás le mencionó mi existencia.

El alzó la cabeza de repente y se la quedó mirando con incredulidad. A continuación levantó su mano libre y se pasó los dedos por la cara.

—Oh, Dios —susurró—. Es cierto, usted no es Kira. —Su rostro adquirió un tinte ceniciento—. Lo siento, lo siento mucho. Si lo hubiera sabido, no me habría comportado de este modo.

—No me gustaría pensar que usted considera eso como una manera aceptable de tratar a mi hermana —repuso Kit en tono cortante—. Desde luego, si yo fuera Kira, me habría comportado de un modo totalmente distinto.

El hombre no podía sostenerle la mirada.

—Durante dos interminables años me ha mantenido vivo el hecho de pensar en Kira. Esperaba que tú... que ella se arrojase a mis brazos. Al ver que usted me trataba como a un conocido casual, yo... me he vuelto loco. Espero que pueda perdonarme.

Kit estudió su pálido rostro. Pobre diablo.

—Perdonado y olvidado. Pero ¿quién es usted?

—Jason Travers. —Torció ligeramente el gesto—. A su servicio, aunque sea con retraso.

—¿Un pariente?—preguntó Lucien. . Los ojos de Kit se agrandaron.

—Me parece que éste debe de ser el primo segundo de América que te mencioné, el que ahora es el quinto conde de Markiand. Lucien emitió un leve silbido.

—Interesante. El hecho de que sea un aristócrata podría ser de utilidad si las autoridades descubren su presencia. —Luego dijo, dirigiéndose al americano—: ¿Acaba de escaparse de los cascarones?

Kit exclamó:

—¿Esos horribles barcos prisión que están amarrados en el Támesis? ¡Desde luego que no!

Jason sonrió sin pizca de humor.

—Me temo que sí, son el Hades a flote. Ayer tuve la oportunidad de saltar por la borda, de modo que así lo hice. Diablos, estuve a punto de congelarme, arrastrado al fondo por las basuras que flotaban en el agua, y por poco no llego a alcanzar la orilla. —Dirigió a Lucien una mirada de cautela—. ¿Cómo se le ha ocurrido? ¿Y quién es usted?

—Lucien Fairchild, el futuro esposo de la joven dama a la que usted estaba agrediendo. —Lucien le tendió la mano—. Tiene el aspecto de un hombre que ha estado alimentándose con raciones de comida propia de la cárcel. Dado que en los cascarones hay algunos prisioneros de guerra americanos, me ha parecido una explicación probable.

Jason estrechó la mano que se le tendía y después tomó un trago de jerez. Estaba temblando y parecía al borde de derrumbarse.

Lucien le dijo a Kit:

—Creo que deberíamos llevarle a mi casa. Es evidente que necesita comida, ropa y descanso.

Ella asintió con un gesto. Su recién estrenado primo levantó la vista, confuso.

—No irán a enviarme de vuelta a los cascarones... La últimas noticias que tuve decían que nuestros dos países estaban en guerra.

—Si Dios quiere, ya no lo estarán mucho tiempo más. Para empezar, ha sido una guerra absurda. Y francamente, yo no enviaría a los cascarones ni a un perro rabioso. —Lucien ayudó al americano a ponerse en pie—. ¿Puede caminar? Bien. Tener que cargar con usted llamaría demasiado la atención. —Rodeó la cintura de Kit con un brazo, y los tres salieron al exterior, donde el carruaje de Lucien aguardaba frente a la puerta del escenario.

Media hora después se encontraban en la cocina de Strathmore House. Kit observó que Lucien conocía sorprendentemente bien aquella zona para ser un aristócrata; las incursiones a medianoche a la despensa no debían de ser cosa poco común en él. Incluso encontró una olla con sopa. Kit la calentó mientras él rebuscaba y sacaba algo de pan, queso y pastel de biftec y riñones. A pesar de su evidente apetito, Jason Travers no pudo comer gran cosa. Después de apartar a un lado su cuenco de sopa, observó fijamente a Kit. Ella se dio cuenta de su mirada y levantó la vista hacia él, con expresión interrogante.

—Lo siento —se disculpó él—. Ya sé que usted no es Kira. Si no fuera porque esperaba verla a ella, me habría dado cuenta en el momento en que puse los ojos en usted. Sin embargo, el parecido es asombroso.

—No es usted el primero en confundirse —señaló ella—. Ni siquiera nuestro propio padre era capaz de distinguirnos.

—Entonces sería porque no ponía atención. —Sus manos se pusieron rígidas alrededor de la jarra de cerveza—. ¿Dónde está Kira? Supongo que debe de estar metida en algún problema.

Kit le explicó concisamente la desaparición de su hermana y la suplantación de personalidad que había efectuado ella misma. La cara de Jason se fue oscureciendo mientras ella hablaba. Cuando terminó, él dijo con violencia a duras penas contenida:

—Maldita sea, llevo semanas teniendo la sensación de que algo andaba mal, pero supuse que era una de esas extrañas fantasías que uno tiene en prisión. —Se frotó la cicatriz de la sien, que le vibraba visiblemente—. Supongo que es por eso por lo que me he arriesgado a intentar escapar. Sabía que tenía que encontrarla.

Reconociendo una angustia que casi igualaba a la suya, Kit dijo para tranquilizarle:

—Esté donde esté, goza de buena salud. Si no fuera así, yo lo sabría. Y estamos haciendo todo lo que podemos para rescatarla.

—Díganme qué puedo hacer yo —exclamó Jason con expresión pétrea.

—No se preocupe —contestó Lucien, sirviendo más cerveza para todos—. Si es necesario, será llamado al servicio militar. Primero tenemos que encontrar a Kira. Pero ahora le toca hablar a usted.

—Sí, siento curiosidad por saber cómo conoció a mi hermana. Jason cerró los ojos por un instante para ordenar todos sus pensamientos.

—Hace cuatro años, el abogado de su familia me notificó que yo era el nuevo conde. A causa de la falta de previsión del conde anterior, no existía ninguna herencia económica, de modo que apenas presté atención a la carta. Mi abuelo era un hijo menor que había emigrado a América y mantenido sólo un ligerísimo contacto con su familia. Como americano, yo no podía conservar el título, de modo que todo el tema tenía meramente un interés intelectual. No obstante, cuando los negocios me hicieron venir a Inglaterra, descubrí que sentía cierta curiosidad por ver el lugar del que provenía la familia. Cuando terminé mis asuntos en Liverpool, viajé hasta Kendal. El actual dueño me mostró la propiedad y me invitó a cenar. Miré en la iglesia parroquial, con todos sus monumentos conmemorativos a los Travers fallecidos, y recorrí las colinas, y en términos generales disfruté de un viaje interesante. —Hizo una mueca—. Pero comprendo por qué se marchó mi abuelo, era el lugar más húmedo y gris que he visto nunca.

Kit sonrió.

—Westmoreland es húmedo incluso para lo que suele ser normal en Inglaterra, pero uno termina acostumbrándose. El paisaje es muy hermoso.

—Hermoso de una forma más bien sombría —admitió él—. Estaba a punto de marcharme cuando el propietario de la posada me dijo que una de las hijas del fallecido conde acababa de llegar a la posada. Dijo que lady Kristine estaba de visita porque su hermana y ella estaban pagando poco a poco las deudas de su padre, y que probablemente había ido a hacer el último pago y dar las gracias a los acreedores por su paciencia.

Lucien alzó una ceja en dirección a Kit, inquisitivo.

—No eran deudas de juego de mi padre —explicó ella—. Sus desagradables amigos de juego pueden freírse en el infierno, por lo que a nosotras respecta. Pero nos sentíamos obligadas a pagar a los comerciantes. Habríamos vestido harapos y comido gachas de avena si los tenderos de Kendal no hubieran ampliado el crédito a la familia.

Los ojos de Lucien brillaron con una ternura que los volvió de un color dorado.

—Sois personas muy honradas.

Kit dibujó un ocho en la cerveza derramada.

—Kira hizo más que yo; las actrices de éxito ganan más que los escritorzuelos.

—Mayor mérito para ti. —Le cogió la mano por debajo de la mesa y entrelazó sus dedos con los de ella.

—El dueño de la posada me habló muy bien de las dos —prosiguió Jason—. Como tenía curiosidad por mi prima inglesa, pedí que me presentara formalmente a lady Kristine. Ella era... no lo que yo esperaba. —En sus labios jugó una sonrisa provocada por el recuerdo.

Cuando el silencio empezó a alargarse, Lucien dijo:

—¿Podemos suponer que las estrellas interrumpieron su curso y que los coros de ángeles empezaron a cantar?

Jason se obligó a regresar al momento presente.

—Ésa es una descripción bastante acertada. Seguí a Kira hasta York, donde estaba actuando. A lo largo de las semanas siguientes... —Se le espesó la voz, y tuvo que interrumpirse.

—¿Kira deseaba el matrimonio, pero usted no se decidía a casarse con una actriz? —preguntó Kit con cierto filo en el tono.

—¡No! —El la fulminó con la mirada—. Se lo propuse, de hecho hasta me puse de rodillas y le supliqué, pero ella se negó a casarse conmigo a menos que yo viniera a vivir a Inglaterra. No sé si quería ser condesa, o si le gustaba demasiado su carrera para abandonarla, pero no pude aceptar dejar mi hogar y mi país.

—No era una decisión fácil —admitió Lucien.

—Tuvimos una tremenda discusión. Yo le dije que si cambiaba de opinión, ya sabía dónde encontrarme en Bostón. Ella respondió que si cambiaba yo, ella me recibiría con los brazos abiertos, pero que en caso contrario no me atreviera a acercarme a su puerta de nuevo.

—No me sorprende que se pusiera tan furioso al presentarse y ver que yo no estaba con los brazos abiertos —comentó Kit. Él se pasó distraídamente la mano por el pelo.

—No he tenido un instante de paz desde que me fui de York. Cuando dejé de maldecir a Kira, empecé a echarla de menos terriblemente. Así que empecé a pensar seriamente en trasladarme a la antigua propiedad en el campo aunque, como todo buen americano, desprecio al gobierno británico. Tiene las entrañas podridas.

Kit dirigió una mirada a Lucien, que había pasado gran parte de su vida defendiendo aquel gobierno. Pero él se limitó a decir:

—Aquí hay muchas personas que estarían de acuerdo con usted, pero un gobierno no es una nación. Jason esbozó una sonrisa ladeada.

—Cierto, y cuando pienso en ello, me doy cuenta de que me gustan los ingleses como personas. Ya que en América no me queda ninguna familia cercana y que mi negocio, que consiste en transporte por mar, puede dirigirse tanto desde Inglaterra como desde Bostón, decidí volver con Kira, sombrero en mano, y ofrecerle instalarme aquí. Entonces estalló la guerra. Yo me ofrecí voluntario a prestar servicio, y unos meses más tarde me vi prisionero en uno de los cascarones, viviendo de la bazofia y rezando por no morir de fiebres en la cárcel.

—Los cascarones son las cárceles más infames de Inglaterra —dijo Kit gravemente. Había escrito varios artículos furiosos acerca de lo inhumanas que eran—. Tiene suerte de haber sobrevivido.

—Créame que lo sé bien —contestó Jason con un estremecimiento involuntario.

Lucien comentó:

—¿Era usted un capitán corsario? . El americano le miró fijamente.

—Usted debe de ser un hombre condenadamente incómodo. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Sólo una persona capturada en el mar podría acabar en una prisión británica en vez de Canadá —explicó Lucien—. Usted ha mencionado que su negocio es el transporte por mar, y tiene aspecto de ser uno de éstos que prefieren dar órdenes antes que obedecerlas. Por lo tanto, parecía probable que se tratara de un corsario. Aun así, me sorprende que un oficial haya sido enviado a uno de los cascarones.

—El capitán de la fragata que capturó el *Bonnie Lady* sentía una especial antipatía personal hacia mí y se valió de su influencia para asegurarse de que me enviaran a la prisión más podrida que hubiera.

—Ha dicho que escapó por la borda y nadó hasta la orilla —dijo Kit—. ¿Cómo se las arregló para conseguir dinero y ropas?

—Entré a robar en una tienda de ropa usada cerca del muelle, y me vestí con lo mejor que pude encontrar —respondió el americano, incómodo—. Por casualidad encontré también un poco de dinero escondido bajo una pila de camisas.

—Si se acuerda del nombre y la dirección de la tienda, enviaré dinero para pagar lo que usted se ha llevado —dijo Lucien. Jason le dirigió una mirada fugaz.

—Se lo agradecería mucho. Le juro que se lo devolveré. Lucien hizo un gesto de desaprobación.

—Después del tratado de paz. ¿Qué ocurrió después ?

—Me disponía a tomar un transporte hasta York con la esperanza de que Kira todavía estuviera haciendo su gira por el norte, pero vi un cartel que anunciaba la obra *La Gitana*, interpretada por Cassie James, de modo que acudí al teatro. —Lanzó un suspiro, con expresión ojerosa—. Creí que me había cambiado la suerte, pero en lugar de ello...

Tras otro silencio, dijo:

—Parezco un desagradecido. Créanme, aprecio mucho lo afortunado que soy de que no me hayan enviado de vuelta a ese agujero. Lucien sonrió ligeramente.

—Dado que prácticamente somos parientes por matrimonio, sería muy descortés por mi parte dejar que se muriera de hambre en esa barcaza olvidada de Dios en el Támesis. —Se puso de pie—. Parece muerto de cansancio. Duerma un poco. Seguiremos hablando por la mañana.

Kit tomó la delgada mano del americano en la suya.

—La encontraremos, Jason, o moriremos intentándolo.

—Esperemos no tener que llegar a eso —dijo Lucien en voz baja.

Kit recogió los platos después de la cena mientras Lucien llevaba a Jason a una habitación de invitados. Cuando regresó, la estrechó en sus brazos como si aquel gesto fuese tan natural como el respirar. Ella se reclinó sobre él, descargando la tensión y la fatiga como pétalos de una rosa ajada.

—¿Le tienes rencor por su intimidad con Kira? —preguntó Lucien.

—Mi nuevo primo tiene razón: sabes demasiado. —Titubeó un momento, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Jason me gusta... Parece un tipo honrado, y es obvio que ama profundamente a Kira. Si he interpretado correctamente los sentimientos de mi hermana, ella le ama con la misma intensidad. Dios sabe que lo que deseo de verdad es que Kira sea feliz. —Dejó escapar un suspiro de tristeza—. Pero al mismo tiempo, en efecto, siento rencor hacia él por interponerse entre nosotras. Cuando Kira le conoció, empezó a hacerme a un lado a mí. Estaba en su derecho, sin embargo... —Kit escondió la cara contra el hombro de Lucien y dijo con voz lastimera—: ¡Ni siquiera le dije que éramos gemelas! Ése es lo más importante de mi vida, y ella no lo consideró lo bastante trascendental para decírselo.

Lucien le acarició la cabeza con ternura. Se estaba convirtiendo en un experto en calmarla, pensó Kit con un toque de histeria.

—Tal vez esa omisión no se debiera a que la relación no le parecía importante a Kira, sino a que era demasiado importante —sugirió él—. Sospecho que una de las razones por las que a los gemelos idénticos les gusta confundir a la gente es que así la mantienen a distancia y protegen la singularidad del vínculo que les une a ellos. Tú eres un aspecto tan especial de la vida de Kira, que probablemente no se atrevió a compartirlo hasta estar segura de Jason. Como tenían nacionalidades distintas, tal vez ella tuvo un cierto recelo sobre la relación desde el principio, y por eso no le dijo nada.

El nudo que Kit tenía en la garganta se aflojó.

—No sé si eso será verdad, pero es una explicación muy bonita. Me gusta. —Levantó el rostro para mirarle—. ¿Dónde has aprendido a ser tan amable?

Aunque era una pregunta retórica, él contestó:

—Lo aprendí de Linnie. No sólo tenía una alma dulce, sino que además me enseñó un poco cómo funciona la mente femenina. —Y dijo en tono más desenfadado—: Y también sé que si ella hubiera crecido, se hubiera enamorado y se hubiera casado, yo habría sentido rencor contra su esposo. No a causa de perversos celos físicos de mi hermana, sino porque tendría miedo de perder esa especial unión que había entre nosotros.

Y de hecho la había perdido para siempre cuando él mismo no era más que un niño. Aquella idea hizo que Kit se sintiera avergonzada de quejarse. Le abrazó con más fuerza, deseando tener el poder de modificar el pasado para que Elinor hubiera sobrevivido.

—Habrías superado esos celos y le habrías deseado felicidad de todo corazón.

—Tú harás lo mismo. —Le rozó el pelo con los labios—. Es muy tarde. ¿Por qué no pasas el resto de la noche conmigo? —Al ver que ella dudaba, añadió—: Sólo para dormir, Kit, te lo juro. No quiero hacer nada que pueda poner en peligro tu conexión con Kira. Pero ha sido un día muy largo y agotador, y yo descansaría mucho mejor si te tuviera a mi lado.

—Será mejor que no. ¿Qué pensarían los criados?

—Todos han sido escogidos por su capacidad para ser discretos —dijo Lucien en tono ligero—. Y más vale que se vayan acostumbrando a verte, porque vas a ser su señora dentro de poco. —Debió de notarla tensa, porque le apoyó las manos en los hombros y la miró fijamente a la cara—. No se me ha escapado que cuando yo menciono la palabra matrimonio, tú reaccionas como un conejo acorralado por un hurón. ¿Tanto te desagrada la perspectiva de convertirte en mi esposa?

Resultaría más fácil tratar con Lucien si éste fuera menos perspicaz. Escogiendo otra vez las palabras con cuidado, Kit contestó:

—No me desagrada, pero es una posibilidad que me parece irreal. No puedo ver más allá de la desaparición de Kira hasta que todo vuelva a ser normal.

—Y eso es todo lo que tienes que decir, ¿no es así? —dijo él lacónicamente—. Muy bien, no quiero atosigarte. Pero no voy a cambiar de opinión, y puedo ser asombrosamente perseverante.

—Lo sé, a mi costa. —Kit apoyó la frente contra la mejilla de él—. Eres asombroso en muchos aspectos.

—Quédate conmigo —dijo Lucien suavemente—. Por favor. Resultaba tan difícil negarse a aquel ruego como discrepar con Kira. Y la verdad desnuda era que quería estar con él tanto como él quería estar con ella.

-Está bien —susurró—. Me quedaré.

Por respeto a las circunstancias, Lucien sacó dos de sus camisones para dormir, que rara vez usaba. El de Kit la envolvía desde la barbilla hasta más allá de los dedos de los pies. Estaba maravillosa, acurrucada a un costado de él, cuando se quedó rápidamente dormida. Aunque estaba cansado después de un día tan largo viajando por caminos enlodados, permaneció despierto un rato, saboreando la dulzura de tener a Kit a su lado.

¿Su reacia actitud al matrimonio sería general, o concretamente dirigida hacia él? Tal vez un poco de ambas cosas. Tendría que convencerla de que no tenía la menor intención de cortarles las alas y convertirla en un pajarillo doméstico. Podría seguir siendo una pensadora radical bajo su techo tanto como lo era bajo el de su tía.

Por fin le venció el sueño, pero sólo para despertarse con un sobresalto cuando Kit profirió un grito ahogado y agitó de pronto el puño izquierdo, que casi le golpeó en el ojo. Le sujetó las muñecas para que dejara de dar puñetazos al aire.

—¡Kit, despierta! Estás teniendo una pesadilla. Ella abrió los ojos, pero continuó forcejeando.

—Kit, soy Lucien y estás a salvo —le dijo con voz firme—. Estás a salvo.

Ella dejó de debatirse.

—¿Lucien?—susurró insegura.

—Estoy aquí, Kit. —Le soltó las muñecas y encendió la vela que había sobre la mesilla de noche—. Cuéntame esa pesadilla.

—Ha sido horrorosa. Yo... Yo llevaba puesto un traje muy extraño, indecente, y estaba azotando a un hombre. Él colgaba atado con cadenas y se retorció cada vez que yo le golpeaba, una y otra vez. —Dejó escapar un suspiro tembloroso—. Aunque estaba furiosa conmigo misma, disfrutaba de cada latigazo. Lo más extraño de todo es que tenía la sensación... de que era él quien disfrutaba. —Se cubrió la cara con las manos heladas—. ¿Los sueños revelan nuestra personalidad profunda? Si es así, la mía es repugnante.

—A veces los sueños nos muestran a nosotros mismos —dijo Lucien despacio—. Pero también pueden decirnos otras cosas. —Amontonó varias almohadas contra el cabecero para recostarse en ellas, y después acunó a Kit contra su pecho—. Cuéntame qué otros detalles recuerdas, antes de que los olvides.

—Un espacio cerrado, asfixiante. Un calor pegajoso. La decoración es recargada y vulgar. —Se desabrochó con manos nerviosas el botón que cerraba el cuello del camisón—. Llevo unas botas negras ajustadas de tacón absurdamente alto y una prenda peculiar, como... como una piel de serpiente satinada y negra. Y una peluca de pelo largo. De color rojo, creo.

—¿Y él cómo es?

Kit se frotó la sien y movió la cabeza en un gesto negativo, frustrada.

—Está desvaneciéndose. Lo siento. Necesito agua. —Se incorporó y se bajó de la cama, pero inmediatamente se desplomó sobre la alfombra.

—¡Kit! —Lucien saltó disparado y la tomó en brazos, la depositó sobre la cama y la tapó con las mantas.

Kit estaba pálida y temblando de pies a cabeza, pero consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Estoy bien, de verdad. Esto ya me ha sucedido antes. Se me pasará en unos minutos.

Lucien se detuvo un instante de camino a la jofaina.

—¿Con qué frecuencia te sucede?

—De forma leve, lleva sucediéndome toda la vida. —Suspiró con cansancio—. Últimamente está siendo mucho peor. Ahora no sólo me deja agotada, sino que apenas puedo andar, como has visto. Las pesadillas son nuevas, también. Supongo que ambas cosas son el resultado de la preocupación por Kira.

—Quizá. —Llenó un vaso de agua y lo llevó hasta la cama—. ¿En todas las pesadillas aparece alguien que es azotado?

Kit se paró a pensar.

—Creo... creo que sí.

Lucien la sostuvo mientras ella bebía, y después la recostó suavemente contra las almohadas. Se acercó a avivar el fuego y mientras tanto le dijo:—¿Es posible que, en vez de soñar, estés percibiendo los pensamientos y experiencias de Kira?

—No lo creo —contestó Kit dubitativa—. Percibir sus emociones es cosa muy distinta de poder leerle la mente.

—Piénsalo otra vez. El látigo que estabas usando, ¿lo tenías en la mano derecha o en la izquierda?

Kit se miró las manos y palideció de pronto.

—En la derecha. Era la mano de Kira, no la mía. —Levantó la vista hacia Lucien, con expresión de perplejidad—. Pero las imágenes eran irreales, de pesadilla. Kira jamás torturaría deliberadamente a nadie.

Lucien dijo con seriedad:

—Has dicho que experimentaste la sensación de que a él le gustaba. Tal vez él quería que ella le azotara.

—¡No es posible que nadie pueda disfrutar con un dolor así!

—No necesariamente. —Lucien se sentó en el borde de la cama y le cogió una mano entre las suyas—. Las raíces del deseo son complejas y misteriosas, Kit. Para algunas personas, el placer y el dolor están tan estrechamente relacionados entre sí que encuentran excitante cierta clase de dolor. —Viendo que ella no le creía, dijo—: Sé que no parece muy verosímil, pero aquí mismo, en Londres, hay burdeles especializados en azotes. Conozco a una mujer que es propietaria de uno de ellos, y bien que se gana la vida con él.

Kit se mordió el labio, sintiendo una curiosidad periodística que podía más que sus sentimientos personales.

—¿Y te ha explicado alguna vez por qué acuden a allí los hombres?

—Dolly dice que muchos de sus clientes son personas muy poderosas, hombres influyentes que tienen importantes responsabilidades. Les excita encontrarse en una situación en la que se ven desvalidos y cuyo único propósito es el sexo. De modo similar, hay mujeres a las que les gusta empuñar un látigo porque es una situación en la que pueden dominar a un hombre totalmente y en la que éste encima les da las gracias.

—Supongo que tiene su lógica, por extraña que sea.

—No esperes demasiada lógica, no se trata de una cuestión racional—dijo Lucien secamente—. Existen tanto hombres como mujeres con esos gustos tan especiales, y los hay que se turnan en la tarea de manejar el látigo. Y la cosa no se limita a los azotes; Dolly tiene clientes que hablan extasiados de cómo eran zurrados en las nalgas por niñeras o maestras de escuela cuando eran niños, y desde entonces han buscado siempre esa mezcla de dolor y placer. Otros... —Se interrumpió—. No importa. Estoy seguro de que ya te haces una idea.

La mano de Kit apretó la suya.

—¿Tú crees que Kira ha sido secuestrada y obligada a trabajar en uno de esos burdeles?

—No es muy probable, esos lugares no necesitan raptar a sus empleadas. Hay mujeres de la buena sociedad que acuden en ocasiones al local de Dolly y trabajan gratis. —Se movió incómodo, pensando que ojalá no tuviera que explicar aquellas cosas a Kit—. Yo creo que tu idea original es la correcta. Kira fue secuestrada por un hombre que estaba obsesionado por ella. No obstante, en lugar de la violación al uso, tiene... gustos menos corrientes. Una vez la tuviera cautiva, podría explicarle lo que le causaba placer y dejaría claro que a ella le interesaba complacerle.

—¡Oh, Dios mío! —Kit se apretó el dorso de la mano contra la boca, con expresión de asco—. Es repugnante.

—Podrían haberle ocurrido cosas peores —dijo Lucien con gravedad—. Ello explicaría por qué tú tienes la sensación de que se encuentra físicamente bien aunque esté sufriendo emocionalmente.

Kit frunció el entrecejo.

—Si un hombre así se excita sexualmente cuando se ve desvalido, ¿de qué sirve tenerla a ella cautiva? Él sigue teniendo el control aunque sea ella quien empuña el látigo.

Lucien se encogió de hombros.

—A lo mejor es incapaz de permitirse estar completamente desvalido, de modo que crea una fantasía de sumisión sin dejar de retener el poder en última instancia.

Con el aspecto de no estar segura de si quería conocer la respuesta, Kit preguntó:

—¿Tú has hecho alguna vez esas cosas, Lucien? Él sonrió y sacudió la cabeza negativamente.

—Dolly se ha ofrecido a demostrarme el exquisito placer que supone ser dominado por una artista como ella, pero yo he declinado su oferta. El único placer que he encontrado nunca en el dolor es cuando éste cesa. —Viendo que Kit parecía confusa, agregó—: Muchas cosas que se consideran perversas son simplemente extensiones de la conducta que se acepta como normal. La mayoría de las parejas de amantes juegan de formas que les procuran placer a ambos, con burlas, o luchando en broma, o fingiendo seducción, por ejemplo. Algunas personas simplemente van más lejos.

Ella hizo una mueca.

—Mucho más lejos. Explicado así, puedo entenderlo un poco mejor. ¿Tú crees que Dolly te diría los nombres de sus clientes?

—Dudo que me los diera sin más, pero tal vez me confirmara nombres que le sugiriera yo. De todos modos, recuerda que no hay garantías de que nuestro hombre sea un cliente de su establecimiento.

—Es una manera de empezar. Pregúntale por Mace, Chiswick, Nunfield, Westiey y Harford. Aunque no creo que Harford sea el secuestrador, puede que esté implicado de forma indirecta. —Ya parecía sentirse más fuerte, y cambió de postura para sentarse en la cama—. ¿Qué te ha hecho pensar que mis pesadillas podrían venir de Kira?

—Linnie y yo teníamos a veces los mismos sueños, aunque no nos dimos cuenta de ello hasta que tuvimos nueve años y empezamos a comparar notas después de una noche difícil. Además, estaba la cuestión de prestarnos fuerza. ¿Recuerdas que te conté lo que hice con ella?

—Sí, pero no estaba segura de lo que querías decir. La mirada de Lucien se quedó perdida.

—Resulta difícil de explicar. Cuando éramos pequeños y ella estaba enferma, yo me sentaba en su cama, le cogía la mano y le decía que tomara parte de mi energía. Era una especie de juego, pero parecía funcionar. Ella superaba más rápidamente la convalecencia, mientras que yo me cansaba más fácilmente. Aquel vínculo perduró incluso cuando yo me fui al colegio. A veces me despertaba cansado y más tarde me enteraba de que Linnie había estado enferma. —Interrumpió aquellos recuerdos antes de que se volvieran dolorosos—. ¿Es eso lo que sucede entre Kira y tú?

—Puede ser, sin que ninguna de las dos se dé cuenta. Cuando yo me encuentro en una situación difícil, conscientemente trato de entrar en contacto con Kira. Busco apoyo emocional, pero quizá también haya tomado energía física sin tener la intención.

—Y ahora esa corriente ha invertido su curso porque es tu hermana la que está en peligro, y está drenando tu fuerza para que la ayude a soportar su situación. —De pronto sonrió abiertamente—. ¿Te imaginas cuan rara le sonaría esta conversación a alguien que no fuera un hermano gemelo?

—A mí me suena perfectamente lógica. —Kit guardó silencio, con una expresión de concentración en el rostro. Parecía frágil y delgada dentro de los voluminosos pliegues de la camisa de dormir de Lucien. Con el cuello desabrochado, la prenda se abría hasta muy por debajo de incluso los vestidos de noche más atrevidos. Lucien tenía la mirada fija en la hendidura en sombras que se revelaba, incitante. Experimentaba una nítida percepción física del cuerpo que había debajo de aquella tela blanca. Como habían sido amantes, conocía la encantadora línea de su cintura, la forma de sus pechos suaves y libres, el dulce calor de la cara interna de sus muslos.

Notó la boca seca. Aunque siempre se le había dado bien esperar para obtener lo que deseaba, esa capacidad parecía haberle abandonado. La pasión era una fiebre, y Kit la única cura. Más que ninguna otra cosa en el mundo, deseaba hacerle el amor, no sólo para satisfacer el deseo, sino para profundizar en la intimidad que tanto ansiaba. No le ayudaba saber que tenía poder para seducirla y convencerla de abandonar aquella decisión de evitar la intimidad física hasta que encontrasen a Kira. Sería tan fácil; un ligero beso, una caricia a lo largo de la elegante curva de la espalda, una mano en la rodilla. Una caricia llevaría a otra. Pronto la pasión de ella sería igual a la suya, y le aceptaría con inocente ardor.

Y después, se despreciaría a sí mismo por aquel egoísmo tan miope. Musitando mentalmente todo juramento que logró recordar, se obligó a sí mismo a levantar la mirada y preguntarle en tono sereno:

—¿En qué estás pensando? Tienes un brillo de concentración en los ojos.

—El Marlowe va a estrenar *Calle del Escándalo* el próximo viernes—contestó Kit—. Es una obra que se ha hecho muy popular en provincias, y será la primera vez que se represente en Londres. Mi papel es pequeño, por eso el nombre de Cassie James no aparece en los carteles. ¿Crees que podrías llevar a los principales sospechosos al teatro como invitados tuyos? Cuando yo salga por primera vez a escena, podrías vigilar por si alguno parece más sorprendido de lo que debiera estar.

—Es una buena idea, excepto... —Lucien frunció el ceño—. Si te ve el secuestrador, sabrá que tienes que ser la hermana gemela de Kira. Como tú misma has dicho, a algunos hombres les estimula la idea de llevarse a la cama a gemelas idénticas. Eso podría ponerte en peligro.

—Si me secuestra, al menos encontraré a Kira.

—No bromees con eso, Kit —cortó Lucien—. Si te sucede algo... Fuera lo que fuese lo que vio en el semblante de Lucien, hizo que Kit bajase la mirada. Por espacio de unos instantes flotó en el aire una oleada de intensas emociones. Por acuerdo tácito, ambos se replegaron. Lucien dijo:

—Mañana intentaré organizar una salida al teatro. De ahora en adelante no quiero que vayas a ninguna parte sola. ¿Puede tu mensajero de Bow Street actuar como escolta cuando yo no esté contigo?

Kit asintió con un gesto.



—Creo que sí. Se ha mostrado tan protector conmigo como un perro pastor con una oveja descarriada.

—Un hombre sensato. —Lucien la contempló pensativamente—. He estado pensando. ¿Crees que podrías comunicarte conscientemente con Kira? Si es posible, tal vez pudieras enterarte de algo acerca de su captor y de dónde está encerrada.

—¿Quieres decir que la próxima vez que tenga una pesadilla debo intentar hacer preguntas a Kira? —Frunció el ceño—. No creo que pueda controlar los sueños de esa manera. Y aunque pudiera, dudo que los resultados sirvieran para algo. Mis pesadillas no son más que imágenes difusas y una cierta sensación de sus emociones.

Lucien escrutó su rostro, preguntándose si Kit estaría de humor para atreverse.

—En vez de aguardar a que tengas otra pesadilla y esperar que suceda lo mejor, podríamos probar con el mesmerismo. Ella alzó las cejas de repente.

—Creía que eso era mera charlatanería.

—Yo no estoy convencido de que exista el magnetismo animal del que habla el doctor Mesmer —admitió él—, pero sus técnicas pueden inducir un estado parecido al sueño en personas sensibles. Si tú pudieras establecer contacto con tu hermana de ese modo, yo podría formularle preguntas a través de ti.

—¿Tú sabes mesmerizar a una persona? —Al ver que él asentía, Kit rompió a reír—. Lucien, ¿dónde aprendes esas cosas?

—En este caso, de un médico que estudió con Mesmer y luego continuó desarrollando métodos propios. A mí me pareció interesante, de modo que le pedí que me enseñara. No sé si el mesmerismo te ayudará a entrar en contacto con Kira, pero estoy razonablemente seguro de que no te hará daño intentarlo.

—Muy bien. —Kit se frotó las palmas de las manos nerviosamente contra los muslos—. ¿Qué tengo que hacer? Lucien frunció el entrecejo.

—Debes de estar agotada. Tal vez debiéramos esperar a mañana, después de que hayas dormido un poco.

—La fatiga rebaja las barreras mentales. Creo que hay más posibilidades cuando Kira y yo estemos cansadas. —Kit hizo una mueca de tristeza—. Sé que yo lo estoy, y si ella ha soportado una sesión con su captor, lo estará también. Merece la pena probar.

—Está bien. Ponte cómoda.

Mientras ella se recostaba entre las almohadas de modo que la parte superior del cuerpo estuviera un poco elevada, él cogió una vela del candelabro que había sobre la mesilla de noche y la situó a cierta distancia de Kit, donde ella pudiera verla sin tener que esforzarse.

—¿Lista?

Ella afirmó con la cabeza y estiró las mantas sobre sus caderas, pero en sus ojos se leía la ansiedad.

—En realidad, esto consiste en poca cosa. Puede que no notes nada en absoluto —dijo Lucien en tono deliberadamente natural—. Lo único que tienes que hacer es relajarte y mirar a la llama. Firme, brillante, barriendo todo tu cansancio y todas tus preocupaciones, dejando sólo paz y tranquilidad. Estás cansada, muy cansada, y ahora puedes relajarte. Te sientes muy ligera y muy tranquila, como una pluma flotando en la brisa. —Lucien continuó hablando de modo similar, modulando la voz de forma que sonase blanda y fluida, como miel caliente.

Tal como él había sospechado, Kit era un buen sujeto. Músculo a músculo, la tensión fue abandonándola, y le dejó una expresión apacible en el rostro y la mirada fija en la llama. Cuando creyó que ya estaba lista, le dijo:

—Tu brazo izquierdo es muy liviano, tan liviano que quiere flotar en el aire. Déjalo flotar libremente.

Lentamente, el brazo se elevó hasta quedar treinta centímetros por encima de la manta.

—Bien, muy bien, Kit. Ahora sientes que la mano te pesa mucho. Deja que caiga hacia abajo. —El brazo inerte bajó hasta la colcha.

Mientras se preparaba para dar el siguiente paso, Lucien descubrió que experimentaba el extraño deseo de preguntarle si le amaba, pero suprimió esa idea. No era el momento ni el lugar, y no estaba seguro de querer oír una respuesta sincera.

—Trata de tocar a Kira —le dijo en voz baja—. Está cansada y sola, y se sentirá mejor si sabe que tú estás con ella. ¿Sientes su presencia?

Los ojos grises de Kit se iluminaron de pronto.

—Sí. Kira, Kira, amor...

## INTERLUDIO

Cuando él se marchó, ella estaba muerta de agotamiento, pero encontró fuerzas suficientes para despojarse con gesto cansado de aquel odioso disfraz. Luego se frotó todo el cuerpo con una toalla áspera, porque, aunque él nunca la había utilizado sexualmente, siempre se sentía sucia después de una sesión. Esta noche había sido peor de lo habitual, porque él había insinuado el destino que la esperaba y resultaba muy difícil no sucumbir al terror. Se puso la camisola más larga y opaca que encontró en el guardarropa y se acostó para dormir. Había jurado no compadecerse de sí misma, pero le costaba mucho alejar de aun sentimiento de desesperación. Como siempre, pensó en su hermana a modo de coraza protectora. La idea de saber que nunca estaba sola del todo actuaba como un verdadero bálsamo.

Su mente estaba deslizándose lentamente hacia el sueño cuando de pronto sintió una cálida presencia que le preguntaba: «¿Kira»

-¡Kit!

La impresión fue tan fuerte que la hizo despejarse de repente al tiempo que trataba de alcanzar a su hermana, pero la sensación de contacto desapareció.

Alarma, pérdida, soledad.

Tras un período de desesperado forcejeo mental, se dio cuenta de que debía relajarse para poder establecer de nuevo el contacto. Con la firme determinación que la había ayudado hasta entonces a conservar la cordura, se obligó a calmarse. Entonces abrió la mente a su hermana gemela.

El rostro de Kit se contorsionó.

—¡Ha desaparecido!

—Relájate, cálmate —le dijo Lucien para tranquilizarla—. Es probable que Kira se haya sobresaltado. Vuelve a intentarlo y dale tiempo para que te encuentre.

Transcurrieron varios minutos de tensión hasta que Kit dejó escapar un suave suspiro de alivio. Había conectado de nuevo con Kira.

Lucien le preguntó:

—¿Kira está en Londres o en el campo? Kit arrugó la frente.

—C-campo.

—¿Sabe ella dónde? —Al ver que Kit parecía confusa, sugirió—:

Visualiza un mapa de Gran Bretaña con una cruz que señale Londres. ¿Tiene alguna idea de dónde está, respecto de Londres ? —Al cabo de un minuto de silencio, volvió a sugerir—: ¿Al norte? ¿Oeste? ¿Sur? ¿Este?

—No lo sabe —dijo Kit con preocupación. Una larga pausa, y después—: Pero... no está lejos de la ciudad. Tal vez a unas dos horas. Si eso era cierto, las posibilidades se reducían considerablemente.

—¿Cómo es su prisión?

—Oscura. Siempre oscura, sólo hay lámparas. Silencio. Guardias. —La camisa subía y bajaba a cada rápida inspiración—. No es incómoda, pero es horrible no poder ver el sol.

—¿Sabe quién es su captor?

Kit lanzó una exclamación ahogada y el terror se le dibujó en el rostro.

—¡No! ¡No!

—Está bien, Kit, estás a salvo —se apresuró a decir Lucien—. Di a Kira que vamos a encontrarla y que ella también estará a salvo.

En lugar de tranquilizarla, aquellas palabras le provocaron más angustia.

—¡No queda mucho tiempo! El sol... el sol está muriendo, y no veré el año nuevo. —Las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas. Susurró con desolación—: No llores, Kira, por favor, no llores, no puedo soportarlo.

Su pena hacía que se le encogiese el corazón. Lucien dejó a un lado la vela y le cogió la mano.

—Estamos buscándote, Kira —dijo con voz firme—. Cuando te encontremos, te traeremos a casa lo más rápidamente que podamos. El rostro de Kit se contrajo de angustia.

—Quiero irme a casa ahora.

—Cuanto más puedas decirnos de tu situación, antes podremos encontrarte, Kira. ¿Puedes decirnos algo de tu captor que pueda ayudarnos a identificarle?

—Un... un largo demonio de los fuegos del infierno. —Kit torció la cabeza, agitada—. ¡Quiero marcharme de aquí!

Ya era hora de poner fin a aquello, antes de que uno de los tres se desmoronase del todo. Lucien respiró hondo y consiguió decir en tono calmo:

—Di a Kira que la quieres, Kit, y que no debe desesperar. La expresión de Kit se suavizó.

—Te quiero, Kira. Siempre.

—Voy a contar del uno al diez, y cuando llegue al diez te despertarás y recordarás lo sucedido. Uno, dos... —Al llegar a diez, le ordenó—: Despierta, Kit.

Ella parpadeó y sus ojos se enfocaron.

—Ha funcionado —dijo con voz apenas audible. Se frotó la frente con la base de la mano—. Pero, cielo santo, nunca en mi vida me he sentido más cansada. Ha sido incluso más agotador que las pesadillas.

Lucien se recostó y la rodeó con los brazos, queriendo transmitir un poco de calor a su cuerpo tembloroso.

—Lo has hecho maravillosamente. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Ha sido muy extraño. —Kit se interrumpió e hizo varias inspiraciones agitadas—. Ella sabía que yo quería información, pero no parecía posible comunicar palabras, por mucho que lo intentáramos. Eran en su mayor parte emociones, junto con algunas imágenes. Es frustrante.

—Supongo que largo demonio significa que su captor es alto y probablemente delgado. ¿Encaja eso con tu impresión?

—Sí, y también concuerda con el vago recuerdo que tengo yo del hombre de mis pesadillas. Lo había olvidado hasta ahora. —Se frotó la frente—. ¿He dicho algo acerca de los fuegos del infierno?

—Sí. Imagino que así es como tu mente ha traducido la idea de un Demonio. Eso es lo que nosotros hemos supuesto, pero sería bueno confirmarlo. También nos hemos enterado de que Kira se encuentra fuera de Londres, aunque no lejos, y que está confinada en un lugar cerrado y aislado. —Fruunció el ceño—. Podría tratarse de cualquier cosa, desde una casa de campo con las ventanas bloqueadas con tablas de madera hasta una verdadera mazmorra. ¿Has tenido alguna otra impresión que no hayas expresado en voz alta?

—Tan sólo que está asustada y que pronto va a ocurrirle algo horrible. —Kit sintió un escalofrío—. Se nos está acabando el tiempo.

—Pero por fin estamos haciendo progresos. A partir de mañana, haré que vigilen a todos tus sospechosos. Tal vez el secuestrador nos conduzca directamente hasta tu hermana. También intentaré averiguar qué propiedades poseen a unas dos horas de Londres, ya que puede que Kira se encuentre recluida en una de ellas. —Mientras pensaba, acariciaba suavemente el brazo de Kit con los dedos—. Revisaré los informes de los Demonios que he reunido como parte de mi trabajo al buscar al espía. No creo que encuentre nada de interés para el caso, pero nunca se sabe.

—Eso estaría bien —concordó Kit—. Yo tuve que reducir mi búsqueda lo más posible debido a la falta de recursos, pero no descarto la posibilidad de que mi presa sea alguien a quien he considerado poco probable. —Se estremeció de nuevo—. Aunque estuviéramos convencidos de que uno de ellos es el culpable, ¿cómo vamos a hacer para dar con Kira?

—Usaremos tu varita mágica. Por lo que dices, si nos acercamos lo bastante al lugar donde se encuentra Kira, tú serás capaz de encontrarla.

Kit se mordió el labio.

—Eso si la distancia no es demasiado grande, más bien creo que tendría que estar a unos trescientos metros de ella.

—Podríamos registrar una mansión por la noche, por delante y por detrás, peinando toda la zona. —La estrechó más contra sí, pensando cuan pequeña y frágil se sentía. Le dolía saber que no podía protegerla de lo que ella temía más. Dijo gravemente—: Esto te está exigiendo mucho, pequeña.

—Haré lo que tenga que hacer —repuso ella, con profundas ojeras—. Pero cuando la encontremos, ¿cómo vamos a sacarla? Creo que está fuertemente vigilada.

—Entraremos por la fuerza y nos la llevaremos. Tu primo Jason querrá venir, y tengo la impresión de que es un hombre extraordinariamente capaz. Llamaré también a mis amigos más peligrosos. Con hombres como ellos, podríamos sacar a Kira incluso de la Torre de Londres. —Empezó a masajearle la espalda para inducirla al sueño—. Trata de relajarte, Kit. Si es humanamente posible, la rescataremos sana y salva.

—Eres un consuelo. —Kit cerró los ojos y volvió la cara contra el hueco que formaban el cuello y el hombro de Lucien. Éste pronto notó la respiración suave y regular de ella silbando contra su garganta.

Contempló el techo salpicado de sombras con el semblante serio. A pesar de su exhibición de seguridad en sí mismo, se sentía profundamente preocupado. Había demasiadas posibilidades y, si el mensaje de Kira era exacto, muy poco tiempo. El monstruo que la había raptado era muy capaz de cansarse de su juguete y matarla para buscar otra mujer a la que atormentar.

Era mucho lo que dependía del delgado lazo de unión existente entre Kit y su hermana. Para Kit suponía una tremenda carga; si no lograban encontrar a Kira a tiempo, Kit jamás se perdonaría a sí misma. Se vería condenada a la soledad y la culpa, a esa sensación de estar incompleta que tanto le había obsesionado a él durante la mayor parte de su vida. Él no le desearía eso a nadie, y mucho menos a Kit. Y, mirado de forma egoísta, temía que si su hermana moría, Kit no quisiera volver a verle a él por el hecho de haber fracasado en su intento de rescatar a Kira. El solo hecho de pensar en ello hacía que se le contrajeran los músculos.

Cuando estuvo seguro de que Kit se había dormido, la desenganchó de sus brazos con cuidado, se bajó de la cama y fue hasta su escritorio para escribir una breve nota: *Michael, necesito tu ayuda. ¿Puedes venir a Londres inmediatamente? Lucien.*

En la parte de fuera escribió: «Lord Michael Kenyon, Bryn Manor, Penreith, Caermarthenshire, Gales». A continuación vertió unas gotas de cera en el cierre y apretó sobre ella su anillo con el sello de Strathmore. Lo primero que haría a la mañana siguiente sería enviar la nota por mensajero especial. Si hacía falta recurrir a una operación de estilo militar, Michael no tenía precio. Pero antes tenía que descubrir dónde estaba Kira.

Mientras se deslizaba en la cama junto a Kit, rogó al cielo poder estar a la altura de la confianza que la joven había depositado en él.

Lucien se detuvo en el umbral de la puerta.

—Buenos días, Dolly. Tu lacayo me ha dicho que subiera directamente.

La llamativa rubia, que se hallaba inclinada sobre un libro de cuentas con el ceño fruncido, levantó la vista y una sonrisa iluminó su rostro.

—Strathmore, qué placer tan inesperado. ¿Has venido a añadir un poco de picante a tu insulsa vida?

Él sonrió abiertamente y cerró la puerta tras de sí.

—Venga, venga, recuerda nuestro pacto: Yo no te llamo asquerosa pervertida y tú no me dices que soy un puritano sin imaginación capaz de aburrir a cualquier mujer razonable hasta dormirla.

Dolly se reclinó en su silla, riendo.

—Siempre me ha gustado la forma en que te ríes de mi negocio. La mayoría de los hombres opinan que soy la criatura más malvada que ha existido desde Eva, o por el contrario me toman a mí y a mi trabajo tan en serio que olvidan que se supone que se están divirtiendo.

—¿Dispones de unos minutos? Ella hizo un gesto con la mano.

—Estoy esperando a un caballero que llegará de un momento a otro, pero puede esperar. La frustración le pondrá más a tono. —Cogió un enorme abanico de plumas de avestruz de la mesa, se puso de pie y dio una vuelta en redondo, con una mano apoyada en la cadera—. Es un atuendo nuevo. ¿Qué opinas? ¿Volveré locos a los muchachos con esto?

Lucien inspeccionó solemnemente el espectacular vestido de terciopelo rojo. Debía de llevar puesto un corsé exagerado, porque su figura un tanto abundante se veía sabiamente resaltada para que ofreciera la máxima cantidad de curvas audaces, algunas de las cuales quedaban a la vista gracias a un escote que haría enrojecer a la estatua de un santo.

—¿No es un poco conservador? —dijo Lucien—. Hace unas semanas vi a una duquesa vestida de modo similar, pero su atuendo era más atrevido.

—¡Monstruo! —Dolly le dio un golpecito con el abanico, que le rozó el dorso de la mano, y Lucien vio que las densas plumas escondían unas estrechas correas de cuero que podrían hacer daño si se agitaban con fuerza. Lo bello y lo doloroso mezclados entre sí, en una perfecta metáfora de las especiales habilidades de Dolly.

—Debo admitir que no siempre resulta fácil ser más vulgar que algunas de tus damas de sociedad, pero si hay alguna mujer capaz de hacerlo, ésa soy yo. —Se sentó y cruzó las piernas de forma que la abertura de la falda dejase ver sus piernas torneadas y cubiertas de encaje negro hasta la mitad del muslo—. Toma asiento. Supongo que ésta no será una visita social.

—Me temo que no. —Lucien se sentó y adoptó una expresión seria al tiempo que extraía una hoja de papel y se la entregaba a Dolly—. ¿Alguno de estos hombres es cliente tuyo?

—Ya sabes que no hablo de esas cosas, Strathmore —dijo ella en tono de desaprobación—. Mis clientes esperan que sea discreta.

—Entiendo y respeto eso, pero tengo la esperanza de que conmigo hagas un poco más flexibles esas reglas. Es sumamente probable que uno de estos hombres haya secuestrado a una joven actriz de buena familia y la esté obligando a participar en la clase de actividades que les gustan a tus clientes.

Dolly frunció el ceño.

—Eso no está bien. Los juegos sólo son buenos si la persona participa libremente y respeta los límites del otro. Lo mejor es cuando se hace con auténtico respeto. —Echó un vistazo a la lista—. No creo que sea el primero, Harford. Le conozco, pero nunca ha estado aquí. A veces visita un burdel corriente que dirige una amiga mía. Tengo entendido que es un tipo normal y prosaico como tú.

Lucien pareció dolido.

—Preferiría que no hicieras comparaciones entre Harford y yo. Ella sonrió y volvió a examinar la lista.

—Los demás han venido todos, pero no son clientes habituales. Vienen más bien para poner un poco de variedad en sus vidas. Mace es estrictamente un tipo dominante, bastante bueno administrando disciplina. Chiswick hace de todo, unas veces de amo, otras de esclavo. Westiey es totalmente pasivo, le gusta que le aten y se vuelve loco cuando le hacen cosquillas en los pies. Nunfield. —Dio unos golpecitos con una larga uña sobre el papel—. Éste va demasiado lejos. Después de la última vez que vino, le dije que no volviera más. —Basándote en tu conocimiento de estos hombres, ¿hay alguno que tú escogerías como el más probable para estar detrás de un caso desecuestro? Dolly vaciló.

—Tal vez Nunfield, pero es difícil de decir. Todos son de esa clase de hombres que están demasiado acostumbrados a salirse con la suya. Eso podría incluir secuestrar y azotar a una muchacha que no les haya mostrado el debido respeto.

—En realidad, tengo razones para creer que la joven está siendo obligada a representar el papel de ama. Dolly frunció los labios.

—Es extraño. No esperaría de un hombre al que le gusta ser dominado que probase algo agresivo como un secuestro. De todos modos, nunca se sabe. —Devolvió la lista a Lucien—. Espero haberte sido de ayuda.

—Lo has sido. —Lucien se puso en pie—. Gracias, Dolly. Aprecio mucho tu colaboración.

—Infórmame si encuentras a la chica —dijo ella con gesto serio—. Un individuo que secuestra a una muchacha y la fuerza a hacer algo en contra de su naturaleza es capaz de cualquier cosa.

Lucien dijo con suavidad:

—Eso es lo que yo temo.

Lucien se encontraba trabajando en su estudio cuando apareció Jason Travers después de un prolongado descanso. Bañado, afeitado y vestido con ropas que le proporcionó él, tenía un aspecto bastante presentable, aunque las prendas le colgaban flaccidas sobre su enflaquecida osamenta. Lucien le hizo un gesto para que pasara al estudio.

—Buenas tardes. ¿Cómo se encuentra?

El americano entró y empezó a pasear nervioso por la habitación.

—Algo más cuerdo que anoche, aunque aún no he descartado la posibilidad de que haya cogido las fiebres y todo esto sea una alucinación.

—¿Le han atendido bien mis criados?

—Muy bien. —El humor brilló en sus ojos oscuros—. Me llaman todos lord Markiand. Me cuesta recordar que ése soy yo. Lucien se reclinó en la silla de roble. —Me pareció una precaución razonable. Aunque las autoridades le estén buscando, no relacionarán a un conde con un prisionero de guerra evadido.

—En efecto, yo mismo tengo problemas para establecer esa relación. —La mirada del americano recorrió las estanterías de libros encuadernados en cuero, el elegante mobiliario reluciente por la cera, la silenciosa suntuosidad de la alfombra que pisaban sus pies—. Todo lo que veo es un festín para los sentidos. Después del entorno gris del barco prisión, esto resulta más bien revitalizador. He desayunado café, un huevo pasado por agua y tostadas. Pura ambrosía. —Tocó los pétalos de un ramo de flores frescas que perfumaban suavemente la habitación, acariciando la sedosa superficie con reverencia—. Me he enterado por sus sirvientes de que usted también es un lord.

Lucien inclinó la cabeza formalmente.

—El noveno conde de Strathmore, el último de un largo linaje de hombres que sabían de qué lado ponerse en una lucha por el poder y cómo abandonar un juego de cartas cuando estaban ganando. No es una característica muy heroica, pero ha procurado una gran longevidad a la familia.

Jason escrutó su rostro.

—Tal vez ser un lord no significa que un hombre sea totalmente inútil.

Lucien sonrió.

—La franqueza de los americanos resulta de lo más refrescante. El otro se ruborizó.

—Lo siento, no he querido decirlo de la forma en que ha sonado. He olvidado cómo hay que comportarse en la sociedad normal. —Cogió un antiguo reloj de arena que había en la estantería de los libros y acarició la madera de nogal pulimentada. Luego le dio la vuelta y observó cómo caía la arena blanca—. Dos años de mi vida desperdiciados, y sin haber obtenido nada a cambio.

—Con el tiempo, irán desapareciendo los recuerdos que ahora le parecen insoportables —dijo Lucien en voz baja—. Por lo menos, eso es lo que me dijo un amigo que pasó varios años desdichados combatiendo contra los franceses en la Península. Puede quedarse aquí todo el tiempo que desee. Como ve, hay espacio de sobra. O, si lo prefiere, puedo ayudarle a ir al Continente, desde donde podrá tomar un barco para América o aguardar en lugar seguro a que termine la guerra. Hay excelentes posibilidades de que se firme un tratado antes de fines de año.

—Amén a eso. Pero no quiero marcharme de Inglaterra sin saber de Kira. —Volvió a dejar el reloj de arena en la estantería y continuó—: En tal caso, me gustaría disfrutar de su excelente hospitalidad, pero ha de llevar la cuenta de los gastos que le ocasione. —Pasó los dedos por la fina lana de su chaqueta azul—. He transportado en mis barcos bastantes partidas de tela como para reconocer la calidad superior cuando la veo.

Lucien dijo en tono afable:

—Llevaré la cuenta hasta del último penique, y añadiré una modesta cantidad en concepto de intereses.—Gracias por seguirme el humor. —Su expresión se tornó seria—. Ahora cuénteme todo sobre la desaparición de Kira.

Lucien le refirió todo lo que sabía o suponía. Terminó con una descripción de la pesadilla que tuvo Kit y de la información fragmentada que obtuvieron a través de una sesión de mesmerismo, repitiendo las palabras textuales lo más exactamente que pudo.

El semblante del americano se puso rígido, sólo sus ojos revelaban emoción. Al final del relato dijo con letal precisión:

—Cuando demos con el hombre que raptó a Kira, voy a cortarle en pedazos pequeños con un cuchillo sin afilar.

—Tal vez tenga que hacer cola para disfrutar de ese privilegio —repuso Lucien secamente.

—Esa parte que ha dicho de que ella no llegaría a ver el año nuevo... ¿Cree que lo decía en sentido literal? ¡Dios, apenas faltan dos semanas para enero!

—Dentro de unos días deberíamos tener información suficiente para actuar. —Aunque sus palabras eran tranquilizadoras, la mirada de Lucien volvió a posarse en el reloj de arena de la estantería. No podía apartar de su mente el macabro pensamiento de que las horas de vida de Kira iban desgranándose de manera tan inexorable como la arena del reloj. Y si ella moría, él tal vez perdiera a Kit para siempre.

Lord Chiswick atisbo por encima de la barandilla del palco.

—Siempre que vengo al teatro, siento un deseo irresistible de ponerme a arrojar fruta podrida a las pequeñas criaturas que llenan el patio de butacas.

—Los actores no le darían las gracias por eso —señaló Lucien—. Es casi seguro que les acabarían tirando la fruta a ellos. Lord Mace tomó un pellizco de rapé.

—Sólo si se lo merecen, claro está. Nunfield dijo:

—Tal vez deberíamos llamar a una verdulera y comprarle todas las existencias, por si acaso nos hace falta.

—Esta noche no creo que sea necesario preparar fruta podrida —terció Ivés de buen humor—. Tengo entendido que la obra es bastante divertida.

—Eso espero —masculó Nunfield—. Si no, puede que abuse de su hospitalidad y me marche a mitad de la representación, Strathmore. Hay un nuevo club de juego en Pall Mall que se supone que es bastante especial, y quiero hacerle una visita esta noche.

—Si la obra es aburrida, iré con usted —dijo Lucien con naturalidad. Era una suerte que todos sus sospechosos excepto Harford estuvieran libres para aceptar su invitación al teatro. A fin de evitar que pareciera demasiado obvio, había invitado también a lord Ivés, que siempre estaba dispuesto a visitar el Marlowe para poder admirar a su Cleo.

Una buena parte de la sociedad de moda había salido de la ciudad para pasar las vacaciones en sus propiedades en el campo, así que varios de los mejores palcos aparecían vacíos. Sin embargo, la platea y la galería estaban abarrotadas de londinenses deseosos de ver la primera representación de *Calle del Escándalo*. Para poder presentarse como concierto, el programa se iniciaba con una interpretación de un *concerto grosso* por parte de la pequeña orquesta, el cual fue mayoritariamente ignorado por el público. Las conversaciones se apagaron cuando terminó la música y dio comienzo el primer acto. La trama consistía en los viles intentos de un comerciante corrupto por desacreditar a un honrado funcionario del gobierno, sir Digby Upright. (La mera idea de que existiera un funcionario del gobierno que fuera honrado produjo un estallido de risas.)

El diálogo era ingenioso y de actualidad, con alguna que otra andanada a problemas reales del país, desde los despilfarros del Príncipe Regente hasta las negociaciones de paz que tenían lugar en Viena y en Gante. El público entero se divertía, hasta los hastiados corruptos que ocupaban el palco de Lucien. La escena culminante del primer acto fue un baile que dio sir Digby para anunciar el compromiso de su hija. Sin que él lo supiera, su enemigo había tramado para desacreditarle delante de sus invitados, entre los que se hallaban muchos miembros importantes del gobierno. La escena comenzó cuando sir Digby interrumpió el baile para presentar a su ruborizada hija, interpretada por una muy recatada Cleo Farnsworth, y al apuesto y joven prometido de ésta.

Apenas había terminado de anunciar el compromiso cuando saltaron al escenario dos personajes cómicos llevando una enorme alfombra enrollada. Ante las miradas de todos los invitados, los dos hombres desenrollaron la alfombra en medio de la pista de baile y, sinuosa como una serpiente, de ella surgió Kit, llevando una llamativa peluca rubia y un vestido de satén de color carmesí casi tan atrevido como el que exhibió Dolly. No sólo lucía un escote bajísimo, sino que la espalda llegaba casi hasta la cintura, dejando ver una amplia extensión de cremosa piel.

Lucien se había situado en un extremo del palco para poder observar a sus compañeros sin que se notase. Al aparecer Kit en escena, Ivés y Westiey simplemente rieron junto con el resto del público. Chiswick se inclinó hacia adelante y se apoyó sobre la barandilla con los brazos cruzados y la mirada fija. Con trabajada naturalidad, Nunfield se reclinó y tamborileó con los dedos sobre una rodilla, con su penetrante mirada clavada en el escenario, mientras que Mace no mostró reacción alguna, excepto quizás un leve gesto de apretar los labios.

Lucien maldijo las sombras que no le dejaban ver los matices de sus expresiones. Aunque no había esperado que el culpable se pusiera en pie de un salto y gritara: «¡Soy yo!», sí albergaba la esperanza de captar algún indicio, alguna señal de asombro o de incomodidad al ver a «Cassie James». La falta total de reacción no demostraba nada; todos los Discípulos eran expertos tahúres, acostumbrados a controlar su semblante.

Para horror de sir Digby, Kit le besó dando a entender que se conocían de hacía mucho, insultó a su esposa y a su hija, coqueteó con el estupefacto prometido y dijo alegremente a los invitados que «Diggy» la había ayudado a lo grande porque había ganado mucho dinero aceptando sobornos.



Cuando sir Digby profirió una protesta, ella le hizo callar con un lánguido movimiento de la mano, una espléndida criatura femenina recreándose en su poder sobre el macho de la especie.

Kit se volvió hacia el público y detuvo la mirada por un brevísimo instante en el palco de Lucien. A continuación, con un retumbar de tambores, se lanzó a una vertiginosa danza de ondulante can-can y piernas deslumbrantes. Lucien trató de observar a sus compañeros, pero su mirada se vio atraída de manera irresistible hacia Kit. Su vitalidad y su presencia en el escenario hacían que todas las miradas de la sala quedasen atrapadas en ella.

Había una nueva sensualidad en sus movimientos. En *La Gitana*, había fingido hábilmente la pasión; ahora la pasión formaba parte de ella. Cada curva que trazaba su mano, cada grácil inclinación del cuello, cada mirada seductora era una promesa de delicias terrenales. Lucien sintió que se le tensaba el cuerpo de anhelo. Los dos días que habían transcurrido desde que la vio por última vez se le antojaban una eternidad.

Estalló una ovación espontánea cuando las faldas de Kit se levantaron lo bastante para dejar a la vista el tatuaje en forma de mariposa. Lucien se encontró debatiéndose entre el deseo de destrozar a todo hombre del público que albergara alguna fantasía sensual respecto a Kit y el primitivo orgullo masculino de saber que él era el único que había besado aquella incitante mariposa, el único que conocía los secretos de su cuerpo y la esplendorosa limpieza de su espíritu. Él también iba camino de volverse loco, y era probable que no recuperase la cordura hasta que Kit se casara con él.

Al finalizar la danza Kit se dejó caer en una graciosa postura de subordinación a los pies del mortificado sir Digby. La esposa y la hija de éste abandonaron el escenario furiosas, la hija arrastrando consigo a su reacio prometido. Les siguieron los escandalizados invitados, dejando a sir Digby a solas con su fraudulenta amante. Kit se puso en pie de un salto, lanzó a sir Digby un beso por el aire y se marchó también, dejando al pobre funcionario solo entre las ruinas de su vida.

El acto terminó con una estruendosa ovación. Lord Chiswick dijo con un inusual despliegue de entusiasmo:

—Qué actriz tan deliciosa.

—Ciertamente —apoyó Westiey—. ¿Alguien sabe cómo se llama?

—Cassie James. —Nunfield inhaló un poco de rapé y después pasó la cajita a Mace, que cogió un pellizco—. En cierta ocasión, yo ofrecí a esa joven una *carte blanche*, pero ella me rechazó, por desgracia. Tal vez lo intente de nuevo en términos más generosos. —Su mirada se deslizó hasta Lucien—. Naturalmente, puede que ya tenga un protector.

El gesto de irónica diversión que había en sus ojos demostraba que se había enterado de cómo Lucien había sacado a Kit del camerino, pero en su expresión no había rastro de celos. ¿Su tolerancia era real o fingida? Imposible de discernir.

Mace dijo, arrastrando las palabras:

—Yo ya estoy harto de actrices. Son avariciosas y obsesionadas consigo mismas. Prefiero esposas aburridas, resultan mucho menos caras y muy agradecidas por la atención que uno les presta. —Se puso de pie—. Creo que voy a estirar un poco las piernas antes de que empiece el próximo acto.

Los otros hombres también decidieron ir a tomar algo de beber o a visitar a personas de otros palcos, y dejaron a Lucien solo para reflexionar sobre lo que había observado. Estaba a punto de bajar también al piso de abajo cuando un sexto sentido le hizo levantar la vista en el momento en que Kit penetraba en su palco. Vestía una gran capa oscura con la capucha subida que le cubría el cabello y llevaba un aire casto y modesto, como una monja medieval.

Por espacio de unos instantes simplemente se miraron el uno al otro. Y entonces se abrazaron. El cuerpo de Kit estaba cálido y flexible tras el ejercicio, su beso tan hambriento como el de él. Permanecieron así durante interminables minutos hasta que ella giró la cabeza con una risita.

—En realidad, he venido para saber si habías averiguado algo. Lucien recordó dónde se hallaba y dijo:

—No deberíamos intentar hablar aquí. En cualquier momento podría regresar uno de los otros.

—Ya lo sé. He hecho algunas indagaciones antes de la representación, y el palco que está al final de esta fila debería estar vacío. Podemos hablar allí. —Echó un vistazo al pasillo y acto seguido cogió la mano de Lucien y le condujo rápidamente hasta el palco vacío.

Kit había escogido bien, porque el lugar tenía una peculiar forma ahondada, y el interior estaba tan oscuro que era dudoso que alguien pudiera verles. No obstante, por discreción, Lucien la atrajo a sus brazos en el fondo del palco; si alguien les observaba, supondría que eran amantes robando un beso ilícito. Hablándole en voz baja al oído, le contó a Kit lo que Dolly le había dicho y sus propias observaciones de sus compañeros de teatro.

Cuando terminó, ella no dijo nada. Su decepción era palpable.

—Lo siento, Kit —dijo Lucien—. Quizás haya pasado algo por alto, pero es que cuando tú empezaste a bailar no pude apartar la vista. Igual que todo el mundo. Has estado soberbia.

—He bailado para ti —dijo ella con un hilo de voz apenas audible.

—Tenía esa esperanza. —Lucien introdujo las manos debajo de la capa de Kit. La joven todavía llevaba el traje de gran escote en la espalda, de modo que empezó a acariciarle los desnudos y aterciopelados hombros. El hecho de tocarla por debajo de la capa le causó la deliciosa sensación de estar haciendo algo prohibido.

Ella se estremeció ligeramente y sus ojos grises se oscurecieron. Lentamente, como si le costara esfuerzo recordar el tema de conversación, le preguntó:

—Si tuvieras que escoger por pura intuición, ¿cuál de los cuatro sería para ti el secuestrador?

—Mace. —Aunque su respuesta fue inmediata, le llevó un poco más de tiempo analizar las razones—. Es el que menor reacción ha mostrado, hasta el punto de resultar un tanto llamativo, dado que todos los demás hombres del teatro estaban embriagados por tu actuación. Y no dudo que sea capaz de ser frío y cruel.

—Tu amiga Dolly dijo que era de los que les gusta manejar el látigo —le recordó Kit—. ¿Por qué iba a querer forzar a una mujer a que le maltratase?

—No lo sé. —Lucien le bajó un poco la capucha hacia atrás. Llevaba una masa de mechones rubios retorcidos a la altura de la nuca que luego caían en enredados tirabuzones. Apenas visible bajo la llamativa peluca, la oreja de Kit se veía pequeña y delicada, exquisitamente formada como una flor. Lucien recorrió su contorno con la lengua. Un gusto a sudor y sal, un aroma perfumado de especias y esencia de mujer. Recordándose a sí mismo que debía mantener la mente concentrada, añadió:

—Pero Dolly dijo también que era imposible predecir qué podría hacer un hombre así.

Kit dejó escapar un profundo suspiro, abriendo y cerrando las manos en la espalda de Lucien.

—¿Y... y qué hay de Nunfield? Él ha admitido que quiere convertir a Kira en su amante.

Lucien bajó las manos por debajo de la capa, recorriendo la piel tersa y satinada y el vestido fuertemente abrochado, hasta llegar a las firmes nalgas. Las apretó ligeramente, amoldando las tentadoras curvas con las palmas.

—No tiene aspecto de ser un candidato persistente tan obsesionado como para recurrir al secuestro. Naturalmente, Nunfield podría ser un magnífico actor que está refocilándose en secreto al saber que tiene a Kira reservada para sí en otra parte.

—¿Y Chiswick?

—Se ha comportado como si nunca hubiera visto a Cassie James. Y tal vez así sea. Me parece que no suele venir mucho al teatro. —Aunque Lucien sabía que debía soltar a Kit, sus manos se resistían a dejarla. Medio divertido y medio exasperado consigo mismo, dijo—: Resulta difícil ser racional teniéndote a ti en mis brazos.

—Sé exactamente lo que quieres decir. —Tímidamente, Kit se inclinó hacia adelante y le recorrió la forma de la mandíbula con la punta de la lengua. Él sintió un cálido estremecimiento en todo el cuerpo y contuvo la respiración, con la esperanza de que ella continuara.

Ella le complació en silencio. Sus suaves labios encontraron el hueco que había debajo de la oreja. Ligeros temblores de placer le recorrieron de arriba abajo, una tormenta que fue creciendo hasta estallar en un relámpago cuando Kit le mordisqueó el lóbulo suavemente, de forma experimental. Él volvió la cabeza y ambos se besaron con ansia, abandonándose el uno a la boca del otro. Ella era la reservada Kathryn y la atrevida Cassie y la lúcida Kit, todas en una. Lucien la abrazó con más fuerza y la atrajo hacia sí, modelando el vientre femenino a la carne dura de él.

En algún lugar a lo lejos, lejos de su febril abrazo, el público iba regresando a sus asientos en medio de un rumor de toses y pisadas. Sabiendo que aquello tenía que acabar, Lucien dijo sin aliento:

—Supongo que tendrás que bajar para el siguiente acto.

Tras una pausa de inseguridad, Kit contestó:

—No... No tengo que salir de nuevo hasta el final del tercer acto. —Su respiración se había convertido en un jadeo que tentó a la sensible piel del cuello de Lucien.

Comprendió su miedo de poner en peligro el vínculo que la unía a Kira y aceptó su necesidad de evitar aquella emocional tormenta de pasión. Pero su mano, su malvada y egoísta mano, se deslizó por su cadera y se introdujo entre los cuerpos de ambos, acariciando por encima del satén carmesí la misteriosa hendidura que había entre los muslos de ella.

Kit emitió un gemido ahogado y clavó los dedos en la cintura de Lucien como si fueran garras.

—No... No deberíamos hacer esto.

—Lo sé —admitió él, sondeando más profundamente. Incluso a través de las varias capas de tela, notó un delicioso calor—. Pero es... muy difícil parar.

Kit inclinó la pelvis hacia la mano de Lucien y dejó escapar un grave gemido, el sonido más tentador que pudiera imaginarse. Lucien se apoderó de su boca para tragarse aquel sonido revelador, delirante.

Una aguda frase pronunciada en el escenario provocó un estallido de risas alrededor. Lucien apenas se dio cuenta, porque, asombrosamente, la mano de Kit empezó a rodearle la cintura y bajar por su abdomen en una vacilante, exploradora caricia. Él acercó las caderas y se apretó contra la mano, la cual, ya no tan insegura, se cerró alrededor de él. Lucien quedó paralizado, con una rigidez tal en todo el cuerpo que tuvo la sensación de que si se movía, se rompería en pedazos.

Sin embargo, era imposible no moverse. Agarró un puñado de tela de la falda y del can-can y levantó ambas prendas. Debajo del ingente montón de tela, las medias de encaje estaban unidas al corsé por medio de primorosos lacitos. Ignorando las cintas, Lucien deslizó los dedos entre los muslos de Kit buscando los suaves rizos que ocultaban la carne caliente, dulcemente femenina, profusamente humedecida.

Kit escondió la cara en el hombro de él para no romper a llorar cuando Lucien la tocó.

—No debemos... —dijo débilmente, sin saber si quería o no que él fuera más fuerte que ella—. ¿Y... y si alguien mira dentro del palco?

—Está demasiado oscuro... para que nos vea nadie —contestó Lucien con la voz ronca y el habla confusa, como si le costara esfuerzo formar una frase sencilla.

Kit se sintió mareada, ya a duras penas capaz de recordar por qué no debían continuar. Notaba el intenso calor contra la palma de la mano, la potencia masculina inconfundible incluso a través de las varias capas de tela que les separaban. Apretó un poco la mano al recordar cómo se sintió al tenerle dentro de sí, y aquel pensamiento la hizo derretirse de deseo. De forma inconsciente, comenzó a acariciar con la mano su miembro enhiesto, arriba y abajo.

Lucien gimió y se llevó una mano a los botones de los pantalones, y, en su impaciencia, los desabrochó casi arrancándolos. Luego retrocedió ligeramente, tirando de Kit con una mano mientras extendía hacia atrás la otra. Encontró una silla y se sentó, colocó a Kit a horcajadas sobre sus rodillas y la guió para que ésta se sentara de forma que quedó empalada en él.

Al deslizarse en su interior, Kit permaneció un momento inmóvil por la sorpresa. Existía una intimidad indecente en la forma en que los cuerpos de ambos estaban unidos bajo los respetables pliegues de las faldas y de la gran capa. Indecente, e insoportablemente erótica.

Lucien hizo un ligero movimiento hacia arriba, y Kit se sintió abrasada por una sensación de urgencia. Se inclinó hacia adelante, aplastando el torso contra el pecho de él y la mejilla contra la suya. Lucien la abrazó tan estrechamente que apenas tenía espacio para respirar. Ambos empezaron a mecerse juntos con movimientos pequeños y salvajes. Las patas de la silla chirriaban contra el suelo, pero el ruido quedó sofocado por más risas del público. La sangre le latía a Kit en las sienes como un tambor de la selva, aumentando su ritmo hasta casi enloquecerla. El peso y la presión concentrados en un solo lugar íntimo, innombrable, que ardía con un calor abrasador hasta que todo su cuerpo se vio sacudido por una repentina oleada de violentos espasmos. Clavó los dientes en el hombro de Lucien, notando la aspereza de la lana en los labios.

—Dios santo, Kit... —Los dedos de Lucien se aferraron con fuerza a sus caderas, anclando el cuerpo de uno al del otro cuando él arremetió hacia arriba con un sonido primitivo e ininteligible que le salió de lo hondo del pecho.

Una potente vibración en su interior y después unos tensos instantes en los que ninguno de los dos respiró. Lentamente, la tensión de los músculos se fue aflojando y el aire volvió a penetrar en los pulmones.

—Dios... —jadeó Lucien—. Lo siento, Kit, no tenía la intención de que sucediera esto. Apoyó la frente contra la de ella al tiempo que se esforzaba por respirar—. ¿Todavía sientes la unión con tu hermana?

—Ha sido tanto culpa mía como tuya —susurró ella con escueta sinceridad. Pero, cielo santo, ¿cómo podía haberse olvidado así de Kira? ¿Qué clase de mujer egoísta podía haberse permitido un comportamiento pasional que pudiera suponer una amenaza para su hermana?

Buscó a Kira en su mente, temerosa de que el indefinible vínculo emocional que existía entre ellas no hubiera sobrevivido a una pasión tan arrolladora. Esta vez sabía que no debía dejarse dominar por el pánico si no le fuera posible encontrarla inmediatamente. Enfocó la mente con paciencia, bloqueando la lánguida satisfacción de su cuerpo. Por fin identificó la débil pulsación que indicaba el espíritu de su hermana gemela y, con una oleada de alivio, dijo:

—No pasa nada. Todavía siento a Kira.

—En ese caso —dijo Lucien, riendo sin aliento—. No lamento que los dos nos hayamos abandonado.

Kit levantó la cabeza y dijo en tono duro:

—Esto no tiene gracia. La pasión destruye gravemente mi racionalidad. No debería haber permitido que ocurriera.

—Es normal tener la sensación de que uno pierde la racionalidad después de hacer el amor —repuso Lucien—. El efecto suele pasar. No seas demasiado dura contigo misma. Hasta ahora, la pasión no parece haber afectado al lazo que te une a tu hermana, y los dos hemos disfrutado inmensamente.

Aquella era una de las razones por las que Kit se sentía tan culpable. Necesitando explotar contra alguien, exclamó:

—Y tú no quieres renunciar a ese placer. ¿Mi complacencia ante tus requerimientos amorosos es el precio que tengo que pagar por que me ayudes a encontrar a Kira?

Lucien cerró las manos con fuerza sobre los brazos de ella, y Kit notó cómo se estremecía de cólera. Aún estaban unidos, y ella se sentía profundamente vulnerable, rodeada e invadida por la fuerza de él. Pero cuando Lucien habló, su voz fue suave, mortalmente suave:

—¿Alguna vez he hecho o dicho algo que sugiera que mi ayuda es condicional?

—No. —Kit bajó la vista—. Pero no puedo evitar la sensación de que me encuentro a merced tuya.

Se hizo otro explosivo silencio. Después, misteriosamente, Lucien le preguntó:

—¿Estás tratando de provocarme para que me mantenga a una distancia segura?

Ella se puso rígida, preguntándose cómo podía saber lo que pensaba incluso mejor que ella misma.

—Quizá... quizá sea eso. Me siento abrumada, Lucien, aterrorizada por Kira, agotada por el esfuerzo de vivir su vida, y ahora por ti. Soy como una hoja en medio de una tormenta, sin control de mi vida. No es una sensación agradable.

—Supongo que no —dijo Lucien en voz baja. Aflojó un tanto las manos y volvió a atraerla hacia sí—. Pero esto ya no durará mucho. Pronto recuperarás tu propia vida.

En aquella pausa, la voz de sir Digby Upright se extendió por todo el teatro mientras recitaba un monólogo acerca de lo que iba a hacer para recuperar su posición y castigar a sus enemigos. Kit todavía tenía unos minutos más para flotar en una agradable sensación de alegría. No se habían separado en ningún momento, y mientras permanecía en sus brazos sintió que Lucien empezaba a endurecerse dentro de ella. Si volvían a hacer el amor, esta vez sería más despacio y más suavemente que antes; había más tiempo para saborear cómo iba creciendo el deseo, el increíble esplendor de la culminación...

Lo último que necesitaba era volverse más dependiente de un hombre que convertía su mente y su cuerpo en mantequilla. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se apartó de él y se puso en pie.

Notó un estremecimiento de protesta en los músculos de Lucien, seguido casi instantáneamente de la aceptación. Él le entregó en silencio un pañuelo para que se secase y a continuación se incorporó y empezó a recomponer su aspecto.

Procurando parecer más mundana de lo que era, Kit dijo:

—Por si no tuviera ya suficientes razones para comportarme como es debido, existe además el riesgo de quedarme embarazada. Ésa es una posible complicación tan desastrosa que ni siquiera me atrevo a pensar en ella.

—No tan desastrosa. —Lucien se alisó las arrugas de la chaqueta—. Aunque hubieras concebido ya, para cuando estés segura ya estaremos casados.

Ella aferró con las manos el borde de la capa al tiempo que decía involuntariamente:

—Me gustaría que dejases de hablar de eso.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, Kit se quedó paralizada, deseando no haberlas pronunciado.

Era demasiado esperar que él dejase pasar aquella observación. Lucien clavó en ella su observadora mirada, con el semblante indescifrable en medio de la penumbra.

—¿Lo que te molesta es la idea de tener un hijo, o la de casarte? Sabiendo que la única manera de distraerle era ofreciéndole una verdad parcial, Kit contestó:

—Me desagrada la idea de ser arrastrada al altar para satisfacer tu idea del honor. Me parece una mala base para un matrimonio.

Él volvió la cabeza ligeramente, y un rayo de luz iluminó sus ojos con un destello verde y felino.

—De modo que es ése el problema. Debería haberlo imaginado. Le cogió la mano, no para atraerla hacia sí, sino simplemente para entrelazar los dedos de ambos.

—He sido menos que sincero. Aunque he hablado de matrimonio como la opción correcta, honorable y moral, no te lo habría ofrecido si no deseara casarme contigo. —Levantó las manos unidas de los dos y le besó las yemas de los dedos—. Ya hay mucho entre nosotros, y tengo la esperanza de que con el tiempo haya más.

Kit intentó soltar la mano.

—Pero yo no creo que quiera casarme. Los dedos de Lucien se cerraron sobre los suyos y le impidieron la retirada. .

—No te estoy pidiendo que me entregues todo tu corazón, bastará con un pedacito. Te juro que no interferiré en tu trabajo ni trataré de interponerme entre tú y tu hermana.

—No hagas promesas de las que luego puedas arrepentirte —dijo ella dolorosamente—. Cuanto menos se diga ahora, más fácil resultará separarse más tarde.

—Yo no tengo ninguna intención de separarme de ti, cariño —repuso Lucien con calma—. A menos que tú me detestes tanto que no puedas soportar estar en la misma habitación conmigo, y ése no parece ser el caso.

—Puede que me desees ahora —dijo Kit con la voz quebradiza—, pero todavía no has conocido a Kira. Cuando la conozcas, perderás todo el interés por mí.

Lucien le apretó la mano con fuerza. Con tanta claridad como si lo hubiera dicho con palabras, Kit notó la sorpresa de él y un claro hervor de cólera.

Una súbita ovación llenó el teatro. Pronto finalizaría el segundo acto. Cuando se acallaron los aplausos, Lucien dijo con mordaz humor:

—En cierta ocasión conocí a un hombre que decía que las mujeres son como las alfombras: hay que golpearlas de vez en cuando para conservarlas en buen estado. Yo no opinaba igual que él, pero puede que tuviera algo de razón. ¿De dónde has sacado la peregrina idea de que yo voy a enamorarme perdidamente de Kira en cuanto la vea?

—¡Le ocurre a todo el mundo! —exclamó Kit—. Ella es todo lo que te gusta de mí, y mucho más.

—Aunque tuvieras razón, sus afectos están comprometidos. Al menos eso piensa Jason Travers —señaló Lucien amargamente—. Así que yo tendré que conformarme con casarme contigo.

Aunque sabía que había dicho aquello en tono irónico, era algo demasiado doloroso para que resultase divertido.

—El matrimonio es un estado en el que no quiero entrar conformándome con ocupar un segundo puesto después de Kira. Prefiero ser una solterona. De hecho, ya lo tengo planeado desde siempre. —Cerró en un puño la mano que le quedaba libre—. Cuando llegue el momento, disparte a pelear por Kira. Jason es un hombre apuesto, pero tú le superas. Si la quieres para ti, bien podrás ganártela. —Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta—. Ahora debo irme. Tengo que cambiarme de ropa para el tercer acto.

Rápido como una pantera, Lucien cruzó el palco y le bloqueó la salida.

—Es mucho más fácil tener un gemelo del otro sexo. Hay menos competencia —le dijo, con tanta compasión en la voz que Kit sintió deseos de echarse a llorar—. No tienes muy buena opinión del amor, ¿eh? No es un concurso que haya que ganar; es un vínculo que se forja entre dos corazones. El hecho de que Kira y tú seáis prácticamente idénticas físicamente no os hace

intercambiables para quienes os aman. Y aunque me halaga que me encuentres más atractivo que a Travers, es dudoso que tu hermana comparta esa opinión.

Kit respondió con acento cansado:

—Tú crees que estoy diciendo tonterías, pero no has conocido a Kira. No sabes el impacto que va a causar en ti.

—No necesito conocerla, ya sé el impacto que *tú* has causado en mí. —La tomó por la cintura y la besó apasionadamente, imprimiéndole su rabia y su decisión con una intensidad que la dejó temblando. Después alzó la cabeza y le dijo—: Seré más comprensivo por el hecho de que la desaparición de tu hermana te ha trastornado un poco, pero no creas que ha terminado esta conversación. Cuando Kira esté a salvo, la reanudaremos, y cuando yo haya terminado, me creerás. Lo juro.

Fue una suerte que él la soltara, porque Kit se sentía incapaz de contestarle. Se cubrió la cabeza con la capucha de la capa y huyó. Apenas le quedaba tiempo. El aplauso que se oyó en el teatro indicaba que el acto estaba tocando a su fin y que en breves instantes los pasillos estarían llenos de gente.

Una estrecha escalera la llevó hasta el pasillo de servicio de la planta baja. Mientras se dirigía al espacio entre bastidores, debería ir pensando en su próxima escena, pero no podía; tenía la mente demasiado ocupada por aquel hombre que no quería marcharse aunque le empujaran.

Sabedor de que no estaba preparado para encararse con sus invitados al teatro, Lucien se quedó en el palco vacío al comienzo del segundo intermedio. Costaba creer que minutos antes Kit y él habían estado apareándose con cegadora intensidad... ¡en medio de un teatro! Definitivamente, se estaba volviendo loco.

¿Por qué no podía haberse enredado con una mujer más sencilla? Porque las mujeres sencillas no le interesaban; no le suponían ningún desafío; no le volvían tan loco de deseo como para poder escapar de su mente inquieta, superactiva. Y por supuesto, la intimidad con mujeres menos interesantes siempre había demostrado ser más dolorosa de lo que merecía la pena. Kit podía dejarle perturbado, pero al menos no se sentía deprimido.

Sería más fácil si pudiera descartar de un solo golpe los recelos de Kit, pero no podía. Su corazón no creía poder desear a otra mujer más de lo que la deseaba a ella. Sin embargo, su cerebro demasiado racional señaló que no había visto nunca a lady Kristine Travers. ¿Podría ser verdaderamente otra Kit, sólo que más que ella..., más refrescante, más estimulante, más deseable?

¡Tonterías! Pero mientras Kit creyera que él inevitablemente iba a preferir a su hermana, no le entregaría su corazón. Era una razón más para encontrar a Kira lo más rápidamente posible.

Se apoyó sobre la barandilla y contempló el patio de butacas sin ver al público. La discusión con Kit le había hecho enfrentarse cara a cara con un motivo propio que había estado oculto. En el pasado siempre había tenido mucho cuidado de no engendrar ningún hijo. Su casi celibato de los últimos años se lo había facilitado. Sin embargo, con Kit no había sido cuidadoso en absoluto. La explicación simple era que ella le excitaba hasta un punto en el que era imposible contenerse. Pero se conocía lo bastante bien a sí mismo para reconocer que quería dejarla embarazada para que ella tuviera que casarse con él. En lugar de proteger a la mujer que amaba, estaba intentando coaccionarla, atraparla de forma tan segura que le resultara imposible salir huyendo. Aún peor, su comportamiento egoísta podría poner en peligro el crucial vínculo existente entre Kit y su hermana.

No era una idea de la que se sintiera orgulloso. Pero si tenía otra oportunidad de hacerle el amor, sospechaba que se comportaría exactamente del mismo modo.

Su mente saltó a un incidente ocurrido en sus años universitarios. Un aristócrata un poco valentón del Christ Church College había plantado un desafío a otro estudiante, un manso joven llamado Whitman que había tenido la temeridad de discrepar con el matón. Aunque Whitman carecía de experiencia en batirse en duelo, el honor exigía que aceptara el reto aun cuando en el desenlace probablemente fuera a resultar herido o muerto.

Entre los demás estudiantes se extendió la noticia del duelo que iba a tener lugar. Todo el mundo deploró un enfrentamiento tan desigual, pero a causa del código de honor de todo caballero, nadie quiso intervenir, excepto Lucien. Una pequeña investigación había revelado que el matón tenía preferencias sexuales que habrían supuesto su desgracia en sociedad para siempre. Lucien utilizó esa información despiadadamente para chantajearle y obligarle a que retirase el desafío y se disculpase con Whitman.

Por casualidad Rafe se enteró del papel desempeñado por Lucien en evitar el duelo. Mirándole con sus ojos grises fríos y pensativos, le dijo:

—En realidad, tú careces de moral, ¿no es así?

Aquella observación no fue pronunciada en tono de condena, pues Rafe se alegró de que el duelo no se celebrara, sino a modo de valoración imparcial. De todas maneras, Lucien se sintió herido. Fue por rendir tributo al poder de la amistad por lo que su relación no se vio afectada.

Y, naturalmente. Rafe estaba en lo cierto. Aunque Lucien no se consideraba a sí mismo una persona sin honor, jamás había vacilado en dejar el honor a un lado por algo que él consideraba un buen motivo. Aquel rasgo hizo de él un excelente maestro de espías, pero fue una prueba clara de que el hecho de que los nobles antepasados de uno se remontaran hasta la Conquista Normanda y más atrás no convertía a un hombre en un verdadero caballero.

Con una sonrisa irónica, salió al pasillo y se dirigió hacia su palco. Kit poseía el temperamento de un reformador; pues bien, él le proporcionaría abundantes oportunidades de practicar sus habilidades.

Entró en el palco justo cuando el público se estaba acomodando para disfrutar del último acto. Tan sólo Ivés, Chiswick y Westiey estaban presentes. Chiswick arqueó una ceja con expresión divertida.

—Tiene aspecto de haber encontrado una diversión mejor que el segundo acto de la obra.

No sólo era cierto aquello, sino que admitirlo mejoraría su reputación de libertino.

—Me he encontrado con una amistad que quería hablar de política —contestó suavemente—. Una conversación de lo más absorbente.

—A juzgar por las arrugas de su corbata, debe de haber entrado en la discusión con verdadero entusiasmo —comentó Westiey con sorna.

—En efecto. La política siempre es un tema subyugante. —Lucien ocupó su asiento—. ¿Es que Mace y Nunfield han perdido el interés por la representación y se han ido?

Ivés contestó:

—Sí, me han pedido que presentase sus disculpas por marcharse. Nunfield ha dicho que presentía que se le avecinaba un ataque de suerte y que tenía que sentarse ante una mesa de juego antes de que se le pasara.

Lucien se preguntó si el abandono de los dos hombres sería significativo. Tal vez no, ya que los caballeros en cuestión eran buscadores de placer que se aburrían con facilidad. Se encogió mentalmente de hombros y concentró la atención en la inteligente venganza de sir Digby Upright contra su enemigo.

En el momento culminante de la obra, apareció Kit con un recatado vestido y confesó entre lágrimas que el malvado la había obligado a presentarse en el baile y calumniar a sir Digby, con la amenaza de enviarla con su querida y anciana abuela a la cárcel del deudor. Su testimonio selló el destino del pérfido. La sociedad aplaudió su implacable destrucción por parte de sir Digby; su gentil esposa le recibió con los brazos abiertos; y el primer ministro le nombró para un puesto de mayor poder, prestigio y riqueza que el anterior. Un triunfo de la justicia y una producción de gran éxito para el teatro. *Calle del Escándalo* probablemente formaría parte del repertorio del Marlowe durante varios años.

Aunque su papel había sido pequeño, Kit recibió una aclamación especial del público. Había estado tan convincente llorando en la última escena, que Lucien se sintió culpable. No le gustaba estar enfadado con ella, no le gustaba contribuir a aumentar la terrible tensión que ya estaba soportando. Por la mañana la llamaría y abordaría parte de la información que había descubierto sobre la propiedad de algunas fincas.

Sin duda, si se esforzaba, podría mantener las manos fuera de ella lo bastante como para que tuvieran una conversación racional.

En lugar de quedarse a ver la breve farsa que iba a representarse tras la obra principal, Lucien y sus compañeros decidieron ir a Wader's, un club en el que había una buena sala de juego e incluso mejor comida. Mientras el carruaje traqueteaba por Picadilly, Lucien hizo girar la conversación hacia Cassie James.

Chiswick hizo una serie de comentarios admirativos que sonaron exactamente como los de un hombre que acababa de verla por primera vez. Westiey también había quedado impresionado, aunque su actitud fue más natural. Incluso un oyente tan acostumbrado a las mentiras como Lucien no captó ningún indicio de que alguno de los dos hombres pudiera ser un secuestrador.

Lucien procuró concentrarse en su sutil interrogatorio, pero se sorprendió a sí mismo sintiéndose cada vez más preocupado por Kit.

Aunque había dispuesto todo lo necesario para que ella llegase a su casa sana y salva, no podía evitar la sensación de que debería haberla acompañado él mismo. Aquello era doblemente cierto porque su conversación con los restantes Demonios estaba demostrando ser infructuosa.

Su inquietud continuó acrecentándose mientras recorrían la atestada calle Picadilly. Casi habían llegado al club Watier's cuando la voz de Westiey interrumpió su abstracción.

—Strathmore, ¿sigue usted con nosotros?

La atención de Lucien volvió de pronto al presente, y se dio cuenta de que alguien le había hecho una pregunta. También se dio cuenta de que le importaba un rábano de qué pregunta se trataba. Tenía que ir con Kit inmediatamente.

Dio unos golpecitos en el techo del carruaje para detenerlo. Cuando la marcha se redujo, dijo:

—Acabo de darme cuenta de que he olvidado otro compromiso. Tendré que dejar Watier's para otra ocasión. Lo siento.

Y antes de que los otros pudieran hacer algún comentario, saltó del vehículo y cruzó la calle para coger otro coche de alquiler que estaba descargando unos pasajeros.

—Al teatro Marlowe, por favor —dijo rápidamente al tiempo que subía al interior—. Y le daré una propina de cinco libras si consigue llegar en menos de diez minutos.

—Eso está hecho, amigo —exclamó el conductor con entusiasmo. El carruaje se lanzó hacia adelante con tal sacudida que Lucien tuvo que agarrarse de una desgastada correa para no ser arrojado al suelo. Mientras se sujetaba, se preguntó por qué diablos estaría tan preocupado.

Kit se detuvo en el camerino para examinar las caras y observar las reacciones, por si acaso. Pero no sucedió nada significativo, así que tras unos breves instantes se dirigió a su vestidor particular. Estaba muerta de cansancio, y no sólo a causa del esfuerzo realizado sobre el escenario. La pasión resultaba agotadora, y aún más discutir con Lucien. :

Cuando terminó de vestirse con sus ropas normales, llegó Henry Jones.

—Buenas noches, señorita —dijo con una respetuosa inclinación de cabeza—. ¿Lista para ir a casa? —Así es.

Henry consultó su reloj de bolsillo.

—El carruaje de lord Strathmore deberá llegar dentro de unos quince o veinte minutos.

Ella se puso la capa.

—No quiero esperar tanto tiempo. Vayamos a pie. No está lejos, y el aire fresco me sentará bien. —Pasó al lado del mensajero y se encaminó hacia la salida del teatro.

—Su señoría ha insistido especialmente en que debía ir en su coche. Va a enviar a dos hombres armados con él —dijo Henry mientras la seguía por el pasillo—. Podría usted correr peligro.

—Si fuera mañana por la noche, estaría de acuerdo, pero seguramente hasta el malhechor más eficiente tendría problemas en organizar un secuestro bajo las mismas narices de lord Strathmore. —Al ver que Henry daba muestras de protestar de nuevo, añadió—: Si recuerda, soy yo la que le ha contratado a usted, y quiero pasear.

El mensajero frunció el ceño.

—Su señoría no es de la clase de personas a las que me gusta contrariar. Es un hombre muy enérgico.

Kit adoptó su expresión más fiera, la que ella y Kira habían perfeccionado de niñas cuando querían asustar a los duendes que había debajo de la cama.

—Y yo soy una mujer muy enérgica, señor Jones. ¿Va a venir conmigo o no?

Él rió levemente, aceptando tácitamente la derrota.

—Diré al portero que nos hemos ido para que se lo comunique al cochero de Strathmore.

El aire fresco del Strand disipó parte de su fatiga, pero no logró aliviar su depresión. Había sido una tonta al decirle a Lucien que se enamoraría de Kira cuando, Dios mediante, se conocieran. Claro que se había sentido ofendido; ningún hombre que tuviera honor o sensibilidad podría haber aceptado la afirmación que había hecho ella. Pero él no sabía. Él no sabía.

Kit jamás había sentido rencor por la capacidad que tenía su hermana de embobar sin esfuerzo alguno a todo hombre que tuviera entre dos y noventa y cinco años, más que nada porque nunca había habido un hombre que Kit hubiera querido para sí. Excepto Philip Burke, que estaba de visita en casa de unos amigos en Westmoreland el verano en que las gemelas tenían dieciséis años. Se trataba de un apuesto e inteligente estudiante universitario de veinte años. Aquella fue la primera vez en su vida que Kit deseó desesperadamente que un hombre la considerase especial. Pero, a pesar de sus mejores esfuerzos, fue Kira la que captó la atención de Philip. El joven se unió a la ansiosa corte de admiradores que la rodeaban y apenas se dio cuenta de la existencia de Kit. Aquello la hirió un poco —más que un poco—, pero ella no culpó a su hermana. Kira no había intentado deliberadamente acaparar la atención de Philip; se había limitado simplemente a ser tan encantadora como siempre.

Con Lucien iba a ser mucho más difícil. Había muchas posibilidades de que Kira escogiese a Jason por lo que ya había habido entre ellos. En ese caso, Lucien sin duda se sentiría obligado a mantener la oferta hecha a Kit. Sin embargo, ella nunca se podría casar con él, sabiendo que era a su hermana a quien quería en realidad. Y pese a lo inteligente que era Lucien, no conseguiría engañarla acerca de cuál de las dos gemelas prefería.

Por una de las pocas veces en su vida, Kit deseó no ser una gemela. Pero esa idea se desvaneció tan rápidamente como se le había ocurrido, porque era imposible imaginar la vida sin su hermana. Cuando eran muy pequeñas, decidieron no casarse a menos que lograsen en contrar un par de hermanos gemelos adecuados. Cuando se hicieron mayores, hablaron de lo horrible que sería para la superviviente de las dos si la otra se muriera. Solemnemente decidieron que cuando fueran viejas y débiles se cogerían de las manos y se arrojarían por un precipicio juntas para morir al mismo tiempo.



Oh, Kira, Kira...

Se estremeció y se ciñó la capa alrededor del cuello, sintiendo de pronto un extraño frío. Si su hermana muriera, Kit sabía que existía la posibilidad real de que ella saltara por ese precipicio sola.

Dada la negrura de sus pensamientos, Kit se sintió agradecida de que Henry no estuviera muy de humor para charlar. Salieron del Strand y entraron en una calle lateral más silenciosa.

A medio camino oyeron a su espalda el ruido de cascos de caballos y el chirrido de unas ruedas. Un coche de alquiler pasó rugiendo por su lado y después se detuvo. Sin prestar mucha atención, Kit observó que los caballos eran anormalmente de buena calidad para aquel tipo de carruaje. Entonces se abrió la portezuela y se apearon tres hombres enmascarados que arremetieron contra Kit y su compañero.

Henry gritó:

—¡Corra, señorita!

Le dio un empujón en dirección al Strand y a continuación sacó una pistola de debajo del abrigo y se interpuso con aire decidido entre ella y los recién llegados. Dos rufianes se abalanzaron contra él, y uno le arrancó la pistola de la mano de un golpe antes de que pudiera disparar. El tercero y más grande de los tres se escabulló de la refriega y echó a correr en pos de Kit.

Ella salió disparada como un rayo. Pero antes de que hubiera dado diez pasos, su perseguidor la agarró por el brazo y se lo retorció, lo cual la hizo frenar. Trató de chillar pidiendo socorro, pero el hombre acalló todo intento poniéndole una mano en la boca. El cruel retorcimiento del brazo la hizo inclinar la cabeza hacia atrás. Los ojos que brillaban tras la máscara eran inexpresivos como piedras, los ojos de un hombre capaz de matar a un ser humano con tanta facilidad como si fuera una araña. ¿Habría ayudado a secuestrar a Kira? Kit, furiosa, hundió los dientes en los dedos cubiertos de cuero que le tapaban la boca.

—¡Maldita bruja! —El hombre le asestó un fuerte golpe en un lado de la cabeza con la mano abierta que hizo que se le nublara la vista—. Vuelve a intentarlo y te haré daño de verdad.

Por encima del hombro de su atacante vio que Henry estaba forcejeando con uno de los hombres mientras el otro permanecía cerca de ellos empuñando una pistola, sin poder disparar por miedo a herir a su compinche. Entonces le perdió de vista, pues su captor empezó a arrastrarla hacia el carruaje. Luchó sin cesar hasta llegar a la portezuela, dando patadas y puñetazos, pero no era rival para él.

Otro vehículo dobló para entrar en la calle y se dirigió traqueteante hacia ellos. Haciendo un esfuerzo supremo, Kit propinó a su asaltante un golpe en la garganta con el canto de la mano. El hombre emitió un sonido confuso y aflojó la garra, lo cual Kit aprovechó para desembarazarse de él, aunque la capa se quedó en las manos del otro. Rezando por que el conductor o los pasajeros del segundo carruaje la ayudaran en vez de darse la vuelta y huir, se lanzó hacia el coche pidiendo auxilio a gritos. A su espalda oyó las fuertes pisadas de su perseguidor. . .

El carruaje se detuvo. Incluso antes de que dejara de moverse, la portezuela se abrió de golpe y por ella apareció Lucien, que saltó al suelo con la misma expresión de fiereza que el ángel caído del que tomaba el apodo, y chilló:

—¡Ponte detrás de mí, Kit!

Al tiempo que ella obedecía, el otro hombre sonrió groseramente.

—Mira el caballero galante —se burló—. Yo me como todos los días señoritos como tú para desayunar.

Pero antes de que pudiera decir más, Lucien blandió su bastón como si fuera una barra de lucha. El pesado puño de oro se estrelló contra el cráneo del rufián haciendo un desagradable ruido pulposo, y éste se desplomó como un bulto informe.

Economizando los movimientos igual que si fuera un bailarín, Lucien giró y acudió en ayuda del mensajero de Bow Street. Henry estaba tendido en el suelo, y el hombre de la pistola le estaba apuntando. En ese instante, Lucien descargó el bastón sobre el cañón de la pistola, que fue a parar a una alcantarilla. Antes incluso de que cayera rebotando sobre los adoquines, el tercer hombre saltó sobre Lucien en una especie de zambullida que dio con los dos en tierra.

El atacante aterrizó encima de Lucien, pero en vez de luchar, se apresuró a incorporarse y gritó:

—¡Hora de irse, amigos!

Agarró del brazo a su compinche caído y lo izó hasta el carruaje.

Lucien se levantó y se lanzó tras ellos, pero el tobillo le falló bajo su peso. Al verle tropezar, los tres atacantes se precipitaron al interior del vehículo. El conductor hizo restallar el látigo por

encima de los caballos y todos ellos desaparecieron en la noche, en dirección contraria a la del Strand.

Lucien se puso en pie con un juramento. Luego se volvió y se acercó cojeando hasta Kit.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —contestó ella, temblorosa. Dio un paso hacia él, y luego otro más rápido. Un momento después estaba en sus brazos y él la estrechaba con tal fuerza que casi le impedía respirar.

Ahora que el peligro ya había pasado, a Kit le empezaron a temblar las rodillas. Escondió la cara contra el hombro de él y sintió cómo el retumbar de su corazón iba calmándose lentamente hasta hacerse normal.

—¿Estaban tratando de secuestrarte? Cuando hubo dominado el deseo de romper a llorar histéricamente, Kira contestó:

—Creo que sí. No era un robo cualquiera. Él le apartó el pelo enmarañado de la frente. —¿Has reconocido a alguno de esos hombres?

—Estoy segura de que no eran Demonios. Me ha dado la impresión de ser mercenarios. —Intentó recordar aquellos momentos de caos—. Cuando el grande me estaba arrastrando hacia el coche, recuerdo que me pregunté si habría hecho lo mismo con Kira. A lo mejor ése participó en su secuestro y yo lo percibí vagamente.

—Mace y Nunfield se fueron del teatro durante el segundo acto. Posiblemente, uno de ellos ha podido organizar una emboscada en ese breve espacio de tiempo, si sabía adonde tenía que ir. —Lucien la estrechó con más fuerza—. Pero también es posible que este ataque no haya tenido nada que ver con tu representación de esta noche ante los sospechosos. Simplemente no hay suficientes pruebas reales.

Ella levantó la cabeza para poder verle el rostro.

—¿Cómo has sabido que iban a atacarnos? Él titubeó antes de decir:

—No lo sabía. Sólo... sentí que tenía que encontrarte.

Lucien había dicho que poseía un sexto sentido en lo que se refería a la seguridad de su hermana. Al parecer, esa capacidad se extendía también a otras mujeres en apuros. Además, había sabido exactamente adonde ir. Kit sacudió la cabeza con asombro.

—No me extraña que te conozcan como Lucifer, tu instinto es extraordinario. Es una suerte que estés de mi parte.

—Siempre, Kit —repuso él en voz queda—. Nunca dudes de ello.

Su amante, su protector. Con un deseo tan fuerte que era ya dolor, quiso fundirse en él, refugiarse para siempre en su fuerza y en su amabilidad. Sintió que la recorría una especie de escalofrío, como si los invisibles muros que separaban una persona de la otra estuvieran a punto de disolverse. Si eso ocurriera, se metería tan profundamente dentro de Lucien que ya nunca sería totalmente libre de nuevo.

Dolorosamente se recordó a sí misma que cuanto más se aferrase a él ahora, mayor sería la aflicción de separarse. Debía mantenerse a una distancia segura, no sólo para encontrar a Kira, sino también para proteger su propia cordura.

Dio un paso atrás y preguntó:

—¿Te has hecho mucho daño en el tobillo?

Al hablar, cometió el error de mirarle. Lucien se quedó completamente inmóvil, y la luz de la farola revelaba que el cálido resplandor dorado de sus ojos había desaparecido, sustituido por un tono verde liso y pálido. Él había reconocido su sutil separación como el rechazo que en verdad era, y ahora Kit se daba cuenta, con un sentimiento de culpa, de lo mucho que le había herido.

Sin necesidad de pronunciar una sola palabra más, algo significativo sucedió entre ambos; un endurecimiento, una cautela que reconstruyó los muros que les separaban. Lucien se había hecho vulnerable, pero ella le había desdeñado, y el orgullo no le permitiría hacerlo otra vez.

En tono frío y sin inflexiones, Lucien dijo:

—Sólo me lo he torcido. Mañana estará bien.

Kit recuperó su capa, que su atacante había dejado en el suelo, y se envolvió con ella el cuerpo tembloroso. Después recogió el sombrero y el bastón de Lucien y se los entregó en silencio. Esa vez evitó mirarle a los ojos.

A unos metros de allí, Henry Jones se había levantado del suelo y se estaba sacudiendo el polvo. En la mandíbula se le estaba formando un hematoma y tenía el labio partido y ensangrentado, pero no parecía estar gravemente herido.

—Una llegada muy oportuna, milord —dijo en tono amistoso, ajeno a la corriente que vibraba entre Lucien y Kit—. Casi ha merecido la pena que me hayan destrozado el abrigo, con tal de verle a usted en acción.

Lucien volvió la cabeza hacia él y, en un tono que podría haber chamuscado una piedra de granito, le preguntó:

—¿Puedo preguntarle por qué no ha esperado a que mi carruaje les llevara a usted y a lady Kathryn a casa?

Adivinando que Lucien estaba volcando sobre Henry la ira que sentía hacia ella, Kit se apresuró a decir:

—Ha sido culpa mía, Lucien. No creí que fuera a correr ningún peligro, de modo que insistí en venir dando un paseo.

Sin hacerle caso, Lucien contempló al mensajero con los párpados entornados. El semblante de Henry se puso serio.

—No tengo excusa, milord. La señorita no comprendía el riesgo que corría, pero yo debería haberlo hecho.

—Sí, usted debería haberlo comprendido. Si vuelve a ser tan descuidado con lady Kathryn, tendrá algo más que temer de mí que de toda una banda de rufianes. —El tono de Lucien seguía siendo cáustico, pero su expresión se había relajado al ver que el mensajero reconocía sinceramente su error. Hizo un gesto en dirección al carruaje—. ¿Quiere que el cochero le lleve a casa después de dejarnos a lady Kathryn y a mí en Strathmore House? Después de la tunda que le han dado, imagino que querrá ir en carruaje.

—Gracias por la oferta, milord, pero caminar me evitará el entumecimiento. —Henry hizo una mueca de dolor al inclinarse para recoger su sombrero aplastado—. Cuando usted haya estado en tantas situaciones desagradables como yo, aprenderá lo que es mejor para los huesos de un viejo.

Y después de darle las buenas noches a Kit, se fue andando. En cuanto estuvo lo bastante lejos como para no oírles, Kit dijo:

—Si crees que no voy a estar segura en el piso de Kira, llévame a casa de tía Jane. Ese miserable no puede saber dónde vive.

—No digas tonterías —replicó Lucien, cortante—. Te quedarás conmigo hasta que termine todo esto. No debería haber consentido en perderte de mi vista. —Sostuvo la portezuela abierta para ella al tiempo que decía al fascinado cochero—: Hanover Square, por favor.

Cuando la ayudó a subir al carruaje, ella abrió la boca para protestar de nuevo, pero Lucien la interrumpió:

—No te molestes en mencionar el potencial daño que puede sufrir tu reputación. Has dicho que eras indiferente a esas consideraciones.

—Subió detrás de ella y cerró la portezuela de un golpe—. Si te preocupa el decoro, lady Jane puede venir a quedarse en Strathmore House. Si lo que vas a decir es que la gata shakesperiana de tu hermana necesita que cuiden de ella, puedes traértela también. —Se acomodó en el asiento de enfrente y se sujetó cuando el vehículo se puso en marcha con una sacudida—. Y durante el resto del viaje hasta Hanover Square, puedes ir diciéndome lo monstruo y déspota que soy.

Kit podría haber hecho exactamente eso, excepto porque la última frase la desarmó. Agradecida de que él hubiese adoptado un tono de naturalidad para sustituir a la intimidación que había desaparecido, dijo:

—Para ser sincera, acabo de quedarme sin argumentos. Aguardaré hasta mañana para hacer algún comentario sobre tu despotismo.

—Mañana tendrás cosas mejores que hacer. He identificado siete fincas que poseen los sospechosos que están dentro de un radio de dos horas de Londres. —Dejó escapar un suspiro de exasperación—. Es algo por donde empezar, pero dicha información no es fácil de conseguir. Podría haber otros lugares que no conozco.

—Estoy segura de que has descubierto más de lo que habría descubierto nadie. —Se mordió el labio, experimentando de nuevo la sensación de que el tiempo transcurría demasiado aprisa—. Mañana por la noche tengo que representar de nuevo *Calle del Escándalo*, pero si vamos a buscar a Kira, puedo dejar que la suplente haga mi papel.

—Eso no será necesario. Las dos propiedades más cercanas a Londres pueden visitarse durante el día. Ambas son pequeñas, de modo que no hará falta que entres en ellas para notar si Kira se encuentra dentro.

—Gracias a Dios —dijo Kit fervientemente—. Me vendrá bien hacer algo.

Minutos más tarde llegaron a Strathmore House, y Lucien la acompañó al interior tras pagar generosamente al cochero. No hubo nada que decir en cuanto a que Kit compartiera la cama con él; con impecable formalidad, Lucien la entregó al cuidado de una doncella sin ni siquiera un beso de buenas noches.

Mientras se acomodaba con un gesto de cansancio en la habitación de invitados, Kit se dijo a sí misma que era mucho más sensato dormir sola. Así no tendría que pensar si hacer el amor o no hacerlo, ni tampoco se sentiría culpable si sucumbía, lo cual sería muy probable que hiciera si Lucien trataba seriamente de persuadirla.

Qué lástima que la sensatez fuera una cosa tan fría y solitaria.

A causa de la fatiga, Kit durmió profundamente y se despertó sólo después de escuchar unos insistentes golpes en su puerta. Miró alrededor aturdida, sin reconocer de momento el lujo que la rodeaba. Para cuando recordó dónde estaba, la puerta ya se había abierto y su tía estaba penetrando en la habitación, seguida por dos familiares gatos atigrados y una doncella que llevaba una bandeja de té. Los gatos saltaron a la cama y se acomodaron a ambos lados de Kit, donde pudieran mirarse el uno al otro con desconfianza por encima de las rodillas de la joven. Por lo visto, Viola y Sebastian habían olvidado que eran compañeros de una misma camada.

Ignorando el juego de los felinos. Jane dijo vigorosamente:

—Buenos días, Kathryn. Tienes un aspecto más bien espantoso. Toma un poco de té y unos bollitos de pasas. —Despidió a la doncella y sirvió dos tazas de té a las que añadió sendas cucharadas de azúcar.

Kit reprimió un gemido; su tía siempre había sido una de esas lamentables criaturas conocidas como «Madrugadoras».

—¿Qué estás haciendo aquí Jane? —le preguntó al tiempo que aceptaba la taza de té y bebía agradecida un sorbo que le escaldó la boca.

—Ese conde tuyo ha venido a verme a primera hora de la mañana y nos ha traído a Sebastian y a mí aquí en atención al decoro y la decencia. —Tomó asiento en una silla—. Aunque sospecho que tratar de preservar tu reputación es como cerrar la puerta del establo después de que el caballo ya se ha escapado y ha desaparecido tras el horizonte más cercano. —Al ver que Kit se sonrojaba, Jane agregó—: No hace falta que hagas ningún comentario al respecto.

—No tengo la intención de hacerlo. —Aunque Kit había contado a Jane todo sobre su búsqueda de Kira, no se había mostrado tan comunicativa en lo referente a su relación con Lucien—. Y no es mi conde.

Jane sonrió abiertamente.

—Pues él parece creer que lo es. Como yo no soy tu guardián legal, no se ha molestado en pedirme tu mano, pero sí me ha informado de vuestros futuros esponsales.

—Eso aún está por decidir —dijo Kit con dureza. Su tía frunció el ceño.

—¿Te está amenazando, Kathryn? Los hombres pueden ser verdaderas bestias.

Kit miró fijamente su taza humeante.

—Lord Strathmore no es ninguna bestia. Simplemente cree que me ha comprometido y que debemos casarnos. Sin embargo, yo dudo que suceda algo así.

—Si tú lo dices, querida —comentó Jane en tono escéptico—. Él parece ser un tipo muy resuelto. Pero me agrada. Hay maridos mucho peores.

Temerosa de arriesgar sus frágiles esperanzas expresándolas en voz alta, Kit dijo blandamente:

—No sé si quiero un marido, y no creo que el conde en realidad quiera una esposa. Cuando encontremos a Kira, supongo que Strathmore y yo nos iremos cada uno por nuestro camino. —Conociendo los peligros de mostrar favoritismos, Kit dejó a un lado su taza para poder acariciar a los dos gatos a la vez—. ¿Cómo ha sacado a Viola de la casa de Kira?

—A lo mejor ha despertado a Cleo Farnsworth y le ha pedido que le dejara entrar en el piso. —Los ojos de Janes chispearon—. Por otra parte, puede que haya forzado la cerradura. Yo no me fiaría mucho de ese caballero.

—Yo tampoco. Esa clase de cosas son las que le hacen tan útil para una investigación. —Kit partió un bollo por la mitad y lo apartó automáticamente fuera del alcance de los gatos—. No me importa que el conde sea un allanador de moradas profesional. Lo que importa es que me está ayudando a buscar a Kira.

Jane se puso seria. La desaparición de Kira le causaba tanta pesadumbre como a Kit.

—¿Has averiguado algo nuevo? . . Kit le resumió lo que había sucedido desde la última vez que había visto a su tía, concluyendo con el plan de visitar dos de las propiedades de los Demonios ese día. Jane dijo con aire dubitativo:

—¿De verdad crees que podrás detectar la presencia de Kira si estás cerca de ella?

—Espero que sí. —Sus dedos apretaron con fuerza el bollo, que se hizo pedazos sobre la colcha de la cama e inmediatamente fue atacado por los gatos—. Si no puedo, no sé qué vamos a hacer después.

Kit pensó que llamaría menos la atención cabalgar por la campiña vestida de hombre, así que después de desayunar se embutió en la ropa que Jane le había traído de casa. Su tía, sabiamente, había incluido su traje de ladrona, de modo que, vestida con pantalones y botas, ella, Lucien y Jason Travers se dirigieron a caballo hacia el sur, al condado de Surrey.

Su primer destino era una pequeña finca que pertenecía a lord Chiswick y que éste tenía alquilada a un adinerado comerciante de la City. Acompañada de su escolta, Kit rodeó la propiedad siguiendo una serie de senderos y caminos que se acercaban lo más posible al perímetro de la casa.

Después dejaron los caballos atados en el interior de un pequeño bosquecillo y recorrieron la finca caminando por una vereda pública.

Todo el tiempo se esforzó por sentir la presencia de Kira. Al llegar al centro mismo de la finca, se detuvo y cerró los ojos. Luego fue girándose en un lento círculo, como un sabueso olfateando el aire, mientras los hombres observaban en silencio. Pero el espacio psíquico estaba tan vacío como los campos desnudos en invierno, y no había ni rastro del distintivo calor y el resplandor de Kira.

Abrió los ojos y dijo con triste acento:

—Nada.

Con la misma expresión de preocupación, Jason contestó:

—Era demasiado esperar que estuviera en el primer sitio donde mirásemos.

—Y ésta no es la finca más probable. —Lucien puso una mano suavemente sobre el hombro de Kit—. Vayamos a la siguiente. Es propiedad de Nunfield, y en ella viven un par de parientes suyos mayores. Creo que tiene más posibilidades.

Kit no contestó. No sólo se sentía desilusionada por la falta de resultados en aquel lugar, sino que más en el fondo estaba aterrorizada. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si no era capaz de percibir la presencia de Kira aunque la tuviera cerca? ¿Y si la capacidad que siempre había poseído desapareciera ahora bajo la presión de la desesperación?

Si aquél era el caso, su hermana no tenía salvación.

No esperaba que viniera para otra sesión tan pronto, y apenas la habían advertido de su llegada. Dispuso de escaso tiempo para ponerse la peluca negra, las botas y un vestido de terciopelo que le llegaba hasta la mitad del muslo. Pero vestirse resultaba sencillo, comparado con la tarea de adoptar la actitud. Nunca le resultaba fácil convertirse en la dominante arpía que él ansiaba; requería una fuerte concentración y todas sus dotes de actriz, además de una aguda sensibilidad a sus deseos. No disponer de tiempo suficiente para prepararse hacía que la interpretación de su personaje fuese débil, lo cual dejaba asomar el miedo que la corroía por dentro.

Por esa razón le ató y fijó las cadenas al gancho que colgaba suspendido del techo de la mazmorra. Desgranando una letanía de insultos, le azotó haciendo uso de toda su habilidad y precisión. Fue una sesión típica, ella despectiva y él humillándose, pero fue necesario más tiempo del habitual para llevarle hasta la culminación, y en sus ojos había un brillo siniestro que la alarmó. Quizás ella ya no suponía una novedad que le excitase. Y cuando se cansara de ella...

Sus miedos se vieron confirmados cuando le liberó de las ataduras. Antes siempre se retiraba a la otra habitación y él se marchaba cuando estaba listo, pero esta vez la agarró por las muñecas y la atrajo hacia su costado.

—Con el tiempo, el esclavo se convierte en el amo, y el ama se convierte en la esclava —dijo en tono glacial—. Eso ocurrirá pronto, mi dama del látigo.

Igual que un animal salvaje, él debía ser puesto en su sitio. Lanzó la rodilla hacia arriba y le golpeó en el pecho, zafándose de su garra.

—Pero una alimaña es siempre una alimaña —contestó ella mofándose—. Del mismo modo que un perro se encoge ante su dueño, tu necesitas lo que yo te doy, así que aceptarás cualquier humillación.

Él la agarró de los hombros y la lanzó violentamente contra la pared, y la sujetó allí con su cuerpo cubierto de sudor. Ella sintió que la invadía el pánico, porque nunca la había atacado físicamente.

—Pronto sabrás lo que significa de verdad el miedo, y yo paladearé hasta la última gota. —Jadeaba imaginando el placer que le esperaba—. La última y más gloriosa representación de tu vida tendrá lugar cuando se vuelvan las tornas. Pero no te preocupes, el acto final no lo interpretarás sola.

Y, tan bruscamente como había comenzado, la sesión terminó. El recogió la túnica que había dejado en el suelo y se la echó sobre los hombros marcados de verdugones. A continuación se fue, e hizo girar la llave en la cerradura tras él.

Ella cayó de rodillas, temblando. ¿Cuánto tiempo le quedaba? Procuró no hacerse demasiadas cabalas acerca de las malvadas insinuaciones que él había hecho, pero resultaba imposible no pensar en ellas, aunque la única cuestión real era durante cuánto tiempo y cuán horriblemente sufriría antes de que se la llevara la piadosa muerte. ¿Qué habría querido decir con que no iba a estar sola? Sintió un vuelco en el estómago cuando una idea le cruzó la mente. No, aquello era imposible. Kit era demasiado lista, y sabía el peligro al que se enfrentaba.

¿Pero sería un rival a la altura del mal en estado puro? Oh, Kit, Kit, pensó con desesperación. En nombre de Dios, ten cuidado.

Al salir de la mazmorra, se dirigió a la taciturna criada que atendía a su cautiva.

—Haga otro de esos trajes de dominadora, con las ranuras y las correas de cuero —le ordenó.

—Sí, milord —respondió ella sin mostrar curiosidad—. ¿De qué tamaño debo hacerlo?

—Del mismo tamaño que el que tiene la mujer ahora. —Se detuvo un instante, recreándose en la deliciosa fantasía que pronto pensaba hacer realidad—. El traje ha de ser exactamente el mismo.

Era tarde, casi medianoche. Después de acompañar a Kit a casa desde el teatro y enviarla a dormir, Lucien volvió su atención al trabajo que había dejado de lado para dedicarse a buscar a Kira. Cuando sonó una leve llamada en la puerta del estudio, respondió con gesto ausente, pues tenía la cabeza llena de números que había estado analizando.

Nada más reconocer al hombre que entró, alto y sucio por el viaje, volvió de golpe al momento presente, saltó de su asiento y se dirigió hacia él con la mano extendida.

—Dios santo, ¿eres tú, Michael, o estoy alucinando? Lord Michael Kenyon sonrió y estrechó la mano de Lucien entre las suyas.

—No es ninguna alucinación. He llamado, pero todos tus sirvientes se han retirado, de modo que he empleado la llave que me diste el año pasado.

—¿Quieres algo de comer?

—No, gracias. He cenado abundantemente en Berkshire. Pero no rechazaría echar un trago.

Lucien le hizo un gesto con la mano para que se sentara.

—No creía que te fuera posible llegar a Londres por lo menos hasta dentro de otro par de días. ¿Qué has hecho, venir volando a lomos de un halcón que pasaba por ahí?

Michael se repantigó con gesto cansado sobre el sofá tapizado en cuero. Sus botas y sus pantalones salpicados de barro constituían un mudo testimonio del largo viaje que había realizado desde Gales.

—Tu mensaje me inquietó considerablemente, de modo que decidí darme toda la prisa que requería el caso. ¿Qué es lo que ocurre?

Pensando en lo afortunado que era al tener amigos dispuestos a acudir inmediatamente, sin hacer preguntas, Lucien abrió un aparador y extrajo de él una botella del whisky escocés, el favorito de Michael.

—Un secuestro, y el tiempo se está acabando. —Después de servir una generosa medida de licor para cada uno, se sentó y le refirió sucintamente la historia de Kira y Kit.

Michael escuchó sin hacer comentario alguno, con su delgado cuerpo relajado pero con la mirada alerta en sus ojos verdes. Al final de la explicación dijo:

—Supongo que habrás pensado en la posibilidad de arrinconar a cada uno de tus sospechosos y sacarles la verdad a puñetazos. Muy propio de Michael sugerir la solución pragmática.

—Créeme, ya he pensado en eso —admitió Lucien—, pero tenemos demasiados sospechosos, y además existe la clara posibilidad de que el verdadero malhechor no se encuentre entre ellos. Me temo que no servirá de nada tratar brutalmente a varios hombres ricos y poderosos sin tener más pruebas.

Michael sonrió.

—Una cosa que siempre me ha gustado de ti es que no pierdes el tiempo haciendo caso de los principios durante una crisis.

—Característica que los dos compartimos —señaló Lucien—. Por regla general, no se considera como una virtud.

—En ocasiones, los principios son un lujo que uno no se puede permitir. —Michael contempló a su anfitrión con aire burlón—. Aunque tú no lo digas, tengo la impresión de que estás motivado tanto por el deseo de ayudar a lady Kathryn como por la nobleza en general.

—Has adivinado correctamente. Tengo toda la intención de casarme con ella cuando encontremos a su hermana. Michael arqueó sus oscuras cejas.

—Para ser un futuro novio, pareces más bien triste y abatido.

—Hay... complicaciones. —Lucien miró fijamente su vaso. Desde el intento de secuestro, Kit y él habían estado evitándose el uno al otro con tanto recelo como si fueran dos gatos. Sabía que ella estaba soportando una terrible tensión nerviosa, y aceptó su deseo de evitar todo contacto físico mientras durase la búsqueda de su hermana.

De todos modos, tenía la sensación de que Kit se le escapaba poco a poco, y no tenía idea de cómo parar aquello. En un primer momento estuvo seguro de ganarse su corazón, pero estaba empezando a temer que cuando... si... recuperase a Kira, perdería a Kit del todo, porque ella ya no le necesitaría.

—Michael, ¿por qué los hombres y las mujeres se empeñan en confundirse entre sí? ¿Y por qué de todas formas seguimos intentando acercarnos los unos de los otros?



Michael se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas, acariciando el vaso de whisky entre las manos.

—Yo soy la última persona a la que deberías pedir consejo en lo que se refiere a las mujeres. Luce —contestó, irónico—. Mi experiencia en ese terreno es de lo más deprimente. Pero por si te sirve de algo, yo creo que las mujeres tienen algo que necesitamos nosotros, y no me refiero a lo que es obvio.

Lucien levantó la mirada.

—¿Entonces a qué te refieres? Su amigo dudó antes de contestar.

—Hombres y mujeres somos complementarios. Con frecuencia eso quiere decir que somos opuestos, con todo el conflicto que ello implica, pero también significa que nos complementamos el uno al otro. Una mujer buena tiene una calidez, un carácter acogedor que supone un bendito bálsamo contra todas las cosas desagradables que uno se encuentra en la vida.— Sonrió—. Piensa en la mujer de Nicholas.

—Ojalá hubiera diez mil más como Clare.

—Brindo por ello. —Michael levantó su vaso en un brindis y a continuación apuró el resto del contenido—. Pero me parece que ha habido un montón de piedras en ese viaje a la felicidad conyugal. Nicholas y Clare se han ganado lo que ahora tienen.

Lucien recordó por un instante una conversación que había tenido con Clare, ésta gravemente preocupada, antes de su boda.

—Lo había olvidado. Gracias por decirme las palabras de más ánimo que he oído en muchos días.

—La sensatez se da gratis, pero vale mucho dinero. Lucien rió, sintiendo el corazón más ligero. Con Michael a su lado, seguro que conseguirían encontrar a Kira. Y entonces, por Dios que convencería a Kit de que le necesitaba tanto como él la necesitaba a ella.

El trabajo de carabina de Jane consistió sólo en pasar las noches en Strathmore House. Durante el día regresaba a su propia casa y se ocupaba en sus asuntos habituales. Por esa razón, Kit desayunaba en su habitación para no correr el riesgo de encontrarse a solas con Lucien. Estaban consiguiendo llevarse aceptablemente bien durante las expediciones secretas a las fincas de los Demonios, y no quería poner eso en peligro. También tenía miedo de lo que pudiera decir, o hacer, si pasaba demasiado tiempo con él. Aun así, echaba terriblemente de menos su compañía.

Después de desayunar, se vistió e intentó trabajar en un artículo acerca de las propuestas Leyes del Maíz, pero le resultó imposible concentrarse en las políticas de protección al comercio. Desde el secuestro de Kira no había escrito un solo artículo decente.

Nerviosa, salió de la habitación y fue a la galería de retratos que había en el tercer piso, el cual tenía intención de explorar. Sería interesante ver si los parientes de Lucien eran tan guapos como él. Dudaba que ello fuera posible.

Cuando entró en la galería, vio una figura alta y de cabello castaño en el extremo más alejado de la misma. Contenta de tener la compañía de su primo, dijo:

—Buenos días, Jason.

El hombre se volvió, y entonces Kit se dio cuenta de que se trataba de un desconocido, más alto que Jason y no tan delgado. También tenía el pelo un poco más claro, con un toque pelirrojo visible a la luz del sol.

Él se acercó con una sonrisa y le dijo:

—Lo siento, no hemos sido presentados. Soy Michael Kenyon, un amigo de Lucien. Usted debe ser lady Kathryn Travers.

—En efecto, lo soy. —Kit dio un paso adelante y le ofreció la mano—. Es un placer conocerle. En realidad es lord Michael, ¿no es así? Lucien le ha mencionado en alguna ocasión.

—Para los amigos de Lucien, basta con simplemente Michael. —Se inclinó sobre la mano de ella. Cuando se enderezó de nuevo, Kit observó que sus ojos eran de un notable color verde, no como el variable verde-dorado de Lucien, sino un tono claramente esmeralda.

—En ese caso usted debe llamarme Kit. —Escrutó su rostro—. Aunque no supiera ya que Michael había sido soldado, lo habría adivinado por su especie de fuerza contenida, acerada—. Lucien dijo que iba a llamar a su amigo más peligroso. ¿Debo imaginar que se trata de usted?

—Supongo que sí, pero si Luce quiere alguien que sea peligroso, no tiene más que mirarse en un espejo. Yo no soy más que un soldado retirado que ya sólo se dedica a pacer, igual que un caballo viejo.

Kit sonrió. Le gustaba aquel seco sentido del humor.

—Pero usted está dispuesto a salir de ese retiro por mi hermana. Tiene usted mi más profunda gratitud.

—Espero poder ser de alguna ayuda. —Le dedicó una larga mirada apreciativa, masculina—. ¿Existe en verdad otra igual que usted?

—Sí, sólo que mejor. Pronto lo verá, espero. —Como pensar en su hermana la ponía nerviosa, prosiguió—: He venido a echar un vistazo a las pinturas. ¿Conoce bien a la familia de Lucien?

—Sí, y lo que no sé puedo inventarlo. —Señaló con un gesto de la cabeza el retrato de un caballero rubio vestido con uniforme de Cavalier—. Ese es Gareth, el tercer conde, creo. Apoyó a los partidarios del rey durante la guerra civil, pero tuvo la precaución de hacer que su hermano se convirtiera en un Puritano. Cuando los partidarios del rey fueron al exilio, el hermano se hizo cargo de las propiedades de la familia y juró lealtad a Cromweil. Tras la Restauración, regresó Gareth, reclamó sus tierras y se aseguró de que su hermano fuera ampliamente compensado por cuidar de los intereses de los Fairchild.

Kit examinó el rostro frío e irónico.

—Lucien dijo en cierta ocasión que provenía de una larga generación de pragmatistas.

—Así es como los Fairchild han sobrevivido a tantas vicisitudes de la historia de Gran Bretaña. —Michael indicó otro retrato, el de un acicalado caballero vestido con las recargadas ropas típicas de hace cien años. A su lado se veía de pie a una elegante dama con un amplio vestido de seda verde—. Ése es el quinto conde, Charles, y su esposa, María. Era bastante disoluto y un jugador empedernido. Su hijo heredó a la edad de seis años, cuando él murió en circunstancias sospechosas.

Kit le dirigió una mirada de reojo.

—¿Es verdad eso, o se lo está inventando? El soltó una risita.

—Es la historia que me ha contado Lucien. Afirma que corrió el rumor de que Maria había decidido preservar el patrimonio de su hijo a costa de la vida de su esposo. Tal vez la historia sea cierta, o tal vez se deba sólo al caprichoso sentido del humor de Lucien. No se toma muy en serio a sus encumbrados antepasados.

—Eso es mejor que tomárselos demasiado en serio. El tono de ligereza de Michael desapareció.

—Eso es un defecto de los Kenyon, me temo.

Kenyon... Kit debería haber reconocido antes ese apellido.

—¿Su padre es el duque de Ashburton?

—Sí —contestó él en un tono que hacía imposible formular más preguntas. Señaló con la cabeza el retrato que ocupaba el último lugar en la pared—. ¿Ha visto alguna vez esta pintura? Representa a Lucien y a su familia cuando tenía nueve o diez años.

Al mirar la pintura se veía a las claras que aquélla había sido una verdadera familia, no una unión dinástica. La prueba radicaba en la manera íntima en que la mano de la condesa se curvaba sobre el brazo de su esposo; en la ternura que se leía en los ojos del conde al mirar a su esposa y a sus hijos; en la risa que compartían Lucien y la niña etérea y de cabello rubio plateado que se le extendía sobre los hombros. Kit sintió un nudo en la garganta al verla. Era mucho lo que había perdido Lucien, tan joven. Sin embargo, lo que podría haberle destruido le hizo más fuerte. Preguntó en voz queda: Elinor?

—¿Conocía usted bien a su familia?

—Bastante. —Michael contempló el lienzo con expresión distante—. No me gustaba pasar las vacaciones con mi propia familia, así que mis amigos solían llevarme consigo como si fuera un cachorro extraviado. Ashdown era mi lugar favorito para visitar, porque los padres de Lucien eran felices juntos, y eso no es común entre la nobleza.

La mirada de Kit se posó en la pequeña niña de cabello rubio y radiante sonrisa que trascendía el paso de los años.

—¿Y lady Elinor?

—Era encantadora —dijo él simplemente—. Inteligente, dulce y rápida. A ella y Lucien les unía una relación extraordinaria. Según mi experiencia, no todos los gemelos de diferente sexo están tan unidos, pero creo que lo que les mantenía juntos a ellos era la delicada salud de Elinor. Lucien era muy protector con ella. Su muerte le dejó destrozado.

Hubo una nota en su voz que hizo a Kit volver la cabeza hacia él.

—¿Y también a usted?

Tras un largo silencio, Michael respondió:

—Yo les eché de menos a todos, pero de modo especial a Elinor. Aunque su aspecto era el de un ángel de caramelo, era toda una señorita. En mi primera visita a Ashdown, decidió que nos cortejásemos y me informó que nos casaríamos cuando alcanzásemos la mayoría de edad. Yo acepté su propuesta de buena gana. —Al cabo de otro largo silencio, continuó—: Si hubiera vivido... —Desvió bruscamente la mirada del retrato—. No fue más que una fantasía infantil, por supuesto. No significó nada.

Era evidente que había significado mucho, incluso después de tantos años. Aquella historia hizo revivir a Elinor a los ojos de Kit. Debió de ser una niña tan inteligente como su hermano, porque incluso de pequeña había sido capaz de identificar a un muchacho que al crecer se convertiría en un hombre admirable.

—Gracias por contarme tantas cosas, Michael. Quiero conocer todo lo que pueda del pasado de Lucien. Él le dirigió una mirada penetrante.

—Esta información tiene un precio. Procure no hacerle daño, Kit. Luce se merece algo mejor.

Ella contuvo el aliento al oír aquella inesperada observación.

—Créame, lo último que yo deseo es hacer daño a Lucien. Viera lo que viese Michael en su rostro, le satisfizo. Otra vez en tono ligero, dijo:

—Aquí tenemos un retrato del séptimo conde. A los ojos de la sociedad cayó en desgracia al meterse en actividades comerciales, pero se redimió ganando montañas de dinero en ese proceso.

Los parientes excéntricos resultaban mucho más cómodos que la felicidad perdida.

Esa noche, con su escolta incrementada hasta un número de tres personas, Kit fue a Blackweil Abbey, propiedad de Mace. Habían dejado aquel lugar para el final porque ella ya había estado allí antes y no había encontrado ni rastro de Kira, pero la finca era tan grande que había zonas que no podría haber captado desde la casa.

Al igual que con las otras fincas, Lucien había obtenido un mapa detallado, esta vez trazado por un paisano del lugar que había trabajado allí en cierta ocasión. En el mapa figuraba cada casa de campo, cada prado, cada sendero, así como el muro de piedra que circundaba toda la propiedad. Antes de iniciar la búsqueda, todos ellos habían estudiado el mapa con el fin de poder avanzar sin ser vistos en la oscuridad. Aun así, el registro habría sido imposible sin Michael. No sólo poseía la visión nocturna de un gato, sino que además parecía llevar el mapa grabado en la cabeza. Igual que un explorador del ejército en terreno hostil, les condujo a lo largo de una tortuosa ruta cuidadosamente calculada para llevar a Kit hasta una distancia de unos cuantos cientos de metros de cada parte de la finca.

Lucien caminaba al lado de Kit, cuidando de que no tropezara a causa de tener la atención volcada hacia el interior de sí misma en lugar de sobre los accidentes del terreno. Detrás de ellos, moviéndose con el sigilo de un cazador de la selva, venía Jason Travers.

Vestidos con ropas oscuras, todos ellos eran sombras en una noche sin luna.

Blackweil Abbey alteraba a Kit de una manera que no acertaba a definir. Cuando formaron un amplio círculo alrededor de la mansión, se detuvo y contempló fijamente su silueta oscura y siniestra. Los hombres se detuvieron también.

—¿Has captado algo? —le preguntó Lucien en un tono de voz tan bajo que nadie habría podido oírlo a tres metros de distancia.

Kit recordaba nítidamente que dentro de aquellas paredes de ladrillo ella y Lucien se habían convertido en amantes, y tuvo la incómoda certeza de que él estaba pensando lo mismo. Pero no era eso lo que la había hecho detenerse.

—Hay algo en este lugar. Kira no está aquí en este momento, y no creo que haya estado nunca. Sin embargo, siento que hay... que hay una especie de conexión con ella.

—¿Tal vez alguien de Blackweil Abbey ha estado con ella?

—Tal vez. —Kit se mordió el labio, deseando poder gritar de frustración—. Es como tener los ojos vendados y que te empujen en medio de una multitud para identificar a alguien por el olor.

Lucien le tocó el codo suavemente con los dedos.

—No te preocupes, Kit. Tú puedes hacerlo. Lo único que necesitamos es acercarnos lo suficiente a Kira.

Volvió a leerle la mente. Kit dejó escapar el aliento y se puso alerta de nuevo, buscando la inefable esencia de su hermana. Todos reanudaron el lento recorrido de la finca.

No habían tenido problemas al registrar las propiedades anteriores, pero esta vez se les acabó la suerte. Al pasar por detrás de una fila de casas de arrendatarios, varios perros empezaron a ladrar furiosamente. En vez de suponer que les había llamado la atención un ciervo o un conejo, salieron de las casas unos cuantos hombres poniéndose abrigos para protegerse del aire frío y húmedo. Una voz áspera rugió:

—Probablemente no será nada.

—No nos corresponde a nosotros decirlo —replicó otro—. Podrían ser ladrones. Soltad los perros.

El corazón de Kit saltó de puro pánico. Michael siseó:

—Allí hay un arroyo. Vosotros tres meteros en él, yo me encargaré de despistarles.

Lucien asió a Kit del brazo y la guió a toda prisa por una colina llena de matorrales en dirección al arroyo. A su espalda se incrementaron los ladridos de los perros cuando sus dueños les soltaron las cadenas. Al llegar a la orilla del arroyo, Kit tropezó en una piedra suelta, pero Lucien evitó que se cayera. Juntos se metieron en el agua, Jason a su otro costado.

Procurando moverse sin hacer ruido en la rápida corriente, remontaron el riachuelo y torcieron donde éste formaba un agudo recodo. Allí encontraron un remanso cubierto por una especie de

techo formado por ramas desnudas. Lucien les condujo hasta la parte más en sombras y se detuvo. El agua helada le llegaba a Kit hasta la mitad del muslo.

A unos cien metros de distancia, en el lugar por donde se habían introducido en el arroyo, los ladridos se elevaron hasta convertirse en gritos histéricos.

—¡Por aquí! —chilló uno de los perseguidores.

Los frenéticos ladridos de los perros comenzaron a disminuir. Un tanto mareada, Kit se dio cuenta de que Michael les estaba llevando en la dirección contraria dejando una pista en la orilla, corriente abajo. Empezó a temblar de tal modo que los dientes le castañeteaban.

Sin decir palabra, Lucien la atrajo a sus brazos para contrarrestar la frialdad del agua con el calor de su cuerpo.

—No te preocupes, Michael conseguirá escapar —le dijo con un hilo de voz más leve que un susurro.

Y si no lo conseguía, sería culpa de ella. Se abrazó a la cintura de Lucien. Desde la noche de la agresión en la calle, él había mantenido oculta la parte más profunda de sí tras un muro de timidez, pero en un nivel menos serio, en ningún momento le había escatimado su apoyo. Si no fuera por él, Kit estaría ahora delirando. Lucien la abrazó con fuerza y le acarició lentamente la espalda. Incluso allí, en medio del frío, del miedo y del peligro, sentía el deseo correr lánguidamente por sus venas, como incitante recordatorio de la pasión que habían compartido. Se preguntó si volverían a vivir momentos de intimidad. Era difícil imaginarse semejante felicidad.

Cuando el ladrido de los perros ya no fue más que un eco lejano, salieron a tierra firme por la otra orilla del riachuelo y continuaron su expedición. Al llegar a la pared exterior, Lucien dijo:

—Si vamos en dirección oeste unos doscientos metros y atravesamos la finca otra vez, podremos cubrir el terreno que queda. ¿Podrás hacerlo, Kit?

—Podré —contestó ella con determinación aunque sentía los pies empapados y entumecidos a causa del frío.

—La invencible Kit —dijo él con una sonrisa en la voz—. Si alguna vez me secuestran, espero que tú vengas a buscarme.

Su voto de confianza dio un poco de ánimo a Kit. Con Jason abriendo el camino, empezaron la última penosa caminata a través de la finca. Parecía no acabar nunca, y Kit tenía tanto frío que no estaba segura de lo eficaz que sería su capacidad de percepción, pero por fin llegaron al muro exterior que rodeaba la propiedad.

Lucien dio un salto y se agarró del borde de la tapia para poder izarse hasta lo alto de ella, y después tendió una mano a Kit para ayudarla. Jason saltó igual que había hecho Lucien. Los buenos alimentos y el ejercicio regular a caballo le habían devuelto gran parte de la fuerza física que había perdido en la cárcel.

Después de bajar por el otro lado del muro, se dirigieron hacia donde se encontraban los caballos. Michael les estaba esperando allí.

Kit le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Espléndidamente —aseguró él—. Es el mejor deporte que he practicado desde que dejé el ejército.

Ella sintió un escalofrío al subir su cuerpo agotado a lomos de su caballo. Si ser perseguido en la oscuridad por una jauría de perros babeantes era la idea que él tenía de hacer deporte, pues que le aprovechara.

Fue un grupo silencioso el que regresó a caballo a Londres. La misión había ido bien y todos habían salido ilesos. Sólo había un problema.

Kit todavía no había encontrado ni el menor rastro de su hermana.

Eran casi las tres de la madrugada cuando llegaron de vuelta a Strathmore House, Kit tambaleándose a causa del frío y del cansancio. Estaba pensando en irse directamente a la cama cuando Lucien dijo:

—Es hora de celebrar un consejo de guerra. —Tenía el semblante grave y su habitual encanto se había esfumado para dejar al descubierto una capa de frío acero. Su mirada pasó de Michael a Jason, y después a ella—. ¿Podemos tenerlo ahora, o está todo el mundo demasiado cansado?

—Ahora —dijo Jason con la voz áspera—. No hay tiempo que perder. —Michael mostró su acuerdo con una inclinación de cabeza.

Sabiendo que todos debían de estar tan agotados como ella, Kit cuadró los hombros.

—Si todos podéis continuar, yo también puedo.

—Buena chica. —Lucien le dedicó una sonrisa que dispersó parte del frío que le calaba los huesos—. Que todo el mundo vaya a ponerse ropa seca. Nos reuniremos en la cocina.

Quince minutos más tarde estaban todos sentados en sillas de estilo Windsor alrededor de una mesa de caballete. La cocina era una estancia agradable, con olorosos ramilletes de hierbas secas colgando de las vigas y el resplandor del alegre fuego reflejándose en las sartenes de cobre. Lucien, bendito fuera, había dispuesto lo necesario para que tuvieran comida y bebida listas para cuando regresaran. Kit se bebió la primera taza de té de dos tragos. Pan, queso, unas lonchas de jamón y un cuenco de un guiso de lentejas la hicieron sentirse casi humana.

Una vez aplacada el hambre, Lucien retiró su silla de la mesa y se acercó al hogar. Echó una palada de carbón al fuego y acto seguido se volvió hacia los otros mientras las llamas se elevaban a su espalda. El mismo aspecto debía de tener Lucifer cuando se dirigía a sus huestes.

—Hemos llegado a un callejón sin salida —dijo llanamente—. ¿Alguien tiene alguna sugerencia acerca de lo que podríamos hacer a continuación?

Tras un largo silencio, Michael dijo:

—Sólo lo que tú y yo hemos hablado: escoger al sospechoso más probable y forzarle a hablar.

Horrorizada, Kit dijo:

—¿Te refieres a torturarlo?

Lucien la miró.

—Si eso es lo que hace falta para encontrar a tu hermana. Kit comprendió que hablaba en serio. Agachó la cabeza y se apretó los dedos contra el centro de la frente. Basándose exclusivamente en su palabra, aquellos hombres —tres hombres fuertes y sumamente competentes— estaban dispuestos a hacer daño a alguien que podría ser inocente. La idea resultaba aterradora.

—Es una idea desagradable, Kit, pero puede que sea nuestra única esperanza —dijo Lucien en voz baja—. ¿Hay algún hombre al que tú elegirías como principal sospechoso? ¿Nunfield, quizá? ¿O Mace?

Kit siempre se había considerado a sí misma una persona civilizada, pero por lo visto no lo era, porque se sorprendió a sí misma tomando en cuenta la sugerencia de Lucien. Al fin y al cabo, era la vida de Kira lo que estaba en juego. Por su mente desfilaron las caras de todos los sospechosos. Después de evaluar cada una de ellas detenidamente, levantó la vista y dijo: .

—Sinceramente, no puedo escoger uno que sea el más probable de todos. Lo siento. Si pudiera, lo haría.

—Estamos buscando una aguja en un pajar —dijo Michael, exasperado—. Lo único que sabemos con seguridad es que lady Kristine fue secuestrada en medio de la calle después de una función de teatro. De eso tenemos un testigo. Todo lo demás es especulación derivada de la intuición de Kit.

—¿Dudas de ella? —preguntó Lucien en tono neutro.

—No. En su mejor versión, la intuición puede superar a la lógica. La cuestión es: ¿cómo podemos aprovechar la capacidad de Kit para encontrar a su hermana?

Era la misma pregunta que Lucien había formulado antes, pero esta vez recibió una respuesta inesperada. Jason Travers dijo tentativamente:

—Existe un método de adivinación que tal vez mereciera la pena probar aquí. Consiste en emplear un péndulo y un mapa para encontrar un objeto perdido. A lo mejor Kit puede localizar a

Kira de ese modo. —Viendo que los demás le miraban fijamente, dijo—: Ya sé que parece una bobada, pero no es tan diferente de un zahori buscando agua con un palo.

—Yo he visto zahories que han tenido éxito —dijo Lucien despacio—. Aunque racionalmente no tiene sentido, suele funcionar. ¿Kit? La aludida se encogió de hombros.

—Supongo que no hará ningún daño probar. ¿Qué debo utilizar como péndulo?

—No sé si eso importará. —Jason reflexionó durante unos instantes—. Quizás una joya de Kira, si la tienes.

—Tengo su joyero arriba. —Kit se puso de pie—. Iré a ver si encuentro algo que sirva.

—Voy a traer los mapas del sur de Inglaterra más detallados que tenga. —Lucien encendió dos velas y entregó una a Kit. A continuación abrió la puerta para que pasara mientras Jason empezaba a despejar la mesa.

Subieron las escaleras con Kit al frente. Cuando llegaron al primer rellano, ella se volvió hacia Lucien.

—¿Te he dicho alguna vez lo agradecida que estoy por lo que estás haciendo? Tú creíste en mí cuando todos los demás me hubieran enviado a un manicomio, y has utilizado tus habilidades especiales para buscar a Kira con un esmero que nadie habría podido igualar.

—Podrás darme las gracias cuando la hayamos encontrado —repuso él con una sonrisa cansada.

Sus palabras hicieron que Kit cambiase la expresión. Por una vez, Lucien la interpretó mal.

—Deja que te repita que esto no es un *quid pro quo*, tu libertad a cambio de que yo te ayude a encontrar a tu hermana. Cuentas con mi ayuda con independencia de lo que decidas después. —Su semblante se tornó triste—. Aunque yo pueda ser implacable, existen límites. Encontrar a Kira es una cuestión distinta de mi determinación de persuadirte de que hemos de casarnos.

—Ya lo sé. —Le puso suavemente una mano en la mejilla. La barba incipiente, de color demasiado dorado para ser visible, le raspó ligeramente la palma—. No es éste el momento de preocuparse por el futuro. Espera a que la crisis haya pasado para decidir lo que quieres. Todo lo que esté a mi alcance, te lo daré sin condiciones. —Incluso aunque aquello significara decir adiós, porque no era su libertad lo que preocupaba a Kit, sino la de él. Bajó la mano. Cuando Lucien conociera a Kira, no estaría tan dispuesto a casarse con la sencilla y tranquila Kit.

Tomando sus palabras en sentido literal, Lucien dijo en tono calmo:

—Te lo haré cumplir al pie de la letra. —Por primera vez en varios días, Lucien la besó, tomando su barbilla en la mano. Fue un beso leve, rápido, pero que de todos modos la conmovió hasta lo más hondo. La frialdad que había flotado entre ellos en los últimos días se desvaneció, dejando paz en su lugar. Después él dio media vuelta y se dirigió hacia su estudio mientras Kit continuaba hasta su dormitorio, sintiendo las rodillas un poco más flojas que antes.

A Kira le gustaban las joyas, y el cofre forrado de terciopelo en el que guardaba su colección de alhajas era una maraña de cuentas y chucherías. Kit dudó ante el joyero abierto, sin saber qué elegir. Aunque el intento de adivinación fuese absurdo, debía hacer todo lo posible. No quería un brazalete ni un collar complicado, ni tampoco ninguno de los broches, porque no colgarían con facilidad. Su mirada se posó en un par de pendientes de zafiros. Serviría uno de ellos suspendido de un hilo.

Al meter la mano en el joyero para coger un pendiente, se detuvo a mitad de camino. Había notado una extraña sensación de calor contra la palma. No, no era calor, ni tampoco un picor exactamente, pero... era algo.

Sintiéndose como una idiota, introdujo la mano entre el montón de joyas hasta descubrir un dije en forma de corazón en el fondo de la caja. Era un objeto encantador, con un delicado dibujo grabado en la superficie dorada y una delgada cadena, que resultaría perfecto para hacer las veces de péndulo. Aparte de eso, Kit sintió que había escogido el objeto adecuado. Decididamente, la fatiga y la ansiedad la estaban volviendo un poco rara. Cerró el joyero y regresó a la cocina.

Jason estaba paseando nerviosamente arriba y abajo de la estancia. En fuerte contraste, Michael estaba repantigado en su silla de estilo Windsor, con las piernas cruzadas a la altura del tobillo y la tranquilidad de un hombre que ha aprendido a ser paciente en el campo de batalla. Sin duda, a ello contribuía que él era el que menos tenía en juego; apenas conocía a Kit, y nada en absoluto a Kira. Sin embargo, ello hacía aún más admirable el hecho de que estuviera dispuesto a participar en una misión que podría resultar peligrosa. Kit se preguntó cómo sería poseer un valor así. Ella estaba muy cansada de estar asustada todo el tiempo.

Lucien había regresado antes que ella y estaba abriendo un enorme libro sobre la mesa de caballete. Al acercarse un poco más, vio que se trataba de un conjunto de mapas soberbiamente trazados y coloreados de los condados británicos. Estaba admirando la calidad de la impresión cuando él arrancó tranquilamente la página que mostraba el condado de Surrey. Lucien levantó la vista al ver que ella hizo un amago de protesta.

—No sé cómo funciona un péndulo, pero podría tener problemas con un mapa que esté encuadrado junto con otros mapas.

—Eso parece lógico —admitió Kit. Abrió la mano para enseñar el dije—. ¿Servirá esto, Jason?

El rostro del aludido se contrajo cuando vio lo que Kit tenía en la mano. —Yo le regalé eso a Kira. ¿Se... se lo puso alguna vez?

Aunque Kit deseaba poder decir que sí, tuvo que mover la cabeza en un gesto negativo.

—No, pero no olvides que en los últimos años yo la he visto muy poco.

Él cogió el dije y lo abrió con la uña del dedo pulgar. Dentro había un mechón de pelo oscuro exactamente igual al de él.

—Por lo menos lo ha conservado. Eso tiene que significar algo. Kit se compadeció del joven. No sólo temía por la vida de Kira, sino que tampoco podía estar seguro de su amor.

—Créeme, si mi hermana hubiese querido olvidarte, se habría deshecho de esto. —Kit volvió a coger el dije y lo giró hacia la luz para poder ver las iniciales que llevaba grabadas en el interior. K. T. + J. T. Debajo de ellas había la figura de un ocho tumbado, el símbolo matemático que representaba el infinito. Kira y Jason, para siempre. Parpadeó para alejar la emoción que amenazaba con asomar a la superficie y dijo—: Evidentemente, he escogido el péndulo adecuado.

Con expresión herida, Jason dijo:

—Esperemos que así sea.

Kit cerró la cajita.

—¿Cómo funciona esto? Acabo de darme cuenta de que no tengo la menor idea.

—Coge una silla y ponte cómoda. Esto llevará algo de tiempo.

Kit, obediente, se acomodó en una de las sillas de estilo Windsor. Jason continuó:

—Apoya el codo en la mesa y deja que el péndulo cuelgue libremente de tu mano derecha.

Lucien intervino:

—¿Importa algo que Kit sea zurda?

—En ese caso, utiliza la mano izquierda. Deja el dije suelto hasta que quede completamente inmóvil.

Mientras Kit aguardaba a que el péndulo dejara de oscilar, Jason explicó:

—Por lo general, se utiliza un péndulo para hacer preguntas que pueden responderse con un sí o un no. Sin embargo, los movimientos varían según las personas. Para averiguar cómo funciona el péndulo contigo, hazle alguna pregunta cuya respuesta ya sepas de antemano.

Con un gesto de haberlo entendido, Lucien dijo:

—¿Estás en Londres?

El dije vibró ligeramente. Entonces, para asombro de Kit, empezó a balancearse en el sentido contrario al de las agujas del reloj, aunque ella estaba preparada para jurar que no estaba haciendo nada.

Jason dijo:

—Esa dirección significa que sí.

Intrigado, Lucien preguntó:

—¿Alguna vez has estado en la India, Kit? El péndulo dejó de moverse gradualmente hasta quedar inmóvil, y a continuación empezó a girar en el sentido de las agujas del reloj.

—Eso significa que no —dijo el americano. Michael dijo en voz alta:

—¿Permitirá el Congreso de Viena que Napoleón conserve el trono de Francia?

El dije tembló nerviosamente y se detuvo.

—Normalmente, el péndulo no sirve de mucho para predecir el futuro —observó Jason—. Parece funcionar mejor para encontrar objetos perdidos o para ayudar a que una persona descubra lo que quiere realmente hacer en una situación que le resulta confusa.

Lucien empezó a formular a Kit una serie de preguntas de respuesta sencilla. Quedó claro que la dirección contraria a la de las agujas del reloj era siempre sí y al revés era no. Impresionada a pesar de sus dudas, Kit preguntó:

—¿Dónde has aprendido esto?

—De mi madre, que era una irlandesa de ojos salvajes. —Jason sonrió con cariño—. Según ella, las mujeres O'Hanlon llevan varias generaciones siendo adivinas y legando sus conocimientos de madres a hijas. Mi padre murió cuando yo era joven, y mi madre nunca volvió a casarse, así que me enseñó las tradiciones de la familia con la estricta orden de transmitirlas a mi hija. —Su sonrisa se desvaneció—. Si es que alguna vez la tengo.

Resultaba obvio que él y su madre habían estado muy unidos. Tal vez el hecho de haber sido criado por una «irlandesa de ojos salvajes» fuera la razón por la que Jason podía enamorarse de ese tipo de mujer fuerte y poco convencional que se atrevería a ser actriz. Cuanto más conocía Kit a su primo, mejor comprendía por qué su hermana le había amado también.

Obligó a su mente cansada a volver al asunto que tenía entre manos y preguntó:

—Ahora que hemos visto cómo funciona conmigo, ¿qué tengo que hacer?

—Piensa intensamente en encontrar a Kira —contestó él—. Cuando tengas ese objetivo firmemente anclado en la mente, manten el péndulo estable en la mano izquierda mientras mueves la otra mano por el mapa lentamente. Si funciona, notarás una fuerte reacción en el péndulo cuando tu mano pase sobre el punto en el que se encuentra Kira.

—Aguarda un momento mientras ordeno los mapas —dijo Lucien—. ¿Empezamos por el mismo Londres?

Los demás estuvieron de acuerdo, así que Lucien arrancó el mapa de la ciudad. Kit, mientras esperaba, recordó lo que había dicho Jason acerca de que un péndulo podía ayudar a una persona a descubrir lo que sentía verdaderamente en una situación confusa. Mentalmente preguntó: «¿Estoy enamorada de Lucien?»

El péndulo saltó en su mano y empezó a girar velozmente en el sentido contrario al de las agujas del reloj. *Sí, sí, sí.*

Kit se quedó mirando consternada el dije. Había sido una tontería preguntar aquello. Naturalmente que le amaba; ¿cómo no iba a amarle? Pero su mente cobarde había querido negar la verdad porque prefería no reconocer lo doloroso que sería perderle. De hecho, experimentó un cierto alivio al aceptar que estaba enamorada de él; negarlo no la había hecho sentirse mejor en absoluto.

Antes de que pudiera detenerse, su mente dio forma a otra pregunta: «¿Seguirá creyendo que me ama cuando todo esto termine?»

El dije se detuvo del todo hasta colgar inmóvil de la cadena de oro.

Bueno, Jason había dicho que no servía para predecir el futuro. Ni tampoco quería ella saber lo que iba a suceder después; el solo pensar en ello ya dolía bastante. Jason le dijo:

—¿Preparada?

Lucien colocó el mapa de Londres delante de ella. Kit cerró los ojos y pensó en su hermana gemela, su otro yo, mejor que el suyo. «Kira, ¿dónde estás? Dime dónde estás, cariño». Repitió esas frases como una letanía hasta que su conciencia quedó saturada de la esencia de su hermana. Entonces empezó a mover muy despacio la mano derecha sobre el mapa de la ciudad. La tensión que flotaba en el ambiente resultaba asfixiante. Cosa sorprendente, no le importaba tener un público que la estaba observando, porque aquellos tres hombres le inspiraban una sensación de protección contra lo desconocido que ella estaba intentando penetrar.

La adivinación resultó ser un proceso lento y penoso. Tal como estaba previsto, Londres no provocó reacción alguna, aunque Kit sintió un leve hormigueo en la palma de la mano. Tal vez se debiera a que Kira había pasado mucho tiempo en la ciudad.

A continuación le tocó el turno a Surrey, después a Kent. Lucien iba extendiendo los mapas de los condados en el sentido contrario al de las agujas del reloj alrededor de Londres. Luego Essex. Kit no miraba detenidamente los mapas, sino que, en lugar de eso, hacía todo lo posible por mantener la mente vacía para que fuera un instrumento de aquel misterioso poder que movía el péndulo.

De pronto el dije empezó a agitarse, creando un frenesí de emoción. Con voz temblorosa de esperanza, Jason preguntó:

—¿Está Kira en Romford, o cerca de ese lugar? El péndulo empezó a girar en el sentido horario. *No.* Kit dejó escapar el aire que había contenido.

—Kira solía visitar a unos amigos de Romford. Es probable que ése sea el motivo de la reacción.

—Aun así, eso demuestra que la técnica da resultado. Ni siquiera estabas mirando el mapa, de modo que no podías saber que estabas tocando Romford. —Lucien escrutó su rostro y frunció el ceño—. ¿Necesitas descansar?

Imaginando que debía de tener un tono grisáceo por el agotamiento, Kit cerró los ojos y se recostó en la silla con las manos sueltas sobre el regazo. Lucien le apoyó una mano en el hombro, y ella sintió fluir a su interior un poco de la fuerza y la seguridad de él. Cuando ya se sintió un poco más fuerte, volvió a levantar el péndulo y continuó. Después de Essex, Hertford. Luego Middlessex. Nada. Se le hizo un nudo en la garganta. Aquello no funcionaba; había pasado por todos los condados que rodeaban Londres, sin obtener resultado alguno.

Lucien extendió otro mapa sobre la mesa. Un rápido vistazo le permitió ver que se trataba de Berkshire, que estaba justo al oeste de Middlessex. Lucien estaba empezando con un segundo círculo de condados alrededor de Londres.

Tenazmente, pasó la mano por encima de Windsor y luego hacia el norte, a Maidenhead. «Kira, ¿dónde estás?». De nuevo hacia el sur, en dirección a Bracknell.

En ese momento el péndulo saltó como un pez en el anzuelo y empezó a girar velozmente en el sentido contrario al de las agujas del reloj. Al mismo tiempo, Kit notó una sensación aguda, casi dolorosa, en la palma de la mano derecha, que la hizo despabilarse de repente, sintiendo la emoción correr por sus venas. Experimentó con fuerza la presencia de su hermana, no el pulso apenas



consciente que percibía constantemente, sino el intenso contacto que había sentido cuando Lucien la mesmerizó.

Con voz ahogada, Jason dijo:

—¿Está Kira cerca de Basildon?

El péndulo se frenó ligeramente, pero continuó girando en el mismo sentido. Kit sintió a Lucien a la espalda, preguntando:

—¿Está cerca de Hycombe?

El péndulo comenzó a moverse más aprisa. Kit sólo se daba cuenta a medias, porque se sentía deslizarse al interior de la mente y las emociones de su hermana tan profundamente que no estaba del todo segura de dónde terminaba una personalidad y empezaba la otra.

—Estás encima de un pueblecito, West Hycombe —dijo Lucien con voz lejana—. ¿Está cerca de ahí?

A Kit le retumbaba la cabeza y apenas era consciente de que el dije volvía a agitarse velozmente. *Agitarse, agitarse, la punta del látigo mordiendo la carne sudorosa. Un sonido animal, gutural, de dolor mezclado con placer. Unos ojos enloquecidos llenos de ansia y velada amenaza...*

Muy, muy a lo lejos, Lucien preguntó:

—¿Está Kira en un lugar llamado Castie Raine, o cerca de él? La realidad estalló en mil pedazos en medio de un torbellino de terror. *Hermana... otro... enemigo... peligro... peligro... ipeligro!* Cuando se precipitó en el torbellino, comenzó a chillar.

En cuanto Lucien pronunció las palabras «Castie Raine», Kit lanzó un grito de terror que le congeló la sangre.

Michael saltó de su silla y cruzó la cocina en dos zancadas.

—Maldita sea, ¿qué es lo que ocurre?

Jason también dijo algo, pero Lucien no hizo caso a ninguno de los dos. Se situó frente a Kit y vio que ella permanecía ajena a lo que la rodeaba, con los ojos sin ver, las manos contraídas y su torturada voz convertida en un largo lamento de angustia. Parecía una mujer trastornada... o una mujer atrapada en la locura.

Le cogió las manos y le dijo en tono urgente:

—Despierta, Kit, lo has conseguido. Todo ha terminado. Ella se debatió frenéticamente, tratando de soltarse las manos.

—Odio esto, lo odio, le odio a él, le odio, ¡LE ODIO! Con la cara pálida, Jason dijo:

—¿Qué crees que ha sucedido?

—Creo que se ha visto atrapada en el terror de Kira —contestó Lucien con gravedad. Después, elevando el tono de voz, dijo—: Vuelve, Kit. Por el amor de Dios, ¡vuelve ya!

Cesaron los gritos, pero sus ojos seguían estando nublados y jadeaba como un ciervo perseguido hasta el borde de colapso. Lucien la envolvió en sus brazos. Kit temblaba, y estaba tan helada como cuando se escondieron en el riachuelo para dar esquinazo a los perros. ¿Cuánto más podría soportar antes de derrumbarse? Le dijo con voz suave:

—Todo va bien, Kit, estás a salvo conmigo.

—Por favor... por favor abrázame, Lucien. —Empezó a llorar, pero su voz era la suya.

Dando gracias a Dios por ver que Kit había vuelto a ser ella misma, la tomó en brazos, se volvió y se sentó en la silla, y empezó a acunarla contra su cuerpo.

—¿Adivinar con un péndulo es siempre tan emocionante? Con el rostro blanco, el americano respondió:

—Jamás había visto nada parecido.

—Supuestamente, nunca has probado con una mujer que estuviera buscando a una hermana gemela desaparecida. —Acarició los hombros de Kit, que no dejaban de temblar. La joven parecía dolorosamente frágil. Odiaba tener que insistir, pero le preguntó—: ¿Entonces has conectado con las emociones de Kira?

Kit tragó saliva.

—Sí, justo al final de una de las sesiones de flagelación. Era horroroso, como tener una pesadilla estando despierta. He visto y oído todo, y he sentido lo que estaba sintiendo Kira, pero sin poder hacer nada. Me sentía paralizada, como una mosca atrapada en una tela de araña con la araña acercándose.

—¿Kira se encuentra bien?

Kit frunció el entrecejo un instante, y a continuación se relajó.

—Sí. Él ha desaparecido. Ella sabía que yo estaba allí, y creo que eso la ha ayudado.

—¿Crees que está confinada en un lugar llamado Castie Raine? Kit se estremeció y volvió a esconder el rostro.

—Creo que sí.

Lucien extendió un brazo y mantuvo el otro alrededor de Kit.

—Michael, dame el mapa.

Su amigo se lo puso en silencio en la mano. Después de estudiar la zona, dijo:

—Castie Raine es una fortaleza medieval en ruinas, y probablemente no sea ninguna coincidencia que se encuentre a mitad de camino entre las fincas de Mace y Nunfield.

—Probablemente. —Michael lanzó una mirada a Kit—. La mazmorra de un castillo casaría bien con tu impresión de una prisión subterránea y sin luz.

Ella hizo una mueca.

—Tienes razón. Ni siquiera unos muebles cómodos lograrían disimular un ambiente así.

Lucien seguía observando el mapa con el ceño fruncido. Había un río que discurría cerca de allí, cosa nada sorprendente tratándose de un castillo medieval. Lo que llamó su atención fue una curiosa sensación de familiaridad. Una imagen surgió en su mente; de pie en lo alto de una colina en

medio de viejos muros de piedra, mirando hacia un río iluminado por la luna y que describía una curva. Muros de piedra y la luna...

—¡Maldición, me parece que yo he estado allí! —exclamó—. Castie Raine debe de ser el lugar donde los Demonios celebran sus rituales.

—¿Tú has asistido a una de esas infames orgías? —le preguntó Michael, arqueando las cejas.

Kit alzó la cabeza y entrecerró sus ojos grises, aguardando la respuesta de Lucien. Éste recordó con desasosiego la ramera de duro rostro y la horrible desolación que le invadió después de que le permitiera ganarse su sueldo de esa noche. Estrechó con más fuerza los hombros de Kit.

—Estrictamente por negocios, no por placer.

Ella volvió a relajarse. Menos mal que estaba tan cansada, porque de lo contrario podría haber adivinado que aquella respuesta no contenía toda la verdad. Aquella noche era una que Lucien prefería olvidar.

Jason dijo:

—¿Sabe si ese castillo tiene mazmorras?

—Yo no vi ninguna, pero es probable. El terreno sobre el que se asienta es muy amplio. Allí podría ocultarse cualquier cosa, o cualquier persona.

Se hizo un silencio en la habitación que sólo se rompió cuando Michael dijo en tono de grave amenaza:

—Supongo que esta noche iremos a Castie Raine a buscar a lady Kristine.

—En efecto —contestó Lucien—. Pero antes dormiremos. Por la mañana, Kit y yo iremos a ver a lord Ivés, que es un Demonio en el que podemos confiar. Él podrá decirnos algo más sobre el castillo.

—Nunca se puede tener demasiada información acerca del objetivo de una incursión. —Michael se pasó la mano por su cabello de color castaño—. Pero cuanto antes vayamos a Berkshire, mejor. Se está preparando una fuerte tormenta, de aguanieve o de granizo, me temo.

—Entonces necesitaremos un lugar donde escondernos que esté cerca del castillo. Una casa particular sería mejor que un albergue.

—Lucien tamborileó con los dedos sobre el mapa—. Rafe posee una pequeña mansión cerca de Basildon. El arrendatario murió hace poco, y la casa aún está vacía. Estoy seguro de que nos dejará usarla. Podemos llegar hasta allí a caballo por la tarde. Después de la incursión, podemos pasar la noche y así no tendremos que recorrer todo el camino de vuelta hasta Londres.

A pesar de la fatiga, a Kit la picaba la curiosidad, y dijo a Michael:

—¿Eres capaz de predecir una tormenta con tal precisión que Lucien acepta tu palabra sin pestañear?

—Antes me llamaban el adivino del tiempo. Incluso de niño, siempre era capaz de decir cuándo se avecinaba una tormenta y cuan intensa iba a ser. —Michael flexionó un brazo—. Desde que recibí el golpe de una pelota en el hombro, mis predicciones son todavía mejores. —Se puso en pie y añadió—: Dormid bien lo que queda de noche.

Jason disimuló un bostezo.

—Dado que mañana es el solsticio de invierno, aún contamos con unas cuantas horas más de oscuridad.

Lucien se puso de pie con Kit en brazos.

—Buenas noches.

Mientras se encaminaba hacia las escaleras, ella protestó:

—Puedo andar.

—Tengo mis dudas —repuso él, lacónico—. ¿Te acuerdas de lo agotada que te quedaste las otras veces que te pusiste en contacto con la mente de Kira?

—Oh. —Le concedió el punto, cerró los ojos y dejó que la cabeza le cayera sobre el hombro de él.

Lucien se sintió impresionado de nuevo por lo frágil que parecía Kit. Pobre niña, valerosa y exhausta. Debía de sostenerse en pie a base de fuerza de voluntad.

La llevó a su habitación y la depositó en el borde de la cama, y acto seguido le quitó las prendas más exteriores. Ella colaboró en actitud pasiva, con la cabeza gacha. Cuando se quedó sólo con la camisola, Lucien apartó hacia atrás los cobertores de la cama, pero antes de que pudiera arroparla Kit se aferró a él rodeándole el cuello con los brazos.

—Quédate, Lucien —le dijo, con los ojos de un verde mate—. Por favor.

Él titubeó, sintiendo la tentación. Pero...

—Me encantaría quedarme, pero no puedo jurar que vaya a comportarme con la necesaria corrección —dijo, esforzándose por mantener un tono ligero—. Aunque comprendo perfectamente la razón por la que tú tienes que evitar la confusión que te produce la pasión, cuando estoy cerca de ti, toda sensatez desaparece al instante. El cansancio te protegerá esta noche, pero no te garantizo nada acerca de mañana por la mañana. Kit esbozó una media sonrisa.

—Estoy preparada para aceptar las consecuencias. Ahora que sé dónde está Kira, ya no tengo la sensación de que sea tan importante evitar toda intimidad. —Le puso una mano en el pecho y agregó con un hilo de voz—: Y esta noche no quiero estar sola.

Lucien le depositó un beso en la frente.

—Mientras yo siga vivo, Kit, no tendrás que estarlo.

Ella contrajo el rostro, aunque no dijo nada. Lucien se preguntó si alguna vez le creería, o si su padre, indigno de toda confianza, habría destruido para siempre su capacidad de tomar en serio la palabra de un hombre. Bueno, podía tener toda la paciencia que fuera necesaria. Se desvistió, apagó las velas y se tendió al lado de Kit bajo el cobertor de plumas.

Kit se acurrucó contra él con un suave suspiro. Las sábanas estaban frías y ella también, pero enseguida aumentó el calor allí donde los cuerpos de ambos se tocaban. Lucien sonrió cuando una esbelta pierna se insinuó entre sus rodillas, seguida de un pie congelado que se deslizaba bajo su tobillo. No podía imaginarse por qué había gente que prefería dormir a solas.

Aunque la fatiga había influido enormemente para adormecer el deseo, seguía siendo placentero acariciar a Kit desde el hombro hasta la cadera. Sus curvas tersas y flexibles fueron entrando en calor. Cuando su mano se detuvo un momento en su pecho, le acarició perezosamente el pezón con un dedo. Éste se endureció y formó un capullo pequeño y firme bajo la fina tela de la camisola. Se inclinó hacia adelante unos centímetros para que sus labios alcanzaran a tocar los de ella. Las bocas de ambos se encontraron, la de Kit blanda y acogedora, lengua contra lengua provocando un delicado placer. Tras un beso largo y pausado, Lucien apartó la cara.

—Esto es una locura —dijo con la voz ronca—. Los dos necesitamos dormir.

Kit murmuró algo para mostrar su acuerdo, pero su mano se deslizó a lo largo de la cintura de Lucien hasta la parte baja de la espalda y allí empezó a moverla en lánguidos círculos, suavemente eróticos. Él sintió vibrar claramente el deseo. Bajó la cabeza y la besó en los pechos, saboreando la textura rugosa del pezón a través de la camisola.

A juzgar por la forma en que cambió la respiración de Kit, ella no era más inmune al deseo de lo que lo era él.

Sus caricias se hicieron más alargadas, y su palma empezó a resbalar muslo abajo, hasta tocar la rodilla. En el camino de vuelta el dedo pulgar tropezó con el borde de la camisola y lo deslizó hacia arriba. No lo hizo intencionadamente, pero no pudo resistir acercar la cabeza al aroma que desprendía aquella oscuridad y besar la curva tersa y blanda de aquel vientre. Los dedos de Kit bajaron por su cuello y empezaron a jugar en la nuca. Delicioso, simplemente delicioso.

Pasaron a los ritmos del apareamiento como soñando, cada paso no tan inocente iba seguido de otro que aún lo era menos; la fricción de la piel desnuda contra el vello denso y ensortijado, delicados mordiscos a lo largo del arco de una garganta; la flexión de la blanda femineidad para amoldarse a la masculinidad angular, sutiles fragancias corporales intensificadas por la oscuridad y convertidas en drogas embriagadoras.

Cuando la mano de Kit buscó y encontró la firme carne viril, él respondió explorando íntimamente sus profundidades secretas. Ella separó los muslos, invitándole. Ni siquiera cuando él se izó a sí mismo sobre ella y ambos se unieron, hubo una verdadera sensación de urgencia. Pasión, sí, y sangre latiendo con un calor que terminó en una viva llama. Pero no desesperación, porque su unión era profundamente lícita, un intercambio de mutuo amor que paradójicamente fortaleció a los dos a la vez.

Por fin se quedaron dormidos el uno en los brazos del otro, en un sueño profundo y sin imágenes.

Kit abrió los ojos a la claridad perlada del amanecer. El comienzo del invierno hacía que el sol saliera relativamente tarde, pero incluso así ella no pudo dormir más de cuatro horas. Sin embargo, se sentía asombrosamente descansada, de lo cual tenía que conceder todo el mérito a Lucien. La intimidad de una cama compartida pareció tan natural y correcta que costaba imaginar que tal vez no volviera a darse tal circunstancia.

Pero nunca lamentaría haberle amado, por mucho que le doliese en el futuro. Tampoco olvidaría que él la había deseado a ella.

Contempló su rostro dormido, enmarcado por el cabello rubio revuelto. Lucien poseía en aquel momento una belleza que paralizaba el corazón, y se le veía más relajado de lo que jamás le había visto en estado de vigilia.

Un pensamiento rebelde se agitó en lo más recóndito de su mente. Lucien era el hombre más inteligente que había conocido, y en absoluto propenso a hacerse falsas ilusiones. Quizá pudiera creer que él la amaba de veras; quizá realmente la prefiriera a su hermana. Dejó escapar un lento suspiro. Nadie más lo había hecho. No sólo Kira era más vital, más encantadora, sino que también era más fuerte. Había florecido llevando una vida independiente, a diferencia de ella, que apenas había sido capaz de funcionar normalmente cuando dejó de ser la mitad de un todo. Lucien admiraría la fuerza de Kira tan intensamente como quedaría hechizado por su vivacidad.

No dejaba de resultar irónico. Si Kira muriera, ella podría quedar tan traumatizada emocionalmente que ya no sería de utilidad para nadie, pero, al mismo tiempo, rescatarla podría suponer abandonar para siempre sus esperanzas de conseguir el amor.

Pero en aquel efímero e intenso momento, Lucien era *suyo*. Kit estiró el cuello y le rozó los labios en el más ligero de los besos. Él abrió apenas los párpados, revelando un dorado brillo de satisfacción en sus ojos.

—Te advertí que si me quedaba, a lo mejor no era capaz de comportarme como era debido —dijo con una chispa maliciosa en la mirada—. Aunque creía poder dominar la tentación un poco más de tiempo.

—Tonterías —replicó ella con una sonrisa—. Sólo te comportas decentemente cuando te conviene.

—Y me conviene ahora. —La envolvió en sus brazos y la atrajo sobre sí.

Ella profirió un leve quejido de sorpresa y después se relajó, con las piernas extendidas por fuera de las suyas y los pechos aplastados contra su cuerpo, y dijo de mala gana:

—En realidad debemos levantarnos pronto. Va a ser un día muy largo.

—Lo cual quiere decir que debe comenzar como Dios manda. —Y la silenció con un beso mientras deslizaba las manos al interior de su camisola buscando sus nalgas y hundiendo los dedos en ellas.

Al tiempo que se besaban, Kit le notó endurecerse bajo su vientre. Se estiró con la flexibilidad de un gato, disfrutando del contacto de los músculos de su cuerpo y de la forma en que ambos cuerpos encajaban el uno en el otro. El beso se hizo más profundo, y un fuego líquido empezó a circular por sus venas. Estaba a punto de rodar hacia un costado para poder hacer el amor como era debido, cuando Lucien le sujetó las caderas y se introdujo en el interior de ella de un solo movimiento. Kit aspiró profundamente.

—Oh, Dios. Ahora comprendo por qué me has puesto encima deti.

Él sonrió y empujó hacia arriba.

—Los conocimientos son algo maravilloso.

—En efecto —dijo Kit sin resuello—. L. J. Knight ha escrito varios artículos provocadores sobre ese tema.

—¿Tan provocador como lo que estamos haciendo?

—Esto no es provocación —replicó ella con una risa entrecortada—. Es descarada lujuria.

—Mmm, lujuria, mi pecado mortal favorito. —Lucien volvió a empujar hacia arriba. Kit se estremeció al sentir cómo la invadía una oleada de calor.

Con cuidado, se enderezó de forma que quedase sentada a horcajadas sobre él. A continuación se quitó lentamente la camisola con un movimiento de deliberada seducción y la arrojó por encima del hombro. Lucien reaccionó levantando la cabeza y capturando su pecho izquierdo con la boca. Ella gimió y se meció adelante y atrás para atraerle más hacia adentro, hasta que él volvió a caer sobre las almohadas, jadeando en busca de aire.

Kit se inclinó hacia adelante y le aprisionó las muñecas contra la cama. Mirarle a la cara desde cierta altura creaba la placentera ilusión de que era tan fuerte como él. Deseando verle desvalido y anhelante, movió lentamente la pelvis contra él. Lucien dejó escapar una exclamación ahogada, con expresión totalmente abierta, revelando hasta el último matiz de deseo.

Había una profunda intimidad en el hecho de hacer el amor a la luz del día y con la mirada del uno clavada en la del otro. Kit descubrió todo un abanico de deliciosas posibilidades que se les ofrecían a ambos para moverse juntos. Cada movimiento de uno de los dos se reflejaba instantáneamente en la cara del otro, como si no fueran dos cuerpos sino uno.

Bajó la cabeza y le besó con ardor. Estaban doblemente unidos, cada uno en el interior del otro. Con dolorosa intensidad, Kit ansió fundirse emocionalmente del mismo modo que estaban fundidos físicamente, completar su ajado ser con el poderoso espíritu de él. Pero tan pronto como tomó forma aquella idea sintió una punzada de miedo que la devolvió al terreno seguro del humor. Interrumpió el beso y dijo:

Ahora entiendo un chiste que oí una vez en el teatro, acerca de una mujer montando a un hombre.

En ese momento captó una sombra —¿desilusión?— en los ojos de Lucien y sintió su sutil repliegue emocional. Tristemente, reconoció que, en su necesidad de protegerse a sí misma, le había fallado de nuevo. Lucien, enmascarando rápidamente su reacción, respondió al humor con más humor, diciendo con sorna:

—También debería ocurrírsete una interpretación totalmente nueva de esa antigua rima del parvulario que hablaba de montar un palo con cabeza de caballo hasta Banbury Cross.

—¡Lucien! —exclamó Kit, riendo aunque se había ruborizado rotundamente—. Eso es indecente. No es más que un caballito infantil de madera.

—Eso es lo que les dicen a las niñas, pero los niños no se dejan engañar —repuso él—. Ya que eres escritora, tal vez quieras pensar mejor frases que has empleado sin darte cuenta, como llamar a una adolescente «pollita» o hablar de comprar «huevos» en una «pollería». La lengua está llena de dobles significados.

Kit no veía el doble significado hasta que él se echó a reír. Todo un mundo nuevo de obscenidades se abrió ante ella. Roja como la grana, cerró la boca a Lucien con un beso. Por suerte, él se apiadó de su herida modestia y no bromeó más.

Kit no había imaginado que la pasión pudiera ser tan divertida. Dominó el arte de enardecer a Lucien mecendo las caderas, y de tenerle abrasándose al borde del climax con la inmovilidad. Descubrió que podía comportarse como una mujer lasciva y que él encontraba delicioso aquel abandono suyo. Y estuvo a punto de ahogarse de risa cuando él exclamó:

—¿No hueles a quemado? Creo que hemos chamuscado las sábanas.

Pero aquel ánimo desenfadado duró poco. En las próximas veinticuatro horas todo iba a cambiar. Si Dios quería, su hermana sería libre, pero el precio que iba a pagar podría ser que tal vez nunca volviera a vivir aquella intimidad con Lucien. Y además existía un peligro real; lo sentía pender sobre la cabeza de Kira como si se tratara de la densa niebla londinense.

Sintiendo un súbito frenesí, utilizó sus habilidades recién aprendidas para llevar a ambos a la culminación. En la violencia de la satisfacción no había sitio para el miedo ni para el arrepentimiento.

La cura fue efímera. Cuando quedó tendida y jadeante en brazos de Lucien, le costó trabajo ocultar la melancolía que le retumbaba en la sangre como un tambor. Nunca más, nunca más, nunca más.

Lucien contempló fijamente el techo, sintiendo los latidos del corazón de Kit tan fuertes como los del suyo propio. Ella estaba tumbada encima de él, blanda como el caramelo, y acababan de hacer el amor con apasionada intensidad. Siendo así, ¿por qué tenía la sensación de que ella le había dicho adiós en silencio? Cuanto más se acercaban a Kira, más se apartaba Kit emocionalmente; lo había visto con claridad meridiana cuando hicieron el amor y desaparecieron las defensas normales. El resultado lógico de aquello sería que cuando encontrasen a Kira él perdería a Kit del todo.

En un primer momento había confiado en que la intimidad física les acercara más el uno al otro, pero ya no era así. Aunque no dudaba de poder convencerla para casarse —la gratitud era una fuerza importante, y él era un maestro de la manipulación sutil—, ya no estaba seguro de que el matrimonio le proporcionase lo que estaba buscando.

Ya no estaba seguro de nada.

Sintió verdadero alivio cuando Kit habló.

—Tengo la horrible sensación de que rescatar a Kira va a resultar más difícil de lo que piensas —dijo en tono sombrío—. ¿Recuerdas que Kira dijo que había guardias? Allí hay peligro, Lucien.

Contento de regresar a asuntos más triviales, Lucien contestó:

—¿Cuántos guardias puede haber? No estamos hablando de poner sitio a una ciudad estado. El secuestrador no es más que un hombre rico y perverso. Es muy posible que haya un solo guardia, dos como mucho. Si él mismo se encuentra allí, eso hará un número de tres. —Se encogió de hombros—. Aunque hubiera media docena, lo cual es difícil de imaginar, aún prevaleceríamos nosotros, porque contamos con Michael.

—Me asombra que esté dispuesto a arriesgarse cuando él no tiene nada que ganar. Jason y yo queremos a Kira, y tú estás haciendo esto por mí —le dio un beso rápido—, y por eso me siento profundamente agradecida, pero Michael está actuando por amistad contigo y por la bondad de su corazón. Esos son motivos más bien abstractos.

—Sospecho que se alegra de poder emplear su capacidad de guerrero para una buena causa. Habría sido un espléndido caballero medieval.

—¿Matar dragones y rescatar damiselas?

—Exactamente. —Lucien le rodeó la cintura con un brazo, en su afán de abrazarla un ratito más.

Pero el tiempo se les había terminado. Kit se obligó a sí misma a levantarse.

—Si nos damos prisa, podremos pillar a lord Ivés en el piso de Cleo.

—¿Es que viven juntos?

—Casi. —Kit sonrió ligeramente—. Él quiere instalarla en una casa más grande y más lujosa, pero ella se empeña en negarse. Dice que prefiere ser dueña de sí misma que simplemente la amante de un lord. Es irónico; se toma absolutamente en serio cada palabra que dice, pero puede que la cosa termine en que él le ofrezca que se casen con el fin de retenerla.

—No sería la primera vez que un lord escoge a su dama en el teatro —señaló Lucien—. He oído cómo habla de ella. Podría irles muy bien juntos. —Perdiendo interés por el tema, tomó la muñeca

de Kit y le depositó un beso en la palma de la mano—. Dentro de veinticuatro horas estaremos celebrando la libertad de Kira. Y después podremos pensar en una fecha para la boda. Personalmente, me inclino por obtener una licencia especial y casarnos inmediatamente. ¿Estarías conforme con eso?

Quería que Kit reaccionase como si deseara aquello tanto como él, o si no tanto, que por lo menos lo deseara. Pero en vez de eso, Kit le contestó con una dulce sonrisa que no lograba ocultar la tristeza que había en sus ojos.

—Como te prometí anoche, aceptaré lo que tú quieras. Si aquello era una victoria, sabía curiosamente a ceniza.

Después de que él se marchara, ella quedó tan agotada que apenas podía moverse. Cayó en un sueño profundo, sin ningún tipo de imágenes, y se despertó con un sobresalto. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Dado lo poco que le quedaba, no debía desperdiciar ni una gota. Después de obtener su satisfacción, él le había descrito con toda exactitud y con cruel regocijo cómo iba a ser su final. La próxima vez que viniera, sería para llevarse su vida.

Y sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer, sino pasear frenéticamente por su elegante prisión? Ya había buscado alguna arma, pero su captor había tenido cuidado de no amueblar las estancias con nada que pudiera resultar peligroso. Los pesados muebles estaban atornillados al suelo; la vajilla era de latón blando y fácilmente deformable; y los platos y la taza eran de peltre, que no podía romperse en trozos con aristas afiladas.

Podía servirse de la correa de uno de los látigos más duros para intentar estrangular a su adversario, pero dudaba que tuviera fuerza suficiente para vencer a un hombre adulto. Y aunque lo consiguiera, no podría pasar del guardia que vigilaba la puerta. Por supuesto que lo intentaría, porque no pensaba ir mansamente hacia su muerte, pero no albergaba ninguna esperanza acerca de sus posibilidades de éxito.

Su mirada se fijó en el desagradable juguete que representaba una flagelación. Con una súbita cólera, lo levantó por encima de su cabeza y lo arrojó contra el suelo. Luego aplastó las figuritas con las botas. Ojalá pudiera hacer lo mismo con su captor...

Entonces se le ocurrió una idea, y se arrodilló para examinar las piezas. Habían quedado al descubierto varios engranajes metálicos. Cogió el más grande de ellos y probó el borde de dientes afilados. Era de acero endurecido. Si se usaba con cuidado, podía servir para raspar la madera.

Recorrió pensativa las tres habitaciones. Ah, la mesilla junto a la cama. Si disponía de tiempo suficiente, podría cortar una de sus patas, y una vez suelta, debería tener bastante fuerza para arrancarla del perno que la sujetaba al piso. Si no, bueno, la cortaría unos centímetros por encima del suelo.

Se sentó junto a la mesilla con las piernas cruzadas y se puso a trabajar. Cuando terminase, tendría una estaca lo bastante contundente como para destrozarle el cráneo a un hombre. Eso no sería suficiente para liberarla, pero si tenía que morir, desde luego que arrastraría consigo a su captor.



Cleo no se dio prisa en abrir la puerta. Cuando lo hizo, estaba riendo y su cabello rubio se le extendía suelto por los hombros. Al ver a Lucien con Kit, se apresuró a taparse un poco más con la bata de terciopelo verde que llevaba.

—Cassie, querida, hoy has madrugado mucho —dijo en voz alta para que se oyera al fondo del apartamento. Su elocuente mirada indicaba que tenía compañía—. Me temo que ahora no es el mejor momento para tomar una taza de té. ¿Te parece que baje un poco más tarde para charlar?

Kit dijo:

—Venimos a hablar con lord Ivés. ¿Está aquí? Creemos que él sabe dónde se encuentra prisionera mi hermana, y tal vez podría ayudarnos.

Cleo abrió mucho los ojos.

—Gracias a Dios. —Levantando la voz, exclamó—: John, tienes visita.

Del dormitorio emergió un lord Ivés a medio vestir, con una expresión de ligera sorpresa. Cuando vio quién le estaba esperando, sonrió y saludó a Kit con una inclinación de cortesía.

—Strathmore, señorita James, qué agradable sorpresa. Confío en que esté usted bien.

—Yo no soy Cassie James, soy su hermana gemela. Ella ha sido secuestrada, y yo llevo varias semanas fingiendo su personalidad —explicó Kit sin rodeos—. Espero que usted pueda ayudarnos a encontrarla.

Incrédulo, el joven repuso:

—¿Son dos, y capaces de actuar así en el escenario? —Escrutó el rostro de Kit por espacio de largos instantes antes de asentir con la cabeza—Comprendo. Vengan a sentarse. Me parece que esto puede ser una larga historia.

De hecho, la descripción que le hizo Kit de la desaparición de Kira y de su suplantación de personalidad fue breve porque omitió los detalles más interesantes, tales como el acecho a los Demonios y el hecho de que su hermana había sido localizada con ayuda de un péndulo. Ni siquiera mencionó su papel de camarera, cuando dio un porrazo a Ivés con su busto postizo. Como él no la había reconocido, era mejor no mencionar el asunto por respeto a su dignidad.

Una vez resumida la situación a grandes rasgos, Lucien se hizo cargo de la conversación.

—Creemos que Cassie está prisionera en Castie Raine, en Berkshire. ¿Acierto al suponer que ése es el lugar donde se reúnen los Demonios?

—En efecto, lo es. —Ivés se mordió el labio con disgusto—. ¿Cree que la ha secuestrado uno de los Discípulos ? Ninguno de ellos necesitaría hacer algo así. Pueden permitirse todas las mujeres que se les antojen.

Lucien dijo lacónicamente:

—Hay hombres que prefieren mujeres menos dispuestas. Y hay otros que no aceptan un no por respuesta.

El semblante de Ivés se tornó grave. Kit supuso que estaba recordando comentarios que confirmaban lo que había dicho Lucien. El joven levantó la vista y dijo con sencillez:

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Necesitamos saber tanto como sea posible acerca de Castie Raine —dijo Lucien—. Por ejemplo, ¿hay mazmorras debajo del castillo?

—Creo que sí, aunque nunca las he visto —contestó Ivés—. Los Discípulos tienen un santuario privado para sus rituales secretos. A los Demonios de menor categoría, como yo, nunca se nos permite verlo, pero creo que la entrada debe de estar en algún sitio por detrás de la capilla.

—¿Sabe algo de sus ceremonias?

—En realidad, no. Sin embargo, otro Demonio junior se detuvo junto al castillo una noche porque le apetecía contemplar las ruinas a la luz de la luna, y en el momento de marcharse oyó gritar a una mujer. —Ivés se pasó los dedos por el pelo con nerviosismo—. Creyó que debía de ser producto de su imaginación. Había estado bebiendo, y ese lugar es muy capaz de producir extrañas fantasías. Pero tal vez tenía razón.

—¿Cuándo sucedió eso?

—El verano pasado. Hacia fines de junio, creo.

Antes de que Kira fuese capturada, pensó Lucien con alivio. Pero aquello planteaba la temible posibilidad de que en el pasado hubiera habido otras víctimas. Ya que ninguna de ellas había dado

ningún paso para acusar a los Demonios, lo más probable era que no hubieran sobrevivido a la experiencia.

—¿Cómo se llega al castillo?

Ivés proporcionó una descripción precisa de caminos y desvíos, y a continuación Lucien le formuló otra serie de preguntas distintas. Sin embargo, aparte de los detalles del lugar, no se enteró de nada que no hubiera observado por sí mismo. Al final preguntó:

—¿Sabe si hay guardias allí?

—Creo que hay un vigilante cuando está vacío —contestó Ivés—. Además, puede que usted no se diera cuenta de ello la vez que estuvo allí, pero en los banquetes de los Demonios siempre hay varios sirvientes varones disfrazados de guardianes de un harén turco. Se les llama eunucos, aunque estoy seguro de que no lo son. De hecho parecen boxeadores retirados del cuadrilátero. Deben de ser buenos guardias, pero creo que están sólo durante los servicios.

—Espero que tenga razón. —Lucien se puso de pie—. Gracias por su ayuda. Supongo que está de más decir que no ha de mencionar a nadie esta conversación.

—No lo haré. —Ivés se incorporó también—. Imagino que piensa ir a Castie Raine a tratar de encontrar a la verdadera Cassie James. ¿Necesita otro voluntario?

Gracias, pero no. Ya he reclutado a varios amigos.

Ivés dirigió una mirada a Kit.

—¿Hay alguna posibilidad de que usted y su hermana actúen juntas?—le preguntó—. Sería una noche épica. Ella negó con la cabeza.

—En el momento en que ella quede libre, yo me retiraré del escenario para siempre.

Se despidieron todos, y acto seguido dejaron el piso y subieron al carruaje. Una vez dentro, Lucien musitó:

—Me gustaría que no vinieras a Castie Raine con nosotros.

—He de estar allí para encontrar a Kira —señaló Kit—. Si las ruinas son muy grandes, sin mí tal vez nunca deis con ella.

—Lo sé. Pero eso no significa que tenga que gustarme.

Aunque con expresión preocupada, Kit dijo en tono desenfadado:

—¿Por qué te preocupas tanto? Recuerda, contamos con Michael, el ángel guerrero, caudillo de las huestes de los virtuosos, de nuestra parte.

Lucien contestó con una sonrisa torcida:

—Cierto, y no hay motivos para esperar que tengamos problemas. Lo único que tenemos que hacer es entrar y sacar a tu hermana de allí, pero nunca se sabe. No me gusta la idea de exponerte a un posible peligro.

Kit replicó:

—Yo no soy quien estuvo a punto de caerse de un tejado por una torpeza, Lucien sonrió y le cogió la mano.

—Acepto la reprimenda. Esta noche te necesitaré para que me salves de mí mismo.

Pero a pesar del chiste, no desapareció su preocupación. Durante el camino de regreso a Strathmore House, su mente no cesó de dar vueltas a dos versos de Shakespeare: «Con sólo chasquear los dedos, algo malvado sucede».

El hombre que llevaba varios días vigilando la casa de la calle Marshall lanzó un juramento cuando la actriz subió al carruaje en compañía de Strathmore y partió. Su jefe se había puesto furioso al enterarse de que el secuestro había resultado fallido, y había insistido en que antes de ese día había que raptar a la joven. Pero, maldita sea, no fue posible. La muy bruja llevaba días sin ir a casa. Por fin enseñó la cara, pero sólo un maldito imbécil intentaría arrancarla de aquel lánguido conde que había resultado ser mucho más duro de roer de lo que parecía.

El hombre se encogió de hombros y se retiró de nuevo a esconderse en la habitación que había alquilado al otro lado de la calle, frente a la casa donde vivía su presa. Esta vez le estaban pagando, de modo que haría bien en sentarse a vigilar hasta que llegase la hora de informar al que le había contratado.

Lanzó un bostezo. Si por él fuera, secuestraría a una putita que tuviera más carne sobre los huesos.

Las imponentes puertas de hierro de Castie Raine estaban cerradas con llave, sin ningún vigilante a la vista. Si había alguno, probablemente se encontraría dentro, donde estaría caliente y seco.

Michael tenía razón al predecir la tormenta; mientras Kit aguardaba junto a la verja, temblaba a causa de la lluvia helada. Si la temperatura descendía mucho más, el mundo se convertiría en un témpano de hielo. Con la ayuda de Dios, para entonces todos ya estarían a salvo y Kira sería libre.

Con un débil sonido metálico, Lucien se hallaba inclinado sobre la cerradura de la puerta del tamaño de una persona que estaba montada en la verja de hierro. Kit no veía bien lo que estaba haciendo, pero parecía tener algo que ver con una anilla que llevaba colgando un amplio surtido de llaves y ganchos de metal. No se sorprendió cuando se abrió la puerta con un chirrido apagado que se perdió inmediatamente entre el aullido del viento y de la lluvia. A su espalda, Jason Travers dijo con una chispa de humor:

—¿Si quiero ser un conde como Dios manda, voy a tener que aprender a hacer eso?

—La verdadera belleza que hay en ser un noble inglés —replicó Lucien mientras instaba a los demás a pasar por la puerta y luego la cerraba— radica en que uno puede ser todo lo excéntrico que desee.

—No se trata de tu excentricidad, Luce, sino de tu desafortunada tendencia a delinquir —dijo Michael en tono afable. Los demás rieron.

Con los nervios en tensión, Kit sintió ganas de aplastarles a todos por su frivolidad. Se contuvo porque sospechaba que aquella ligereza en el tono era la manera que tenían los hombres de enfrentarse a las tensiones. Resultaba más fácil ser mujer porque una podía demostrar el miedo. Lucien debió de adivinar su estado de ánimo, porque mantuvo una mano apoyada todo el tiempo en la cintura de ella, mientras avanzaban sin hacer ruido por el borde del camino de entrada a los edificios principales.

La parte objetiva de escritora de su mente iba tomando notas, porque aquella incursión le daba una cierta idea de lo que debía de ser la guerra. Los cuatro iban vestidos de oscuro, Kit con su traje habitual para allanar moradas. Hasta los caballos, atados en un bosquecillo cercano, eran invisibles, porque Michael había pintado de negro las marcas blancas que podrían haber llamado la atención de noche. A ella jamás se le habría ocurrido tal cosa; era un pequeño y reconfortante recordatorio de la mucha experiencia que tenía Michael en llevar a cabo misiones secretas. Con su expresión dura como pedernal, aquellos ojos a los que no escapaba nada y una gastada carabina colgada al hombro, constituía una formidable estampa. Armados con pistola, Lucien y Jason parecían igualmente peligrosos. Aunque Kit rezaba por que no fuera necesario recurrir a la violencia, estarían preparados llegado el caso.

Lucien le había preguntado si quería una pistola, pero ella la había rechazado con un escalofrío. Aquella era una de las cosas que la distinguían de su hermana; Kira era una excelente tiradora, mientras que ella siempre se había negado de plano a tocar una arma, y ahora era demasiado tarde para aprender.

La capilla se apreciaba como un contorno apenas visible, un bulto un poco más oscuro contra un cielo de tormenta. A medio camino de ella, Kit lanzó una exclamación ahogada y se apretó los dedos contra las sienes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucien en voz baja.

—Kira esta aquí. —A Kit le tembló la voz ante la confirmación de que su intuición había sido correcta—. ¡Realmente está aquí!

Jason hizo un ruido que demostraba lo mucho que le estaba costando adoptar una actitud de naturalidad. Michael, frío, preguntó:

—¿Puedes decir en qué dirección?

Kit se concentró haciendo un esfuerzo que hizo que le latieran las sienes.

—En línea recta, en las inmediaciones de la capilla. Debajo de ella, creo.

Con el corazón retumbándole en el pecho, echó a correr hacia el edificio sin notar apenas lo que la rodeaba ni la lluvia que le azotaba la cara. Alcanzó la capilla y se lanzó sobre el picaporte de la puerta cuando Lucien exclamó:

—¡No abras la puerta! Se ve luz debajo.

Kit bajó la vista y vio que Lucien tenía razón.

Tan impaciente como Kit, Jason dijo:

—Es probable que no sea más que el vigilante. Podemos encargarnos de un solo hombre.

—Sin duda —contestó Lucien—. De todos modos, busquemos otra entrada. Creo que doblando la esquina a la derecha hay una puerta lateral que da a la sala de banquetes.

Avanzaron siguiendo la pared del edificio hasta que dieron con la puerta. Lucien se puso a trabajar en la cerradura con tanto sigilo que ni siquiera Kit, que se encontraba a un par de metros de distancia, consiguió oír nada. Hubo un leve chasquido. Lucien abrió la puerta despacio y desapareció en el interior. Tras escuchar durante unos momentos, hizo señas a los demás para que le siguieran. El salón de banquetes era una gran habitación en la que apenas se distinguían las formas de las mesas y de las sillas a la mortecina luz que penetraba por el extremo más alejado, a la izquierda. Sin pronunciar palabra, Lucien se dirigió hacia la luz, moviéndose pegado a la pared para no chocar con los muebles. Al llegar a la entrada del salón presionó a Kit en el hombro a modo

de orden silenciosa para indicarle que se quedara allí. Dejó a Jason con ella, mientras él y Michael se internaron en el pasillo que conducía a la capilla.

La espera parecía interminable. Kit cerró las manos en dos puños y se obligó a sí misma a permanecer quieta. En ese momento, casi de forma inaudible entre el repiqueteo de la lluvia en las ventanas, llegó hasta ella un grito amortiguado, seguido de un golpe sordo. Un par de minutos después, regresaron los hombres, Michael llevando una vela ; encendida que usó para prender las dos lámparas que traía Jason. El vidrio de las lámparas estaba tapado, de modo que sólo dejaba salir unos estrechos haces de luz, pero suponían una importante mejora en comparación con la total oscuridad.

—Todo despejado —dijo Lucien—. Sólo había un guardia.

—No le habréis... —dijo Kit nerviosa.

—Sólo está inconsciente y atado —la tranquilizó Michael—. Nunca mato a nadie sin un motivo.

Kit se preguntó si aquel aplomo sería seco humor, y decidió que no lo era. Michael había vivido en un mundo muy diferente del suyo.

Los hombres empezaron a registrar las pequeñas estancias y corredores que se extendían detrás de la capilla, y ella agachó la cabeza y sondeó el interior de sí misma para localizar a su hermana. Contuvo una exclamación al conseguirlo: la energía de Kira era abrasadora. No sólo se encontraba cerca, sino que además estaba aterrorizada. Aunque Kit intentó enviarle un mensaje tranquilizador, no pudo: Kira estaba demasiado angustiada para sentir la presencia de su hermana.

Kit levantó la cabeza de nuevo, pues percibía un profundo retumbar en la periferia de su audición. Incapaz de identificarlo, acudió a Lucien:

—¿Qué es ese ruido grave y profundo? Él ladeó la cabeza y escuchó. Por su expresión, Kit comprendió que no lo había notado hasta que ella se lo dijo.

—Máquinas —contestó con el ceño fruncido—. Algo como una caldera de vapor, creo. Una muy grande. —Si había máquinas funcionando, debía de haber más gente allí. Kit estaba en lo cierto; aquello iba a ser más difícil de lo que habían imaginado.

—Por aquí —dijo Jason en voz baja desde una esquina. Cuando los otros tres le alcanzaron, Jason abrió la puerta que había descubierto. Había unos escalones que descendían hasta un pasillo iluminado, y un rumor de cánticos llenaba el hueco de la escalera. Lucien cerró la puerta despacio.

—Maldición, los Discípulos están celebrando uno de sus rituales.

—Hoy es el solsticio de invierno —dijo Jason, tenso—. Probablemente están celebrando el rito pagano del cambio de estación. Lucien reflexionó un instante.

—Muy probable. Fue alrededor del día de San Juan cuando el amigo de Ivés oyó a alguien gritar aquí.

—¿Los druidas no practicaban sacrificios humanos? —preguntó Michael.

Kit lanzó una exclamación de horror y se acercó a la puerta abierta, dispuesta a lanzarse escalera abajo, pero Lucien la interceptó.

—Espera —le dijo bruscamente al tiempo que la agarraba del brazo—. No te separes de mí.

Kit le miró sin verle, y Lucien imaginó que debía de estar unida mentalmente a su hermana. Le propinó una ligera sacudida.

—Kit, si queremos rescatar a Kira, debes permanecer junto a nosotros tanto mental como físicamente.

Ella tragó saliva y asintió con un gesto, al tiempo que se le aclaraba la mirada.

—Lo entiendo.

Michael abrió de nuevo la puerta y tomó la iniciativa de guiar al grupo hacia el nivel inferior. Los demás le siguieron, en primer lugar Jason, luego Kit, y Lucien cerrando la comitiva. Los peldaños desgastados y las ásperas paredes eran de la piedra típica de las construcciones medievales. A medida que descendían, los cánticos se iban volviendo más audibles. Había una voz profunda que entonaba una frase, seguida de la respuesta del coro. La lengua era ininteligible, pero podía ser una forma adulterada del latín.

El lejano retumbar también se intensificó, vibrando a través de la roca. A cada paso aumentaba la sensación de amenaza, hasta que Lucien empezó a sentirse muy asustado. Sospechaba que aquella inquietud se debía menos a una premonición de desastre que a la preocupación por Kit. Aunque no desconocía el peligro mortal, en el pasado sólo había arriesgado su propia vida; ahora estaba mucho más preocupado por la seguridad de Kit de lo que jamás había estado por la suya.

Y no le ayudaba precisamente el hecho de que Kit pareciera estar a punto de tener un ataque de nervios. El vínculo que había entre ellos tal vez no fuera tan estrecho como él quisiera, pero sí era lo bastante fuerte para que él se sintiera afectado por las emociones de Kit. El profundo miedo de ella despertaba torturantes recuerdos del pánico y la desesperación que él había experimentado cuando intentó salvar a Elinor.

Apretó los labios. Le había fallado a su hermana, pero no fallaría de nuevo.

El corredor que había en la base de la escalera discurría en ambos sentidos, mientras que los escalones giraban y continuaban hacia abajo. A la derecha se veía más superficie de piedra, pero el cántico y la luz procedían de la izquierda, donde el corredor parecía haber sido excavado directamente en el corazón de creta de la colina.

Lucien tocó inquisitivamente a Kit en el hombro. Ella hizo una mueca y señaló la pared desnuda. Al parecer, Kira se encontraba delante de ellos, pero no estaba claro cuál sería el mejor modo de llegar hasta ella.

Michael, sin hacer ruido, fue a investigar la luz que se veía y desapareció tras un recodo. Momentos después reapareció con una sonrisa en la cara e hizo un gesto que ordenaba precaución y silencio a la vez. El resto del grupo fue tras él.

Lo que encontraron resultó asombroso. El pasillo conducía a una sombría galería construida de madera que discurría a lo largo de los cuatro lados de una enorme estancia. Por lo visto, era una cueva natural que había sido ligeramente excavada para darle una forma más o menos cúbica. La humedad hacía brillar las paredes, sin duda a causa de la lluvia que saturaba el suelo de la colina. Muy por debajo de ellos, en el centro de la cámara, se encontraban los Discípulos, ataviados con túnicas de color escarlata y con tocados vagamente eclesiásticos en la cabeza. Lucien se sorprendió de ver que había sólo trece. El eco fantasmal del cántico sonaba como si se tratara de un grupo mucho más numeroso.

En cada rincón de la estancia había apostado un hombre de aspecto fornido cubierto de ropajes negros y un turbante, que sostenía una ancha espada en posición vertical frente a sí. Ivés tenía razón: los guardias parecían pugilistas retirados.

Lo más sorprendente de todo eran las estatuas, que formaban un doble círculo alrededor de la estancia. Allí habría fácilmente treinta figuras, todas ellas más grandes que el tamaño natural, tal vez de unos dos metros y medio de altura. Cada efigie representaba un guerrero blandiendo una arma, y no había dos iguales. Un gladiador romano con una espada corta y un escudo redondo enfrente de un fiero africano con un temible cuchillo; un vikingo barbudo con una hacha de guerra gruñendo a un turco amenazador que empuñaba una cimitarra, mientras un soldado de infantería con una alabarda miraba con cara de pocos amigos a un caballero medieval que sostenía en su mano una maza.

Hechas de metal y pintadas para que parecieran reales, las estatuas resultaban inquietantemente vivas. Lucien tuvo una visión de pesadilla en la que las efigies cobraban vida y usaban sus armas para destruir a todo aquél que intentara traspasar los anillos para tocar a los Discípulos.

En el centro mismo de la cámara, de pie entre dos hogueras, se encontraba el líder, el único que estaba de cara a los intrusos. Era Mace, con los brazos extendidos en alto por encima de la cabeza. Sobre él colgaba una enorme lámpara de araña, y a su espalda se veía un gran altar plano y construido de piedra. Lucien sintió que el estómago le daba un vuelco; el altar parecía estar diseñado para ofrecer sacrificios humanos. Kit debió de adivinarlo también, porque tuvo un escalofrío. Por suerte, no había rastro de la presencia de Kira. Si estaba destinada a ser la víctima propiciatoria de algún bárbaro rito, tal cosa aún no había sucedido.

Kit dio un paso atrás y señaló hacia abajo y hacia atrás, al camino por donde habían venido. Kira debía de encontrarse en el mismo nivel que la ceremonia. Después de una última mirada a la grotesca escena, Lucien siguió a los otros hacia la escalera.

Los peldaños terminaban en el siguiente nivel. Esta vez había un pasillo que se extendía hacia delante, además de a derecha e izquierda. Kit avanzó con seguridad hacia el pasadizo del medio. Había velas ardiendo en nichos de las paredes, que iluminaban máscaras demoníacas que habían sido talladas en relieve en la blanda roca y que parecían sonreírles impudicamente con sus rostros brillantes por la humedad que exudaba la piedra.

Mientras seguía a Kit, Lucien empezó a pensar que tal vez logran llevarse a Kira sin alertar a los Discípulos. Eso sería lo más seguro, aunque él lamentase no tener la oportunidad de desatar su violencia sobre el cerdo arrogante responsable del secuestro. Se consoló pensando que tal vez se retrasara el momento de hacer justicia, pero que llegaría al fin; él se encargaría de que así fuera.

Kit caminaba a escasos metros por delante de él, sin mirar a derecha ni a izquierda. Los otros dos iban detrás, vigilando atentamente los alrededores. Más allá de Kit, Lucien vio una banda de piedras más oscuras que cruzaba el suelo del corredor. Dicha banda escondía varios agujeros de unos cuantos centímetros de ancho. La banda oscura subía por las paredes y continuaba a través del techo. Mientras se preguntaba para qué podía servir aquello, Kit puso el pie sobre una de las oscuras piedras.

La piedra se movió con un chasquido metálico, y en ese momento se desataron todos los infiernos.

Unas pesadas campanas empezaron a repicar, reverberando a lo largo de todo el pasadizo con un ruido ensordecedor. Kit se quedó congelada girando la cabeza a un lado y a otro para ver qué pasaba.

Lucien oyó una especie de chirrido y miró hacia arriba. Un pesado rastrillo de hierro empezaba a descender de una ranura oculta entre las piedras oscuras... y Kit se encontraba exactamente debajo. Gritó su nombre y se abalanzó sobre ella para empujarla fuera de las afiladas puntas del inexorable rastrillo. Ella se precipitó al suelo y Lucien se desplomó encima.

Con un estruendo que hizo eco por todo el corredor, haciendo saltar astillas de roca del techo, el rastrillo se estrelló contra el suelo de piedra. Algo rozó el tobillo derecho de Lucien, y éste volvió la vista y se dio cuenta de que no había saltado lo bastante como para quitarse de la trayectoria del rastrillo. Por suerte, su pierna había quedado entre dos de las temibles puntas de hierro de la reja. Unos pocos centímetros más a un lado o al otro, y el tobillo habría quedado empalado y clavado al suelo. Pero en aquella posición, el pie estaba atrapado en el estrecho espacio existente entre el suelo y la última barra del rastrillo.

Aún seguían sonando las campanas, y en la caverna se oyó una voz furiosa bramando:

—Han penetrado intrusos. ¡Encontradles!

¡Maldita sea! Lucien retorció el pie para liberarlo y se puso de pie a toda prisa. Si no se podía subir de nuevo el rastrillo, Michael y Jason estarían atrapados entre él y los Discípulos enfurecidos.

Michael ya había visto el peligro. Hizo un esfuerzo para levantar la reja de hierro, pero enseguida sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—Jamás podremos mover esta cosa. Luce, tú y Kit seguid adelante. —Se quitó del hombro la carabina calmosamente y la amartilló—. Travers y yo podemos encargarnos de éstos.

Kit se había levantado del suelo y miraba fijamente a los otros, con una expresión de desconcierto. Lucien la agarró del brazo.

—No podemos hacer nada. No te preocupes, están armados. Nuestra tarea es encontrar a Kira.

Kit tragó saliva y asintió con un gesto, y acto seguido se volvió para continuar avanzando por el corredor.

—Ya está muy cerca.

El pasadizo torcía a la izquierda. Después de otros cincuenta metros, se dividió en cuatro estrechos y serpenteantes túneles que se perdían de vista como los brazos de una medusa. Kit se detuvo y contempló el nuevo obstáculo.

Lucien le preguntó:

—¿Tienes idea de cuál de estos pasadizos debemos tomar? Antes de que ella pudiera responder, oyeron a su espalda un rápido tiroteo y un alarido de dolor. Kit se cogió del brazo de Lucien, con una expresión de angustia en la cara.

—Oh, Dios, me ha parecido que era Jason. Hemos de regresar para socorrerles.

—Yo no estoy seguro de que haya sido él. —Fruunció el ceño—. Y no tengo la menor intención de meterte a tí en un túnel donde vuelan las balas.

—Entonces ve tú solo —le instó ella—Yo me quedo aquí. Aunque no puedas pasar más allá del rastrillo, podrás disparar a través de él.

Más disparos, y otro grito. Lucien hizo una mueca de disgusto.

—Muy bien, iré a mirar. Quédate aquí. Que no se te ocurra moverte a menos que alguien te ataque desde uno de esos túneles estrechos. Si eso sucede, ven a buscarme.

Tan pronto como ella asintió con la cabeza, Lucien salió disparado túnel abajo y dobló el recodo, con la cabeza agachada. La escaramuza había generado nubes de humo acre que herían los ojos, pero al parpadear para aclararse la visión vio que Michael y Jason se encontraban ilesos. Los dos estaban agachados en cuclillas contra la pared, con las armas listas, mientras otras figuras más distantes se replegaban. En el suelo yacía inmóvil un hombre de turbante negro, y advirtió un rastro de sangre que indicaba que por lo menos uno de los que escaparon iba herido.

Lucien decidió que sus amigos tenían la situación controlada, así que dio media vuelta y regresó con Kit. Nada más doblar la esquina, escupió una maldición tan fuerte que poco faltó para que arrancase nuevas astillas del techo.

Kit había desaparecido.

Cuando se marchó Lucien, Kit se apoyó contra la pared, contenta de tener una oportunidad de recuperar el aliento. Pero al relajarse oyó de nuevo el escandaloso repicar de campanas, que desató en ella un pánico más real que el mundo exterior.

«Oh, Dios, esas campanas deben querer decir que él viene por mí! Dijo que sería esta noche. Debo estar preparada».

Kit se apretó las sienes con las manos, sabiendo que estaba dentro de la mente de Kira, experimentando el miedo de Kira. Jadeante, luchó por escapar del terror que sentía su hermana, porque no podía permitirse el lujo de venirse abajo en aquel momento. Pensó en Lucien, y logró separarse de su hermana. Ya un poco más despejada, envió mentalmente un mensaje: «¿Dónde estás? Estamos muy cerca. ¡Muéstrame cómo llegar hasta ti, cariño!».

Pero le fue imposible hacer llegar el mensaje. La angustia de su hermana constituía una barrera tan impenetrable como una casa en llamas, y amenazaba con tragarse de nuevo a Kit. Una vez más tuvo que forcejear por mantener su lucidez mental, pero antes de que pudiera liberarse, el miedo golpeó de nuevo. Esta vez venía de otra fuente: de un modo imposible, sentía cómo el secuestrador se aproximaba a su hermana.

Entonces desapareció todo raciocinio. Ciegamente, sin pensar, Kit se apartó de la pared y se lanzó al interior del túnel más alejado, el de la izquierda. En su cabeza llevaba un difuso mapa mental que indicaba a su hermana como una luz blanca e inmóvil y al secuestrador como una masa rezumante de oscuridad que se acercaba desde la izquierda. Su túnel terminó en un pasadizo más grande y más iluminado. Penetró en él y torció a la izquierda, y de pronto se encontró cara a cara con lord Mace. Alto y vestido de color escarlata, con unas cadenas al estilo bárbaro que le cruzaban el pecho y de las que colgaban armas a un costado, resultaba una visión impresionante. Se quedó clavado en seco al verla, con el asombro pintado en el rostro.

Kit, con la respiración agitada a causa de la carrera, dijo furibunda:

—No permitiré que vuelvas a tocarla, monstruo. A él se le iluminaron los ojos.

—Vaya, vaya, por todos los diablos, pero si es la otra, Cassie Segunda. Ciertamente, el cielo me sonríe. —Empezó a acercarse lentamente a ella—. Por lo visto, después de todo, voy a poder llevar mi fantasía a la práctica.

Fue en ese momento cuando la mente de Kit se libró del ofuscado instinto que la había arrastrado hasta allí. Dios santo, había sido una locura separarse de Lucien; ahora tenía que vérselas con un violento lunático sin una arma en las manos. No tenía la menor posibilidad de derrotarle.

Pero sí podría entretenerle. Cuanto más tiempo le retrasara, más posibilidades tendría Lucien de encontrarla a ella o a Kira.

Sabedora de que Mace no esperaría que ella le atacase, arremetió contra él. El súbito ataque le hizo perder el equilibrio, y ella cayó encima. Antes de que pudiera escabullirse, él la agarró por los hombros y la hizo rodar sobre sí misma, tratando de sujetarla bajo su peso.

—Eres una criaturita muy rápida —comentó con extraña y gélida calma—. Igualita que tu hermana gemela.

Ella le escupió a la cara.

Siguió una pelea salvaje a base de patadas, puñetazos, arañazos y rodillazos. Kit le hizo daño y disfrutó malvadamente de que no se tratase del tipo de dolor que a él le causaba placer. Pero sus mejores esfuerzos no podían hacer otra cosa que retrasar lo inevitable. Cuando Mace le asestó un puñetazo en el plexo solar, se quedó tan aturdida que no pudo oponer resistencia a que él le atara las muñecas a la espalda con un pañuelo.

Mace se puso en pie de un salto y dijo en tono de conversación:

—Incluso había preparado unos aposentos particulares para ti, pensando en secuestrarte. Desgraciadamente, los hombres que contraté no se encontraban a la altura de la tarea. Debería haberlo hecho yo mismo, como hice con tu hermana. Pero no importa, ya estás aquí.

Medio ocultas entre los pliegues de la túnica llevaba la vaina de una daga a un costado y una pistola enfundada al otro. Aunque Kit creía que Mace llevaba las armas con fines ceremoniales, éstas eran mortalmente reales. Él extrajo la pistola de su funda y apoyó el frío cañón contra la nuca de Kit.

—Vamos, Cassie Segunda. Después de que te hayas puesto el traje que te tengo preparado, será el momento de pasar a la ceremonia.

Allí volverás a ver a tu hermanita. Espero que sepa apreciar la galantería que has demostrado al dar tu vida por encontrarla. Es de lo más conmovedor. Me pregunto yo si mi hermano Roderick sería capaz de sacrificarse por mí. Aunque lo dudo, a pesar de que siempre le haya gustado hacer para mí de chulo de putas. Con los dientes rechinando, Kit le espetó:

—Deberías rendirte y escapar mientras puedas, Mace. Mis compañeros no serán capturados tan fácilmente como yo, y si yo sufro algún daño, buscarán justicia.

Él se detuvo y abrió con llave una puerta situada en el lado izquierdo del pasadizo.

—Si no están ya muertos, lo estarán pronto. Son inferiores en número y en armas, y no conocen ninguna de las trampas que he esparcido por mi pequeño reino subterráneo.

Tomó una vela de uno de los nichos y a continuación agitó la pistola para indicar a Kit que entrara en la habitación. Cuando Mace encendió una lámpara, Kit vio que la estancia estaba amueblada como un dormitorio. Él abrió un aparador y sacó una colección de prendas de color negro, que Kit reconoció como la clase de ropa decadente que había visto en sus sueños.

Mace extrajo una daga curva y reluciente de la vaina que llevaba al otro costado y le cortó las ligaduras.

—Ponte esto —le ordenó.

—No —contestó ella terminantemente.

Él blandió la daga de forma que la hoja lanzó un amenazador destello.

—Disfrutaría bastante quitándote la ropa con este cuchillo y vistiéndote por la fuerza.

La sola idea de que él la tocara íntimamente la hizo sentir náuseas. Recurrió a sus dotes de actriz y dijo con calma:

—Eso haría perder mucho tiempo. ¿No se cansarán de esperar tus pervertidos compinches? Él frunció el entrecejo.

—Tienes razón. No debo descuidar a mis invitados. Aun así, debo insistir en lo del traje. Cuando subas al altar, has de tener exactamente el mismo aspecto que tu hermana.

Mace dio un paso hacia ella, y Kit tuvo que reprimir el instinto de echar a correr. Se dominó a sí misma y dijo:

—Si sales de la habitación, me pondré el traje voluntariamente.

—Un pacto razonable. Después podré luchar contigo todo lo que quiera. Sólo cerciérate de que el traje te quede bien ajustado. —Se pasó la lengua por los labios—. El efecto es de lo más incitante.

Una vez que él hubo salido de la habitación y cerrado la puerta, Kit se derrumbó sobre una silla, temblando. Como siempre que se sentía profundamente angustiada, buscó en su mente alguien a quien pedir ayuda. Pero esta vez no recurrió a Kira, que se encontraba casi a punto de venirse abajo también, sino a Lucien. Pensar en su fuerza y en su seguridad le proporcionó una cierta calma.

Se puso de pie y recorrió la habitación con la esperanza de encontrar una arma potencial, pero no había nada. Y tampoco podía atrancarse o bloquearse la puerta desde dentro.

De modo que apretó los dientes y comenzó a vestirse lo más despacio que pudo.

Cuando Lucien descubrió que Kit había desaparecido, reservó sus juramentos más jugosos para sí mismo. Debería haber sido más sensato y no haberla dejado cuando corría el peligro de caer en aquel estado como de trance, con la mente totalmente enfocada en su hermana.

Tenía que haber entrado en uno de los cuatro pasadizos, pero ¿en cuál? Cruzando mentalmente los dedos, escogió el segundo por la izquierda. Se trataba de un túnel de trazado sinuoso que avanzaba a través de la roca de creta, con bastos nichos llenos de huesos de animales que recordaban las catacumbas.

¿Dónde diablos estaba Kit?

Dobló un recodo y colisionó con alguien que venía de la otra dirección. No era Kit, desgraciadamente, sino un robusto guardia armado con una pistola que debía de dirigirse a investigar el origen de los disparos. El impacto hizo que ambos perdieran el equilibrio. Cuando el guardia se recuperó lo bastante como para levantar su arma, ya fue demasiado tarde. Lucien le arrancó la pistola de la mano de una patada y acto seguido le lanzó un puñetazo a la mandíbula con la derecha y otro más fuerte aún con la izquierda. El guardia se desplomó en el suelo, inconsciente. Después de confiscarle la pistola y las municiones, Lucien le ató con su propia corbata raída. Luego se puso en pie y miró a su alrededor. Se encontraba en el interior de una pequeña cámara en la que desembocaba otro túnel, desde la izquierda. En el centro había una mesa, dos sillas y una lámpara. Sobre la mesa se veían unos naipes esparcidos que indicaban un solitario a medio terminar.

Ni rastro de Kit, pero Lucien vio en la pared de enfrente una pesada puerta reforzada con bandas de hierro. Registró al guardia y encontró una gran llave de bronce, que encajaba perfectamente en la cerradura. Mientras hacía girar la llave, rezaba por que Kira estuviera allí dentro; si así fuera, los dos podrían huir rápidamente en cuanto recuperasen a Kit, que no podía estar muy lejos.

La puerta se abrió y Lucien pasó al otro lado, pistola en mano. Se encontró en una habitación bien amueblada que podría ser una sala normal a no ser por la falta de ventanas. Una puerta conducía a un dormitorio, mientras la otra se abría a una mazmorra de paredes de piedra. Coincidió exactamente con la descripción de Kit.

Al avanzar lentamente, captó un movimiento fugaz por el rabillo del ojo, y al darse la vuelta se topó con lady Kristine Travers. Por un instante, la impresión le inmovilizó. El hecho de que Kit y Kira fuesen gemelas idénticas era el meollo de aquella misión, pero no dejaba de resultar desconcertante



el hecho de ver a una mujer que era exactamente igual que Kit, pero que al mismo tiempo era una desconocida. Y mientras él la contemplaba, ella intentó aplastarle el cráneo.

En un movimiento reflejo, Lucien se arrojó a un lado, de modo que el porrazo sólo le rozó el brazo derecho y le hizo soltar la pistola. Rápida como un gato, ella volvió a intentarlo con una mirada salvaje en sus ojos grises.

Lucien retrocedió, diciendo con urgencia:

—Kira, baja eso. Soy un amigo de Kit.

Ella se quedó parada en seco, oscilando entre creerle y agredirle.

—Soy Lucien Fairchild. —Habló en tono tranquilizador, como si se estuviera dirigiendo a una niña asustada—. Kit también está aquí, cerca de nosotros. Se ha perdido buscándote a ti. Hemos de encontrarla.

Con voz temblorosa, Kira dijo:

—¿Kit está aquí?

Lucien afirmó con la cabeza.

—La he perdido en este laberinto de túneles que hay aquí abajo, pero no puede andar muy lejos. —Dio un paso hacia la joven y le quitó la estaca de la mano, sin que ella opusiera resistencia.

Por un momento Kira se frotó las sienes exactamente de la misma forma que Kit.

—Yo... lamento haberle golpeado —dijo con la voz rota—. Creí que era lord Mace.

—¿Mace es el hombre que te secuestró? Kira asintió con un gesto.

—Me vio actuar y se obsesionó. Cuando yo me negué a convertirme en su amante, me raptó después de una representación. Desde entonces ha estado forzándome a... a...

Lucien la interrumpió antes de que se derrumbase otra vez. Aunque parecía encontrarse bien físicamente, los meses de cautiverio le habían causado una profunda fragilidad emocional.

—No tienes por qué explicarme nada —le dijo suavemente—. Kit averiguó la situación en términos generales gracias a los sueños que tuvo de ti.

Eso logró una débil sonrisa.

—Bendita sea.

Lucien estudió el rostro de Kira. El parecido entre las dos gemelas era verdaderamente asombroso. La misma figura esbelta y el mismo cabello castaño y suave, los mismos ojos grises y puros, el sorprendente perfil que le había permitido identificar a Kit una y otra vez. Pero también había diferencias. Kira tenía la cara y los labios ligeramente más llenos, y el hecho de que no fuera zurda, sino diestra había aportado una sutil diferencia a sus facciones. Y, por supuesto, su espíritu era único y exclusivo de ella.

Además, nunca había visto a Kit vestida con una camisola corta de satén negro anudada con correas de cuero que revelaban espectaculares porciones de cremosa piel, ni botas altas hasta la rodilla y medias de encaje. Sin embargo, sabía que Kit estaría igual de atractiva que su hermana.

Al ver la dirección de su mirada, Kira le dijo con cierta ironía:

—He jurado que si alguna vez salía viva de aquí, sería feliz vestida de muselina blanca durante el resto de mi vida.

Lucien sonrió. Era evidente que empezaba a recuperar el dominio de sí misma.

—¿Tienes una capa? Hace un tiempo horrible, y cuando salgamos de aquí nos espera un viaje de varias millas a caballo.

Kira corrió a la otra habitación y regresó con una capa de piel de marta propia de una princesa. Mientras se la echaba sobre los hombros, escudriñó a Lucien tan detenidamente como él la había contemplado a ella.

—¿Es usted la razón de que Kit haya estado tan feliz últimamente? Sorprendido, Lucien dijo:

—Me gustaría creerlo así. ¿Puedes percibir sus emociones del mismo modo que ella percibe las tuyas?

—No tan bien como ella, pero sí suelo captar la tónica general.

Últimamente ha estado terriblemente angustiada por mí, pero también ha vivido momentos de intensa felicidad.

Interesante, muy interesante. Dejó aquel tema para mejor ocasión y preguntó a la joven:

—¿Hay alguna otra cosa que quieras llevarte? Cuanto antes salgamos de aquí y encontremos a Kit, mejor. Desgraciadamente, esta noche los Discípulos están celebrando un ritual y han descubierto nuestra pequeña operación de rescate.

Kira se puso pálida de pronto, y Lucien vio que el miedo seguía estando muy cerca de la superficie.

—La última vez que Mace estuvo aquí, dijo que yo iba a ser la principal atracción de una violación colectiva por parte de los Discípulos —dijo con la voz entrecortada—. Después habría una ceremonia privada para él y sus compinches más íntimos. Durante todo el tiempo que he permanecido cautiva, él ha estado preparándolo todo para esta noche. Aunque le encantaba

representar el papel de esclavo sexual, la finalidad última era que yo muriese a sus manos. Lucien clavó su mirada en la de ella.

—Aguanta un poco más, Kira —le dijo con vehemencia—. No puedes desmoronarte precisamente ahora.

Ella cerró los ojos. Parecía tremendamente frágil. Los abrió de nuevo y dijo:

—Aguantaré. —Esbozó una sonrisa ladeada y se tocó el pelo con el dorso de la mano en un gesto que era exclusivamente suyo—. No quiero nada de aquí. Excepto...

Atravesó la habitación y abrió un pequeño armario. Dentro había látigos de diferentes pesos y materiales. Cogió el más pesado de todos, explicando:

—Por si necesito una arma para salir de aquí. Lucien recuperó su pistola y acto seguido acompañó a Kira fuera de la habitación. En la estancia que ocupaba el guardia, le dijo:

—He venido de esa dirección, pero no estoy seguro de si podremos marcharnos por el mismo sitio, porque hay un rastrillo que bloquea el corredor principal. Además, Kit tiene que estar a este lado del rastrillo. ¿Sabes adonde conduce ese otro pasadizo?

Kira se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, pero podríamos averiguarlo. Penetraron en el túnel, que era un poco más ancho. Lucien rogó a

Dios que encontraran pronto a Kit, porque su preocupación por ella iba aumentando por momentos.

Menos mal que el enemigo se retiraba, porque el humo estaba asfixiando a Michael de tal modo que llegó un momento en que fue incapaz de disparar. Cuando pudo hablar de nuevo, dijo:

—Las distancias cortas son nefastas para pelear, prefiero con mucho un campo abierto.

—Yo me inclino más por disparar un cañón desde un barco. Jason volvió a cargar su pistola—. Montones de aire fresco, y el enemigo no se acerca nunca demasiado. ¿Salimos de este pasillo antes de que se rehagan?

—Excelente idea. —Tras otro acceso de tos, Michael boqueó—:

Volvamos hasta la galería. Había una puerta a la derecha que tal vez nos lleve al otro lado del rastrillo.

A toda prisa, regresaron por sus mismas huellas hasta el corredor transversal. Estaban a punto de dirigirse hacia las escaleras cuando oyeron voces airadas que venían de aquella dirección. Los guardias estaban planeando otro asalto. Como la otra salida era el santuario, repleto de Discípulos, atravesaron la intersección y se internaron en el corredor que era continuación de aquél por el que habían venido. Una vez a salvo al otro lado y fuera de la vista, se detuvieron a pensar cuál iba a ser el siguiente paso. Jason dijo:

—¿Probamos por las escaleras de todas formas? Yo creo que podremos deshacernos de esa pandilla.

—Probablemente —admitió Michael—, pero hemos venido aquí para efectuar un rescate, no para iniciar una guerra. Primero veamos adonde lleva este túnel. Circula el aire por él, de modo que no es un callejón sin salida. Con suerte, encontraremos otro camino que ascienda o nos conduzca hasta donde están Lucien y las damas. Puede que este lugar sea un condenado laberinto, pero no puede cubrir una superficie tan grande.

Jason asintió con un gesto, y los dos continuaron avanzando con el farol que había sobrevivido al ataque. Tal como Michael había esperado, el túnel giraba y empezaba a doblarse sobre sí mismo. El blando terreno de creta de aquella parte estaba apuntalado con estacas de madera. Como propietario de una mina, reconoció la técnica. La piedra debía de ser especialmente de mala calidad en aquella zona, porque se habían colocado unos tablones en el suelo para poder andar. Michael frunció el ceño. Había algo raro en ese puntal... Como estaba examinándolo, vio un destello de luz y algo que empezó a acercarse hacia él a la altura de la cabeza. Se agachó inmediatamente, gritando:

—¡Al suelo!

El americano hizo lo mismo, justo a tiempo para no ser decapitado por una cuchilla que cruzó el corredor de parte a parte, paralela al suelo. Parecía la hoz de un gigante, con una hoja lo bastante afilada como para cortar a un intruso por la mitad.

—¡Dios! —exclamó Jason sin resuello—. Este lugar está lleno de juguetitos de lo más peligroso. ¿Qué hemos hecho para poner éste en funcionamiento?

Michael observó cómo la cuchilla retrocedía siguiendo la misma trayectoria y desaparecía en una hendidura de la pared. Debía de haber sido accionada por un gigantesco muelle oculto detrás de la viga de madera.

—Estos tablones no están aquí para tapar agujeros, sino para esconder el mecanismo de accionamiento. Me parece que este tablón de color más claro se movió al pisar yo encima.

Lo empujó con la mano, y de nuevo la cuchilla pasó por encima de sus cabezas con un siseo estremecedor. Una vez que el artefacto se hubo replegado recatadamente hasta su escondite, Michael dijo:

—El mecanismo ha de ser lo bastante obvio como para que quienquiera que ideó estas trampas pueda evitar caer en ellas. Si vamos con cuidado, deberíamos localizarlo.

—Ojalá compartiera yo esa fe tan conmovedora. —Jason se puso de pie con toda cautela y pasó por encima del tablón que ponía en marcha el mecanismo—. Forzar un bloqueo no se parecía en nada a esto.

—Una de las cosas que me gustan de Lucien es que estando cerca de él la vida nunca resulta aburrida. —Michael se incorporó y levantó la lámpara, que había logrado conservar—. ¿Vamos a ver qué nos encontramos ahí delante?

Travers exclamó, en una parodia de teatro:

—«Adelante, Macduff, y maldito el que primero grite: ¡Deteneos!».

Kit trató de ganar todo el tiempo que le fuera posible, pero Mace forzó la situación abriendo la puerta antes de que ella hubiera terminado de vestirse. La expresión de avidez que vio en él hizo que se diera prisa en embutirse las botas encima de las medias de encaje. No se atrevió a incitarle demasiado. Aunque en el pasado a Mace le hubiera gustado que le azotasen, esta noche parecía deseoso de practicar simplemente la violación.

Cuando Kit se puso de pie, él le ordenó:

—Date la vuelta.

Ella obedeció despacio, temerosa de que un movimiento brusco pudiera alterar el traje, que era la prenda más indecente que cabía imaginar. Iba abierto por la parte de delante hasta el ombligo, con correas de cuero entrelazadas sobre la piel desnuda con el fin de sostener la tela, de una forma que dejaba los pechos y el estómago medio al descubierto. Unas aberturas similares revelaban provocativamente generosas porciones de la espalda. Kit se sentía más desnuda que si verdaderamente no llevara nada puesto encima.

Mace contempló la destacada mariposa que se veía a través del encaje negro de la media.

—¡Maravillosa! Hasta el tatuaje es el mismo. Pero las cintas están demasiado flojas. Yo mismo las apretaré.

Ella trató de retroceder, pero Mace sacó rápidamente el cuchillo de su funda y le apoyó la punta contra la garganta.

—No te muevas —siseó.

Por alguna razón, el cuchillo, con su capacidad para cortar y mutilar, resultaba más aterrador que la pistola. Kit permaneció rígida mientras él volvía a guardarlo y a continuación agarraba las cintas que ataban la camisola sobre sus pechos. Las tensó de tal manera que los pezones se le marcaron con claridad bajo el tirante satén negro. Apenas podía respirar, y las cintas de cuero seguramente le dejarían una red de leves marcas rojizas en la piel, si es que conseguía vivir lo suficiente. .

—Está claro que no sois del todo idénticas.

Mace hizo un nudo al final, pero en vez de apartarse, empezó a pasar las manos sobre las curvas del cuerpo de Kit, cubiertas de satén. El calor de las palmas de él sobre sus pechos la hizo encogerse ligeramente.

—Antes de que haya terminado, descubriré las diferencias —dijo con la voz ronca—. Como tu hermana es la gemela malvada, supongo que tú eres la buena. —Le pellizcó los pezones con brutalidad—. En cierto modo, así resulta todavía más excitante.

Kit se mordió el labio para no dejar escapar un lloriqueo. No pensaba darle la satisfacción de demostrarle su asco, porque presentía que él se regodearía viendo el miedo en una mujer.

Mace dio un paso atrás con visible pesar.

—Más tarde. Ahora debemos ir a buscar a Cassie Primera.

Y dicho esto le ató las muñecas a la espalda con una ancha cinta de color escarlata exactamente del mismo tono que la sangre fresca. Luego le hizo un gesto con la pistola para que echase a andar por delante de él.

Aquel lugar era como una madriguera llena de pasadizos. Después de varios cambios de dirección, desembocaron en una estancia destinada a los guardias que contenía una enorme puerta. Había un hombre apaciblemente tumbado en el suelo, atado de pies y manos.

El rostro de Mace se oscureció.

—¡Maldito imbécil!

Con Kit sujeta a su lado, abrió la puerta de un empujón y le hizo un gesto para que entrase ella primero. Kit supo instantáneamente que aquélla había sido la prisión de Kira; hasta el aire estaba saturado de su esencia. Pero ahora no estaba allí; Lucien debía de haberla encontrado. Kit habría bailado de puro alivio si no temiera que hacer algo así pudiera desatar la violencia de Mace.

Él soltó un juramento obsceno y rugió:

—Voy a llevarte a ti al santuario. Mis socios podrán jugar contigo mientras yo recupero a tu hermana. Vamos, muévete. —Le hundió el cañón de la pistola entre las costillas.

Kit no tuvo oportunidad de escapar durante aquel recorrido de pesadilla. Cuando se estaban acercando a la caverna grande, percibió el murmullo de voces excitadas, que cesaron en cuanto ella puso un pie en el santuario. Todas las miradas se posaron en Kit. Ella sintió deseos de encogerse sobre sí misma y cubrirse la cara con las manos, pero como eso era imposible, pensó en una obra que había visto sobre Ana Bolena, que subió al patíbulo con inquebrantable dignidad. Se replegó hacia el interior de sí misma tanto como pudo, como si estuviera en el escenario. Aquello no era real, sólo se trataba de una representación.

Con la cabeza alta, echó a andar hacia el altar. Las dos grandes hogueras calentaban el aire, lo cual era de agradecer, dada su exigua vestimenta. No se le ocurría ninguna otra ventaja que tuviera aquella situación.

El recorrido pasaba entre los círculos que formaban las estatuas de guerreros. Vistas de cerca, parecían incluso más grandes que desde arriba. Pasó entre un piel roja armado con una lanza y un cruzado vestido de cota de malla, sin levantar la vista. Pero no pudo ignorar la multitud de hombres ataviados con túnicas escarlata que la miraban con ojos hambrientos y proferían comentarios obscenos. Peor aún: algunos de ellos la manosearon con ultrajante intimidación en su camino a través del grupo. Ella no se detuvo en ningún momento y mantuvo la vista al frente hasta llegar al altar.

Todos sus principales sospechosos se encontraban en la primera fila del grupo. Los hombres que estaban detrás eran otros Demonios, pero ninguno le había parecido importante a lo largo de sus indagaciones, y seguía sin parecérselo ahora; eran simples seguidores. Aquí el mal provenía de los líderes, lo llevaban escrito en la cara.

Lord Nunfield y Roderick Harford la contemplaron con abierta lujuria. Chiswick, más frío, comentó:

—Así que ha logrado traer a Cassie James. Excelente, Mace. Es capaz de estimular hasta el paladar más hastiado. Sir James Westiey dijo jovialmente:

—Por mi parte, yo las prefiero un poco más entraditas en carnes, pero también hay que decir que nunca hemos sacrificado a una mujer de tan distinguidos éxitos. Resultará espléndida.

Con portentosa voz. Mace dijo:

—Es mejor de lo que ustedes creen, caballeros: ésta no es Cassie James, sino su hermana gemela idéntica. Estoy seguro de que todos habrán soñado alguna vez con gozar a dos gemelas, igual de encantadoras, igual de desvalidas. —Sus ojos opacos relampaguearon amenazadores—. La verdadera Cassie se ha perdido en los corredores, de modo que tengo que ir a buscarla.

Aquello provocó otro murmullo de comentarios. Kit, con actitud de total indiferencia, observó que todos los hombres llevaban las dagas y pistolas ceremoniales, y se preguntó si estarían dispuestos a usarlas.

Mace hizo una seña a su hermano para que se acercara.

—Encárgate de ésta mientras yo voy a buscar a la otra —le dijo en voz baja.

Harford frunció el entrecejo.

—Yo la he visto antes. —Chasqueó los dedos—. ¡Ésta es la furcia que intentó robarme en el baile!

—¿De verdad? —Mace miró a Kit con respeto—. ¿De modo que te atreviste a ir a Blackweil Abbey en busca de tu hermana? Eres una putita muy valiente. —Se volvió hacia su hermano y le dijo—: Ha venido con ella Strathmore, y al parecer ha liberado a la hermana. ¿Has conseguido eliminar a los otros dos hombres?

Harford frunció el ceño otra vez.

—Me temo que no, los guardias se acobardaron ante el tiroteo, y mientras se rehacían, los compinches de Strathmore huyeron. Ahora les estamos persiguiendo, pero podría llevar un tiempo acorralarlos.

Mace arrugó la frente.

—Vigilaré ahí fuera mientras busco a Strathmore y a la gemela. Como no conocen los túneles, no me llevará mucho tiempo dar con ellos. Entonces daré buena cuenta de él y traeré aquí a la chica para que podamos empezar nuestra ceremonia.

Kit dio gracias a Dios en silencio de que Mace fuera otro que había subestimado a Lucien. Pero, por desgracia, era cierto que el conocimiento del terreno que tenía Mace le proporcionaba una enorme ventaja.

Abrió la mente lo suficiente para buscar a su hermana. En cuanto la localizó, el corazón se le encogió de miedo.

Lucien y Kira estaban cerca, peligrosamente cerca.

Los giros y recodos de los pasadizos resultaban de lo más confuso. Mientras buscaban un lugar por donde pasar, la angustia de Lucien iba en aumento. En ese momento, Kira se detuvo en seco, con el rostro ceniciento.

—¡Cielo santo, ha atrapado a Kit!

Aquellas palabras confirmaban los peores miedos de Lucien.

—¿Estás segura?

—Completamente. —Kira señaló de frente y a la derecha—. Está por allí. —El rostro se le arrugó y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Está medio muerta de miedo.

Kira mostraba ahora la misma expresión borrosa que había visto tan a menudo en la cara de Kit. Sabedor de que tenía que atraparla antes de que se escurriera de él, le preguntó:

—¿Ha sufrido daño físico?

—Creo que no. —Kira exhaló el aire y su semblante se relajó un poco—. Es culpa mía que Kit esté en peligro. Si yo no me hubiera dedicado al teatro, esto no habría sucedido. Kit tenía razón al oponerse... Ella siempre tiene razón.

Lucien la tomó del codo y dijo con firmeza:

—Más tarde podrás sentirte culpable, ahora tenemos que encontrar a Kit y arrancarla de las manos de Mace.

Haciendo un supremo esfuerzo, Kira se centró y reemprendió la marcha. Pero saber aproximadamente en qué dirección se encontraba Kit era muy distinto de encontrar el camino. Los corredores serpenteaban de modo enloquecedor, conduciendo a pasadizos sin salida, altares dedicados a deidades con aspecto de gárgolas, y más huesos. No habló ninguno de los dos, pues Kira necesitaba toda su concentración para seguir la pista de su hermana.

Por fin doblaron un recodo y vieron enfrente un par de tapices que servían de cortina. Al otro lado de ellos había mucha luz y un rumor de voces. Lucien se detuvo.

—Creo que hemos encontrado el santuario de Mace y de sus secuaces. Espera aquí mientras yo voy a echar una mirada más de cerca. Kira se mordió el labio.

—Kit está en esa dirección.

—Sí, pero no necesariamente en el santuario mismo —replicó Lucien al tiempo que empujaba a Kira otra vez hacia el recodo—. Si no está ahí, será más seguro intentar rodear esa cámara. Espera aquí y *no te muevas*. Le disgustaba dejarla, pero si a él le veían y le capturaban, por lo menos ella tendría alguna posibilidad de escapar por los túneles.

Recordando que Kit había dicho que su hermana era una buena tiradora, extrajo la pistola que había quitado al guardia.

—No te pasará nada en los pocos minutos que me llevará echar una ojeada, pero ¿quieres quedarte con esto, por si acaso?

Ella asintió y se guardó el látigo bajo el brazo, aceptando la pistola con visible alivio. Abrió el arma con mano experta para comprobar que estaba cargada y dijo:

—Es un placer tener una arma después de pasar meses sintiéndome desvalida.

Sintiéndose razonablemente seguro de que Kira estaría a salvo

Lucien dobló el recodo y se acercó sin hacer ruido al lugar donde colgaban los tapices. Los separó unos centímetros y atisbo a través de la abertura. Tal como había supuesto, se trataba del santuario, abarrotado por estatuas de guerreros, hogueras y Discípulos vestidos con túnicas de color escarlata.

Su mirada se fijó inmediatamente en Mace, que estaba saliendo del centro del círculo con actitud arrogante.

Si Mace estaba allí, también tenía que estar Kit. Recorrió el círculo con la vista y la localizó de pie frente al altar con el cuchillo de Roderick Harford apuntado al pecho. Aunque iba vestida exactamente igual que Kira, conseguía parecer tan digna como la reina María Antonieta rodeada de campesinos. Aquella escena hizo que le hirviera la sangre en las venas. Sintió el impulso de lanzarse a aquella estancia y despedazar a todos los hombres que había allí. Pero se recordó a sí mismo que los impulsos irracionales no salvarían a Kit, de modo que procuró reprimir su furia y sopesó las posibilidades que tenía.

Allí abajo había por lo menos una docena de hombres, todos armados con cuchillos y pistolas. Aunque tal vez no todos formasen parte del espectro total de maldades que Mace era capaz de cometer, ninguno de ellos podía considerarse un aliado. Necesitó sólo unos segundos para llegar a la sombría conclusión de que no había nada que él pudiera hacer y que no pusiera en peligro a Kit. Su intuición le dijo que cuanto más tiempo estuviera en manos de Mace y de Harford, mayor riesgo corría. Por lo tanto, Lucien debía actuar inmediatamente. Era una lástima que Michael y Jason no estuvieran allí, pero no se atrevía a esperar hasta encontrarlos.

Existía una posibilidad, pequeña pero mejor que no tener ninguna: liberar a Kit en un enfrentamiento a cara descubierta. Pistola en mano, apartó el tapiz a un lado y dio un paso hacia la luz. Elevando el tono de voz para que alcanzase a toda la cámara, exclamó:

—Suéltala, Harford.

Todo el mundo se volvió y se le quedó mirando boquiabierto. La mirada de Kit se cruzó con la suya, aliviada. Lucien deseó con todas sus fuerzas que la fe que Kit tenía en él no fuera inmerecida.

Mace se recuperó rápidamente de la sorpresa y replicó en tono jovial:

—Ah, Lucifer. Has venido a unirse a nosotros. Temía que, a causa del mal tiempo, no lograras llegar a tiempo para representar tu papel. —Mientras hablaba, retrocedía lentamente hacia el altar.

—Deja de fingir —dijo Lucien secamente—. Esto no es un juego, sino una locura criminal. Si no la dejas en libertad, tú o tu hermano moriréis. —Empezó a avanzar hacia el círculo de estatuas.

Con un brillo maligno en los ojos. Mace gritó:

—¡Ha llegado la hora de sellar el círculo! —Y se agachó para accionar una larga palanca que surgía del suelo junto al altar.

En ese momento las estatuas cobraron vida.

Cuando Mace accionó la palanca, la estancia se llenó de un retumbar de engranajes y chorros de vapor. Instantáneamente, los guerreros mecánicos se transformaron en una raza de antiguos gigantes, blandiendo sus armas con temible fuerza.

El gladiador dio un mandoble con su espada corta, el vikingo cortó el aire con su hacha de guerra, y el caballero, que estaba a un paso de distancia, atacó con su espada directamente contra Lucien. Si el mecanismo no hubiera necesitado unos segundos para ponerse en movimiento, Lucien habría muerto en el acto, pero logró advertir el peligro y tuvo el tiempo justo para agachar la cabeza.

Mace lanzó una estruendosa carcajada, como si lo que podría haber sido una fatalidad le resultara divertido.

—De entre todos, precisamente tú deberías admirar mis guerreros accionados por vapor. Lucifer —le dijo—. ¡Nunca ha habido nada igual en la historia del mundo!

Lucien juró para sus adentros al tiempo que retrocedía. Ahora encontraba la explicación lógica del retumbar y del extraño calor reinante: cerca de allí debía de haber gigantescas calderas de vapor, con tuberías que se extendían bajo el suelo para permitir los movimientos de las estatuas. Cada una de las armas se movía rápidamente adelante y atrás describiendo un mismo arco. Era posible esquivar una sola hoja afilada, pero las estatuas habían sido colocadas de tal modo que cubrían todo el espacio superponiéndose unas a otras, ya fuera por arriba o por abajo.

El conjunto bloqueaba totalmente el paso al interior del círculo. Si intentaba rodear la trayectoria de la espada, se metería dentro del radio de acción del hacha por un lado, o del de la cimitarra por el otro. Resultaba muy ingenioso, y Lucien maldijo a su enemigo por haberlo inventado.

—Muy inteligente. Mace —exclamó—. Pero todavía puedo disparar entre las estatuas. ¡Suéltala!

—¿Quieres sangre, Lucifer? Si no cooperas, verás derramarse la de la chica. —Mace hizo un gesto ampuloso con la mano en dirección a Harford.

Con expresión de malvado placer, éste deslizó lentamente la punta del cuchillo por debajo del cuello de Kit. Unas gotas de sangre color carmesí surgieron a lo largo del corte. Ella emitió un leve sonido de desesperación, que suprimió instantáneamente.

Lucien se sintió palidecer. El brillo de los ojos de Mace confirmaba la historia de Kira: el hombre estaba listo para la explosiva descarga de violencia sexual que había planeado para aquella noche. Su hermano debía de compartir esa misma locura, porque en el aire flotaba esa incierta y volátil aura de peligro que a veces precede a una tormenta. Cualquier provocación serviría de excusa para cercenarle el cuello a Kit.

—Estamos en un punto muerto, ¿no crees? —El tono de voz de Mace era inquietantemente agradable—. Si quieres que sobreviva tu furcia, tira la pistola.

Lucien, medio mareado, comprendió que no tenía alternativa. Podía disparar a Mace o a Harford, pero no a ambos. Dejar vivo a uno de los dos podría significar la sentencia de muerte para Kit, pues los dos eran capaces de matarla sin lamentarlo un instante. Aunque tenía escasa fe en la palabra de Mace, tal vez la presencia de tantos testigos le obligase a controlar sus peores excesos. Por lo que había dicho Kira, no todos eran asesinos. Finalmente, con expresión pétrea, dejó caer el arma al suelo.

Mientras lo hacía, captó un movimiento fugaz en la galería que tenía enfrente. Alzó los ojos sin variar la posición de la cabeza y vio a Michael y Jason entrando procedentes de un túnel lateral. Michael captó la situación de un solo vistazo, levantó su carabina y la apuntó hacia Harford. A continuación miró a Lucien, a la espera de una señal.

Cuando Michael disparase, Harford sería hombre muerto. No obstante, Lucien tendría que recoger su pistola y encargarse él mismo de Mace, porque Jason se encontraba demasiado lejos para acertar el tiro. Sería arriesgado, pero menos que dejar a Kit en las manos de dos locos.

Una vez que comenzase el tiroteo, podría suceder cualquier cosa. Gracias a Dios, Kit poseía inteligencia y coraje para reaccionar rápidamente. Concentrándose con furiosa intensidad, Lucien trató de enviar mentalmente una advertencia a Kit para que estuviera alerta. Ella le miró fijamente, pálida como la cal, pero él creyó ver una chispa de entenámiento en sus ojos.

Rezando por que Michael no errase el tiro, Lucien levantó la vista e hizo un imperceptible movimiento con la cabeza.

La carabina rugió en una explosión que reverberó en toda la caverna con fuerza ensordecedora. Simultáneamente, Lucien se lanzó a recoger su pistola. Roderick Harford soltó un alarido y se giró violentamente a causa del impacto de la bala de Michael, y un instante después se desplomó, al tiempo que Kit se retorció para apartarse de él antes de que el cuchillo le cortase la garganta.

Sin levantarse, Lucien apretó el gatillo y disparó a Mace, pero el segundo que tardó en alcanzar el arma le dio tiempo al otro para buscar refugio. Mace se escondió de un salto detrás del altar de piedra, que le protegería de los disparos de sus dos atacantes.

Antes de que Lucien pudiera recargar la pistola, oyó chillar a Kit.

—¡Kit!

En su preocupación por Kit, se había olvidado de su hermana. En ese momento, atraída por el ruido de los disparos, Kira irrumpió en la estancia. Lucien miró hacia arriba y vio que la joven se encontraba a sólo unos metros de distancia, con la vista clavada en su hermana gemela.

Kit se giró en redondo y contempló fijamente a su hermana, con el alma en la mirada.

—¡Kira!

Gracias a su propio conocimiento del vínculo existente entre hermanos gemelos, Lucien comprendió que después de haber estado separadas por la fuerza, ahora sentían una necesidad tan fuerte de estar juntas que resultaba casi palpable. El resto del mundo se había esfumado para ellas.

Incluso así, no estaba preparado cuando las dos gemelas echaron a correr la una hacia la otra. Kira soltó el látigo y la capa de pieles y se lanzó en medio del temible círculo formado por los guerreros mecánicos. Consiguió agacharse para esquivar el paso de la espada, pero Lucien lanzó una exclamación al ver que se metía de lleno en el arco descrito por el hacha de guerra. Kira se arrojó al suelo y se deslizó bajo la hoja. Por un instante, Lucien creyó que el arma iba a partirla en dos, pero ella era lo bastante esbelta para pasar por debajo sin sufrir el menor rasguño.

Hasta allí, todo bien, pero no podría esquivar de ningún modo la terrible cimitarra. Lucien recogió el látigo que ella había dejado caer y lo descargó sobre el guerrero turco con todas sus fuerzas. La correa de cuero se enroscó alrededor del brazo de la figura. El mecanismo accionado por vapor estuvo a punto de levantar a Lucien del suelo, pero él aguantó el tirón con grave determinación. Con un chirrido metálico, el brazo giró en su gozne de hierro y se frenó lo bastante para permitir a Kira eludirlo a toda prisa.

Mientras Kira trataba de salir ilesa de la horrenda carrera de baquetas, Kit se escabulló de Nunfield, que había intentado agarrarla, al mismo tiempo que luchaba por desprenderse de las ligaduras. Por fin logró liberar las muñecas justo a tiempo de echar a correr hacia los brazos de su hermana. Ambas se engancharon en un fuerte abrazo y permanecieron así, estrechamente juntas, rodeadas por el caos.

Nunfield levantó la pistola y la apuntó hacia las dos mujeres, con la cara distorsionada por la furia. Lucien empezó a recargar su arma frenéticamente, rezando por que Nunfield errase el primer disparo.

En ese momento su mirada se vio atraída por un movimiento en lo alto. Levantó la vista y vio que Jason Travers estaba agarrando la soga que se extendía desde la galería a la gran araña por medio de una polea, y que servía para bajar la araña para limpiarla y poner velas nuevas, pero Jason le encontró un nuevo uso. Se colocó de un salto sobre la barandilla y acto seguido se deslizó hasta el suelo de la cámara como si fuera una águila vengadora.

Su peso hizo que la araña saliese disparada hacia arriba y se estrellase contra el techo, provocando una lluvia de velas encendidas que cayeran sobre los Discípulos que se encontraban debajo. La araña misma se desplomó cuando Jason soltó la cuerda y estuvo a punto de golpear a Mace, que se refugió más hacia dentro del altar. La mayoría de las velas se apagaron al chocar contra el suelo, con lo que la caverna quedó iluminada tan sólo por las hogueras.

Cuando Jason tocó el suelo, sacó velozmente su pistola y disparó a Nunfield a quemarropa. Aun antes de que el otro cayese al suelo, Jason asió la palanca que controlaba las estatuas y tiró de ella con fuerza. Las efigies se detuvieron con un ruido metálico, inofensivas de nuevo.

Se hizo un silencio sepulcral en el que Jason exclamó con voz ronca:

—¿Kira?

La aludida levantó la vista y lanzó una exclamación de sorpresa, con el rostro pálido como la cal. Lentamente, sin poder creerlo, se separó de Kit y se acercó a Jason susurrando su nombre. Alzó una mano dubitativa para tocarle, como si le costase creer que era real. Él la atrajo hacia así y la rodeó con los brazos, con la desesperación y en anhelo dibujados en la cara. Kira hundió el rostro contra él, con los hombros agitados.



Lucien se lanzó al interior del círculo, pero su principal preocupación era Mace, que seguía libre, armado y más peligroso que nunca. Empuñando la pistola, Lucien empezó a rodear el altar, y enseguida se topó cara a cara con su presa.

—Me gustabas, Strathmore —dijo Mace con fatal calma y con el arma apuntando a Lucien al corazón—. Eres casi tan inteligente como yo. Es una lástima que seas un maldito puritano de clase media.

Más experimentado que su oponente, Lucien no malgastó tiempo en conversar. Apretó el gatillo y al mismo tiempo se arrojó hacia un lado. La pistola chisporroteó y falló. La de Mace no falló, pero la maniobra evasiva salvó a Lucien. La bala del otro le pasó rozando la oreja derecha, ensordecedora pero inofensiva. Mace lanzó un juramento y se llevó la mano al cuchillo. Lucien recuperó el equilibrio con dificultad, sólo para darse cuenta de que había vuelto a torcerse el maldito tobillo en su afán de esquivar el disparo efectuado por Mace. Cayó sobre una rodilla, movimiento que el otro aprovechó para abalanzarse sobre él con la hoja del cuchillo relampagueante bajo el brillo fantasmagórico de las hogueras.

Por el rabillo del ojo, Lucien vio que Kira se separaba de los brazos de Jason y levantaba la pistola que él le había dado —¿dónde diablos la había escondido, con aquella escasa vestimenta?— y la apuntaba hacia Mace con un brillo salvaje en los ojos. Pero sus manos eran firmes cuando amartilló el arma, y su puntería certera.

La bala alcanzó a Mace en pleno pecho. Él, perplejo, lanzó una exclamación ahogada y después se desplomó lentamente sobre el suelo, con la mirada fija en Kira. Con un último hilo de voz dijo:

—Tú fuiste la mejor, mi ama. Es una lástima... —Y entonces cerró los ojos y murió. Todo aquel sangriento altercado, que concluyó con tres hombres muertos, no había durado ni siquiera dos minutos.

Kira se quedó mirando a Mace por espacio de interminables segundos. A continuación su rostro adoptó la expresión de furia y de triunfo de una mujer que había asido el poder en sus manos después de un largo infierno de impotencia. Poco a poco, su semblante cambió hasta adquirir una expresión de horror.

Adivinando sus sentimientos, Lucien se acercó cojeando hasta ella y le rodeó los hombros con un brazo en un gesto fraternal.

—Gracias, Kira —dijo con suavidad—. Eres todo lo que Kit dijo de ti.

Aunque la había conocido hacía apenas media hora, la sentía como una vieja amiga.

Estaba mirando alrededor en busca de Kit cuando reapareció el peligro. La mayor parte de los Discípulos que habían sobrevivido estaban contemplando la carnicería, aturdidos e incrédulos. Todos excepto lord Chiswick. En la pausa que se produjo tras la muerte de Mace, Chiswick se había apresurado a esconderse tras el altar y a sacar su propia pistola. Sin quitar ojo a la galería donde todavía se encontraba Michael, apuntó el arma hacia Lucien.

—Se ha vuelto loco, Strathmore —le espetó—. ¿Cree que vamos a quedarnos todos tranquilos, esperando a que nos mate? Lucien dijo en voz baja:

—Apártate de mí, Kira. —Mientras ella se alejaba de la línea de fuego, él tiró su pistola ahora inservible y alzó las manos para que Chiswick pudiera ver que las tenía vacías.

En la galería, Michael se situó rápidamente en una posición en la que el altar no bloqueara la dirección de sus disparos. Pero algo que captó Lucien en el tono de voz de Chiswick le hizo pensar que la batalla tal vez hubiera terminado. Le dijo:

—¿No le parece que esta masacre no tiene ningún sentido? Sosteniendo la pistola con mano temblorosa, Chiswick contestó en tono impasible aunque poco convincente:

—Dios, estábamos celebrando una pacífica orgía cuando usted y sus amigos irrumpieron y empezaron a disparar a todo el que estaba a la vista.

Michael se colocó de modo que Chiswick quedara en su línea de tiro, pero Lucien alzó la mano para indicarle que aguardase, y dijo a Chiswick:

—¿Está afirmando que no sabe que Mace había secuestrado a Cassie James hace dos meses y que estaba prisionera aquí? ¿Ni que estaba haciendo todo lo posible para secuestrar también a su hermana? Eso son hechos reales, y él mismo alardeó delante de su cautiva de haber secuestrado, maltratado y finalmente asesinado a otras mujeres antes que a ella.

La mandíbula de Chiswick quedó colgando. Desde el otro lado de la estancia, sir James Westiey exclamó:

—¡Está muy equivocado! A las chicas que contrató Mace para los rituales de los solsticios se les dijo que debían luchar y gritar y fingir que eran cautivas. Formaba parte de la diversión. El rapto de las Sabinas, y todo eso. —Le tembló la boca—. Creí que usted era parte del espectáculo, hasta que empezó a matar a gente.

Lucien miró con dureza al baronet.

—¿Habría sido capaz de distinguir la diferencia entre una cautiva real y una falsa?

—¿Quiere decir que no eran... ? —El semblante de Westiey adquirió un tono verdoso—. Creía que Mace había contratado a Cassie James para que nos entretuviera durante esta velada. Es la primera actriz que se vende por un precio correcto.

Kira había vuelto a refugiarse en los brazos de Kit, pero al oír la afirmación de Westiey levantó la cabeza.

—No sólo me habló de sus anteriores asesinatos, sino que además me dijo que mi hermana y yo íbamos a ser las próximas víctimas —dijo en tono acre—. Después de la violación colectiva, él y sus compinches más íntimos pensaban celebrar una pequeña orgía privada para ellos solos que concluiría con nuestra muerte.

Su testimonio dejó estupefactos a los Discípulos. La mirada de Chiswick pasó de Harford a Mace y después a Nunfield, con una expresión de sorpresa que no podía ser en ningún modo fingida.

—No lo sabía —dijo con horror—. Juro por Dios que no lo sabía.

Con expresión implacable, Kira siguió diciendo:

—Tal vez no de forma consciente, pero con su crueldad y su envanecimiento, todos ustedes toleraron la conducta de Mace. La cara de Chiswick se tornó gris. Lucien intervino para decir:

—Piense un poco, y tal vez le resulte más fácil de creer. Tras una penosa pausa, Chiswick asintió con la cabeza.

—Siempre he sabido que había algo extraño en esos tres, pero creía que no eran más que excentricidades de familia entre dos hermanos y su primo. —Se enderezó, y dejó caer la pistola al suelo—. Aunque a veces me he preguntado...

Entonces le vinieron a la mente a Lucien fragmentos dispersos de sus propias investigaciones que ahora encajaron en su sitio, dándole casi una certeza total.

—¿Alguna vez se le ha ocurrido que uno de ellos pudiera ser un espía de los franceses?

Chiswick pareció sorprenderse.

—Es extraño que diga eso. En cierta ocasión llegó a mis oídos algo que me hizo pensar en acudir a las autoridades. Nunfield tenía acceso a información. A Mace le gustaba confundir a las autoridades, y Roderick siempre estaba necesitado de dinero. Pero eran amigos míos y me sentía reacio a acusarles. Entonces terminó la guerra y no parecía que mereciese la pena seguir con el asunto. Nunca... nunca se me ocurrió que pudieran ser asesinos.

Aquello tenía sentido. Lucien pensó interrogar a Chiswick más tarde en busca de pruebas de aquel espionaje, pero su intuición confirmó las sospechas del otro: el Fantasma no era un solo hombre sino tres, y ahora todos yacían muertos.

—Me parece que sus vicios eran múltiples —comentó secamente—. Aunque no tenía planeado que sucediera de este modo, lo que ha ocurrido esta noche ha sido justicia, no asesinato.

Chiswick bajó la vista hacia su pistola y la guardó en la funda.

—No estaba cargada, ¿sabe? Sólo formaba parte del disfraz. Lo cual explicaba por qué no había disparado a Lucien. También era una prueba más de que Chiswick no formaba parte del círculo interior de Mace, amante de la violencia.

Michael había descendido de la galería, alerta pero ya no en actitud belicosa. Preguntó:

—¿Se ha resuelto todo a tu satisfacción?

Lucien apoyó una mano en el antebrazo de su amigo.

—Así es. Gracias, Michael. Dios sabe lo que habría pasado de no haber contado con tu buena puntería. Su amigo sonrió.

—No tiene nada de especial. Siempre estoy buscando una oportunidad para expiar mis pecados. —Se alejó unos pasos para observar más de cerca las estatuas de guerreros.

Ahora que había pasado el peligro, Lucien se sintió agotado física y emocionalmente. Le dolía el hombro donde Kira le había golpeado, le dolía endiabladamente el tobillo, y la prolongada ansiedad de aquella noche se había cobrado un precio muy alto. Se volvió instintivamente hacia Kit, con la necesidad de abrazarla. Kit estaba con su hermana, sus rostros idénticos semejantes a espejos la una de la otra.

Aunque las dos gemelas no se abrazaban ya con tanta desesperación como antes, resultaba evidente que estaban unidas por una intimidad emocional que excluía al resto del mundo. Lucien, titubeante, preguntó:

—¿Estás bien, Kit? ¿Te ha hecho algún daño Mace? Ella le miró con sus ojos grises opacos e indescifrables.

—Estoy bien, gracias. No tuvo tiempo de hacer nada.

Peor que la formalidad de aquellas palabras era el hecho de saber que ella había cortado deliberadamente el vínculo que había empezado a crecer entre los dos. Lucien no se había dado cuenta de lo fuerte que era, hasta ahora que había desaparecido para dejar en su lugar un gélido vacío.

Era el peor de sus miedos hecho realidad. Kit se había convertido en el centro de su vida, pero sin embargo, para ella él apenas existía. Ya no le necesitaba, ahora que había recuperado a su hermana gemela. Se preguntó dónde encajaría Jason en todo aquello. Tal vez Jason no necesitara a Kira tanto como él a de Kit; en tal caso, quizá fuera perfectamente feliz sin saber lo que se estaba perdiendo. Pero él quería más, y estaba tristemente seguro de que jamás lo tendría. Si la presionase, tal vez Kit accediera a casarse con él, por gratitud si no por otra razón; pero en todos los aspectos importantes la había perdido, porque nunca había sido suya de verdad.

Maldiciendo el dolor antes de que éste pudiera hundirle, Lucien volvió a mirar a Chiswick.

—Ahora vamos a irnos. ¿Quiere ocuparse de todo este desastre? Usted ha formado parte de él, de modo que son usted y los otros quienes más tienen que perder si se monta un escándalo público con esto.

Chiswick pareció sorprendido, y luego pensativo.

—Si se publicara que Nunfield, Mace y Harford han fallecido en un accidente de carruaje a causa del mal tiempo, resultaría triste, pero no escandaloso. —Lanzó una mirada a sus compañeros—. ¿Estáis de acuerdo?

Hubo entre los presentes murmullos de alivio. A juzgar por las caras de los demás Discípulos, lo sucedido aquella noche había convencido a aquel particular grupo de libertinos de que en el futuro debían ceñirse a vicios más convencionales.

—Hablando de carruajes —dijo Chiswick—, el mío cuenta con ruedas especiales para poder viajar a través de la nieve y del hielo. Si quiere, puedo prestárselo para las damas. —Miró a Kit y a Kira—. Creo que ya han soportado bastante por una noche.

Lucien aceptó la oferta, y un cuarto de hora más tarde ya se encontraban de camino de vuelta. Ni siquiera cuando ayudó a Kit a subir al carruaje ésta le miró a los ojos. No podía haberse mostrado más reservada si acabaran de ser presentados.

Michael condujo mientras Lucien y Jason cabalgaban detrás. El aguanieve y la lluvia helada habían cesado, y la temperatura había descendido, convirtiendo el mundo en una fantasmagórica y brillante superficie de hielo. Lucien agradeció el viento glacial, porque se equiparaba al frío que sentía en el corazón. Pensó de nuevo en aquella noche en Eton en la que decidió convertirse en Lucifer: frío, irónico, indiferente, tan por encima del dolor de la pérdida como las nubes que ahora recorrían el cielo. Entonces le había funcionado, y también le funcionaría ahora, porque llevaba muchos años de práctica.

Una vez el dolor quedó firmemente a buen recaudo, descubrió una fatigada sensación de paz. Aunque Kit se había ido, llevándose consigo los sueños de él, esta noche descubrió una cierta absolución por el fracaso que sufrió años atrás en el intento de salvar la vida de su hermana.

Al principio, Kit y Kira no hablaron, sino que se contentaron simplemente con entrelazar las manos de ambas mientras el carruaje traqueteaba por las rodadas cubiertas de hielo. En vez de recorrer de nuevo el laberinto de túneles para ir a buscar sus ropas, Kit prefirió quedarse con el escandaloso traje y cubrirse con una abrigada capa que le proporcionó Chiswick. La usual actitud de altiva indiferencia de éste había desaparecido, por lo que Kit adivinó que estaba intentando enmendarse por no haber reconocido la depravación de sus compañeros Demonios.

Suprimió sin miramientos el recuerdo del momento en que Lucien abrazó a Kira y dijo que era tal como ella la había descrito. Después de todo, había esperado algo así. Si se permitiera a sí misma experimentar dolor, se desintegraría, y para eso prefería estar sola. Ahora quería disfrutar de la liberación de su hermana; ya habría tiempo de sobra para angustiarse.

El silencio se quebró cuando Kira dijo con voz temblorosa:

—Acabo de matar a un hombre. Todavía veo la sangre, y su cara...

—En buena hora —repuso Kit en tono áspero—. Aparte de los demás pecados que hubiera cometido Mace, estaba intentando atacar con un cuchillo a Lucien. Está muy bien eso de perdonar a los enemigos, pero no hasta que hayan sido ahorcados debidamente.

La leve sonrisa de su hermana se desvaneció rápidamente.

—No llegó a violarme, ni tampoco me besó nunca. Supongo que estaba reservándose para el gran acto final. Pero verme obligada a participar en sus aborrecibles juegos ha sido casi igual de desagradable. Me sentí impotente, sucia.

—Pero has sobrevivido y has conservado la cordura —dijo Kit en voz queda—. Pocas mujeres habrían sido tan fuertes.

—Nunca podría haberlo logrado sin ti. Por muy horroroso que fuese todo, sabía que en cierto modo tú siempre estabas conmigo. Cuando la situación se hizo insoportable, me alimenté de tu fuerza. También sabía que si lograba seguir viva el tiempo suficiente, tú me encontrarías. —Kira le apretó la mano con fuerza—. Y lo has hecho.

—He contado con ayuda. —Kit miró a su hermana, viendo el familiar perfil de su rostro recortado contra la ventana. Aunque en principio no creía en la venganza, en este caso la aplaudía. Seguro que el acto de vengativa justicia que había realizado Kira había restaurado parte de lo que le había arrebatado Mace.

—Y ha sido muy impresionante —dijo Kira, en un tono que la hacía parecer más ella misma—. Cuéntame todo lo que ha ocurrido.

Kit le refirió a su hermana el relato completo, excepto en lo tocante a su relación con Lucien; aquel tema resultaba demasiado doloroso para hablar de él. Kira maldijo al enterarse del encarcelamiento y evasión de Jason, pero no interrumpió. Al llegar al final exclamó:

—¿Mi tímida y remilgada hermana ha interpretado *La Gitana*?

—Y también me he cortado el pelo y me he hecho el tatuaje con esa maldita mariposa, para que nadie notase la diferencia —dijo Kit con cierta acritud.

Kira rió.

—¿Y cómo han sido las críticas?

—Los críticos dijeron que yo estaba en buena forma. —Kit se encogió de hombros—. No hice más que fingir ser tú. El público vio lo que esperaba de Cassie James.

—A lo mejor deberías ocupar mi puesto para siempre —sugirió Kira—. Yo no voy a seguir actuando, pero sería una pena retirar a Cassie justo cuando empieza a cosechar fama.

Sorprendida, Kit contestó:

—¿Vas a abandonar el teatro?

—Ya estoy harta. A veces resulta maravilloso, no hay nada como saber que tienes a un público en la palma de la mano. Pero el mundo del teatro es muy estrecho y engreído, y se toma a sí mismo demasiado en serio. A menudo me he sentido un poco impaciente.

—Nunca has dado muestras de ello.

Los dedos de Kira se movieron inquietos dentro de los de su hermana.

—No quería admitir que era una equivocación convertirme en actriz. Y no fue una equivocación del todo, pero ahora ya puedo irme sin lamentarlo. —Su tono de voz adquirió una nota más cálida—: Está bien que me sienta harta, porque seguir actuando no sería justo para Jason. La gente del teatro debería casarse sólo con gente del teatro.

—¿Así que vas a casarte con él?

—No hay nada en el mundo que desee más. Cuando le conocí, maldito sea su pellejo americano, supe que ya no me valdría ningún otro hombre. Supongo que él siente lo mismo, de lo contrario jamás habría venido por mí. —Y siguió con una nota de ansiedad—: Jason te gusta, ¿verdad? Sería terrible que no te gustase.

—Me gusta mucho. Haréis una pareja maravillosa.

—Posee la capacidad de mostrar intimidación emocional, y eso es poco corriente en un hombre. Creo que se debe a que le educó su madre; se toma a las mujeres muy en serio. —Rió un poco—. Probablemente no lo ha mencionado, pero también le ha ido bastante bien con su negocio de transporte. ¿Te imaginas? ¡Un Travers que sabe ganar dinero en vez de gastarlo! Papá habría considerado eso una herejía.

—Obviamente, dos generaciones en América han mejorado la raza —admitió Kit—. Pero ¿por qué le rechazaste hace tres años? Dice que no quisiste marcharte de Inglaterra, pero seguro que, queriéndole tanto...

—No podría soportar estar tan lejos de ti, naturalmente. —Kira apretó de nuevo la mano—. Ya era bastante triste estar separadas viviendo las dos en Inglaterra, como para además poner todo un océano por en medio. Por mucho que quisiera a Jason, simplemente no podía irme con él.

Kit se sintió tan conmovida que en un primer momento no pudo responder.

—Yo me habría sentido igual —dijo en voz baja—, pero no sabía que te pasaba eso a ti. —Vaciló, insegura de si debía formularle la pregunta que la obsesionaba desde que conoció a Jason.

Pero, inevitablemente, Kira se dio cuenta.

—¿Qué te estás guardando?

—¿Por qué no le hablaste de mí? —preguntó Kit, tratando de reprimir el dolor—. Jason sabía que existía yo, pero no que éramos gemelas, y mucho menos lo que eso significa. ¿Te avergonzabas de mí?

—¡Kit, no! ¿Cómo puedes pensar una cosa así?

—Entonces, ¿por qué te callaste?

Tras un largo silencio, Kira dijo con voz entrecortada:

—Odio tener que admitir esto, suena horriblemente mezquino. Pero... Tenía miedo de que te prefiriese a mí. Kit dio un respingo.

—¿Es que te has vuelto loca? Jamás un hombre me ha preferido a mí en vez de a tí!

—No es cosa de broma —dijo Kira impulsivamente—. Odio tu falsa modestia. Ya es bastante malo que pienses y hables mejor que yo, para que ahora también seas más humilde.

Kit lanzó una exclamación ahogada en reacción a lo injusto de aquel comentario.

—Si soy humilde, es porque tengo abundantes razones para serlo —dijo con la voz temblorosa al pensar en Lucien—. Me he pasado toda la vida arrastrándome a tu sombra. La gemela callada. La gemela aburrida. La gemela que no es Kristine pero que se parece exactamente a ella excepto en que por alguna razón no es tan guapa. No me ha importado todo eso, ipero no tienes ningún derecho a acusarme de hipócrita!

Kira se mordió el labio.

—Oh, Kit, lo siento mucho. Tengo los nervios destrozados, pero no debería tomarla contigo precisamente.

Se abrazaron de nuevo, las dos muy cerca de romper a llorar. Kit pensó en su infancia, cuando ambas se metían en la misma cama y dormían juntas como si fueran gatitas. Resultaba imposible imaginar la vida sin su hermana gemela.

Por fin Kit rompió el abrazo.

—¿Te has dado cuenta de que cuando hemos estado separadas y nos juntamos otra vez, siempre tenemos alguna tonta discusión?

Kira se reclinó en el asiento y volvió a coger la mano de su hermana.

—Tienes razón, siempre sucede lo mismo. ¿Por qué crees que será?

—Porque nos echamos mucho de menos la una a la otra. —Tras un apacible silencio, Kit agregó—: Sigo sin poder creer que pensaras que yo podía ser tu rival para conseguir a Jason. En primer lugar, yo nunca, nunca te haría una cosa así, y en segundo lugar, ese hombre adora tu manera de andar.

—Sabía que tú no intentarías deliberadamente quedártelo para tí, pero los hombres siempre se sienten intrigados contigo —dijo Kira con triste acento—. Yo soy una persona frívola. Tú eres más sensata, más fuerte, y posees ese aire de mujer misteriosa que vuelve locos a los hombres. En realidad no dudé de Jason ni de ti, pero como ambos sois muy importantes para mí, no pude evitar preocuparme un poco.

—¿Estamos hablando de la misma persona? —dijo Kit, incrédula—. ¿Yo, una misteriosa encantadora de hombres? ¡Estás mal de la cabeza, hermanita! En Kendal, tú siempre fuiste la que estaba rodeada por varias filas de admiradores.

Kira se encogió de hombros.

—Eran muchachos, no hombres, y les resultaba más fácil hablar con una parlanchína como yo. Oh, a algunos les gustaba sinceramente, pero la mitad de ellos estaban allí como una forma de acercarse a ti. Tu inteligencia les intimidaba a todos, sabes. Yo siempre supe que tendrías el éxito que te mereces cuando fueras más mayor y pudieras conocer hombres maduros y seguros de sí mismos.

—¿Y qué me dices de Philip Burke? —preguntó Kit, sintiendo una leve punzada de dolor incluso a aquellas alturas—. Yo quería desesperadamente que se fijara en mí, pero él ni se enteraba de que existía.

—¿Él? Oh, él era de «esa» gente, personas que son incapaces de tratar con gemelos idénticos —dijo Kira como no tomando la cosa en serio—. Como necesitaba hacer algo mientras estaba de visita en Kendal, decidió ir detrás de mí. Y así lo hizo, lo cual significó que tú te volviste invisible para él. Siento que eso te hiriera, pero sinceramente, él no merecía la pena. «Esa» gente nunca merece la pena.

—¡Y pensar que estuve prendada de él todo un verano y no me di cuenta de algo tan obvio! Sobreestimas mi inteligencia.

—No, no lo hago. —Kira dejó escapar un suspiro—. No soy tan fuerte como tú, Kit. Sabía que Jane tenía razón al insistir en que debíamos separarnos y llevar vidas independientes después de la muerte de papá. Yo hice lo que pude, pero no logré arreglármelas tan bien como tú. Profesionalmente, tú te has convertido en una escritora influyente, leída y respetada por los hombres más prominentes del país. Y lo que es todavía más importante; siempre has sido tan tranquila, tan segura de ti misma, tan cómoda con tu forma de ser. Todo lo contrario de lo que me sucede a mí.

—¡Pero tú has tenido mucho más éxito! —replicó Kit—. Has ganado diez veces más dinero que yo. Fuiste tú quien pagó la mayor parte de las deudas de papá, y has contado siempre con cientos de amigos y admiradores.

Kira se encogió de hombros.

—No se me ha dado mal trabajar de actriz, pero como persona he sido un fraude... un ser incompleto. Deseaba desesperadamente encontrar a alguien que me amara y me cuidara. Por eso me daba tanto miedo enamorarme de un americano. Resultaba impensable marcharme de Inglaterra, pero perder a Jason era casi igual de horrible.

De nuevo Kit experimentó la sensación de que estaban hablando de dos personas distintas.

—¿De verdad pensabas que yo estaba triunfando en mi vida independiente? Quiero a Jane, y ha sido muy cómodo vivir con ella, pero habría aceptado su oferta de un hogar aunque hubiera sido el propio Calígula. Cuando me fui de Westmoreland, no pude soportar la idea de vivir sola ni entre personas desconocidas. Respetaba mucho tu valor al introducirte en un mundo totalmente nuevo. Pasé cuatro años escondida en mi habitación, escribiendo ensayos, lo que es más o menos lo mismo que aislada del mundo.

—Yo necesitaba la distracción de estar constantemente ocupada—dijo Kira sencillamente—. Sabía que lo iba a pasar muy mal sin ti, pero que la actividad y la novedad me serían de ayuda.

La mutua comprensión las sorprendió a las dos simultáneamente. Se quedaron mirándose la una a la otra en la oscuridad.

—Jane no dejaba de subrayar lo bien que te estaba yendo sola—dijo Kit—. Cuando te escribía, ¿te decía algo de mis éxitos?

—¡Sí! —exclamó Kira—. Supongo que sólo trataba de animarme, pero diciéndonos a cada una que a la otra le iba muy bien, hizo que las dos nos sintiéramos fracasadas.

—Aunque sus intenciones eran buenas, los resultados no lo fueron —dijo Kit medio riendo, medio exasperada—. Durante cuatro años me he censurado a mí misma por mi carácter débil.

—Lo mismo hice yo hasta que conocí a Jason. Entonces fue cuando comprendí que no está en mi naturaleza ser tan independiente como Jane. Claro que soy capaz de sobrevivir sola, ahora lo sé, pero soy mucho más feliz estando con alguien a quien ame.

Las palabras de su hermana desencadenaron una serie de revelaciones interiores en Kit. Se había resistido a Lucien con todas sus fuerzas. Parte de ello se debía realmente al miedo de que él prefiriese a Kira y la dejase a ella destrozada, pero también creyó que no debería necesitarle tanto. Su experiencia le había enseñado que no era seguro confiar tanto en los hombres, y esa idea había sido reforzada por Jane, que vivía en tan espléndida independencia.

Pero Lucien no era un Travers, y ella no debía dudar de él por culpa de los errores de su padre. Ni tampoco debía ver demasiado en la forma en que había abrazado a Kira después de que ésta disparó a Mace. Había estado preparada para suponer lo peor, pero por lo visto ella y su hermana se habían estado juzgando mal la una a la otra durante años. Si podía equivocarse con su propia hermana gemela, ciertamente podía equivocarse con Lucien.

Además, ya era hora de que aceptase que no era más propio de ella que de Kira ser emocionalmente reservada. Dijo con expresión pensativa:

—No hemos hablado de esta forma en cuatro años, Kira. Gracias por darme una nueva perspectiva de la vida y del amor.

—Hablando de amor, ¿vas a casarte con Lucien Fairchild? Es un tipo magnífico.

—Sí que lo es. En cuanto a casarme con él... —Kit vaciló, pues no quería hablar de algo que aún estaba sin resolver—. Eso está por ver. Él cree que debemos casarnos, pero eso es sobre todo porque se siente culpable de todas las veces en que hemos estado en una situación comprometida. Como eso es culpa mía, no de él, me parece más bien una tontería que él deba casarse conmigo para salvar mi reputación.

—Eso es sólo una excusa; la verdad es que él es otra víctima de tu fatal encanto. —Después de una breve pausa, Kira aspiró profundamente, en un gesto que indicaba sorpresa—. Kit, picarueta, ¿estás embarazada?

—¿Cómo? —exclamó Kit—. ¡Eso es imposible!

—¿Lo es? —preguntó Kira con interés. Kit se sintió enrojecer tan violentamente que la temperatura del interior del carruaje debió de subir unos cuantos grados.

—Bueno, en realidad no es imposible. Pero sí bastante improbable.

Kira soltó una risita malvada.

—De todos modos, yo creo que sí. Me prepararé para ser tía. Tal vez su hermana tuviera razón; era de esa clase de cosas que una gemela adivinaba de la otra. Kit pensó en la posibilidad de tener un hijo de Lucien, y sintió un acaloramiento que le nació en el corazón y se le extendió por todo el cuerpo. Aquella era una perspectiva maravillosa... aunque complicaba enormemente su situación.

Durante el resto del viaje charlaron entre sí cambiando impresiones, terminando la una las frases de la otra, compensando cuatro años de leve distanciamiento con abundante conversación. Luego Kira miró por la ventana y vio la mansión que se recortaba contra el cielo de la noche.

—Por cierto, ¿adonde vamos? Se me había olvidado preguntarlo.

—A una pequeña finca propiedad de un amigo de Lucien. En este momento se encuentra vacía, de modo que nos hemos apoderado de ella temporalmente. Para mayor comodidad, han venido algunos de los criados de Lucien.

—¿Has traído algo de ropa decente? En cuanto entremos en la casa, quiero que me ayudes a quitarme este horrible traje para poder quemarlo.

—He traído algunos vestidos tuyos —le aseguró Kit—. Vestidos abrigados y conservadores, porque sabía que eso era lo que querías ponerte.

Kira bajó los ojos.

—En realidad, a Jason le encantaría verme vestida así, pero yo no puedo soportar llevar puesto algo que Mace me obligó a llevar. A propósito, ¿te importaría cambiar tu capa por la mía? Tú puedes llevar la de piel de marta; no quiero tenerla cerca.

Con cierta dificultad en el estrecho espacio, se intercambiaron las capas. Mientras se envolvía en la suntuosa piel, Kit señaló:

—Teniendo en cuenta que Mace no era precisamente una de mis personas favoritas, yo tampoco quiero la capa. Quizá debiéramos regalársela a Cleo. Ella ha sido de gran ayuda, y le gustaría mucho.

—Buena idea. —Con un toque de desafío en el tono de voz, Kira continuó—: Cuando me haya cambiado, voy a buscar a Jason y a sacarle a rastras de su habitación para toda la noche. Tenemos mucho que poner al día.

Kit se dio cuenta de que su hermana esperaba una regañina. La en otro tiempo mojigata lady Kathryn se habría escandalizado ante semejante comportamiento inmoral, pero ya no. No desde que había aprendido algo acerca de la pasión y del lazo de unión que ésta forjaba entre un hombre y una mujer.

—En efecto. Después del terrible cautiverio que habéis sufrido los dos, supongo que ahora estaréis más unidos que nunca.

—No había pensado en eso, pero tienes razón. —Tras un ligero titubeo, Kira dijo—: No necesitas sentir celos de Jason. La conexión que existe entre tú y yo ha cambiado y evolucionado con los años, pero siempre durará. Siempre.

Muy propio de Kira, saber y entender. Con el corazón rebosante de amor, Kit dijo:

—Y dices que yo soy inteligente. En lo que concierne a las cosas más importantes de la vida, tú siempre has estado por delante de mí.

—Sólo unos diez minutos, o así. —El carruaje se detuvo finalmente enfrente de la casa. Ya empezando a dejar atrás la experiencia vivida, Kira continuó en tono optimista—: ¡Ahora ayúdame a quitarme este asqueroso disfraz!

Lucien no se sorprendió al ver a Kit y Kira entrar en la mansión y subir juntas las escaleras. Supuso que durante unos días haría falta una palanca para separarlas. Bastante comprensible, dadas las circunstancias. Se mantuvo apartado, pues no confiaba en sí mismo cuando estaba cerca de Kit. Una cosa era aceptar intelectualmente que la relación existente entre ambos había terminado, y otra que dejase de desearla. Pero seguro que con el tiempo se le pasaría.

Después de beberse la mitad de la copa de coñac, se levantó y deambuló nervioso por su dormitorio. Los otros dos hombres estaban relajándose con una buena cena y una copa para celebrar el éxito de la operación, pero él no había querido acompañarles. No tenía apetito, ni tampoco muchas ganas de celebrar nada. Michael había fruncido el entrecejo cuando él se excusó, pero fue lo bastante discreto para hacer comentarios. La amistad consistía tanto en saber cuándo hablar como en saber cuándo no hablar.

Abrió las puertas de doble hoja y salió al pequeño balcón. El viento era violentamente frío, pero la tormenta ya había pasado y la luna se alzaba en lo alto del cielo. Su fría luz se refractaba a través del hielo que lanzaba destellos hasta en las ramas más pequeñas de los árboles. Hielo por todas partes, sobre todo en su corazón.

Se apoyó en la barandilla y contempló la noche cristalina, y fue consumiendo su coñac a pequeños sorbos. Quizá cuando se lo terminase podría dormir.

Kit ayudó a su hermana a quitarse el traje de dominadora y ponerse un vestido azul liso. Con el cabello cepillado y cayéndole simplemente sobre los hombros, Kira estaba muy hermosa, con aquel especial resplandor exclusivo de ella. Parecía exactamente una mujer que va a reunirse con su amante. Kit supuso que la próxima vez que viera a su hermana y a Jason, ambos estarían en paz por primera vez en varios años. Por lo menos, Kira.

Ella también deseaba cambiarse de ropa, pero en cuanto su hermana se fue del dormitorio se sintió invadida de una aguda ansiedad. Pasaba algo malo en lo concerniente a Lucien. Hasta que miró hacia su interior y encontró silencio no comprendió que se había acostumbrado a sentirle en lo más recóndito de su mente, igual que le ocurría con su hermana. El vacío actual era diferente del que la había hecho temer que su hermana pudiera estar muerta; era como si Lucien hubiese cerrado una puerta que se había ido abriendo poco a poco para ella.

Preocupada de repente, cogió la capa y cruzó el helado salón para dirigirse a la habitación de Lucien. Tal vez estuviera enfadado porque ella se había perdido y había acabado siendo capturada. En aquel momento era menos dueña de su voluntad que un sonámbulo, pero su conducta había complicado tremendamente los acontecimientos. Si ella y Lucien hubieran permanecido juntos, Kira tal vez hubiera sido rescatada sin derramamiento de sangre, aunque Mace y los otros dos no representarían ninguna grave pérdida para la sociedad.

Aminoró la marcha al acercarse al dormitorio de Lucien. ¿Y si de verdad no la deseaba? ¿Y si... ?

Antes de perder el valor, dio unos firmes golpes a la puerta. No hubo respuesta. Entonces giró en silencio el picaporte y penetró en la habitación.

La lámpara estaba encendida y la cama abierta, pero Lucien no estaba dentro de ella. Una ráfaga de aire frío se coló por la puerta de doble hoja. Kit miró afuera y descubrió a Lucien de pie en el balcón, de espaldas a ella. Debía de haber oído los golpes en la puerta, porque dijo sin volverse:

—No hacía falta que vinieras a ver cómo estoy, Michael. No tengo ningún mal que no pueda curar una buena noche de sueño.

Kit, un tanto insegura, dijo:

—¿No te encuentras bien, Lucien?

Los anchos hombros de él se pusieron rígidos. Tras una larga pausa, se volvió y se apoyó con un gesto de naturalidad contra la barandilla del balcón. Se le veía elegante y tranquilo, sin rastro de la personalidad del guerrero.

—Sólo estoy cansado, Kit. Ha sido una noche llena de acontecimientos.

Kit se acercó a él, ciñéndose un poco más la capa para protegerse del cortante frío. Al hacerlo, se dio cuenta de que iba vestida exactamente igual que su hermana antes. Necesitaba saber si él podría distinguirlas, y le obsequió una sonrisa de las de Kira y un brillo igual.

—¿Estás seguro de que soy Kit?

Adivinando que le estaba poniendo a prueba, Lucien contestó irónicamente:



—Por supuesto, aunque sigas interpretando el papel de Cassie James. —Su mirada se fijó en la capa—. Supongo que Kira y tú habéis intercambiado las capas porque ella no quería llevar nada que viniera de Mace.

Era un alivio que él pudiera distinguir la una de la otra sin equivocarse. Con la misma claridad, Lucien seguía sabiendo cómo funcionaba la mente de Kit. Pero su expresión era tan distante e inaprensible como el ángel caído que le prestaba el apodo. La comunicación sin palabras que había crecido entre ambos se había desvanecido de forma tan radical como si nunca hubiera existido. Por un instante Kit tuvo la penosa certeza de que Kira realmente le había deslumbrado hasta tal punto que esperaba que Kit desapareciera en silencio de su vida. Naturalmente, si le dijera que estaba embarazada, se casaría con ella sin duda alguna. Pero no era ése el matrimonio que deseaba.

Apretó los labios. Nunca había renunciado a la esperanza de encontrar a Kira, y no pensaba renunciar a Lucien hasta estar absolutamente segura de que él no la deseaba.

Con la capa de piel de marta ondeando contra sus pantorrillas, se reunió con él en el balcón. La casa tenía forma de L, con un jardín formal que se extendía en el ángulo que formaban los dos brazos de la L. Como no se atrevía a mirarle directamente, clavó la vista en la fuente congelada, que la luz de la luna había transformado en una opalescente escultura de hielo.

—Te dije que cuando pasara la crisis, te daría gustosamente cualquier cosa que desearas y que estuviera en mi poder. ¿Has decidido ya lo que quieres?

La quietud era tan profunda que Kit alcanzaba a oír el castañeteo de las ramitas cubiertas de hielo al chocar entre sí mecidas por el viento. Por fin, Lucien contestó:

—Lo que quiero es algo que no se puede dar. No estás en deuda conmigo, Kit. Me alegro de haber podido ayudar a encontrar a Kira. En ese mismo proceso he dado con los espías que buscaba, así que la balanza está equilibrada. Vete y sé feliz.

Era una descarada despedida. Kit contuvo la respiración, sintiendo cómo el aire glacial le abrasaba los pulmones.

—¿Has cambiado de idea en cuanto a lo de casarnos?

—Desde que murió Linnie, he estado buscando en vano la otra mitad de mí mismo —respondió él en tono tan sombrío como aquella noche invernal—. Cada vez que la buscaba en una mujer, encontraba sólo soledad. Albergaba la esperanza de que contigo existiera la posibilidad de tener la intimidad emocional que tanto he ansiado. Tú eres una hermana gemela, sabes dar, sabes hacerte vulnerable, sabes amar sin reservas. Yo quería todo eso.

Cerró las manos sobre la barandilla y levantó el rostro hacia el cielo. La claridad de la luna le iluminó y acentuó su belleza hasta un extremo imposible. Brillante lucero del alba, el más hermoso de los ángeles de Dios, más allá de lo que era comprensible para el hombre... o para la mujer.

—Pero fui un idiota al pensar que sería posible conseguir esa clase de intimidad con otra persona —continuó—. Elinor y yo nacimos a la misma hora, de la misma sangre. Juntos aprendimos a jugar, a hablar, a reír... a compartir todos nuestros pensamientos y emociones. E incluso con Linnie, todo eso habría desaparecido cuando creciéramos. Tal vez ser gemelo sea tanto una desgracia como una bendición, porque hace que uno desee tener algo que no podrá tener nunca de nuevo.

Tras una larga pausa dijo con un hilo de voz apenas audible: — Supongo que lo que quería en realidad era recuperar aquellos días dorados de mi niñez, antes de que descubriera que el mundo es un lugar doloroso. Tú no puedes devolverme ese tiempo. Nadie puede, como yo tampoco podría sustituir a Kira en tu corazón si ella hubiera muerto. Ella es lo primero para ti, siempre lo será. Esta he comprendido que no podría contentarme con las migajas, y es mejor no intentarlo. — Miro a Kit con sus ojos de un tono verde pálido tocado por el brillo de la luna — Ha sido un placer conocerla, lady Kathryn. He aprendido muchas cosas útiles acerca de mí mismo.

Ella tuvo un escalofrío provocado más por el frío distanciamiento de Lucien que por el gélido viento que soplaba. Él se dio cuenta y le dijo:

—Deberías volver adentro. Después de haber sobrevivido a tantas cosas, es una tontería arriesgarse a coger una pulmonía.

Antes de que Kit pudiera replicar, surgió una luz en un dormitorio situado en el ala de la casa perpendicular a la zona en la que se encontraban ellos, y apareció la silueta de Kira acercándose a la ventana para cerrar las cortinas. Antes de que pudiera hacerlo, Jason surgió detrás de ella y le rodeó la cintura con los brazos. Kira se recostó contra él y dejó caer la cabeza en su hombro con total confianza.

Lucien también vio la escena, y sus manos asieron con fuerza la barandilla. Cuando Kira se giró en brazos de Jason y ambos se besaron con una intensidad que centelleó a través de la noche, Lucien se volvió bruscamente e instó a Kit a regresar al interior de la habitación. Ella aceptó de buena gana; aquel espectáculo de ternura era demasiado íntimo para ser contemplado por una persona ajena, incluso una hermana gemela.

—Lamento que hayas tenido que ver eso, Kit. Debe de doler sentirse excluido. —La miró con un verde más intenso en los ojos—. ¿Has venido a verme porque te sentías rechazada y querías compañía mientras Kira se reunía con su amado?

—¡Dios santo, no! —Kit respiró hondo, sabiendo que para romper la barrera de distancia que oponía Lucien debía ser tan profunda como había sido él al construirla—. Tienes razón en que ser un hermano gemelo pone muy alto el listón de la intimidad, pero yo creo que estás equivocado al decir que sólo los lazos de sangre y una niñez compartida pueden crear la verdadera intimidad. Ser gemelo es maravilloso, y Kira y yo estamos tan unidas como pueden estarlo dos hermanas. Es obvio que Elinor y tú compartáis un amor igual de especial. Pero los gemelos son hermanos, con todas las ventajas y limitaciones que ello implica. Espero, y estoy segura de que así será, que la pasión pueda crear una clase de vínculo que tal vez sea más profundo. Yo deseo la intimidad tanto como tú, Lucien. Supuse que no me casaría nunca porque no creía poder encontrar esa clase de lazo emocional con un hombre y no quería conformarme con menos. —Se le quebró la voz—. Yo... Yo nunca imaginé un hombre como tú. En estas últimas semanas he descubierto que existe una clase de intimidad que una mujer sólo puede encontrar con un hombre.

En los ojos de Lucien brilló la angustia. La deseaba. Kit estaba segura de ello, porque se delataba en cada centímetro de su cuerpo. Pero su intuición le decía que él ya había abandonado toda esperanza y había aceptado la negra paz de la derrota. Extender la mano para coger lo que ella le ofreciera suponía abrirse de nuevo a la pérdida. Al dejar que su propio miedo y su confusión se interpusieran entre ambos, Kit había convertido el amor en un riesgo que él ya no se atrevía a correr.

Como los miedos se habían convertido en una barrera imposible de superar, había llegado el momento de invocar el asombroso poder de la pasión. Se llevó una mano a la garganta, desabrochó la capa de piel de marta y la dejó resbalar de los hombros en una cascada de brillante y oscura piel. Debajo llevaba todavía el traje de Mace, todo satén, cuero y encaje.

Lucien se puso en tensión al sentir cómo se incendiaba la atracción sexual que siempre había habido entre ambos.

—No hagas esto, Kit —dijo, conteniéndose—. El sexo crea una fantasía de intimidad que se desvanece tan aprisa como el hielo al sol. Hace años que he descubierto que copular sin la posibilidad de algo más profundo es un camino seguro a la desolación.

—Tú deberías saberlo mejor que yo, pero seguro que la satisfacción física forma parte de lo que ambos queremos. El semblante de Lucien se endureció.

—Si lo que quieres es un compañero de cama, ve a buscarlo en otra parte. No me necesitas a mí.

—Te equivocas —replicó ella con voz temblorosa—. Durante toda mi vida, Kira ha sido siempre la persona esencial. Bueno, también quise a mi madre y a Jane, y a otras personas, pero podía sobrevivir, y de hecho sobreviví, después de perderlas. Tan sólo la muerte de Kira me habría dejado tan disminuida que ya no podría volver a ser la persona que he sido siempre. —Clavó sus ojos en los de él—. Ahora hay dos personas esenciales en mi vida. Te necesito a ti tanto como necesito a Kira, pero de un modo distinto. Tú jamás ocuparás un segundo lugar en mi corazón, Lucien. Hay espacio suficiente para dos.

El sacudió la cabeza en un gesto negativo, con la desolación asomando a sus ojos.

—Aunque los dos quisiéramos lo mismo, no basta con desearlo para que ocurra.

—Tienes razón, no basta con desearlo. Debemos hacer que ocurra. —Se volvió hacia el interior de sí misma y conjuró la atracción sensual que había aprendido cuando fingía ser Cassie James. Entonces se acercó a Lucien. Las altas botas hacían de cada paso un ejercicio de provocación. El satén negro relucía sobre las curvas de su cuerpo y sus senos se mecían dentro de la red de cintas de cuero—. ¿No podríamos intentarlo al menos una vez más?

—No sé si podré soportar otro fracaso. —Lucien la miró fijamente. Su pecho subía y bajaba como si hubiera estado corriendo. En sus ojos se leía un intenso anhelo; sin embargo, cuando ella le tendió la mano, él no hizo intento alguno de aceptarla. Kit desesperó por un instante. Y entonces se dio cuenta de lo que faltaba. Abrió el corazón y volvió a mirar en su interior. Esta vez le ofreció su amor en silencio.

Más tarde no podrían recordar cuál de ellos fue el primero en moverse, pero se unieron entre sí con salvaje abandono. La boca de Lucien se inclinó sobre la de Kit en un mudo grito de ansia, soledad y esperanza. Kit reconoció sus torturados sentimientos, porque encontraron eco en lo más profundo de ella misma. Cuando le devolvió el beso, fue un ruego y una promesa a la vez.

La desesperación existente entre ambos fue cediendo para hacer más sitio a la primitiva llama de la pasión.

—Dios mío, Kit —dijo él con la voz ronca mientras desataba con dedos ágiles las cintas y dejaba libres los pechos, que cayeron en sus manos—. Eres más de lo que un mortal puede resistir.

—Entonces no... te resistas.

La tela se rasgó, los botones saltaron, las prendas cayeron al suelo mientras ambos buscaban instintivamente sus cuerpos desnudos con el mismo ardor con que buscaban sus mentes. La cama crujió a modo de protesta por la fuerza de su llegada. Después vino la carne contra la carne, aromas profundos y fuego líquido, músculos en tensión y respiraciones agitadas. La pasión fue el instrumento, y la intimidad el objetivo.

En las anteriores ocasiones en que hicieron el amor, Kit se había apartado, temiendo perderse en Lucien de forma irrevocable, pero esta vez no se retiró. En lugar de ello, bajó todas las barreras y no escondió nada de sí misma. En esa rendición encontró la plena realización. Si Kira era su otro yo, Lucien era su alma.

Lucien había temido aquella febril unión casi tanto como la había ansiado, pues le aterrizzaba que sólo fuera una unión de los cuerpos que dejase insatisfecho su ser más profundo. Pero esta vez tenía a Kit por entero, su amor iluminaba los rincones oscuros de su mente, su ternura era como un bálsamo para su dolorido corazón. Ella conocía sus puntos fuertes y sus puntos débiles, sus miedos y sus esperanzas, tanto como él conocía los de ella. Y el amor que les unía era tan inconfundible como el mismo sol.

La culminación física fue fulgurante, fogoso símbolo de la fusión de los espíritus de ambos. Después yacieron cara a cara abrazados, la frente de ella apoyada en la mejilla de él, su respiración jadeante contra su cabello. Él apenas se atrevía a moverse, por si acaso aquello era un sueño del que pudiera despertar.

Pero Kit era más real que ningún sueño cuando inclinó la cabeza hacia atrás y dijo perezosamente:

—¿Sabías que los ojos se te vuelven de un dorado transparente cuando eres feliz?

Él le obsequió una lenta sonrisa, sabedor de que sólo Kit diría algo así.

—A mí me parecen de un color castaño más bien corriente. . —En ti nada es corriente —replicó Kit con convicción.

Lucien deslizó la mano por la curva de su espalda desnuda, encantado con su fuerza y su flexibilidad.

—Aunque sospecharas que yo era un libertino, durante años he guardado un celibato casi absoluto, porque las satisfacciones del sexo eran breves, comparadas con la soledad que experimentaba después. Pero hacer el amor contigo es tan calmante como embriagador. —Inclinó la cabeza y le dio un ligero beso—. En este instante me siento tan contento así que me cuesta creer que alguna vez vayamos a necesitar decir algo en voz alta. Simplemente podemos leernos mutuamente el pensamiento.

—Puede que no tengamos que hablar forzosamente, pero queremos hacerlo. Yo adoro hablar contigo. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Adoro mirarte. Adoro hacer el amor contigo. —Parpadeó, pensativa—. ¿He mencionado ya que simplemente te adoro a ti, en cuerpo y alma?

—No, pero después de la forma en que hemos hecho el amor, no necesitas decirlo. —Le cogió la mano y se la besó—. El sentimiento es totalmente mutuo, como sabes.

—Sí —contestó ella con plena felicidad—. Lo sé. Lucien le rozó la frente en un ligero beso.

—Tú y yo encajamos perfectamente el uno en el otro, mi querida cría de tigresa. Los dos preferimos escondernos detrás de los bastidores a estar sobre el escenario.

Ella rompió a reír.

—Eso es cierto. Kira y Jason son más sociables.

Lucien se enroscó un mechón del cabello de ella en el dedo índice.

—La finca que bordea Ashdown pronto saldrá al mercado. Tenía la intención de comprarla y cultivar la tierra y más tarde dar en arriendo la casa, pero tal vez a Jason le interese ese lugar. Es una buena propiedad y se encuentra cerca de Bristol, por lo que serviría como base para su negocio de transporte.

—Y así Kira y yo podríamos ser vecinas durante el resto de nuestras vidas —dijo Kit en voz baja—. Qué idea tan maravillosa y generosa.

—Estoy siendo totalmente egoísta. Cuanto más feliz seas tú, más feliz seré yo.

La fugaz sonrisa de Kit se esfumó de repente.

—Todavía me asombra que me ames. Y... creo que tengo un poco de miedo de decepcionarte cuando me veas en circunstancias de todos los días. Una buena parte de lo que has visto corresponde a mi interpretación de la personalidad de Kira más que a mi verdadera forma de ser.

—Tonterías —repuso él con calma—. No es sólo el mundo el que tiende a definir a los gemelos idénticos como opuestos, ellos mismos lo hacen también. Tú jamás podrías haber personificado a Kira con tanta perfección si no tuvieras las mismas cualidades dentro de ti. En estas semanas no has estado representando un papel, has descubierto tu propia naturaleza.

Kit parpadeó, atónita.

—¿De verdad crees eso?

—No lo creo, lo sé. —Esta vez le besó la punta de la nariz—. Me alegro de que te retires como Cassie James, pero espero que sigas bailando para mí. Eres una gitana deliciosamente malvada.

—Podrás disfrutar de una función privada cada vez que lo desees.

—Todavía me gusta la idea de obtener una licencia especial. Podemos estar casados antes de Navidad.

—Un plan excelente, el mejor regalo imaginable. —Kit es estiró lánguidamente y después se acurrucó más cerca de él—. Y también es muy práctico. Kira afirma que estoy embarazada. —Se puso una mano sobre el vientre—. Es posible que venga de camino otra persona esencial.

Aquello sacó a Lucien de su lasitud.

—¿De verdad? Si está en lo cierto, es una noticia maravillosa. —Apoyó la cabeza en una mano y estudió el rostro de Kit—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Quería que te casaras conmigo porque me amaras, no porque tuvieras que hacerlo.

Él sonrió con tristeza.

—Eres más honrada que yo, Kit. Durante una buena parte de lo que podría llamarse ridículamente «nuestro cortejo», tuve el deseo completamente egoísta de dejarte embarazada para que no tuvieras más remedio que aceptar mi oferta. —Puso su mano sobre la de ella, sobre su vientre—. No soy un tipo muy digno de admiración, ya ves.

—Yo sí lo soy —replicó ella, usando su tono más remilgado al estilo lady Kathryn—. Tengo toda la intención de dedicar el resto de mi vida a elevarte tanto física como espiritualmente.

—Hablando de elevar físicamente...

Kit se echó a reír cuando Lucien la hizo rodar hasta situarla encima de él, y descubrió que lo físico claramente se estaba elevando. Después de acoplarse a él con un provocativo movimiento de caderas, le preguntó en tono enronquecido por el amor:

—¿Tú crees que tendremos gemelos?

La sociedad denominada Los Hermanos de St. Francis de Wycombe fue fundada en 1752 por sir Francis Dashwood, un hombre cuyas grandes riquezas y enorme talento igualaban su pasión por lo corrupto y su gusto por lo escandaloso. El público en general llamaba al grupo Club del Fuego del Infierno, y sus preocupaciones eran el sexo y el satanismo. No tengo noticia de que algunos de sus miembros fueran tan temibles como los peores Demonios de *Un baile con el diablo*, pero como grupo eran brutales, egoístas y fatalmente inmaduros.

Entre los miembros de dicho club se contaban algunos de los hombres más influyentes de Gran Bretaña, entre ellos lord Sandwich, el Primer Lord del Almirantazgo, y lord Bute, un primer ministro. Es posible que Benjamín Franklin no fuera miembro, pero sí que asistió a algunas de sus orgías y presionó a los miembros para tratar de captar su apoyo a las colonias americanas a principios de la década de 1770. Franklin y sir Francis Dashwood escribieron juntos un libro de oraciones que obtuvo gran éxito en Estados Unidos y se convirtió en la base de muchos libros de oraciones modernos.

El primer lugar de reunión del Club del Fuego del Infierno fue una abadía abandonada en una isla del Támesis. La capilla y el terreno circundante estaban llenos de obras de arte de lo más obscuro. Por desgracia, años más tarde el lugar pasó a ser de conocimiento público. Los visitantes recorrían el Jardín de la Lujuria y se sentaban en las orillas del río a merendar mientras observaban cómo los monjes llegaban hasta allí en su balsa. Aquello estropeó bastante la inspiración del lugar. (No, no me lo he inventado.)

Dashwood creó un nuevo lugar de reunión excavando un enorme laberinto de cuevas (con un diseño sexual) en el interior de una colina de roca de creta que había dentro de su propia finca, West Wycombe Park. Aquello proporcionó a Dashwood la oportunidad de emplear su fértil imaginación en formas de pornografía más actuales.

Las fiestas dedicadas al óxido nítrico efectivamente estuvieron de moda en algunos círculos sociales durante este período. Debo dar las gracias a mi amiga Linda Moore Lambert por haberme proporcionado una copia de «Una disertación sobre las propiedades químicas y el efecto vigorizante del gas óxido nítrico», escrito por un estudiante de medicina de Filadelfia en 1808. Llevó a cabo sus experimentos consigo mismo, y al parecer se divirtió bastante haciéndolo. (¡Colocarse para conseguir buenas notas! Ni siquiera en Berkeley hacían esas cosas.)

En un tono más prosaico, el Tratado de Gante se firmó en la Nochebuena de 1815 y puso fin a la guerra de 1812, de modo que Jason Travers no tuvo que mantenerse demasiado tiempo escondido.

Me gustaría terminar con un agradecimiento muy especial para Ellen y Elizabeth De Money. Sus fascinantes y elocuentes ideas acerca de los lazos entre hermanos gemelos se convirtieron en el núcleo psicológico de *Un baile con el diablo*.